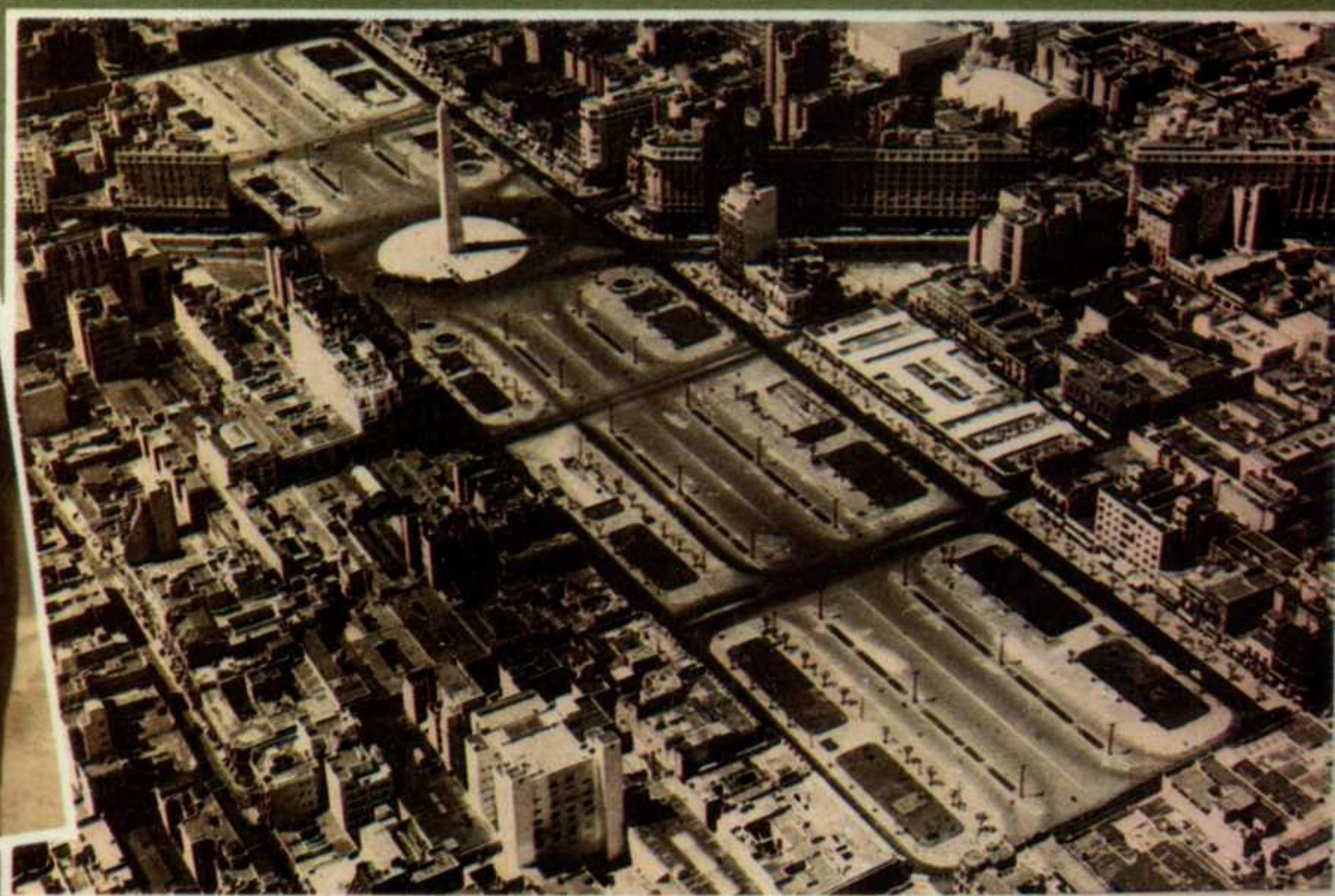


HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

10. LAS SEÑALES DEL CAMBIO (1930-1943)



HYSPAMERICA

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

Director General de la obra
Félix Luna

Secretaria de redacción
María Sáenz Quesada

Investigación gráfica
María Flores, Graciela G. Romero

Investigación historiográfica
Graciela G. Romero, Susana José, Jorge Ossona, Gabriel Ribas

Colaboradores del Tomo X

Abelardo Arias
Osvaldo Bayer
Beatriz Bosch
Andrés Cabona
Santiago de Estrada
Roberto A. Ferrero
Norberto Galasso
Leandro Pita Romero
José María Rosa
Magdalena Ruiz Guiñazú
Roberto A. Tálice
Héctor Tizón
Luisa Vehil
Rubén H. Zorrilla

HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM

Las señales del cambio (1930-1943)



HYSPAMERICA

Fotografía
Oscar Cisneros

Diseño
Carlos Gallardo

Producción de arte y producción gráfica
Hyspamérica Ediciones

Editado por:
HYPSPAMERICA EDICIONES de ARGENTINA S.A.
Corrientes 1437, 4º piso, Buenos Aires.
Tels.: 46-4385/4419/4484

© HYPSPAMERICA EDICIONES DE ARGENTINA, S.A., 1984
ISBN: 950-752-037-6 (obra completa)
ISBN: 950-752-155-0 (tomo X)

Queda hecho el depósito de Ley.

1. La reina del Plata

Buenos Aires modificó su vieja fisonomía en los años treinta. Muchas obras públicas fueron inauguradas; los particulares construían departamentos y rascacielos, reemplazando antiguas mansiones y casas bajas. Cambió el paisaje; las variaciones en el Centro y en los barrios conmovieron a los escritores de la época. También cambiaba la vida diaria, porque el progreso imponía otros hábitos. Los deportes, los espectáculos y los tangos generaban ídolos que rendían multitudes. Dos acontecimientos serios reunieron multitudes nunca vistas: el sepelio de Yrigoyen, en el que todo un pueblo quiso dar su saludo final al viejo caudillo, y el Congreso Eucarístico de 1934, muestra emocionante de la fe católica.

El 20 de marzo de 1930 Carlos Gardel grabó para el sello Odeón una de sus canciones más populares: *Buenos Aires, la reina del Plata*, cuya letra concluía con el compromiso: «antes morir que olvidarte». Sin duda, el cantor por excelencia de la ciudad porteña expresaba en estos versos la idolatría que sentían por su metrópoli los habitantes de la capital argentina.

Otros tangos, canciones, poemas, cuentos, novelas y ensayos publicados alrededor de 1930 muestran también el interés y la pasión que suscitaba el fenómeno porteño. El mayor conglomerado de habla hispana del mundo -pero no la mayor ciudad de sangre española- poseía un alma propia y renovada, distinta de la que tenía en los tiempos del criollaje, más plañidera y melancólica, pero orgullosa de sí misma y propensa a imponer su estilo al resto del país y del continente.

Demoliciones y nuevos estilos

Buenos Aires ha estado siempre dispuesta al cambio, a mudar sus símbolos echando

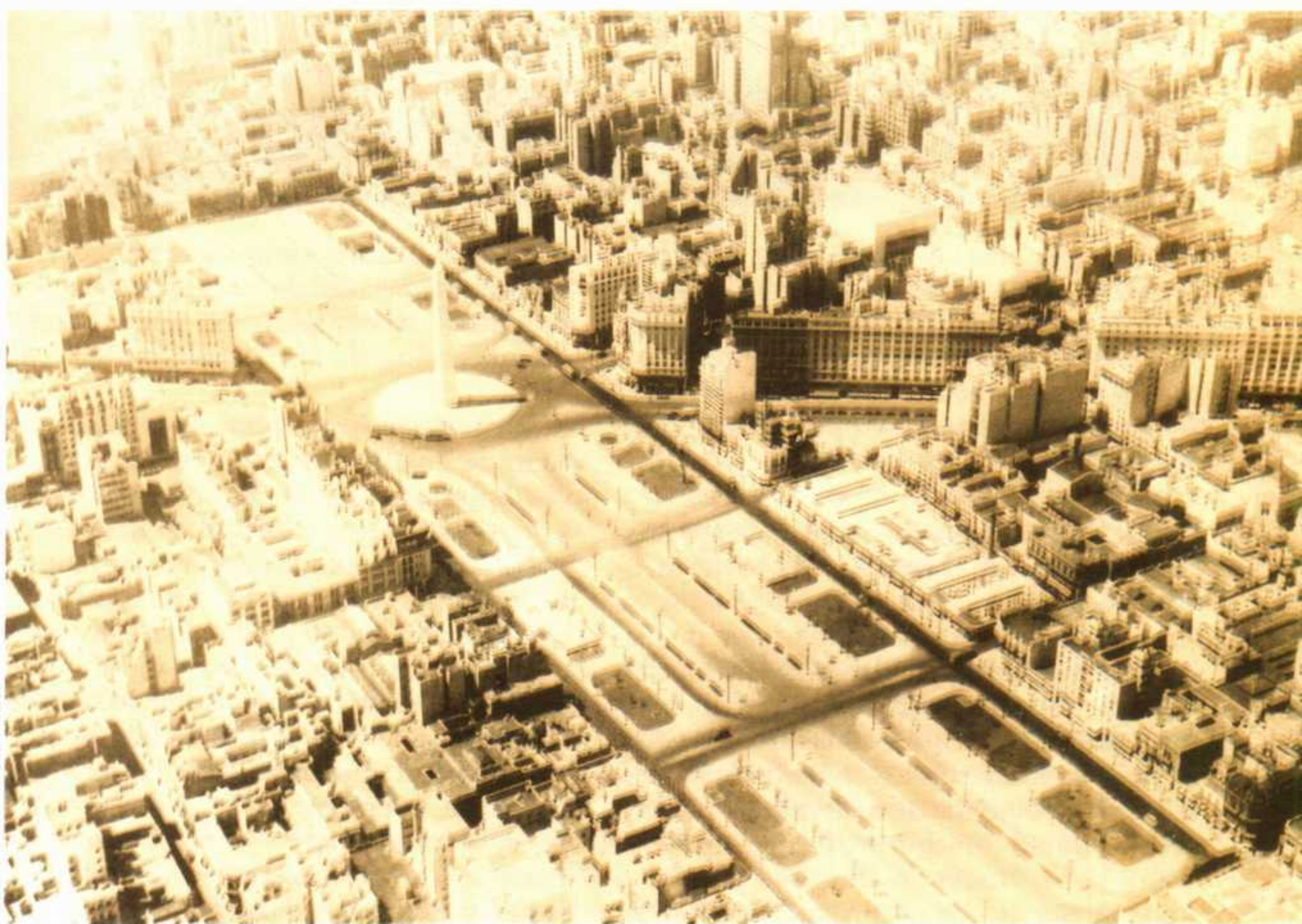
abajo paredes, abriendo nuevas calles y proponiendo otras modas. Cuando el sábado 23 de mayo de 1936 se inauguró festivamente el Obelisco, los porteños advirtieron que contaban con un nuevo símbolo que reemplazaba la pequeña pirámide maya de los primeros años de vida independiente.

La obra de Alberto Prebisch, con sus 70 metros de altura, ocupa el solar de la antigua iglesia de San Nicolás de Bari, trasladada a la avenida Santa Fe. «El obelisco fue un edificio muy discutido antes y después de que surgiera de su almacén de andamios», escribe Delfín Leocadio Garasa. No faltaron chistes a su costa entre los viejos porteños. Se lo comparó con «una barra de tiza en equilibrio», se elogió su invitación a elevar la mirada por encima del paisaje urbano, se hicieron referencias a su carácter de símbolo fálico. Alguno lo consideró tan presuntuoso e inauténtico como el resto de la arquitectura porteña.

El obelisco era el fruto de los afanes modernistas y ornamentales de Mariano de Vedia y Mitre, uno de los intendentes más activos y también más cuestionados

Durante la intendencia de Mariano de Vedia y Mitre se inauguraron el Obelisco (1936) y la avenida Nueve de Julio (1937), que en dirección al río terminaba en la calle Tucumán. La imagen muestra el trazado, bien perfilado, de la Diagonal Norte, cuya apertura avanzaba en la época, al igual que el de su contraparte, la Diagonal Sur.

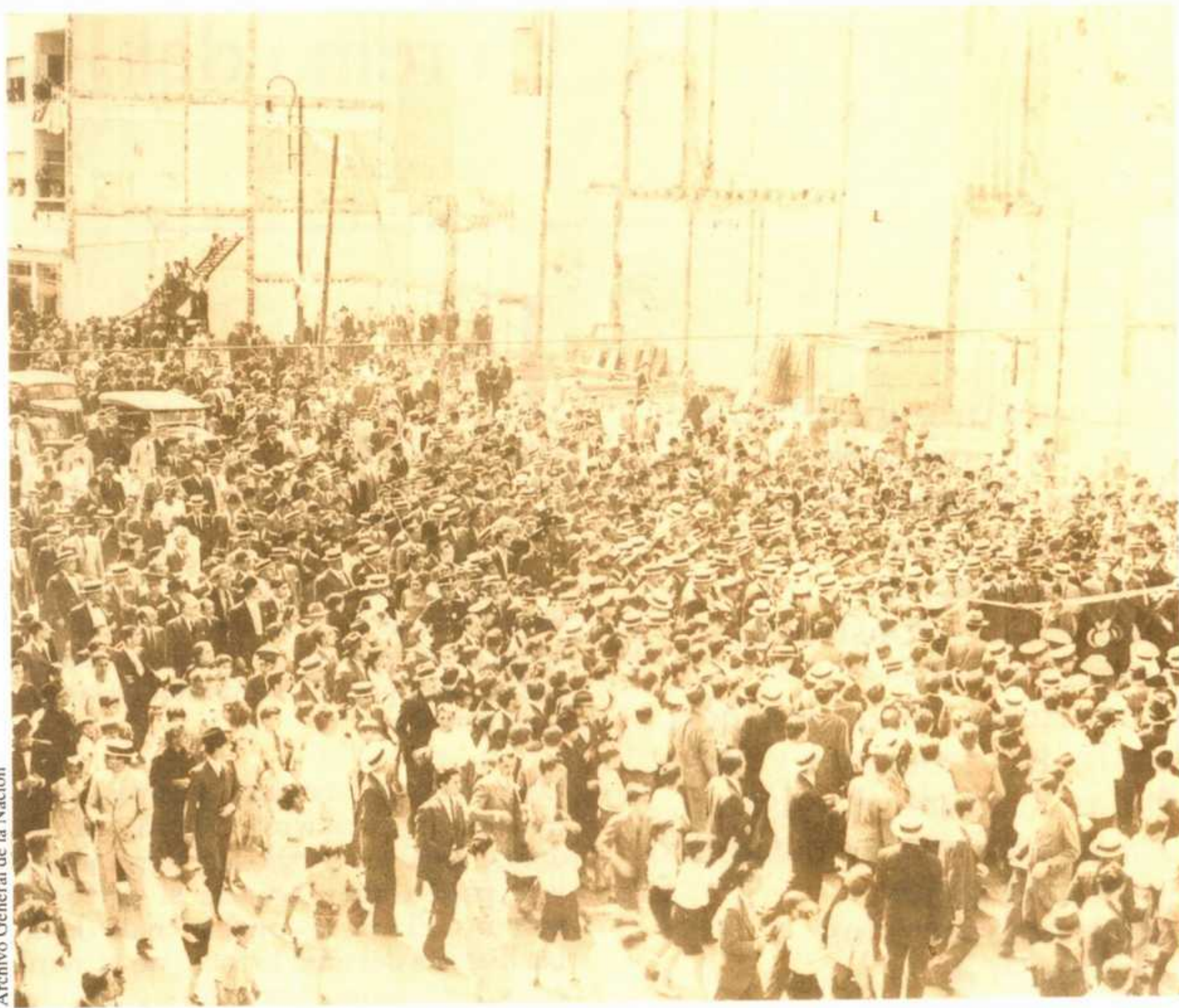
Archivo General de la Nación



Abajo: el intendente De Vedia y Mitre en una exposición de cuadros de Juan Carlos Alonso (1934); el pintor español se había hecho famoso por sus trabajos en Plus Ultra y Caras y Caretas. Der.: el presidente Justo inaugurando la avenida Belgrano, en 1937. Centro: el arroyo Maldonado en 1932 (izq.) y el entubamiento que se realizó en 1935 (der.).



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

de este período. A su gestión, cumplida entre 1932 y 1938, correspondió también la inauguración de la avenida Nueve de Julio (la más ancha del mundo -se dijo-) el 12 de octubre de 1937, acto incluido entre los festejos del Cuarto Centenario de la ciudad.

Otra obra pública importante de ese mismo decenio fue el entubamiento del arroyo Maldonado, que en pocos años se transformaría en la avenida Juan B. Justo. La decisión de acabar con las inundaciones del antiguo arroyo contribuyó a valorizar una amplia zona urbana. Asimismo se iniciaron los trabajos de la avenida de circunvalación General Paz, concebida como límite entre la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires, y al mismo tiempo como un bello paseo do-

minguero. Entre tanto avanzaba en el Centro la apertura de las diagonales Norte y Sur, y se completaban nuevas líneas de subterráneos.

El Congreso Argentino de Urbanismo, reunido en Buenos Aires en 1935, pareció anunciar que la tendencia al crecimiento desordenado de las ciudades sería contrarrestada por una mayor influencia de los urbanistas, pero no sucedió así. Por el contrario, cuando se inauguró la avenida Nueve de Julio, los técnicos advirtieron, consternados, que el nuevo edificio del Ministerio de Obras Públicas interrumpía con su enorme mole la traza de la flamante avenida. Así quedó, por supuesto, hasta hoy el «elefante blanco», como solían denominarse popularmente los grandes edificios públicos que marca-

ban año tras año los avances del Estado Nacional en la sociedad.

Además de ese ministerio, otros edificios públicos se construyeron en los años treinta: la Facultad de Ciencias Médicas (1936-1944), que en el momento de su realización fue considerado el edificio de mayor volumen de Sudamérica. La presencia de las Fuerzas Armadas en la estructura de poder se reflejó en el gran Hospital Militar Central de la avenida Luis María Campos, en el Ministerio de Guerra, levantado casi frente a la Casa Rosada y en la adquisición del Palacio de los Paz como sede del Círculo Militar.

En la arquitectura privada el gusto se inclinaba por el *art déco*, del que había buenos ejemplos en algunas viviendas de

El arroyo Maldonado atravesaba la Capital Federal siguiendo el actual trazado de la avenida Juan B. Justo. Durante los trabajos de entubamiento de otro arroyo, un ómnibus trata de sortearlo, a la altura de las calles García del Río y Crámer; la concreción de estas obras fueron muy importantes.



Archivo General de la Nación

Caballito; el estilo Tudor, con sus ventanas estrechas y sus reminiscencias medievales había sido elegido para muchos *petits hôtels* del barrio Norte, Palermo Chico y Belgrano; mientras que el funcionalismo moderno se ponía de manifiesto en la casa de departamentos de Libertador (entonces Alvear) y Lafinur.

Buenos Aires se iba para arriba. Los primeros rascacielos empezaban a erizar el paisaje urbano, con estructuras de acero y cemento armado. El ejemplo más acabado de esta nueva concepción arquitectónica es el edificio Kavanagh, con sus 32 pisos y 120 metros de altura, que fue durante un tiempo el más alto de la ciudad y de América del Sur. Sobre Corrientes se levantó el Safico y sobre la avenida Alem, el Comega. Desde la confitería

instalada en el piso superior de este último, los porteños podían tomar el té y vislumbrar la costa arbolada de Colonia, cuando el tiempo era claro.

Tantas novedades eran motivo de comentarios y de la lamentación de los nostálgicos. Uno de éstos, Arturo Cancela, cuya obra literaria es eminentemente porteña y humorística, observaba en 1937: «Buenos Aires es una ciudad donde las casas viven menos que las personas [...] No es posible vivir en una ciudad que cambia totalmente de fisonomía cada diez años sin sentirse un poco extraño a ella.»

Pero los intendentes consideraban que era necesario abrir calles más anchas para el tránsito automotor y las entidades pri-

vadas y públicas rivalizaban en construir edificios monumentales para satisfacer las urgencias de la vida moderna. Entre los ejemplos dignos de mención que se concluyeron en la década del treinta se encuentran el hoy viejo Mercado de Abasto de Corrientes y Ecuador, el cine Gran Rex, en otro tramo de aquella avenida, y el gran estadio en herradura de River Plate (1938) obra de los arquitectos Aslan y Ezcurra.

El ensanche de Corrientes modificó algunas de las esquinas preferidas de los porteños noctámbulos, como la de Esmeralda y Corrientes, donde los malevos del suburbio aprendieron a empilchase y los cajetillas se sintieron malevos: la esquina singular en la que Raúl Scalabrini Ortiz situó al *Hombre que está solo y espera*, quin-

taesencia de los varones de la capital argentina.

Otro novelista, Leónidas Barletta, se refirió al progreso edilicio en *La ciudad de un hombre* (1943):

«Se hablaba de la ciudad, de las calles, de las nuevas avenidas, del Obelisco.

»-Era hora. Tenemos derecho a tener una ciudad hermosa, limpia, una ciudad que resuene alegremente cuando la caminamos.

»-Sí; pero también es triste perder lo que durante tantos años hemos querido: una esquina, la esquina de un almacén, donde has podido una noche, un minuto, sentir a otro despellejado, sincero, como si te hablase desnudo y tiritando.»

La costumbre de la amistad viril, tan apreciada por los escritores del treinta, no iba a desaparecer por culpa de las demoliciones. Pero sin duda la modernización física de la ciudad -y paralelamente, la de las formas y las relaciones laborales- iba a aportar cambios de entidad consi-

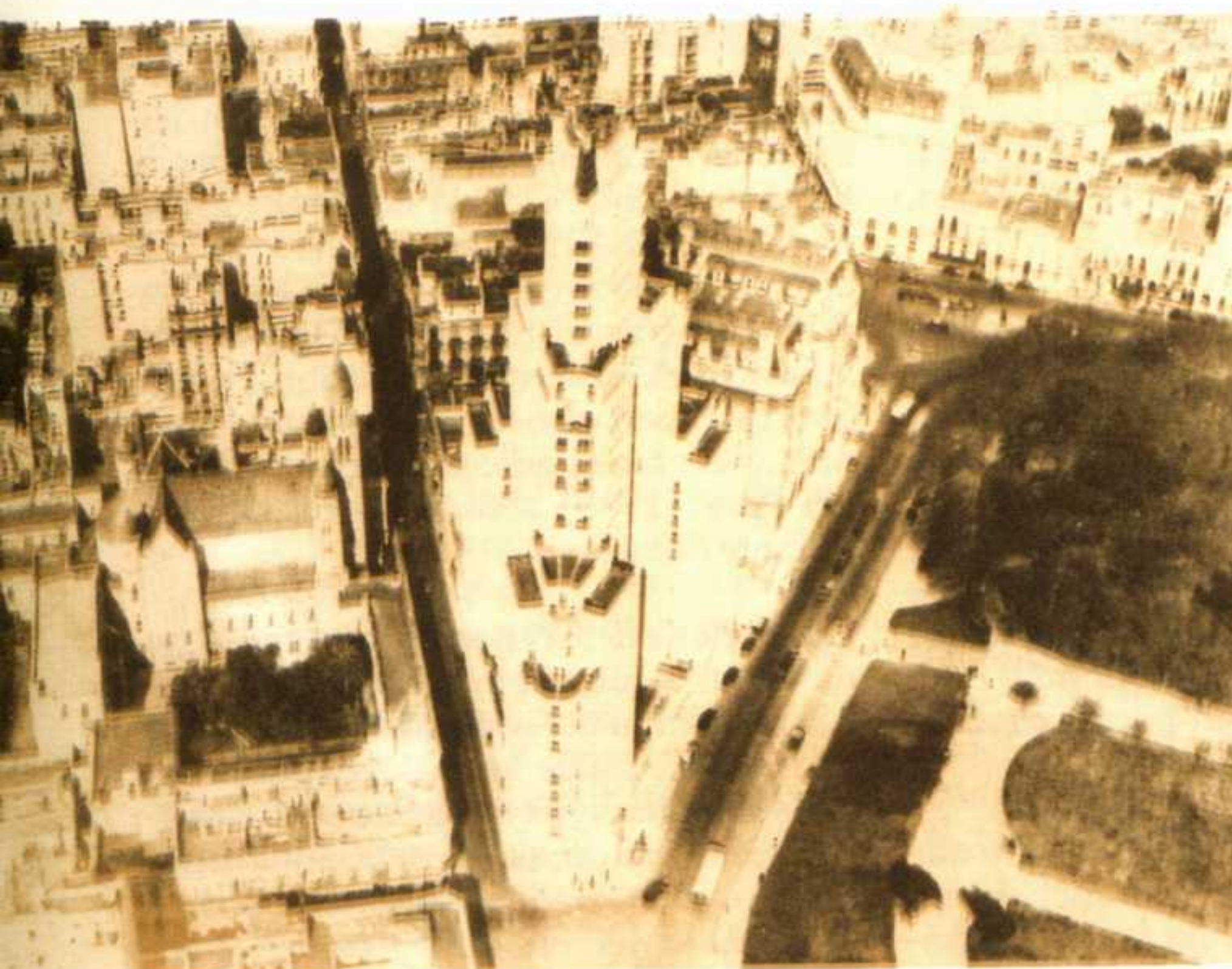
derable en las costumbres de la población porteña.

Calles, barrios y centros

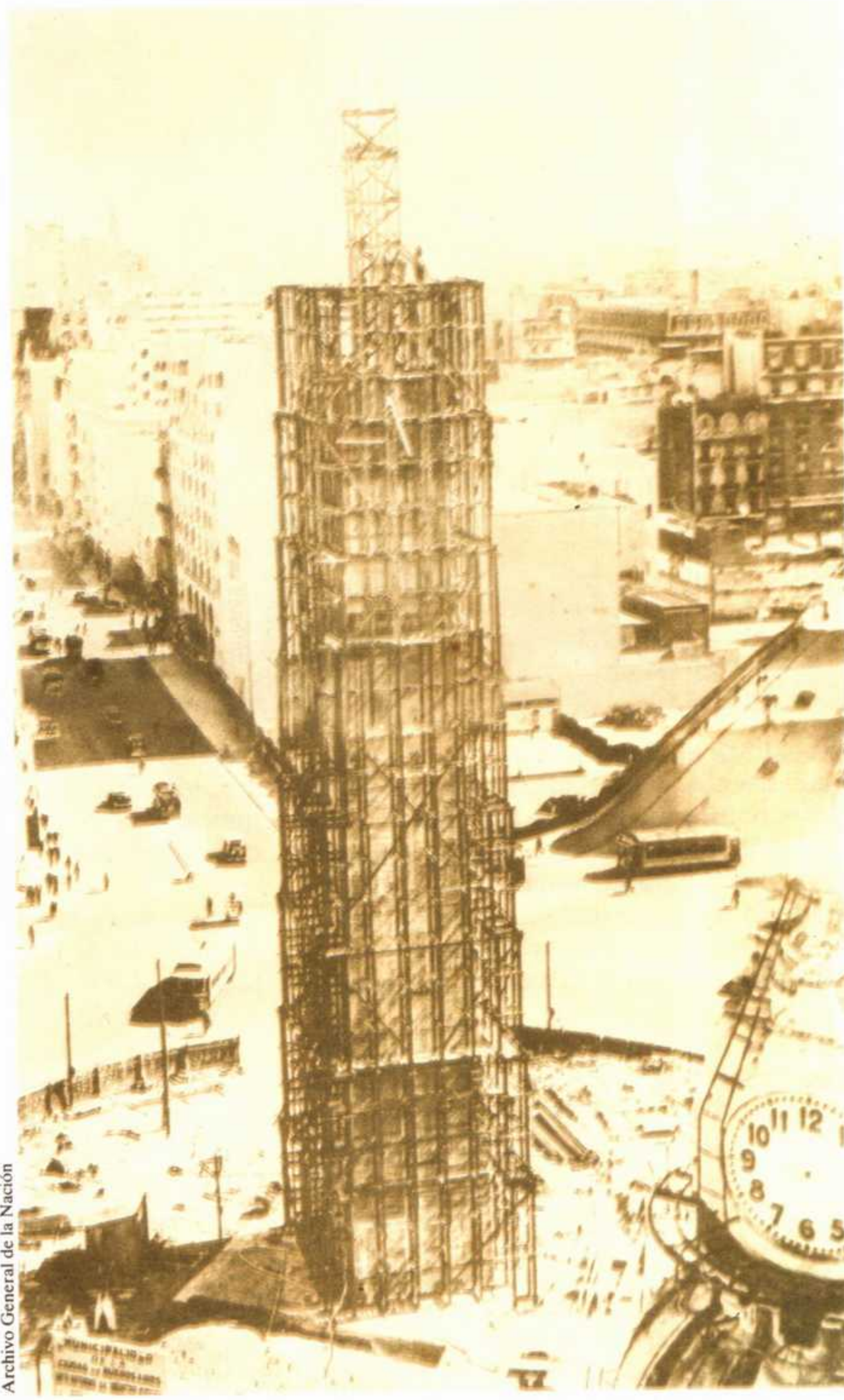
«Ah, la ciudad enorme, la ciudad opulenta, páramo, valle de piedra gris. Tres millones de almas padecen tantas hambres profundas», exclama uno de los personajes de *Historia de una pasión argentina* (1937), la novela con la que Eduardo Mallea se lanzaba a la búsqueda de la Argentina invisible.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Pág. 116: la ciudad crecía, surgían casas de nuevo diseño (centro) y rascacielos como el Kavanagh (al pie, izq.), de 32 pisos. El Obelisco (al pie, der.) inspiró bromas desde su construcción. Der.: son de esa época el Hospital Militar y el ensanche de la calle Corrientes -vista desde la avenida Alem, en 1936-, que modificó el centro de la Capital Federal.

Muchos otros escritores, poetas y ensayistas de los años treinta se ocuparon de indagar en la esencia de las calles, los barrios y los centros porteños. A través de sus páginas, tendremos una aproximación de carácter literario a la gran ciudad.

Hay calles vivas, como Florida y Corrientes, afirma Ezequiel Martínez Estrada en *La cabeza de Goliath* (1940), que son cauces de vida torrencial incesante, con la multiforme personalidad de los hormigueros y las colmenas. Otras son calles «de vida individual más interior y de ma-

Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Las mujeres avanzan

«**L**a participación de la mujer en la vida material, comercial y cultural, en todos sus aspectos, es el hecho más notorio del país en los últimos quince años; no sólo ha ganado actividad, sino también respeto y aplomo.

»Es un hecho curioso que la mujer haya progresado sola, vale decir en medio de un ambiente que ignoró su avance y su adelanto: los factores de la comprensión y los elementos acompañatorios de su transformación han quedado a su alrededor quietos, si no indiferentes; el medio no ha luchado contra la mujer que cambiaba totalmente en pocos años su posición y su actividad en todas las formas de la vida social, pero tampoco se ha avenido a crear a tales cambios un clima sintónico o simpático.

»La mujer ha tomado su puesto y nada más; luego de naturales disimetrías de iniciación, su ubicación es perfecta; dentro de poco y a despecho de todos los tradicionalismos, la mujer porteña será en lo moral, en lo espiritual y en lo psicológico, mucho más importante que el hombre. El caso, con algunos caracteres locales, no es sino el reflejo en nuestra ciudad

de un fenómeno propio del mundo verdaderamente civilizable; pero lo que adquiere tono peculiarísimo entre nosotros es que en tal avance la mujer ha permanecido alejada del hombre. El porteño guarda frente a la mujer una reserva característica y hay entre hombre y mujer como una zona opaca e insonora que el varón no se atreve a franquear, y que la mujer no se aviene a abolir.

»En Buenos Aires la concepción estanca del gineceo trasuda a toda modalidad convivencial; salvo en las comidas de artistas y escritores, las mujeres no acuden a los banquetes, que se realizan casi entre hombres solos y adquieren un curioso ambiente de soledad masculina en la que, como es inevitable, la presencia de la mujer está en contrafigura y en represión; los hombres prefieren divertirse entre ellos; las mujeres, en cambio, no han constituido sino excepcionalmente núcleos puramente femeninos.

»En los cafés y en las confiterías la sola aparición de una mujer basta para constituir una entidad aparte dentro de la multitud, y quienes con ellas estén deben ir a un espacio re-

servado y exclusivo, con frecuencia recoleto, que se llama "salón para familias". Lo pintoresco hasta el absurdo es que mientras una mujer puede estar sin escándalo en el salón de hombres, un varón no puede permanecer ni una fracción de minuto en el salón de familias si una compañera femenina, cuando menos núbil, no lo autoriza a ello.» (Florencio Escardó, *Geografía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Losada, 1945) ■

Archivo General de la Nación



Imágenes muy diferentes de Buenos Aires a comienzos de los años treinta: una calle del barrio de la Boca, soleada, apacible, con la silueta del puente Pueyrredón al fondo, y el trájín de Florida, por donde avanza una abigarrada multitud; dos carteles se distinguen, el del teatro Florida anunciando sus variedades y el de la clásica galería Güemes.

por significación»: Balcarce, Venezuela y las de los arrabales, calles de Evaristo Carriego y de Jorge Luis Borges, Fernández Moreno y Macedonio Fernández. Algunas son tan exóticas como Reconquista desde Corrientes hasta Retiro; un «Cercano Oriente» donde palpita una sensibilidad de «bujería, quincalla y géneros». «Penetramos en las de la Boca y estamos en otro país», comenta al referirse a ese barrio.

El Bajo arrastraba su connotación pecaminosa que escandalizaba a los escritores moralistas de la época, los que eran mayoría: «El paseo de Julio -observa Garasa- está siempre asociado a la nostalgia porteña. Es el sitio preferido para instalar fondines, prostíbulos y hoteles para parejas ocasionales.»

No faltaban tampoco en Buenos Aires arterias apáticas. Para Martínez Estrada, merecían este calificativo las de Rivadavia, Rodríguez Peña, San Martín y la mayoría de las del barrio Norte. La de Florida, al igual que la de Boedo, había dado su nombre a dos grupos literarios de vanguardia. Pero ninguna calle porteña iba a alcanzar fama comparable a la de Caminito, cortada que une la calle Garibaldi con la Vuelta de Rocha y que en 1926 rozó la gloria gracias al tango de Juan de Dios Filiberto, el músico por excelencia de la barriada boquense, con versos del poeta riojano Gabino Coria Peñaloza.

El barrio de Flores obtuvo cierto renombre literario merced a la novela *Silvano Corujo*, de Fernando Gilardi, escrita en 1931, de ambiente porteño y a la vez rural, pues Silvano, su protagonista, vivía en una casa con patio de tierra endurecida, igual que tantas otras de los suburbios. «Gente gris y escenario gris», dice de esta novela Carmelo Bonet. Y no es para menos, pues el autor se complace en describir el curso de carnaval en Flores, aspectos del Bañado y de los andurriales próximos a Villa Soldati.

Cuando Leopoldo Marechal empezó a redactar sin prisa los originales de *Adán Buenosayres*, se propuso relatar a la manera cervantina las aventuras de un grupo de amigos: el astrólogo Schultze, el filósofo dionisiaco Samuel Tesler, el criollo-



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

sofo Pereda y el *globe trotter* Franky Amundsen, nombres ficticios que encubren las personalidades de Xul Solar, el poeta Jacobo Fijman y Jorge L. Borges, además del autor. De paso, ofrecía una visión casi mitológica del barrio de Villa Crespo y de los despoblados de Saavedra, donde ese refinado grupo de intelectuales se empeñaba en buscar las esencias del criollismo.

Florencio Escardó, en *Geografía de Buenos Aires* (1945), reconoce que es una característica porteña la ausencia de centros comunes de interés en la ciudad. Lo que se llama el Centro -afirma- es una zona heterogénea y desincronizada, donde las calles son activas de día, pero, con excepción de Corrientes, muertas y silenciosas de noche. En cambio, quien se di-

rige por Rioja hacia el sur halla de sopetón en Caseros un «centro», luminoso y activo, que abarca pocas cuadras; lo mismo le sucede a quien camina por Independencia hasta Boedo; o por Almirante Brown hasta la Boca; son «centros de barrio, con sus cines, sus cafés, sus negocios sus *habitués*, su historia, sus tipos, su mística, en los que vive aun gente que no conoce el Obelisco».

Escardó asegura que sólo los intendentes se encuentran obsesionados por el problema del Centro y proyectan vías cómodas para que el tránsito apresurado vaya y venga. Lamenta en cambio el escaso interés de los porteños por sus plazas y por aprovechar y descubrir los encantos ocultos de la gran ciudad. Esta indiferencia por la naturaleza y por el pintoresquismo

Derecha: un colectivo es desatascado por los pasajeros en el barrio de Saavedra. Abajo: juzgado de paz en el barrio de Monserrat; el edificio era de la época de Rosas. Al pie: un tráfico heterogéneo de tranvías, automóviles, camiones y carros tirados por caballos cruza el puente Pueyrredón, en la Boca, «otro país» según Martínez Estrada.



se percibía ya hacia 1940 como un hábito arraigado en la ciudadanía.

Tiempos modernos

Cuando el intendente José Guerrico, designado por la dictadura de Uriburu, apagó el último farol de querosén que ardía en Buenos Aires, la luz eléctrica se convirtió en el único sistema de alumbrado público. Era un signo relevante de los tiempos modernos, visibles asimismo en otras expresiones de la vida urbana.

La casa de departamentos pasó a ser el objetivo vital de buena parte de las clases alta y media. El *petit hôtel* empezaba a resultar oneroso de mantener, y las familias preferían reducirse antes que lidiar con el



El teatro en la década del 30

Puede decirse que, en general, los teatros de espectáculo por horas, sustentados por obras en un acto de cincuenta y cinco minutos de duración, sufrieron manifiestamente una declinación que ya apuntaba desde años precedentes.

El llamado género chico, en particular la sainetería criolla, había caído en una saturadora reiteración proclive a la utilización de recursos sobados y remanidos, vulnerando el atractivo de los espectáculos y promoviendo, en consecuencia, la retracción del público. Un repertorio concebido sin inquietudes artísticas mayores, habitualmente escrito a medida para el lucimiento de tal actor o cual actriz, desalentaba toda reacción para revitalizarlo y salvarlo de la rutina. Impuso a las empresas la necesidad de hacer un cambio fundamental. De ahí el reverdecimiento de las obras en tres actos que ocuparan todo el lapso del espectáculo, y por consiguiente, una superación y jerarquización en la selección de obras y en la integración de los elencos. Los autores tuvieron que adaptarse a las nuevas circunstancias. Ejemplo de ello fue la evolución de autores como Malfatti y De las Llanderas, binomio familiarizado con el éxito, que a partir de una producción intrascendente, obtuvo en el teatro El Nacional un éxito de resonancia gracias a la compañía de Muiño-Alippi, con una obra de mayor enjundia, *Así es la vida*, incorporada definitivamente al patrimonio autoral de la escena vernácula.

Como reacción a un teatro adocenado o baladí, meramente especulativo en lo que atañía a buscar logros por los caminos más fáciles, como era el que predominaba en el panorama es-

cénico porteño, se produjo el advenimiento y el florecimiento de los llamados teatros independientes, a modo de emulación de otros movimientos similares acaecidos en otras ciudades evolucionadas, que sentaron precedentes ejemplificantes y aleccionadores. Fue una acción idealista, emprendida por fervorosos y desinteresados francotiradores de una causa que consideraron inaplazable para salvar a la escena nacional de un estancamiento deplorable, dándole una nueva tónica e imponiendo pautas calificadoras en la excoGITación de las obras representadas en ellos.

Un público adicto, coincidente con las premisas artísticas que proclamaban los llamados «independientes», acompañó la cruzada por un teatro de jerarquía.

Numerosas obras del teatro universal, relegadas en el teatro llamado peyorativamente «comercial», cobraron actualidad a través de sacrificados elencos que no vacilaron en ocupar locales ocasionales, en los que tuvieron que superar deficiencias y dificultades de toda naturaleza.

Los «independientes» cumplieron una etapa decisiva en la evolución de nuestro teatro ■

Roberto A. Tálice

Autor y director teatral, periodista, jurado nacional e internacional, de proficua labor en la radio, el cine y la televisión, ha escrito varios libros de memorias y ha sido elegido por séptima vez presidente de la Sociedad General de Autores de la Argentina (Argentores).



Archivo General de la Nación



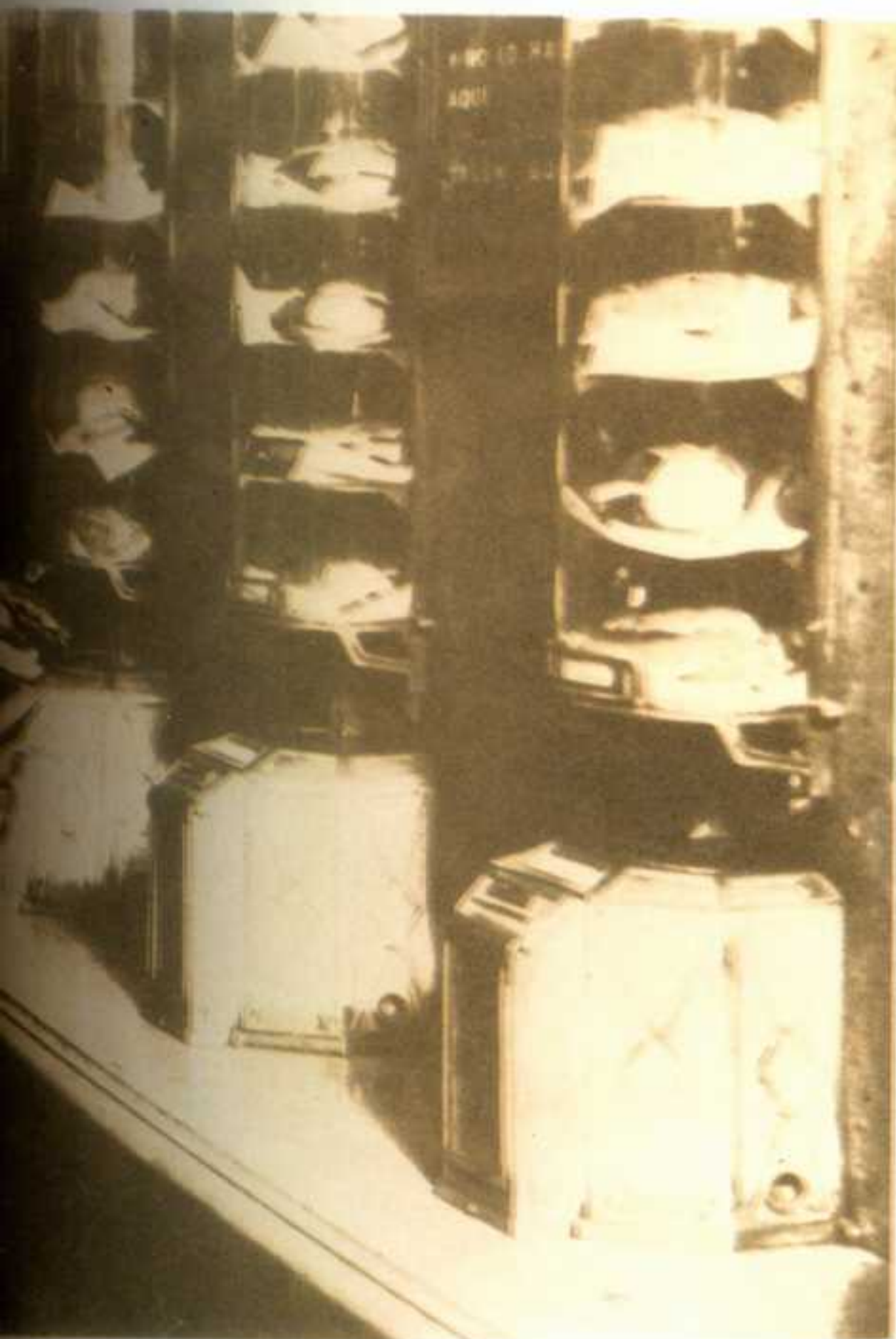
Archivo General de la Nación

servicio. Inclusive los grandes palacios de la *belle époque* se convirtieron en oficinas públicas o en embajadas, tal como sucedió con la mansión de los Pereda, adquirida por la legación del Brasil, o con el palacio de los Anchorena, comprado por el Ministerio de Relaciones Exteriores. Los departamentos eran viviendas más económicas para las épocas de crisis y también más anónimas. Dice Martínez Estrada:

«La casa de departamentos es hoy por antonomasia el hogar metropolitano y la aspiración del huésped que no ama el país»



Derecha: un clásico bar porteño, donde el tiempo transcurría entre café, copas y amistad; Enrique Santos Discépolo encontró las palabras exactas para cantar al Cafetín de Buenos Aires, «mezcla milagrosa de sabihondos y suicidas». Centro: un invento que atraía mucho público, el bar automático, donde se podía comer sin recurrir al mozo.



no es el hogar, sino el hospedaje, un lugar cotidiano para pernoctar.» Contribuyen -agrega-, al igual que los restaurantes de comidas rápidas, a relegar la vida familiar y resultan incluso una invitación a la infidelidad de los varones.

Sin embargo, a pesar de la multiplicación de los comederos públicos, todavía en los años treinta era frecuente que el empleado o el funcionario se trasladara a su casa cubriendo un largo trayecto en tranvía para almorzar. Comía generalmente puchero y asado, dos platos no demasiado livianos, y después regresaba al Centro.

Eclosión espiritual en 1934

«**E**l Espíritu donde quiere sopla.» Este terminante aserto sobre la libertad del Espíritu Divino, formulado por el Señor en su diálogo con Nicodemo (Juan, III, 8), es de constante cumplimiento en la historia y explica los aparentemente más inexplicables cambios y giros ocurridos en la vida de la humanidad. Tal podría ser el caso de nuestro Congreso Eucarístico Internacional de 1934 y los asombrosos frutos espirituales que arrojó.

En efecto, la impiedad y el descreimiento religioso de fines del siglo XIX perduraron en Buenos Aires durante las dos primeras décadas del novecientos. La juventud porteña vivía de espaldas a la Iglesia. Los templos, semidesiertos, eran frecuentados más por rutina que por devoción. Las ceremonias rituales solían desarrollarse ante la mirada impávida e indiferente de asistentes a los que ni se les pasaba por la mente la idea de participar en ellas o de recibir los sacramentos. En los institutos de enseñanza superior o secundaria reinaba el más glacial positivismo, y muy raro era que en la prensa periódica (único medio de comunicación de masas en aquellos tiempos) alguien se aventurase a sostener las olvidadas tesis doctrinarias del catolicismo.

Pero apenas iniciado el decenio 1921-1930 surgen modestos, modestísimos, síntomas de algún cambio futuro. Un pequeño monasterio benedictino, integrado por no más de cinco o seis monjes, comienza a desarrollar su espontáneo apostolado litúrgico, y un número de fieles, al principio muy reducido pero en constante aumento, empieza a participar en los oficios sagrados compe-

netrándose cada vez más de los tesoros de la oración oficial de la Iglesia y de la vida sacramental. Paralelamente un grupo de jóvenes universitarios funda los Cursos de Cultura Católica, con el objeto de profundizar la Fe, vivirla con intensidad y propagarla en los ambientes intelectuales, literarios y artísticos. De esta manera aparecen los síntomas anunciadores de un despertar de la adormecida piedad de los fieles y de un rejuvenecimiento de sus prácticas religiosas, juntamente con un creciente afán de mejoramiento del nivel del apostolado intelectual bajo las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino.

Los dos referidos síntomas se multiplican y se generalizan en los años 30 con la creación y el desarrollo de la Acción Católica, con sus múltiples centros parroquiales, esparcidos bien pronto por toda la República. Organizada por edades y por sexos, la rama de la juventud masculina despliega una intensa acción apostólica, tanto en el plano de la inteligencia como en el orden de la piedad litúrgica. Además de las tareas desarrolladas en cada uno de los centros, se extiende la costumbre de realizar reuniones interparroquiales y concentraciones en las plazas y las calles. El canto en común del Credo, en latín y gregoriano, coreado por toda la concurrencia, pasa a ser habitual y corriente, así como el del himno «¡Christus vincit! ¡Christus regnat! ¡Christus imperat!» ■

Santiago de Estrada

Presidente de la Junta Nacional de la Juventud Católica, 1931-1932; embajador ante la Santa Sede (1958-62 y 1970-73); profesor universitario desde 1932 y decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Católica (1966-70 y 1975-85).



El carnaval representaba uno de los picos de la diversión anual. Los corsos de la Avenida de Mayo eran evento obligado; para desfilan en ellos había que prepararse con mucho esmero. Al centro: confeccionistas de máscaras en 1930; se hacían a mano y ofrecían gran variedad de caras graciosas o truculentas, humanas o de animales.

Otros preferían ir al café, al restaurante o al bar automático.

«Los más jóvenes -escribe Bernardo Kordon en *La reina del Plata*-, en vez de pasarse las horas en el café, optaban por gastarse las monedas en los novedosos bares automáticos. Ponían un níquel en una ranura, un disco giraba bajo una campana de vidrio, y el sandwich caía por una especie de tobogán.» Fernández Moreno -recuerda Garasa- no transigía con esos aparatos diabólicos: «No eras -apostrofa el poeta- bar automático, ni una mala cocina / eras pared de mármol y piso de aserrín.»

Los grandes restaurantes baratos, tan fríos como anónimos, son analizados por Martínez Estrada. En ellos los obreros de



El Balneario Municipal de la Costanera Sur era un buen programa para los días feriados. No faltaban los fotógrafos (pág. 122, al pie) ni las concurridas celebraciones en el espigón (abajo) donde podían lucirse «audaces» trajes de baño. Viñeta: la moda del copetín, ilustrada por Valdivia en 1938 para Caras y Caretas, prendió con fuerza en las porteñas.



corto sueldo y larga jornada de labor comen algún guiso, sopa y pan. Las mujeres clientas, empleadas, dactilógrafas, vendedoras de tienda, bien vestidas y educadas, parecen avergonzadas de ser vistas en sitios tan populares. Leen novelas mientras comen y aprovechan para descansar un rato.

Para el mismo autor, la verdadera gente de pueblo es la que se reúne los jueves y los sábados en las ferias municipales. Se entretiene en una tarea que no ha sido modificada por el paso de los siglos. Otras actividades, y sobre todo otras diversiones, incorporan nuevas posibilidades cada vez más variadas.

Las orquestas de tango hacían furor en el Buenos Aires de los años treinta. Además

de Carlitos Gardel, que ya era un ídolo internacional antes de su muerte trágica en 1935, había otros ídolos de la canción popular por excelencia. A partir de 1937 Aníbal Troilo se presenta en el porteñísimo *Marabú* y actúa también en Radio Splendid. El *Tabarís* de la calle Corrientes es el cabaret preferido por la gente adinerada y los diplomáticos que aman la noche. Juan D'Arienzo es el rey del compás en el *Chantecler*, mientras Francisco Canaro alcanza triunfos resonantes en el teatro Maipo. Orquestas favoritas del público eran las de Julio De Caro, Carlos Marcucci y Osvaldo Fresedo; como vocalistas se destacaban Rosita Quiroga y Azucena Maizani.

El ritmo del jazz se había apoderado igualmente de otra parte del alma nocturna de

Buenos Aires. Lo monopolizaba Eduardo Armani, y daba oportunidad al lucimiento de cantantes muy jóvenes, como Paloma Efrón (*Blackie*) que se destacó por haber ganado el concurso de Jabón Federal en Radio Sténtor cantando *Stormy weather*.

Los paseos domingueros solían orientarse hacia el Balneario Municipal de la Costanera Sur, entonces no contaminado por el progreso, o a la montaña rusa y los juegos del Parque Japonés en Retiro, donde hoy se yergue la mole del Sheraton. Estaba de moda admirar a la misteriosa Flor Azteca, una cabeza incorpórea de india, colocada en un florero, que hablaba y leía el pensamiento.

Los más cultos podían recorrer las instalaciones del Museo de Bellas Artes, que en esos años se trasladó a su actual sede de la entonces avenida Alvear, donde ocupó un edificio destinado originariamente a Obras Sanitarias de la Nación. La habilitación del Museo Sarmiento fue otro testimonio del interés por los temas del pasado, que empezaba a arraigar gracias a la labor de muchos eminentes historiadores y eruditos.

Pero la pasión popular se concentraba en los deportes, el fútbol, el boxeo y las carreras, Irene Leguisamo era el ídolo de Palermo, adonde había llegado en 1922 desde el Uruguay, su patria. Deslumbrado al principio por el espectáculo imponente del hipódromo porteño, pronto se convirtió en favorito de «los nenes de la popular», como diría el tango compuesto en su honor, estrenado por Tita Merello en 1925 e immortalizado por Gardel, que era un «hincha» decidido del *jockey* uruguayo.

Él mismo relata en su autobiografía *De punta a punta: setenta años en el turf*, su tarde más gloriosa vivida en Palermo: «Y llegó el 13 de diciembre de 1931, con el acontecimiento casi increíble pero que no puedo olvidar mientras viva [...] cien veces mi vida. Fue ese 13 de diciembre de 1931 cuando estuve a punto de ganar todas las carreras de la reunión de ese día en Palermo. Gané siete sobre ocho carreras disputadas: con El Machito, Miss Ede, Bunker, Some Boy, Artesana, Calipso y



El tango se había constituido para siempre en la música de Buenos Aires. Al pie: dos de sus grandes creadores, Julio De Caro y Francisco Canaro (1° y 2° desde la izq.) y el recitador Fernando Ochoa (tercero). Abajo, izq.: Irene Leguisamo, gloria turfística. Pág. 125, arriba, izq.: el Hipódromo Argentino, en Palermo, inaugurado en 1876.

Todos (y todas) rinden examen

El protagonista de *La ciudad de un hombre*, la novela que Leónidas Barletta publicó en 1943, reflexiona sobre los prejuicios de los porteños:

«Más aliviado pensó en Velazco: hacía sufrir, pero cumplía su destino. Era más valiente que él, en esta ciudad sin valentía para vivir, levantada por la ansiedad de querer ser. De pronto se sintió irritado contra la ciudad donde todos andaban rindiendo examen. Después alguien daba su conformidad diciendo: sabe vivir. Y asimismo había que seguir luciendo esta habilidad y se olvidaba uno de vivir realmente. Las casas su-

perponían fachadas a los viejos frentes lisos y los arquitectos decían desde los balcones: *ya ven ustedes que no sólo en Europa...* Las mujeres se emperejilaban y caminaban contoneándose con un glacial: *no tengo el gusto de conocerlo*. Las mujeres casadas ostentaban al marido como la prueba palpable de su honestidad. Y había resistencia a creerles y entonces se las oía gritar: *mi esposo*, o bien: *yo soy la esposa...* Y cuando alguien decía: *señora*, era para que se supiera que hacía un distinguo. Entonces lo supieron las prostitutas y exigieron que se las llamase señoras, y era muy agradable, porque en seguida deponían su agresividad» ■



Archivo General de la Nación



Cascajo, y entré segundo con Firmeza [...] Todavía recuerdo que en la última carrera exigí a Cascajo con todo [...] necesitaba este último triunfo de la tarde, mi vida entera pasaba por mi mente a través de todas las alegrías, amarguras, fracasos, mi lejano Arerunguá [...] tarde de triunfo como jamás pude soñar [...] casi podía sentir haber llegado a la cumbre, con ese pasaje donde un mundo enloquecido gritaba mi nombre y el aplauso se hacía cada vez más estruendoso ante el saludo casi temblante con que yo contestaba el jamás soñado homenaje».

Francisco García Jiménez agrega, en *Así nacieron los tangos*, que luego de esta

Derecha: Tita Merello, salida del teatro de revistas, era una cotizada cantante de tangos; triunfó en el cine sonoro con Tango (1933) y en el teatro serio con Santa María del Buen Ayre, de Larreta. Centro, izq.: Gardel y Le Pera (ambos con flor en el ojal) poco antes del accidente en 1935. Centro, der.: Leguisamo y Razzano llevan el féretro de Gardel.



Archivo General de la Nación



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

reunión triunfal del Hipódromo en que Leguisamo bebió el néctar de la victoria en vaso colmado, debido a que Gardel había faltado a la cita por encontrarse en Europa, el extraordinario jinete le remitió este telegrama: «Carlitos: Corrí en las ocho. Gané siete. Y en la otra entré segundo. Te dedico este día glorioso. Legui.»

Dos espectáculos popularísimos, el boxeo y el fútbol, habían contribuido, como se dijo en un capítulo anterior, a definir la personalidad de los barrios. La Boca, Vélez Sársfield, San Lorenzo de Almagro, eran otras tantas expresiones del espíritu de la barriada que vio nacer a esos clubes.

Mataderos, zona obrera por excelencia, se enorgullecía de ser la patria chica del célebre púgil Justo Suárez («el torito de Mataderos»), cuya estrella se apagó prematuramente en 1939 después de su derrota a manos de un boxeador norteamericano. A su regreso al país, gravemente enfermo, falleció; tenía apenas 29 años y poseía los cinturones de campeón argentino y sudamericano de peso mediano.

La pluma ácida de Roberto Arlt no dejó de consignar en sus *Nuevas aguafuertes porteñas* la irrupción de ese elemento característico del deporte de masas que es el *hincha*, «sujeto de cara encendida y léxico bramoso».

«El hincha [...] bocaza perrera o mastinesca [...] es carne de cañón. Cae a los *stadiums* como la langosta, y si no se come el pasto que hay junto a los alambrados, lo aplastan todos los cascos de una tropa de caballos. Entre o no entre, pero si consigue filtrarse, casi siempre se ingenia para instalarse en las populares y vociferar desde allí palabrotas que hacen rechinar sus mandíbulas; con tanto entusiasmo las vomita al espacio.»

Las multitudes de la década

Pero a pesar de que la literatura crítica de los años treinta insista en la falta de emo-

El entierro de Hipólito Yrigoyen se efectuó el 6 de julio de 1933. El pueblo de Buenos Aires invadió las calles, terrazas y balcones (al pie, izquierda); fue una imponente manifestación de respeto por el presidente derrocado en 1930. Al pie, centro: otra demostración popular masiva estuvo representada por el Congreso Eucarístico de 1934.

ciones populares que fueran más allá de los deportes, y en la apatía de los porteños, otros datos permiten señalar los distintos momentos que acapararon el interés de la población de Buenos Aires entre 1930 y 1943.

Por supuesto, la muerte del popularísimo Carlos Gardel significó un gran espectáculo de duelo colectivo, que tuvo oportunidad de exteriorizarse en 1936, algunos meses después del accidente de Medellín, cuando los restos del «Morocho del Abasto» llegaron a Buenos Aires y fueron velados en el Luna Park, antes de ser trasladados al cementerio de la Chacarita.

Una connotación eminentemente política y al mismo tiempo emotiva tuvo el en-

tierro de don Hipólito Yrigoyen, el 6 de julio de 1933 (había muerto el lunes 3) en pleno gobierno de la Concordancia, después de una larga campaña de desprestigio a que había sido sometida la figura del caudillo radical derrocado el 6 de septiembre de 1930. La manifestación de duelo popular compensó con creces la relativa indiferencia y aun el tibio apoyo con que el pueblo porteño había presenciado la revolución de septiembre, y una multitud acompañó los restos del ex presidente desde su casa del barrio de Constitución hasta el cementerio de la Recoleta. Así describió el diario *La Razón* algunos aspectos de estas exequias:

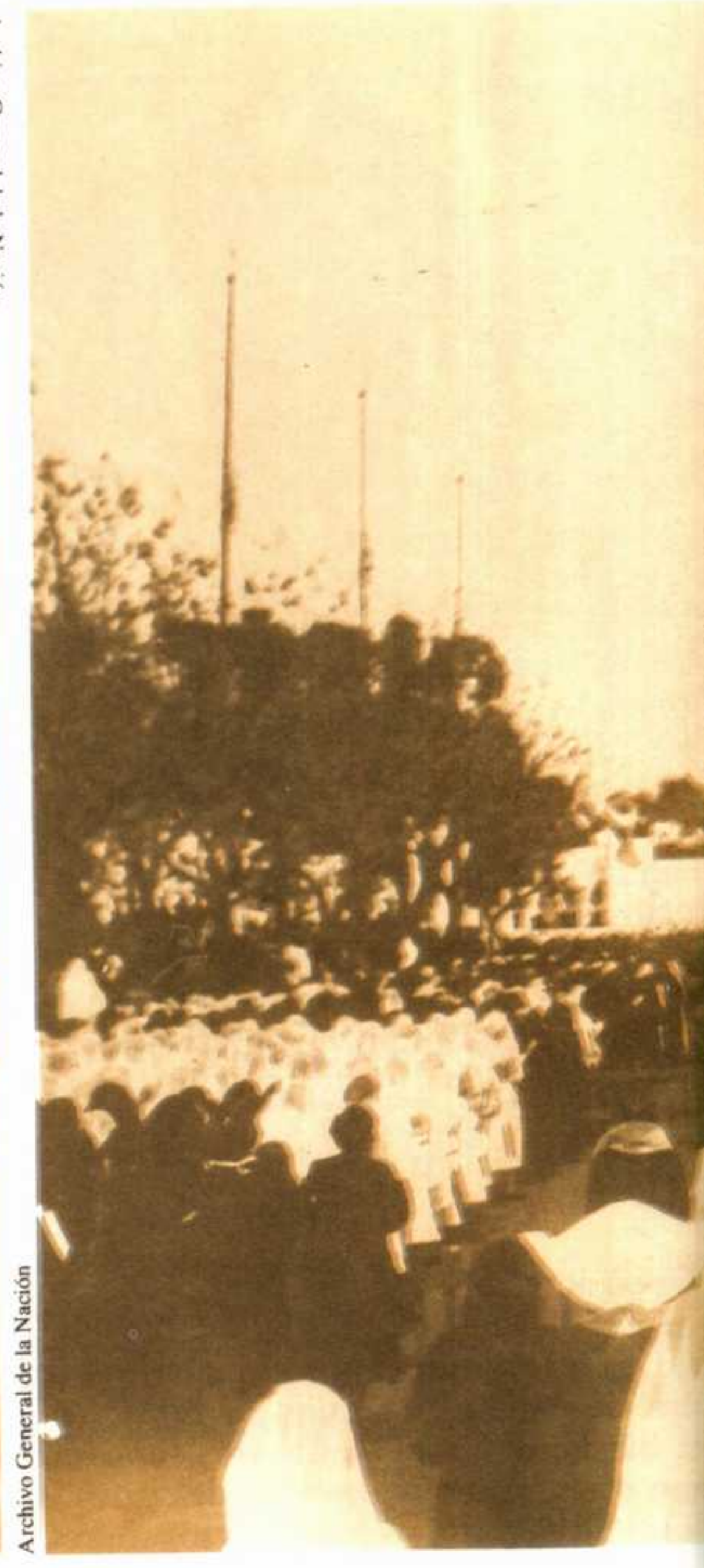
«Recién pasadas las 12 se puso en marcha el cortejo. Imposible describirlo en su im-

ponencia, como no sea recurriendo a las palabras de Belisario Roldán: "Va a haber que ensanchar las calles porque va a salir el pueblo!" ¡Ni un espacio libre en las aceras y calzadas. Balcones colmados sobre la diagonal Sáenz Peña decían también de la elocuencia del homenaje de Buenos Aires al caudillo que durante medio siglo influyó en el rumbo de la historia cívica nacional.

»[...] El féretro era llevado a pulso. Inmediatamente detrás, seguían 15 000 mujeres entre flores y banderas. Al enfilear la avenida Callao, el ataúd parecía navegar en un mar de cabezas. Casi cuatro horas después de iniciada la marcha, a las 15.15, llegaba a la Recoleta. Y por unos momentos, se aquietó la marejada huma-



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

El cardenal Eugenio Pacelli, futuro Pío XII, legado papal en el Congreso Eucarístico (centro, izq.). Centro, der.: una confesión al aire libre. Al pie, der.: aspecto de la Plaza de Mayo en un acto del Congreso Eucarístico. Viñetas: «Buenos Aires at night», aviso de diversiones nocturnas en la revista Universo (1933), y Gardel en L'Illustration (1932).



na para escuchar la palabra de los que iban a expresar el sentimiento de la ciudadanía.» Dijo el ex presidente Alvear: «Como la cordillera andina que destaca su cumbre en la vasta extensión del continente, Hipólito Yrigoyen es una cumbre inaccesible a las mezquindades que pretenden empañar su memoria, incorporada al panteón de nuestros próceres». Otras voces se sumaron al duelo, entre ellas la del ex senador Armando G. Antille, quien recordó que Yrigoyen era amigo de la paz continental y que amó a la patria «no en símbolos ni abstracciones, sino en la carne sufrida del pueblo».

La crónica periodística termina así: «Era alta la tarde cuando finalizó la ceremonia, coincidiendo con la caída del sol.

Lentamente la multitud se disgregó, en retorno a sus hogares. Algunos grupos marcharon hacia el centro, al frente de banderas enlutadas, entonando a media voz las estrofas del Himno Nacional. Las gentes en las aceras se descubrían respetuosamente. Las luces del alumbrado anunciaron el fin del día, cuyo último resplandor iluminó a todo un pueblo reverente, en su saludo final al viejo caudillo».

Así despedía Buenos Aires al gran luchador contra el Régimen, ahora renaciente, y al mismo tiempo expresaba sus preferencias políticas. Un año después la celebración del XXXII Congreso Eucarístico Internacional -en octubre de 1934- iba a permitir a los porteños manifestar sus

sentimientos religiosos con una profundidad desconocida hasta entonces en la capital argentina, poco propensa a ese género de expresiones. El materialismo reinaba y, salvo algunos hechos esporádicos y aislados, los ciudadanos debían ocuparse de su bienestar temporal y de los problemas que aparecían en sus difíciles vidas de todos los días.

La influencia de la Iglesia Católica en el país se había oscurecido un tanto debido a la difusión de la masonería en las clases dirigentes y en especial a partir de la sanción de las llamadas leyes laicas de 1880. Lentamente, a través de actividades tales como las de los Círculos de Obreros Católicos, la Acción Católica, y de la prédica de los curas de las colectividades italia-



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Dos momentos de la construcción de la avenida General Paz, en 1940 y 1941. Buenos Aires pudo jactarse, desde entonces, de tener una autopista similar a las de las ciudades más prósperas del mundo; aquellos años tumultuosos dejaron, entre otros saldos, el de la opulencia edilicia.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

na, irlandesa y alemana, el catolicismo se fue haciendo militante. Se afianzó su prestigio entre la gente adinerada, en parte gracias a la labor intensa que desarrollaron los Cursos de Cultura Católica y a la propaganda de la fe que realizó la revista *Criterio*, orientada por el padre Gustavo J. Franceschi. Se fue preparando así el clima fervoroso que se puso de manifiesto con motivo del XXXII Congreso Eucarístico Internacional.

Preparado cuidadosamente hasta en sus mínimos detalles por el comité ejecutivo que presidía monseñor Daniel Figueroa, las jornadas del Congreso resultaron inolvidables para los fieles de la ciudad porteña y de la República toda. Contribuyó a señalar su importancia la visita de un sinnúmero de altos dignatarios eclesiásticos de los países hermanos de América. Como legado papal vino el secretario de Estado de Pío XI, el cardenal Eugenio Pacelli -futuro Pío XII- cuya espiritualidad causó gran impresión en la feligresía.

Jamás se habían visto en Buenos Aires semejantes multitudes movilizadas alrededor de un acontecimiento religioso. Junto a la gran cruz levantada en Palermo, sobre el Monumento a los Españoles, se celebraron las misas solemnes de los niños y de las mujeres. La noche dedicada a la comunión de los hombres marcó quizá el más emocionante momento de piedad colectiva, porque los fieles se confesaron durante horas en los más diversos idiomas del mundo. Se rezó especialmente por la paz entre Bolivia y Paraguay y una ceremonia especial se dedicó a las naciones hispánicas. En la ceremonia de clausura se escuchó por los altoparlantes la bendición apostólica impartida por el representante del Papa.

La realización de estas jornadas demostró una vez más que la capital argentina estaba en condiciones de ofrecer espectáculos para sensibilidades y públicos muy variados. Era éste otro rasgo más de esa gran ciudad que entre 1930 y 1943 seguía siendo una isla muy diferenciada del resto del país y ajena en buena medida a las vicisitudes que contemporáneamente conmovían el mundo ■

2. Ortiz y su lucha

Producto del fraude impuesto en el país, la fórmula Ortiz-Castillo triunfó en las elecciones de 1937. Pero el presidente fue demostrando con actitudes tales como la intervención a la provincia de Buenos Aires que deseaba ofrecer una nueva propuesta a la Nación. En marzo de 1940 falleció su esposa y vino el derrumbe. Recrudesció su antigua diabetes y quedó casi ciego; renunció y Castillo se convirtió en encargado del Poder Ejecutivo. Desde su residencia particular, Ortiz no podía sanear los hábitos de una Argentina acostumbrada a la corrupción y a la hipocresía. Su enfermedad era irreversible: murió el 15 de julio de 1942, facilitando de esa manera la aparición de figuras nuevas en el escenario mayor de la política nacional.

Agosto de 1937: Roberto M. Ortiz pronuncia un discurso proselitista en la ciudad de Mendoza. Como sucedió en la mayor parte del país, la Concordancia se aseguró el triunfo en dicha provincia mediante el fraude, ejercitado a través de una amplia gama de métodos que no excluían la violencia extrema contra los opositores.

Las elecciones presidenciales del 5 de septiembre de 1937 fueron tan violentas y fraudulentas como podía esperarse. En Buenos Aires se impidió, prácticamente, que los radicales sufragaran; en la localidad de Coronel Dorrego, un dirigente, Juan Maciel, fue cosido a balazos cuando se dirigía a enfrentar a los matones que impedían a sus correligionarios llegar a las urnas; en San Martín, Lincoln, Tres Arroyos y otros puntos hubo tiroteos. En Santa Fe se obligó a declarar por quién se votaba. En Mendoza y San Juan las presiones fueron variadas. En Salta hubo más de cien opositores detenidos; allí y en Jujuy se dejó de votar al mediodía, y durante el resto de la jornada el oficialismo manipuló las urnas a su antojo, llenándolas con sus propios votos.

Alvear no podía dar crédito a las noticias que le llegaban ese día. Justo le había transmitido, horas antes, las más solemnes garantías, pero otra vez el presidente dejaba de cumplir con su palabra... Un mes después se completó el escrutinio. La UCR había triunfado en la Capital Federal, Córdoba, Tucumán y La Rioja; en las restantes provincias, la victoria era de Ortiz-Castillo. Fue una sorpresa el triun-

fo radical en La Rioja, provincia con gobierno concordancista, pero también lo fue el triunfo concordancista en Entre Ríos, que tenía gobierno radical: sucedió que los radicales de origen yrigoyenista se habían negado tercamente a votar a Alvear. De todos modos, 248 electores conservadores y antipersonalistas contra 128 radicales aseguraban a la Concordancia su permanencia en el oficialismo hasta 1944. Y el 20 de febrero de 1938, en una función llena de boato y solemnidad, Justo entregó el mando a su sucesor.

El nuevo presidente

Se dijo en su tiempo que la designación de Ortiz se debió al propósito de Justo de dejar en el poder a un hombre sin mayor envergadura política, a fin de volver a ocupar la primera magistratura por segunda vez. Si esa fue la intención de Justo, ciertamente se equivocó.

Roberto M. Ortiz tenía 52 años al asumir la presidencia. Hijo de vasco y navarra, había heredado una posición económica cómoda que le permitió dedicarse, desde su juventud, a la actividad política den-



Archivo General de la Nación

Abajo, izquierda: Ortiz (sentado, derecha) como practicante en la Asistencia Pública en 1903; antes de ingresar en la Facultad de Derecho había estudiado medicina. Abajo, derecha: un discurso de Ortiz en el Luna Park durante la campaña presidencial. Centro: Alvear en un acto en Córdoba, provincia en la que triunfó el radicalismo.

Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



tro del radicalismo. Había hecho su *cur-sus honorum* con eficacia aunque sin mayor brillo: concejal, diputado, ministro de Alvear, primero (Obras Públicas), y luego de Justo (Hacienda). Era antipersonalista pero tenía buenos amigos entre los radicales, sus antiguos correligionarios. Su figura regordeta parecía vender salud: en realidad, arrastraba de años atrás una diabetes relativamente controlada, cuyo tratamiento detenía su natural voracidad. Era un político de pies a cabeza, más inteligente de lo que su aspecto parecía transmitir. Y a pesar de que había colaborado con un gobierno fraudulento, aunque su exaltación a la presidencia estaba manchada de fraude, Ortiz tenía convicciones profundamente democráticas. Sabía que era imposible seguir gobernando mediante ese vicioso recurso y se

proponía erradicarlo de la vida política. Soñaba con cerrar el ciclo de los clásicos enfrentamientos entre radicales y conservadores, para propiciar un movimiento nuevo que sintetizara lo mejor de ambas tendencias. No ignoraba que estos propósitos tropezarían con enormes dificultades y por ello reservaba sus opiniones, lo que contribuía a hacer menos definida su personalidad pública. Pero Ortiz, a pesar de su aspecto bonachón y superficial, era hombre capaz de decisiones drásticas: así lo demostró cuando fue ministro de Alvear y, no obstante haber sido abogado de empresas ferroviarias británicas, no vaciló en obligarlas por decreto a rebajar tarifas abusivas. Ahora estaba resuelto a lavar su pecado de origen y a justificar, con un gobierno histórico, su cuestionado acceso a la Presidencia de la Nación.

Las primeras fintas

El gabinete de Ortiz reflejaba la delicada arquitectura de la Concordancia: lo integraban tres conservadores (Manuel Alvarado en Obras Públicas, Pedro Groppo en Hacienda y José Padilla en Agricultura), un antipersonalista (Diógenes Taboada en Interior), dos técnicos independientes (Jorge Eduardo Coll en Instrucción Pública y José María Cantilo en Relaciones Exteriores), además de los dos ministros militares. El eje de los proyectos de Ortiz sería Taboada, hábil puntano que compartía su ideario de saneamiento electoral.

Pero las cosas tendrían que hacerse despacio: Ortiz conocía su debilidad política y no podía lanzarse a acciones apresura-

Abajo: numeroso público acude a recibir a Alvear cuando llega a la provincia de Mendoza en junio de 1937, cumpliendo la gira de su campaña electoral. Al pie: Ortiz (centro, con moñito) en 1925, cuando era ministro de Obras Públicas durante un viaje de inspección por Neuquén y Río Negro para controlar obras de riego y vías férreas.



Archivo General de la Nación

das. Dos semanas después de asumida la presidencia, hay elecciones de diputados en casi todo el país. El espectáculo de las violencias contra los opositores se reiteró en todas las provincias concordancistas, especialmente en Buenos Aires y Santa Fe, pero fue en San Juan donde se produjeron los mayores desbordes. Allí, como consecuencia del desplazamiento de Cantoni después de la revolución de 1934, gobernaba el conservador Juan Maurín, que había conseguido pelearse con todo el mundo. Los comicios sanjuaninos fueron, ese 6 de marzo de 1938, una farsa: más de mil fiscales radicales y bloquistas habían sido detenidos por la policía al iniciarse el acto electoral.

El presidente tuvo que aguantar estas corruptelas pero lo de San Juan era tan tor-



Archivo General de la Nación

Pie de página: Antes de la partida de la fragata Sarmiento, concurren al acto de despedida los ministros de Agricultura, José Padilla; de Hacienda, Pedro Groppo; del Interior, Diógenes Taboada, y el canciller José María Cantilo (de izquierda a derecha). Detrás, mirando a la cámara, Benito Sueyro, que sería ministro de Marina en 1943.

Página 133, arriba: Ortiz y Castillo llegan al Congreso, para asumir sus cargos, el 20 de febrero de 1938. Al pie, izq.: en Caras y Caretas Justo desaconseja a Ortiz que recurra a la Constitución Nacional para arreglar los problemas del país. Al pie, der.: Ortiz llega al Colegio Militar acompañado por el ministro de Guerra, Carlos Márquez.

Las urnas del fraude

Del libro *Ortiz: reportaje a la Argentina opulenta*, por Félix Luna (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1978) reproducimos el testimonio de un dirigente conservador del partido de Exaltación de la Cruz, provincia de Buenos Aires, en relación con las elecciones de gobernador del 25 de febrero de 1940 en las que triunfó Alberto Barceló y que fueron posteriormente anuladas por la intervención decretada por Ortiz contra el gobernador Fresco:

-La orden de Fresco fue hacer fraude. Aquí, en Exaltación de la Cruz, el caudillo conservador, doctor Terreros, no era partidario de eso: creía

que podía ganar limpiamente. Pero la orden de La Plata era terminante y tuvimos que cumplirla. Tal vez lo que quería Fresco era comprometernos a todos... Las urnas que íbamos a llenar con boletas de Barceló teníamos que buscarlas en Ramallo y eran iguales a las que distribuía el Correo. Nosotros las cambiamos y yo, en una de ellas, para que la sustitución no fuera tan grosera, metí unas quince boletas de Siri-Suárez. Cuando por curiosidad abrimos las urnas auténticas, me encontré con que los votos radicales de la que yo había cambiado eran apenas seis... ¡Desde entonces los radicales me deben nueve votos!

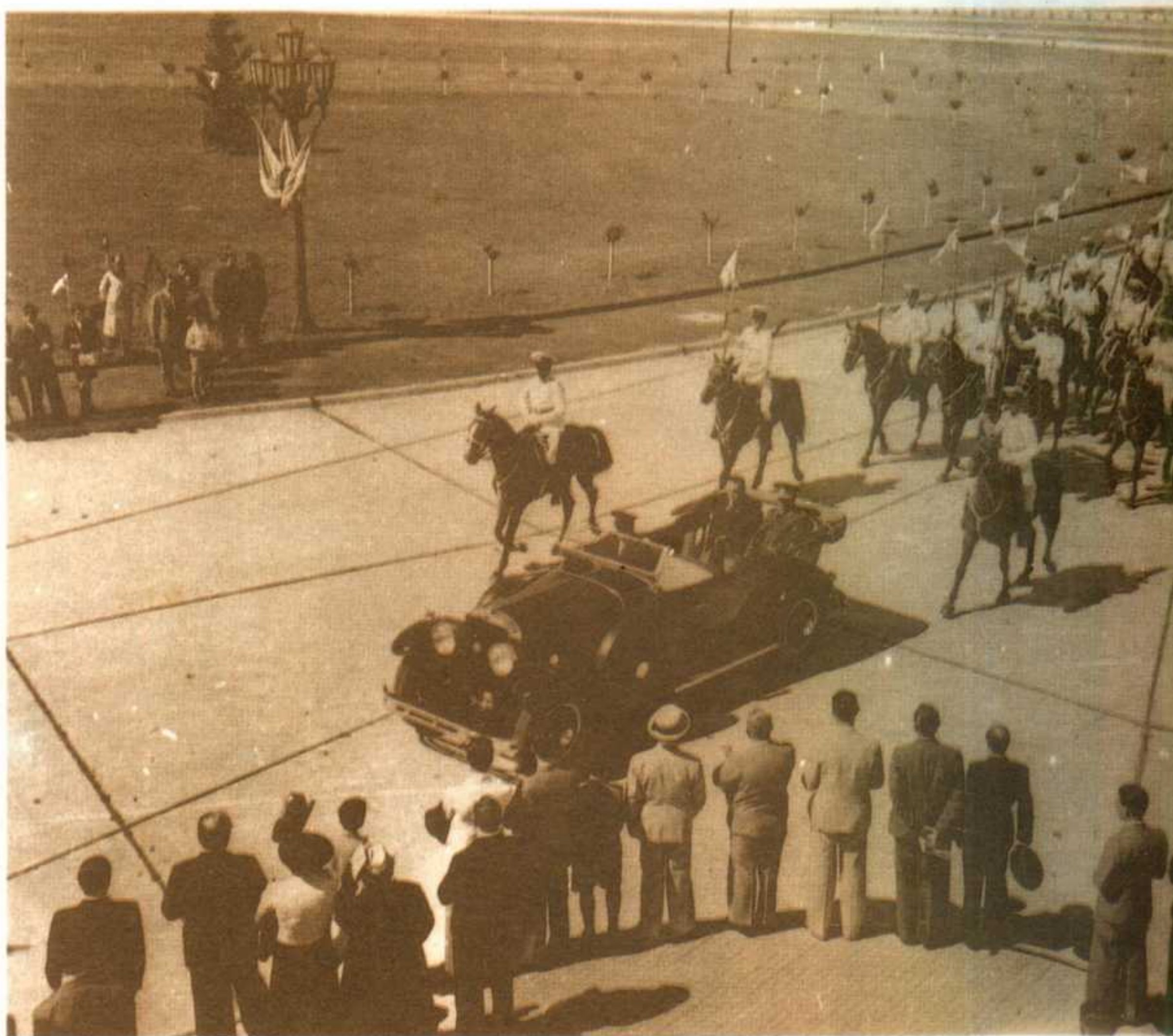
pe que, a las 17 horas de ese domingo, el ministro Taboada envió un telegrama a Maurín previniéndole que el gobierno nacional tomaría medidas si el mandatario provincial no reprimía ejemplarmente los desbordes. Era sólo un aviso, una prevención: pero era algo. En tiempos de Justo no se hubiera concebido semejante actitud. El mensaje del ministro del Interior no tuvo mayor repercusión: la opinión pública estaba habituada a escuchar palabras solemnes que nada significaban. Sin embargo, para los íntimos de Ortiz, el telegrama de Taboada al gobernador de San Juan anunciaba un propósito que el presidente mantendría inquebrantablemente.

Fueron elecciones en las que, paradójicamente, todos tuvieron motivos de satisfacción. El bloque radical de Diputados, que antes contaba con 42 legisladores, aumentó a 63; pero la Concordancia obtuvo la minoría de la Capital Federal desplazando al socialismo y aumentando su bancada a 83. Sólo cinco socialistas habían quedado en la cámara joven. Era un brillante congreso el de aquellos años: a su actividad e integrantes nos hemos referido en un capítulo anterior.

Después de los comicios de marzo la política se fue aquietando y Ortiz comenzó a gobernar. La Argentina no planteaba problemas apremiantes. Las últimas consecuencias de la crisis se habían desvanecido. No existía ya una desocupación alarmante, el peso argentino estaba firmemente cotizado (un dólar por 3,80 m\$n), la cosecha de trigo se anunciaba abundantísima. Las obras públicas iniciadas por Justo proseguían sin interrupción: la avenida General Paz completaba su moderno trazado y por el nuevo camino a Mar del Plata circulaban los automotores en cantidades crecientes. Aunque se vivían con pasión las alternativas de la guerra civil española y se presentía la posibilidad, cada vez más inminente, de un estallido bélico en Europa, nada parecía preocupar a los argentinos como para rebajar el optimismo que campeaba en todos los sectores. Se seguían usando telas inglesas y consumiendo productos alimenticios elaborados en Europa, pero una industria cada vez más sólida sustituía muchas importaciones y reclamaba



Archivo General de la Nación



Centro, izq.: Diógenes Taboada (2° desde la izq.) espera su turno para votar en las elecciones de diputados celebradas en marzo de 1938. Al pie, izq.: Ortiz y sus ministros en la cubierta del crucero La Argentina. Al pie, der.: Caras y Caretas de abril de 1938 muestra la "corrida" sufrida por el gobernador de San Juan, Maurín, cuya provincia ha sido intervenida.

mano de obra en forma creciente. En este contexto, la imagen opulenta de Roberto M. Ortiz, luciendo frac y galera en los actos oficiales más solemnes, recibiendo a visitantes extranjeros o inaugurando escuelas, edificios públicos y caminos, o más campechanamente, asistiendo a maniobras militares y navales, representaba bien el espíritu de un país que «marchaba sobre rieles» y cuya prosperidad ocultaba las corruptelas políticas que ensombrecían, sobre todo en ocasión de los comicios, el panorama de sus instituciones.

Las nuevas funciones del presidente lo obligaban a moderar su pasión por las comidas copiosas y las tertulias prolongadas. En la residencia oficial que ocupaba con su mujer y sus hijos solteros -en Sui-pacha, entre Santa Fe y Charcas-, pasaba la mañana recibiendo a sus íntimos o comunicándose telefónicamente con sus colaboradores. A las 15.30 llegaba a la

Casa de Gobierno y allí permanecía hasta la noche. Un severo régimen alimenticio dictado por el doctor Pedro Escudero, su médico y dietista, mantenía controladas su diabetes y las marcas de la balanza.

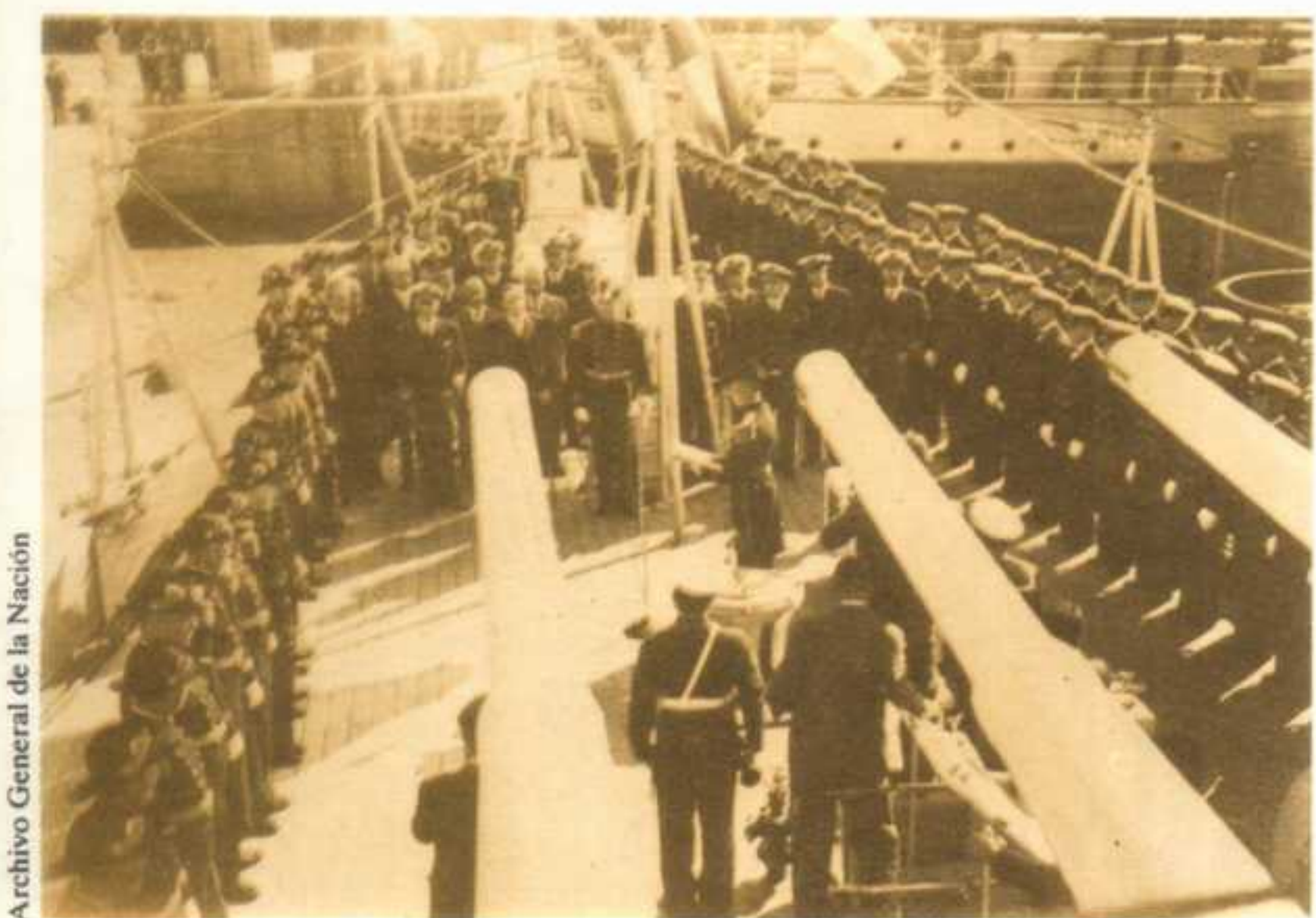
Así pasó 1938 y el siguiente, el año en que estalló la segunda guerra mundial. El 3 de diciembre de 1939 hubo elecciones de renovación gubernativa en Catamarca. Todos los indicios hacían suponer que en la provincia del Valle se reiterarían las irregularidades ya conocidas. Días antes del comicio, Taboada habló telefónicamente con el gobernador saliente y le hizo saber que el presidente no toleraría que se perpetraran fraudes. Pero el comicio fue absolutamente irregular, aunque la opinión pública no se escandalizó demasiado: un poco por la importancia relativa de la elección en esa pequeña provincia, otro poco porque ya se estaba acostumbrando a esos bochornosos es-

pectáculos y, además, porque en esos días estaba absorbida por la dramática batalla naval del Río de la Plata, que culminaría con el hundimiento del acorazado «de bolsillo» alemán *Graf Spee* y el posterior suicidio de su comandante.

Pero Ortiz no se distraía. El fraude catamarqueño le ofreció una excelente oportunidad para marcar sus propósitos de saneamiento. Diez días después de las elecciones el gobierno nacional envió al de Catamarca un verdadero ultimátum: consideraba que era nulo el acto electoral y anunciaba que si los poderes locales no lo reconocían así, la provincia sería intervenida. Y, en efecto, a principios de febrero de 1940 Catamarca fue intervenida. El vicepresidente Castillo rompió relaciones políticas con su compañero de fórmula, en solidaridad con sus comprovincianos; el bloque conservador de diputados publicó un manifiesto advirtien-



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Izquierda: Ortiz presencia ejercicios en una visita oficial al Regimiento de Granaderos a Caballo. Al pie: Ortiz asiste a otra maniobra militar, esta vez en Entre Ríos, 1938, y escucha al coronel Benjamín Menéndez (extremo derecho) que explica el resultado de las prácticas ejecutadas en la oportunidad.

do al presidente de la gravedad del acto que había producido, mientras que en el radicalismo se produjo una explosión de alegría.

Eran las fintas de una dura lucha que iba a desarrollarse en los años siguientes. Porque el hueso realmente duro, el tema urticante en el que Ortiz jugaría su poder y su prestigio, estaba en la provincia de Buenos Aires y se iba a disputar en marzo de 1940.

La prueba de fuego

Manuel Fresco, elegido gobernador de Buenos Aires en 1935 por los métodos que ya se han descripto en un capítulo anterior, había evolucionado ideológicamente hasta sentirse muy cerca del fascismo. Era un conservador cuyo secreto desprecio por la democracia se había poten-

ciado en una incondicional admiración por el poderío de los regímenes totalitarios europeos. Paralelamente a una acción gubernativa rica en obras públicas, Fresco se había complacido en intimidar a la oposición, cerrarle por todos los medios el camino de las urnas, crear una policía militarizada, imponer la enseñanza obligatoria de la religión católica en las escuelas provinciales, perseguir a las cooperativas eléctricas y privilegiar a las grandes empresas de servicios públicos, al tiempo que ensalzaba públicamente a Hitler y a Mussolini, cuyo saludo solía imitar, brazo en alto. Grandote y temperamental, era detestado por los opositores, que veían en él los peores defectos del nacionalismo criollo de extrema derecha.

En febrero de 1940 debía elegirse a su reemplazante. Después de un forcejeo interno bastante duro, los conservadores bonaerenses resolvieron proclamar a Al-

berto Barceló, el caudillo de Avellaneda asociado a la explotación del juego y la prostitución en esa ciudad. Paradójicamente, el nombre de Barceló servía a las intenciones de Ortiz, porque era injustificable que el «fraude patriótico» se perpetrara para imponer a una figura cuya imagen popular era pésima. Y el fraude se ejerció una vez más. El presidente había advertido a los radicales -que postularon a Obdulio Siri como candidato- que no toleraría irregularidades, y lo mismo había hecho transmitir a Fresco. El 25 de febrero no hubo actos de violencia, pero la mayoría de las urnas fueron subrepticamente cambiadas alterándose los resultados reales por los que Fresco quiso... Ortiz tascó el freno y esperó.

El domingo siguiente, 3 de marzo, debían realizarse elecciones de diputados en Buenos Aires y otros distritos. Fresco creyó prudente no extremar sus arbitrios, y



Ortiz y la regeneración democrática

La decisión del presidente Ortiz de convertirse en un nuevo Sáenz Peña en nada debía afectar el dominio de Gran Bretaña sobre nuestra estructura económica.

Abogado de los ferrocarriles ingleses, cuya candidatura a la presidencia había sido proclamada en la Cámara de Comercio Británica de Buenos Aires, Roberto M. Ortiz no podía alentar un proyecto nacional que dañara los intereses de sus todopoderosos clientes. Por el contrario, la democratización de la vida política se compaginaba perfectamente con la perpetuación del vasallaje argentino y lo hacía aún más perfecto, en cuanto tendía sobre él el velo de un funcionamiento institucional depurado de su vicio más repugnante: el fraude. En efecto, desde que se instaló el gobierno de Justo todos los esfuerzos del oficialismo y de los sectores sociales más lúcidos ligados a la dominación inglesa habían estado orientados a lograr la participación del partido opositor, la Unión Cívica Radical, en las periódicas elecciones fraudulentas que organizaba el régimen, de modo que esa participación avalara la comedia del sufragio «soberano». Alvear mediante, ese objetivo se había conseguido finalmente en 1935, cuando la UCR levantó la abstención en su convención nacional de ese año, con la oposición de los yrigoyenistas. Ahora, con un radicalismo amansado y doblegado espiritualmente, que había interiorizado los valores del *establishment* semicolonial, la diplomacia británica estaba dispuesta a poner un broche de oro a su gran maniobra estratégica, digna de la pérfida Albión: permitir que el mismísimo radicalismo asumiera la

conducción política de su «Sexto Dominio». Habiendo olvidado que la disyuntiva -como lo proclamaban por esos mismos años Scalabrini Ortiz, Saúl Taborda, Jauretche, los hermanos Irazusta y otros patriotas- se planteaba entre seguir siendo una factoría próspera o una república dueña de sus destinos, las clases medias ya asimiladas al *status* semicolonial y que se expresaban a través del alvearismo, habían colocado en primer plano la contradicción «fraude o democracia», que, sin dejar de ser real, era no obstante secundaria frente a la otra. De manera que la generosa disposición del presidente enfermo asumía, objetivamente, el carácter de una pieza esencial de aquella genial maniobra. Sólo los políticos ligados al disfrute inmediato y grosero de posiciones y canonjías la resistían, pero los estadistas que veían más lejos (Ortiz, Roca...) sabían que era lo mejor. La ciudadanía podría elegir libremente sus conductores y éstos administrarían el país sin causar demasiados sobresaltos a los inversores británicos. Alvear era un hombre confiable ■

Roberto A. Ferrero

Historiador, ha escrito *Del fraude a la soberanía popular* y otras obras, en particular sobre la historia económica de Córdoba.

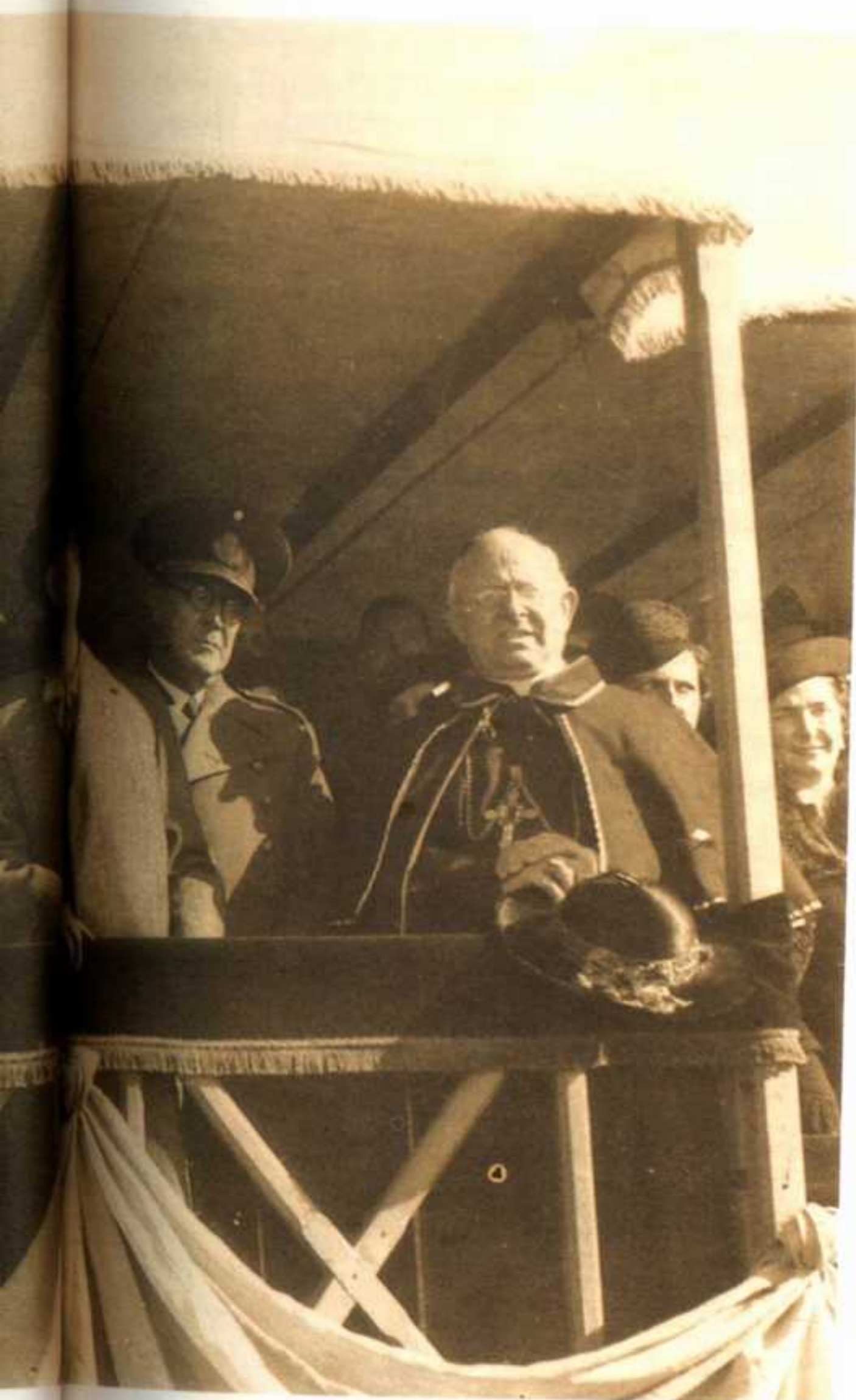


Archivo General de la Nación

esta vez se votó casi normalmente. El escrutinio dio por resultado una cómoda mayoría radical por primera vez desde 1931, con lo que quedaban demostradas dos cosas: que el fraude no era un mal endémico sino una corruptela que podía evitarse cuando el gobernante lo ordenaba; y que las cifras manipuladas por Fresco eran falsas, puesto que una elección libre arrojaba mayoría radical.

No precisó más el presidente para actuar. El 8 de marzo, en medio de gran tensión, decretó, en acuerdo de ministros, la intervención a la provincia de Buenos Aires. Fresco no había creído en las advertencias del presidente y la medida lo tomó de sorpresa. El general Luis Casinelli se hizo cargo del gobierno de La Plata en una operación relámpago y todo el aparato de poder de Fresco se derrumbó: no pudo, siquiera, decir un discurso, y debió retirarse por una puerta excusada de la Casa de Gobierno, abucheado por una multitud alborozada.

Las relaciones del gobierno con las Fuerzas Armadas y la Iglesia eran óptimas. Ortiz comparte un palco oficial con su esposa, María Luisa Iribarne, el contralmirante Mario Fincati, el ministro de Guerra, Carlos Márquez, y el titular de la sede episcopal metropolitana, cardenal Santiago Luis Copello.



Fue el momento más alto de la popularidad de Ortiz, que jamás había sentido hasta entonces el calor del aplauso masivo. Los radicales estaban exultantes. Los conservadores, que en privado lo calificaban de traidor, no se atrevieron a producir una ruptura formal. Justo había aprobado la intervención, pues con ella caía el último epigono del ideario uriburista. Ni siquiera hubo crisis de gabinete: sólo Alvarado y Padilla renunciaron, para ser rápidamente reemplazados por Luis M. Barberis y Cosme Massini Ezcurra.

Todo hacía pensar que Ortiz iniciaría ahora una alta estrategia política para promover un movimiento que superara los antagonismos tradicionales y ofreciera una propuesta nueva al país. La designación de Octavio Amadeo, figura consular y respetada, como interventor de Buenos Aires así parecía anunciarlo. Pero la fatalidad se interpuso en el destino de Ortiz, y a partir de marzo de 1940 comenzó su derrumbe.

Palomar: el *affaire* más famoso

El 23 de agosto de 1940 renunciaba el presidente de la Nación, doctor Roberto M. Ortiz, como consecuencia de las investigaciones parlamentarias acerca del negociado de las tierras de El Palomar.

Este *affaire* fue, sin duda, el más importante de una serie de casos de corrupción entre funcionarios y políticos -como el de la CHADE, el de los «niños cantores» de la Lotería Nacional, o el de los colectivos- que caracterizó una época signada al comienzo por el fraude electoral, pero en la que se hicieron serios esfuerzos para reencausar la democracia en la Argentina. Porque precisamente el presidente Ortiz -surgido de comicios fraudulentos- buscó con empeño el regreso a la vigencia de la ley Sáenz Peña.

En el negociado de El Palomar aparecen emporcados conocidos diputados radicales y conservadores, dos generales de la Nación -uno de ellos el propio ministro de Guerra- y funcionarios de distinta categoría. ¿En qué consistió el negociado? El trámite fue el siguiente: dos comisionistas compraron en El Palomar 222 hectáreas a 65 centavos el metro cuadrado y en el mismo momento de firmar las escrituras se las vendieron a la Nación a 1,10 el metro cuadrado. Con lo cual percibieron una ganancia en el acto de un millón de pesos. Para llegar a esa ganancia sobornaron a fin de que se votara una partida especial en el Congreso y se produjeron diversos dictámenes favorables. Las tierras fueron compradas para ampliar las instalaciones del Colegio Militar, y por eso intervino directamente el ministro de Guerra, el general Már-

quez, a quien la mordacidad porteña lo transformó en «Palomárquez».

Las fuerzas reaccionarias dentro del conservadurismo trataron de aprovechar este «Watergate» argentino para hacer tambalear al enfermo presidente Ortiz, que había iniciado firmemente una acción democratizante en la República con elecciones limpias en las provincias. Y lo realmente valioso de este episodio es la reacción inmediata del Parlamento argentino, que llevó la investigación hasta sus últimas consecuencias. Lo importante fue que supo juzgarse a sí mismo y dejar en descubierto la profunda corrupción que reinaba en la sociedad argentina.

El denunciante fue un periodista: José Luis Torres, y el Senado nombró a una comisión investigadora en la que descollaron el socialista Alfredo L. Palacios y el conservador mendocino Gilberto Suárez Lago. Los observadores políticos de la época creyeron ver en el general Justo al instigador de la campaña de descrédito contra el presidente Ortiz, en un intento de retrotraer el plan de democratización iniciado.

El escándalo de El Palomar fue creando -sin ninguna duda- el ambiente en la opinión pública que llevaría al fin del régimen el 4 de junio de 1943. Y así, poco más tarde, surgiría el peronismo, que si no fue una revolución, fue por lo menos una revulsión de la sociedad argentina ■

Osvaldo Bayer

Periodista e investigador, autor de *Los vengadores de la Patagonia trágica*, y de *Severino Di Giovanni, idealista de la violencia*.

El drama de un hombre honrado

El primer episodio fue el fallecimiento, casi repentino, de su esposa. María Luisa Iribarne había sido una buena compañera de Ortiz, le había dado tres hijos -otros cuatro murieron poco después de nacer- y había sido una atenta guardiana de los desarreglos de su marido. Su muerte abatió a Ortiz y lo mantuvo recluido en su casa durante algunas semanas en el mes de abril.

A mediados de mayo Benjamín Villafañe, senador jujeño, denunció un negocio que se habría perpetrado en torno a la compra de unas tierras en El Palomar. Se nombró una comisión investigadora

cuyas conclusiones gravitaron en la neutralización política de Ortiz.

Finalmente, el 20 de junio de 1940 el presidente experimentó una caída en su salud. Había asistido al acto del Día de la Bandera -recientemente instituido- y las inclementes condiciones del tiempo lo afectaron con una aparente gripe. En realidad, el episodio era mucho más grave, aunque ello no trascendió en ese momento: lo que había ocurrido era una manifestación de su vieja diabetes, que lo había dejado virtualmente ciego. El 3 de julio Ortiz delega provisionalmente el mando en Castillo. Se supuso que por pocos días; en realidad, ya no volvería a ejercer la Presidencia de la Nación.

Al pie, izq.: A. Barceló (izq.), caudillo de Avellaneda, en el Jockey Club de Punta Lara, en 1938, conversa con el presidente de la institución, Uberto Vignart; el segundo desde la izq. es Roberto J. Noble, ministro de Gobierno de Buenos Aires. Al pie, der.: Caras y Caretas muestra a Ortiz "colgando" a sus amigos, entre ellos Fresco, y Manuel M. de Iriondo.



Archivo General de la Nación



Hemero de la Biblioteca Nacional

CARAS y CARETAS

Derecha: Octavio Amadeo, designado interventor de la provincia de Buenos Aires después del fraude practicado por Fresco. Extremo derecho: Cosme Massini Ezcurra, ministro de Agricultura reemplazante de José Padilla. Al pie: Fresco, gobernador de Buenos Aires de 1936 a 1940, con su mujer, Raquel Monasterio, en 1937.

Todo el país siguió con inquieta atención la discusión del peculado, y se registró cierta inquietud en el Ejército. Fue entonces, el 22 de agosto, cuando Ortiz presentó su renuncia a la presidencia, considerando que debía sostener a su ministro. La dimisión fue rechazada por la casi unanimidad de la Asamblea Legislativa, pero la autoridad presidencial había sufrido un grave deterioro. Se llamaba a Márquez «el general Palomárquez», y grupos nacionalistas germanófilos recorrían las calles clamando contra la corrupción de la democracia. Hay que recordar que ese invierno de 1940 había presenciado el arrollador avance de las tropas de Hitler sobre Noruega, Dinamarca, Bélgica, Holanda y Francia, y que en algunas unidades militares estas victorias nazis causaban profunda impresión.

A principios de septiembre el gabinete de Ortiz renunció, para dejar a Castillo, como encargado del Poder Ejecutivo, en libertad de acción. Castillo, que no podía saber por cuánto tiempo estaría a cargo del gobierno, optó por un ministerio mixto. Designó al antipersonalista Miguel Culaciati en Interior -marcando ello una clara diferenciación respecto de Taboada-, y a cuatro conservadores en las otras carteras: Julio A. Roca (h.) en Relaciones Exteriores, Federico Pinedo en Hacienda, Guillermo Rothe en Instrucción Pública y Daniel Amadeo Videla en Agricultura. En reemplazo de Márquez nombró al general Juan Tonazzi, amigo de Justo, y al almirante Mario Fincanti en Marina. Era, sin duda, un gabinete de transición, compuesto de figuras a las que el vicepresidente respetaba pero en las que no confiaba totalmente. No tenía otra solución: todo dependía de la suerte del enfermo de la calle Suipacha.

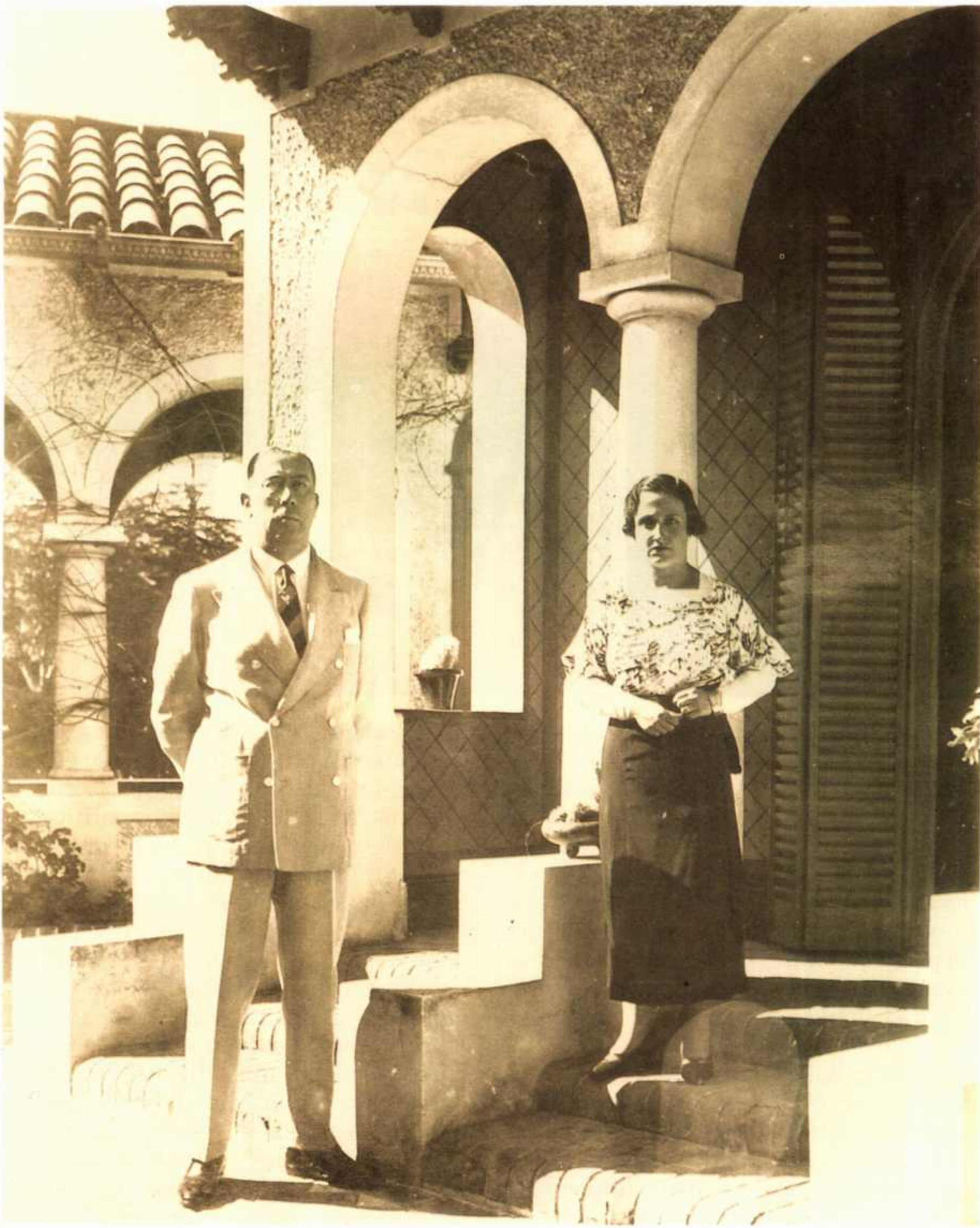
A partir de ese momento, la política del país quedó condicionada por la salud de Ortiz. El presidente recibía a sus visitantes, conversaba largamente con ellos, reafirmaba su fe democrática, pero nadie podía establecer con certeza el estado real de su salud y, sobre todo, si su visión tendía a mejorar. Los médicos especialistas que se ocupaban de su problema ocular tenían una impresión muy definida. El 23 de octubre se realizó una consulta que no tuvo estado público. Todos los profesio-



Archivo General de la Nación

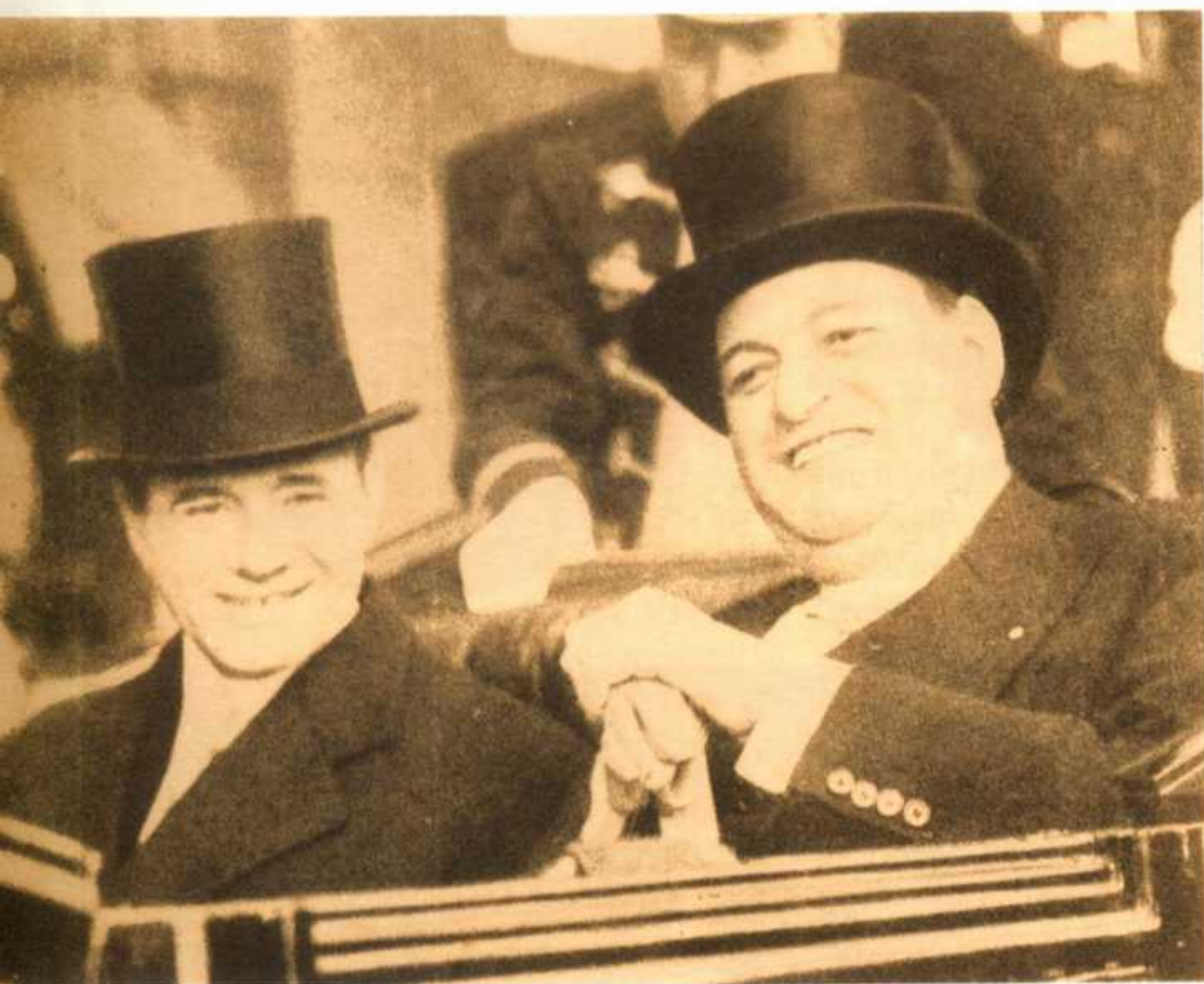


Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Ortiz y el presidente del Paraguay, José Félix Estigarribia, en 1939 (abajo, izquierda). Centro, izquierda: Pedro Escudero, médico y dietista, quien controlaba la salud del presidente, amenazada por la diabetes. Centro, derecha: la hija de Ortiz, María Angélica, en una fotografía publicada por Caras y Caretas en 1938.



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Archivo General de la Nación



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Archivo General de la Nación

nales participantes coincidieron en que la ceguera del ojo derecho era total, y que el izquierdo se encontraba muy lesionado y permitía apenas una percepción vaga de colores y volúmenes. La conclusión era que la medicina ya no podía hacer nada para revertir la retinopatía de Ortiz y que ni siquiera una mejoría de su estado general podría modificar su ceguera. El doctor Escudero informó detalladamente de esta situación a su paciente.

Ortiz pudo haber renunciado en ese momento, pero no lo hizo. ¿Qué lo movió a seguir siendo presidente sólo de nombre, un presidente sin poder, maniatado por su ceguera, que debía asistir, impotente, al arrasamiento de su política?

No lo sabemos con certeza, pero es posible que Ortiz haya pensado que su permanencia formal en el cargo podría constituir una valla a los propósitos políticos de su antiguo compañero de fórmula. En realidad, no fue así. En las elecciones de Santa Fe (diciembre de 1940) donde triunfó Joaquín Argonz, y en las de Mendoza (enero de 1941) que consagraron a Adolfo Vicchi, se volvieron a reiterar las escandalosas prácticas que en marzo, con la intervención a Buenos Aires, parecían haber quedado atrás. El interventor en Buenos Aires renunció: era evidente que Castillo aprobaba el fraude, y la permanencia de Amadeo al frente de los poderes bonaerenses era un obstáculo a sus intenciones.

Todo se había agravado en el plano político. Un intento de acuerdo entre el gobierno y el radicalismo, intentado por Pinedo en una entrevista con Alvear en Mar del Plata, fracasó estrepitosamente. En febrero, Ortiz publicó un manifiesto repudiando la reiteración del fraude, advirtiendo sobre los peligros que asechaban a la democracia si esas prácticas continuaban y dando a entender muy elusivamente que podría reintegrarse a su cargo en cualquier momento. Alvear, por su parte, anunciaba que así ocurriría muy pronto. Roca y Pinedo, cuyo compromiso conservador no prevalecía sobre su legalismo y no querían seguir complicándose con las intenciones de Castillo, habían renunciado a sus cargos en el gabi-

Página 140, derecha: María Luisa Iribarne de Ortiz, esposa del presidente, fallecida inesperadamente en marzo de 1940. Al pie: Ortiz en el Patronato Nacional de Ciegos; entre él y la empleada aparece monseñor Miguel de Andrea, consagrado obispo de Temnos en 1920, y a la derecha está el subsecretario de Salud Pública, Carlos A. Broudeur.

Ruptura entre Castillo y Roca

Ramón Columba fue durante casi cuarenta años taquígrafo legislativo, pero además, su lápiz caricaturizó con gracia y sin malignidad a la fauna parlamentaria que conoció: desde prominentes legisladores hasta «los negros del Congreso», los postulantes y la barra. En 1950 publicó *El Congreso que yo he visto*, donde sumaba sus recuerdos a estos dibujos. De este libro extractamos la importante carta que el doctor Julio A. Roca (h.) envió al vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo, doctor Ramón Castillo, en enero de 1941, para protestar por el fraude cometido en las elecciones de Santa Fe y prevenirle sobre los peligros de su reiteración. Dice Columba:

«Comienza el grave documento del entonces canciller Roca confesando su propósito incontenible de decir todo lo que piensa con el fin de «atenuar o conjurar los peligros emergentes de la delicada situación política a la que el país se halla abocado» por «los acontecimientos de que ha sido teatro la provincia de Santa Fe».

Léase el fraude en las recientes elecciones, como que más adelante habla «del dolo en la elaboración de los instrumentos probatorios de los resultados del comicio».

»Y comienza su juego acostumbrado de interrogaciones: «¿Deberá el Poder Ejecutivo de la Nación escudarse en el dogma de las autonomías provinciales para convertirse en testigo impasible de los excesos y las maniobras, o deberá considerar como deber primordial el de asegurar la verdad del sistema representativo de gobierno?» Vuelve a señalar el doctor Roca los malos caminos por los que anda la República y que conducen «a la abstención o a la protesta revolucionaria». Exige «la más alta garantía de legalidad y de respeto por los veredictos del comicio, cumpliendo ante el país un deber superior, en cuya presencia nada valen los compromisos partidarios». Tiene una visión profética. Él prevé una revolución: «El deber esencial de la hora presente es conservar la paz material y espiritual de la República» -expresa-. Y esa

tranquilidad no se concibe si no se basa en «el pleno ejercicio de los derechos electorales y el acceso pacífico a las posiciones públicas». «Si aspiramos a ser tratados como un pueblo democrático y libre, no hay otro camino que el de la leal y sincera práctica de nuestras instituciones». Agrega que la gravedad de los acontecimientos de Santa Fe son tales que «un deber de conciencia, impuesto por los compromisos públicamente contraídos ante el país», lo lleva a retirar su colaboración al gobierno del doctor Castillo. Párrafos antes recuerda que cuando aceptó el cargo de canciller, en septiembre de 1940, lo hizo en adhesión a la política interna y externa del presidente Ortiz.

»La carta de Roca a Castillo -que no se conoció en ese momento- finaliza diciendo que si el Poder Ejecutivo no cumple con su deber, «se expondrá a ser sorprendido por sucesos sobre los cuales habrá perdido todo control, y a librar al país a las mayores incertidumbres y a las más hondas perturbaciones» ■

nete, con lo cual el vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo se encontraba en mejor situación para seguir rodeándose con su propia gente.

Por de pronto, necesitaba disipar la esperanza en un pronto retorno de Ortiz. El recurso del que se echó mano fue brutal: una comisión investigadora del Senado para establecer cuál era el real estado de salud del presidente. ¡Como si fuera un empleadito que finge estar enfermo! Durante un mes y medio los senadores conservadores -ni los radicales ni el socialista Palacios se prestaron a integrar la comisión- indagaron, interrogaron y pidieron informes técnicos, ante el digno silencio del enfermo. El debate público no llegó a

Archivo General de la Nación

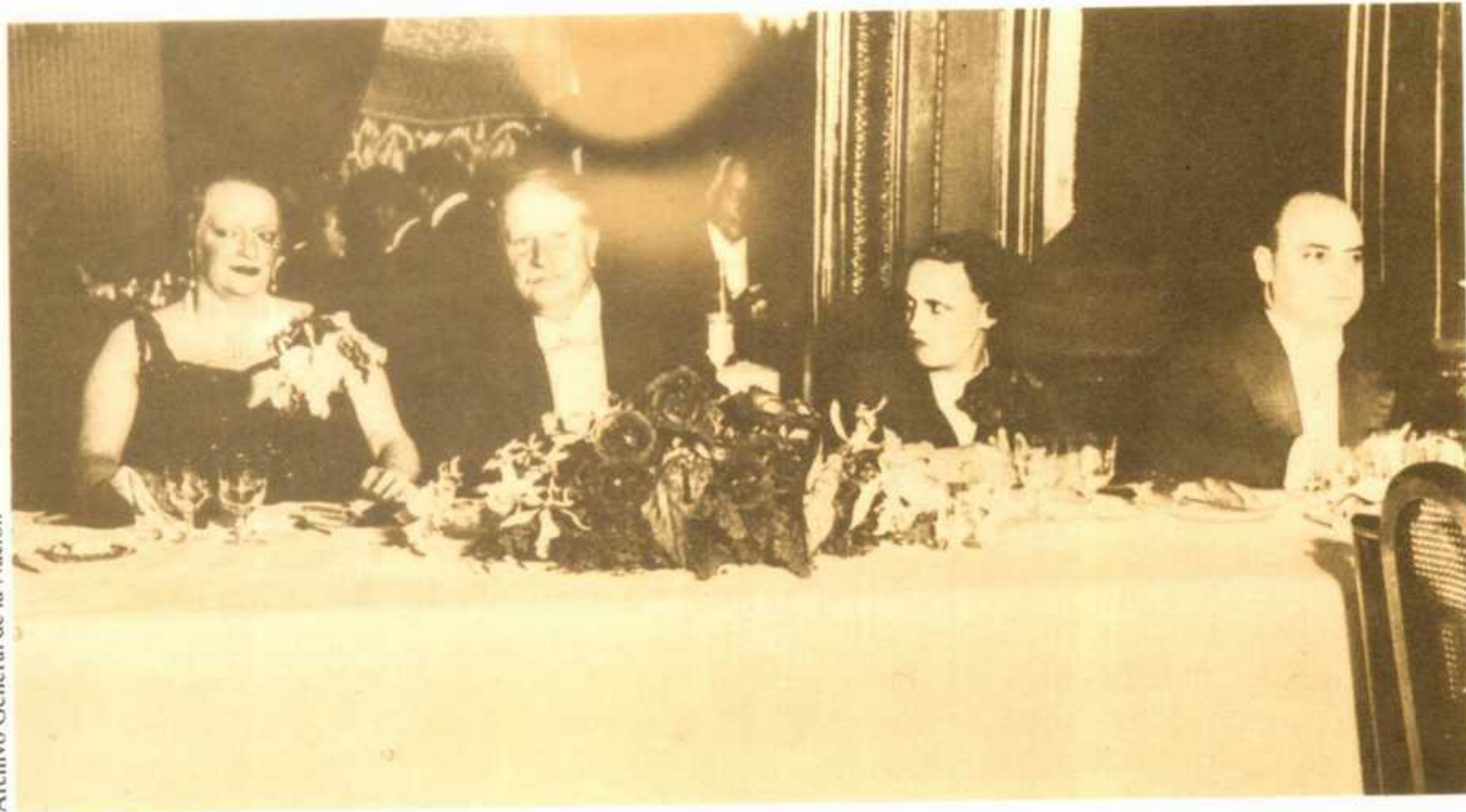


María Luisa Iribarne de Ortiz (izquierda) y junto a ella el gobernador de la provincia de Santa Fe, Manuel M. de Iriondo, en una comida celebrada en Rosario con motivo de la visita presidencial en 1938 (abajo). Pie de página: Ortiz, Castillo, Rodolfo Moreno y Alfredo Palacios en el acto de inauguración de la Caja de Maternidad.

ninguna conclusión concreta, pero el efecto político se había conseguido: la opinión pública ya no pensaba en Ortiz como una alternativa viable. Su enfermedad era irreversible y, en consecuencia, Castillo dispondría de vía libre.

El final

Los hechos y procesos históricos que siguieron son el contenido de los próximos capítulos. En estas páginas nos limitaremos a relatar el desenlace de la ordalía de Roberto M. Ortiz, a modo de homenaje a un ciudadano que trató de sanear y vivificar los hábitos políticos de una Argentina que ya se estaba acostumbrando al fraude permanente, a la corrupción cívica.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



La renuncia de Ortiz en agosto de 1940 conmovió al país; en Buenos Aires se realizaron diversas manifestaciones populares pidiendo que se rechazara la dimisión. Der.: la policía vigila una marcha en Callao y Mitre. Al pie: público en la plaza del Congreso; en 1942 el gobierno iba a quedar en manos del vicepresidente, Dr. Castillo.

ca y a la hipocresía como sistema de gobierno.

El presidente pasó todo el invierno de 1941 en la residencia de la calle Suipacha, permanentemente custodiada por periodistas y curiosos. Recibía muchos visitantes por la tarde, y cada uno contaba después su versión sobre el ilustre enfermo. Casi todos decían que Ortiz se dirigía sin vacilación a ellos, los saludaba por su nombre y conversaba con su habitual riqueza de información. Le preocupaba la reiteración del fraude y temía que estas multiplicadas transgresiones llevaran a la democracia a una catástrofe. Discrepaba con Castillo en materia de política internacional y le angustiaba el curso de la guerra mundial. Seguía siendo el

hombre cordial de siempre, pero ahora cierta melancolía velaba su temperamento expansivo y extravertido. Nunca se quejaba de su dolencia y raramente se refería a ella.

Lo real era que Ortiz estaba irremediablemente ciego, y su aparente seguridad de movimientos se debía a una cuidadosa noticia previa sobre sus visitantes, el lugar que ocupaban en el recibidor y, en ocasiones, la actitud con que venían a verlo... o a espiarlo...

Cuando llegó el verano, el presidente pasó algunas semanas en su estancia de Ayacucho y luego se instaló en Mar del Plata con su hija mayor y sus nietos. Allí permaneció hasta fines de marzo y allí se

enteró de una noticia que lo llenó de esperanzas: el doctor Ramón Castroviejo lo revisaría en poco tiempo más. Se trataba de un oculista español radicado en Estados Unidos cuyas curaciones pasaban por milagrosas. Discretas gestiones iniciadas el año anterior, sumadas al apoyo del presidente Roosevelt, hicieron posible que el sabio español decidiera abandonar sus ocupaciones para viajar por vía aérea a Buenos Aires. Interesaba al Departamento de Estado agotar las posibilidades de un retorno de Ortiz al gobierno, en vista de la posición neutralista de Castillo.

A mediados de mayo llegó Castroviejo a la Argentina, donde permaneció más de un mes. Una desbordante expectativa pública, alimentada por los diarios más



Castillo comenzó a tener amplia libertad de acción a medida que se disipaba la posibilidad de curación de Ortiz, gravemente enfermo. La posición neutralista del gobierno ante la guerra mundial se afirmó. En la foto, acompañan a Castillo el presidente del Senado, Robustiano Patrón Costas, y Rodolfo Moreno, gobernador de Buenos Aires desde 1941.



Archivo General de la Nación

sensacionalistas, como *Crítica* y *Noticias Gráficas*, rodeó todos sus pasos; y aunque intentó diluir la excesiva curiosidad brindando conferencias científicas y visitando centros oftalmológicos, nadie ignoraba que su misión primordial era asistir al presidente. Después de prolijas revisiones del enfermo y de varias reuniones formales con los médicos que lo habían atendido, Castroviejo llegó a una desoladora conclusión: dado su estado general, era imposible operar a Ortiz. En el mejor de los casos, sólo se lograría un avance muy leve en la visión. El mismo Castroviejo asumió la triste obligación de comunicar al presidente su diagnóstico, y sus conclusiones -recordaría el ilustre médico muchos años después- fueron recibidas con entereza y resignación. Los diversos pasos de su misión están documentados

en los informes que pasaba casi diariamente a la Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires; esas noticias han permitido reconstruir circunstanciadamente las dramáticas alternativas que suscitaron las relaciones de Castroviejo con los médicos locales.

El diagnóstico de Castroviejo decidió a Ortiz a tomar la única decisión que correspondía adoptar. El 22 de junio presentó su dimisión a la primera magistratura y difundió un manifiesto al país explicando las razones de salud que lo obligaban a alejarse del cargo definitivamente. Cinco días más tarde, la Asamblea Legislativa aceptaba su renuncia por unanimidad y le rendía homenaje; hasta sus más enconados enemigos se pusieron de pie en el recinto, en un tributo que tuvo,

inevitablemente, un aire casi póstumo: poco más de un mes después Ortiz falleció; una inesperada afección cardíaca asestó el golpe final a su gastado organismo.

En marzo de ese mismo año 1942 había muerto Alvear; en enero de 1943 habría de desaparecer Justo. Era como si un destino inexorable estuviera ocupándose en borrar los grandes términos de referencia de la vida pública argentina, para despejar el panorama y facilitar la aparición de las nuevas figuras que muy pronto se perfilarían en el escenario mayor de la política nacional ■

3. La vida en provincias

El progreso de Buenos Aires contrastaba con la situación que soportaba el resto del país, encerrado en sus viejas rutinas ante la indiferencia del gobierno nacional. En todas las provincias se sentían las consecuencias de la irregular distribución de la población y el centralismo imperante; grandes privilegios eran ser sede universitaria o episcopal, pero pocas ciudades gozaban de tales beneficios. La vida transcurría entre el lujo disfrutado por las clases altas y la pobreza de los trabajadores, bastante desprotegidos por las leyes. El senador Alfredo Palacios denunció esas injusticias en una investigación realizada en 1936, pero poco se hizo para atenuar el desequilibrio económico, social, político y cultural, que como un mal endémico, había arraigado duramente en la organización social y política de la Argentina.

Un baile popular junto al río, en un paraje litoraleño. Este tipo de diversiones era muy frecuente en las rutinas de la vida provinciana; el uso de traje y corbata se imponía junto a otras formalidades relativas al trato respetuoso y cortés que mantenían las parejas.

Entre 1930 y 1943 factores políticos, económicos y técnicos contribuyeron a acentuar el centralismo porteño. Por una parte, las intervenciones federales y el fraude electoral que acompañaron la ruptura del orden constitucional, y, por la otra, las medidas económicas adoptadas para superar la crisis del comercio exterior tuvieron profunda incidencia en la vida del Interior. Tampoco puede desdeñarse la importancia, para este proceso de centralización, del crecimiento de la red caminera, logrado por una política efectiva de vialidad nacional, y del auge de la radiofonía, que unificó casi insensiblemente la opinión de porteños y provincianos. Recordemos que la primera transmisión en cadena de la radio oficial llegó a Córdoba el 6 de septiembre de 1931 para hacer oír el mensaje pronunciado por el presidente *de facto*, Uriburu, en el primer aniversario de su revolución.

En los años treinta las diferencias entre la Capital Federal y el Interior eran muy notorias. Buenos Aires concentraba la mayor cantidad de población urbana, los ca-

pitales más numerosos, la mayor parte de los aparatos telefónicos instalados y de los autos que circulaban en la República, así como de los artefactos sanitarios y las cocinas de gas que aseguraban el *confort* doméstico. El índice de mortalidad infantil era el más bajo de la Argentina y uno de los más bajos del mundo. Y lo mismo valía para otros muy diversos aspectos. Estas razones explican la enorme atracción que el conurbano ejercía sobre todos los habitantes de la República y que es el origen de las migraciones hacia el mercado de trabajo capitalino, que serán objeto de otro capítulo. En éste interesa principalmente señalar los rasgos de la vida provinciana en vísperas de la revolución de 1943.

Clases sociales y prestigio

En las catorce provincias que formaban la República desde la Organización Nacional (Buenos Aires, Catamarca, Córdoba, Corrientes, Entre Ríos, Jujuy, La Rioja, Mendoza, Salta, San Juan, San Luis,



Archivo General de la Nación

Santa Fe, Santiago del Estero y Tucumán), junto con las nueve "gobernaciones" o territorios nacionales establecidos en 1884 (del Chaco, Chubut, Formosa, La Pampa, Misiones, Neuquén, Río Negro, Santa Cruz y Tierra del Fuego) y el Territorio Nacional de Los Andes (establecido en 1900 y disuelto en 1943), los grandes propietarios rurales eran habitualmente quienes disfrutaban del máximo prestigio social, sobre todo si pertenecían a familias de antiguo linaje. Esta doble conjunción permitía mantener sobre la gente a su servicio un sistema de dominación patriarcal, especialmente marcado en la región del Noroeste, donde los viejos apellidos de los primeros pobladores hispanos se transmitían de generación en generación con escasas intrusiones de origen inmigratorio.

Hacendados o empresarios, los jefes de familia de estos grupos privilegiados recibían el crédito necesario que los banqueros ponían a su disposición, y casi sin excepciones recuperaron gracias al golpe militar de 1930 la conducción política de sus respectivos distritos. Quizá les resultaba más difícil debido a la crisis económica realizar sus excursiones a Europa, de donde se traían muebles y estilos que injertaban de manera algo exótica en el ámbito provinciano. Pero veraneaban como siempre en los parajes serranos próximos a las ciudades donde residían, o en Mar del Plata, donde la temporada estival se prestaba a anudar relaciones sociales ventajosas con las élites de la capital.

Los elegantes del Interior reconocían al «club social» como el centro de la sociabilidad más selecta. El Club Veinte de Febrero, por ejemplo, cuyos altivos balcones se abren sobre la plaza principal de Salta, conmemoraba anualmente con una gran fiesta el aniversario de la victoria del general Belgrano sobre los realistas. En esa oportunidad se presentaban en sociedad las muchachas casaderas. Pero, con mayor o menor prestigio, el club social era toda una institución en cada uno de los centros urbanos de la República.

Escribe Armando Raúl Bazán en su *Historia de La Rioja*: «Las familias caracterizadas, de apellidos tradicionales, forma-

ban la élite denominada por antonomasia «la sociedad». Su lugar de tertulia era el Club Social, donde los socios tomaban el vermut de los domingos a la hora de la retreta. En las fiestas patrias se hacían bailes de gala y en los años cuarenta se agregaron reuniones danzantes semanales los sábados por la noche. Las chicas estaban con sus padres y había que pedir cortésmente permiso para sacarlas a bailar. Sólo cuando el noviazgo estaba formalizado el joven compartía la mesa con su prometida y sus futuros suegros. Muchos romances se anudaron en estos bailes al compás de tangos, foxtrots y boleros.»

Abajo: obras de parquización de Playa Grande, en Mar del Plata, realizadas en 1937; los trabajos fueron dirigidos por Alejandro Bustillo, quien también ideó el Casino y el Hotel Provincial de dicha ciudad. Centro: Juan F. Torrent, gobernador de Corrientes (sentado), fotografiado en su quinta, en 1936, junto a familiares y un grupo de amigos.



«La fiesta social más democrática era la retreta dominical. En la vereda principal de la plaza 25 de Mayo, la gente paseaba, conversaba y se veía. Desde el quiosco, la banda militar interpretaba valeses, fragmentos de operetas y algunos aires criollos como el pericón nacional.»

En las sociedades provincianas más ricas, como las de Córdoba, Tucumán y Mendoza, el progreso había aportado nuevos entretenimientos. Se jugaba al golf y se realizaban reuniones hípias. El primer desfile de modelos tuvo lugar en Córdoba en la sala del Real Cine a fines de 1932,

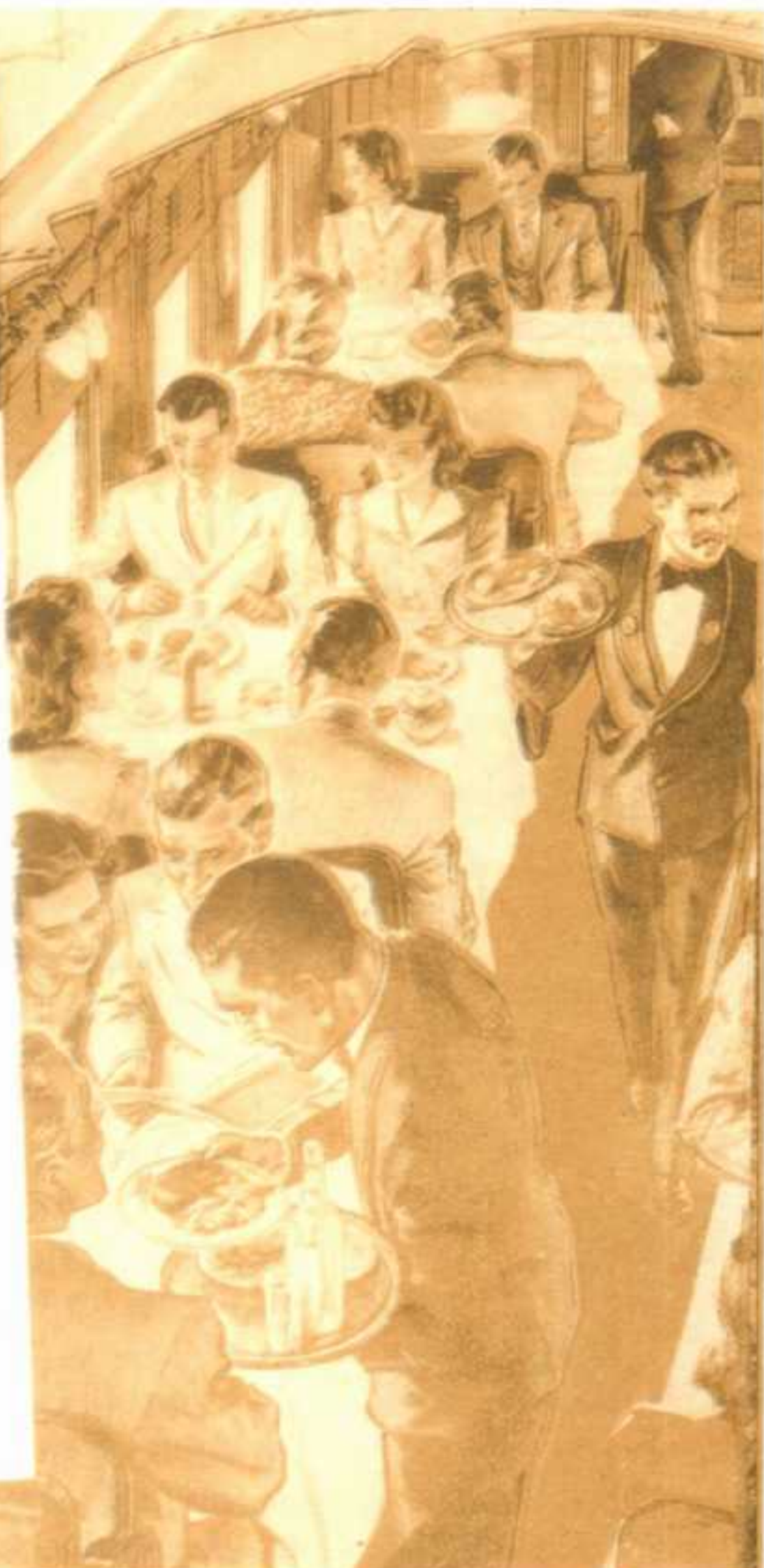
*Coma
confortablemente
mientras viaja -
vaya en tren a*

MAR del PLATA

BOLETOS ESPECIALES HERAJADOS
DE RAZA COMODIDAD, COMODIDAD Y DE PLATA
(Se reservan hasta el 30 de Julio de 1935)

TRIP DE SERANIO	\$ 25
TURISMO	\$ 25
TEMPORADA	\$ 35
ABONO DE TEMPORADA	\$ 90
BOLETO DE AUTOMOVIL	\$ 50

**FERROCARRIL
SUD**
SU SEGURO SERVIDOR



Archivo General de la Nación

Izquierda: aviso del ferrocarril Sur, promocionando el viaje en tren a Mar del Plata. Abajo: un club de golf en Mendoza; era un nuevo deporte que atraía a las clases altas. Centro, izq.: balneario en la ciudad de Corrientes. Centro, der.: reunión bailable en el Athletic Club de Córdoba; la concurrencia vestía con cuidada elegancia.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



con *mannequins* venidas especialmente de Buenos Aires. Las veladas de teatro convocaban a menudo a figuras de renombre internacional, como Arturo Rubinstein, Mischa Elman y Andrés Segovia, que deleitaron a los aficionados cordobeses en la década de 1930. Uno de los grandes de la música del siglo, Manuel de Falla, eligió las serranías próximas a la capital mediterránea para pasar sus últimos años.

La sociedad tradicional utilizaba todos los medios a su alcance para no perder su posición de privilegio. Por eso se sintió par-

ticularmente agraviada cuando en 1935 el dirigente radical Amadeo Sabattini ganó el gobierno de Córdoba. Era un advenedizo, representante de los sectores medios de origen inmigratorio y, para colmo de agravios, hacía gala de ateísmo y no juró su cargo sobre los Santos Evangelios. Pronto entró en conflicto con el club más exclusivo de la capital, por el usufructo de la isla Crisol en el Parque Sarmiento, donde se realizaban las fiestas más rumbosas de la sociedad cordobesa.

Sabattini y los suyos representaban el crecimiento en la sociedad cordobesa de sec-

tores no vinculados al poder tradicional. Otro tanto había ocurrido antes en Mendoza con el «gauchito» Lencinas, y en San Juan con los Cantoni. El arraigo de estas corrientes políticas que eran radicales, o desprendimientos del viejo tronco radical, se encontraba en sectores medios provincianos.

Esta clase media vivía muy sencillamente, sin los elementos de *confort* que eran más accesibles en Buenos Aires. Nada de heladeras ni de ventiladores durante los tórridos veranos. Los hijos concurrían a la escuela pública y los paseos domingue-

Abajo, izquierda: vista parcial de la ciudad de Córdoba en junio de 1935.
Abajo: frente del edificio inaugurado por la Sociedad Italiana Trento e Trieste en la localidad de Sampacho, Córdoba, en 1932: las distintas colectividades desarrollaban labores intensas y variadas en las ciudades provincianas.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

ros eran modestos. El cine aportaba su cuota de novedad y de emoción y suspense: en las *matiné*s del cine de La Rioja, se proyectaban domingo a domingo las aventuras de Tom Mix, Buck Jones y John Wayne. Recuerda Armando Bazán que era preciso volver el domingo siguiente para saber si «el muchachito» podía salvarse de la arteria de los «malos», blancos e indios.

Las maratones de bicicletas eran otro entretenimiento muy popular en los años treinta. El fútbol se practicaba en los terrenos baldíos y en algunas ciudades, como en La Rioja, los partidos se realizaban entre equipos de civiles y de militares, porque la presencia de una guarnición, con sus cuarteles e instalaciones, era siempre muy rentable para la sociedad local que de esa manera movilizaba su comercio.

La cultura rosarina

En 1939 el historiador y jurista Juan Álvarez se refiere en estos términos a la ciudad de Rosario:

«Urbe de casas bajas o de pocos pisos, aunque aquí y allá disuene algún desproporcionado rascacielos, ofrece todavía Rosario la nota amable de patios embellecidos por flores, emparados de enredaderas desbordando sobre tapias, grandes árboles de sombra en los centros de las manzanas, y calles soleadas, de nítida perspectiva, limpias de esa bruma borrosa que a tantas ciudades industriales empaña. Los vecinos han cobrado afecto a su río, y ahora prefieren edificar sobre la barranca, desde donde admiran el cambiante panorama de las aguas grises, azules, bermejas, nacaradas, reflejo de los tintes del firmamento, conforme van transcurriendo las horas del día. Con más de medio millón de habitantes, ni abunda en ebrios, ni se registran en él fre-

cuentes hechos de sangre. Trabaja demasiado para trasnochar, dista de ser lujoso y no sirve para mostrarlo a los turistas; pero ha sabido conservar, entre sus virtudes tradicionales, el patriotismo, el amor al trabajo y la sencillez de maneras. Que no las pierda.

[...] Hay ahora seis teatros, veintitantos cinematógrafos, una escuela de arte escénico, fruto de los desvelos de la señora Alcira Olivé de Mollerach, y no faltan quienes escriban para las tablas, incluso la fundadora de ese instituto. Bastarán para demostrarlo las obras dramáticas de Camilo Muniagurria. Tampoco faltan quienes roten otros campos espirituales, aunque con labor inquieta y dispersa, cual suele serlo la de nuestros escritores, más próximos al hombre integral del Renacimiento que al especialista cuyas miradas se concentran en un solo punto del inmenso horizonte.

Va siendo más y más frecuente hallar en el *Boletín Bibliográfico Argentino* la mención de libros impresos en Rosario; encuéntrase ya materia suficiente para un pequeño florilegio de la poesía local; aparecen regularmente alrededor de ciento cincuenta diarios y revistas; funcionan veintiocho bibliotecas; cultoras de las bellas letras fundan el núcleo *Nosotras*; varias «peñas» congregan a la bohemia literaria; el Concejo Deliberante decora una calle con el nombre del aeda Marcos Lenzoni; a partir de 1938 ha comenzado el otorgamiento regular de premios municipales a la producción intelectual, y ese mismo año la *Asociación de escritores santafesinos* ensaya un mayor acercamiento artístico entre el Norte y el Sur» ■

(Juan Álvarez, *Historia de Rosario*, Santa Fe de la Vera Cruz, Universidad Nacional del Litoral, 1981.)

Centro: el Rosedal de Rosario en 1932; dicho parque era uno de los paseos preferidos por los habitantes de la ciudad. Pie de página, izquierda: pileta de natación inaugurada en 1930 en el club Maipú de Mendoza. Al pie, derecha: colecta de sidra y pan dulce organizada en Rosario, en diciembre de 1938, a beneficio de los agentes de policía.

Este vínculo estrecho entre civiles y militares es un rasgo de la vida provinciana que se acentuó entre 1930 y 1943: los oficiales jóvenes de la guarnición eran candidatos a maridos con el porvenir asegurado para las jóvenes casaderas de las clases propietarias, atractivo importante en ciudades donde los varones jóvenes solían irse a estudiar a Buenos Aires, La Plata o Córdoba. Pero también entre 1930 y 1943 fue muy evidente el crecimiento de las Fuerzas Armadas dentro del aparato estatal.

Nuevos cuarteles se levantaron en el Interior de la República. En materia de aviación militar, los avances fueron notorios porque en 1933 se creó la Base del Plumerillo, en Mendoza, y la Escuela de Aviación Militar se instaló cerca de Córdoba. La actividad de estas bases y guarniciones generaba mayor movimiento en

las poblaciones cercanas y, en el caso de Córdoba, contribuyó a que esta ciudad fuera la sede de la primera Conferencia Nacional de Aviación. Tres años después se creaba la Comisión Provincial de Aeronáutica Civil, presidida por el doctor Dardo Ricutti, entusiasta propulsor de la aviación.

Las clases medias provincianas estaban integradas por comerciantes y por la numerosa legión de empleados públicos, más o menos afortunados según que dependieran de la administración nacional, provincial o municipal. Los hijos de "gringos" preferían ascender en la escala social gracias a las actividades comerciales y, en menor medida, las industriales. Por otra parte, fueron las agroindustrias de Tucumán y de Cuyo las que posibilitaron la movilidad social que incorporó nuevos apellidos a las élites dirigentes de

dichas provincias. La movilidad social era también evidente en la santafesina Rosario y en las poblaciones relativamente recientes de la pampa húmeda. Italianos y españoles, siriolibanesees y judíos encontraban en el pequeño y gran comercio su actividad favorita.

Los criollos se refugiaban en el empleo público, que estaba sujeto a las vicisitudes de la política local. Cada cambio de gobierno hacía peligrar la seguridad económica de familias enteras. En las provincias más pobres, donde el único trabajo accesible era el empleo público, una mala jugada política equivalía a la necesidad de emigrar hacia climas más tolerantes. De ahí que muchas familias del Interior tuvieran parientes importantes en cada corriente política a fin de asegurarse de este modo la estabilidad en el empleo y la consiguiente remuneración.



Abajo: cuando se cumplió el tercer aniversario de la fundación del Aero Club de Río Cuarto, en octubre de 1935, se realizó un festejo en la institución, del que participó la tropa. Pie de página, izquierda: incorporación en Córdoba de los conscriptos de la clase 1914, en enero de 1935.

Antonio Emilio Castello relata en *Historia de Corrientes* las alternativas vividas por los maestros de esa provincia luego del golpe militar de 1930: «Uno de los problemas más serios que se presentaban en la provincia era el de la docencia. A principios de octubre hubo intranquilidad en los sectores docentes pues circularon rumores de que se producirían cesantías y traslados de aquellos que tuvieran vinculaciones o fueran simpatizantes del oficialismo derrotado por la revolución. Además, era afligente la situación del sector, pues la provincia debía a los maestros diecisiete meses de sueldos. La intervención reorganizó el Consejo Superior de Educación, nombrando a los miembros del cuerpo, y expidió un decreto para regularizar en lo posible las finanzas escolares, tan maltrechas desde tiempo atrás. Pero la situación siguió siendo desesperante, y es ilustrativa de ella la noticia llegada desde la capital correntina y publicada por el diario *La Prensa*: "Un maestro del Interior visitó al interventor para manifestarle que el último tiempo ha vivido exclusivamente con mandioca y naranjas, por carecer en absoluto de otro recurso, y se ve ahora en estado desesperante en razón de la terminación de la cosecha y no hay comerciante o persona alguna que quiera darle crédito o lo más esencial para su alimentación, situación debida al atraso de sus sueldos".»

¡A los maestros correntinos el gobierno les debía diecisiete meses de sueldos! Y cuando luego de pacientes trámites realizados por el interventor federal consiguieron cobrar, se les abonaron sólo cinco del total de meses adeudados. Esta situación extrema se repetía con matices más o menos dramáticos en los demás gremios estatales. En otro capítulo nos ocuparemos de la protesta gremial, que en los años treinta se hizo escuchar en casi todas las capitales de provincia y que contribuyó a diseñar los rasgos de la vida en el Interior del país antes de la revolución de 1943.

Renovación y estancamiento

Aunque la estructura urbana de las ciudades del Interior se mantenía intacta al paso de los años, alrededor de 1930 se ob-



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Abajo: el obispo auxiliar de Córdoba, monseñor Leopoldo Buteler, celebra su bautismo del aire en Río Cuarto, durante maniobras realizadas en 1935. Al pie: el 25 de mayo era la gran fiesta para la que se programaban diversos acontecimientos, como este desfile por las calles de Bell Ville, Córdoba, del que participan las fuerzas vivas de la ciudad.



servaron cambios en la arquitectura pública y privada. Los más ricos construyeron pequeños palacetes que contrastaban con el paisaje uniforme de azoteas y tejados y con las fachadas neoclásicas que los constructores italianos habían difundido por todo el país.

La fisonomía de la ciudad de Córdoba, que en 1935 contaba con 311 800 habitantes, se había modificado paulatinamente. Escribe Efraín U. Bischoff en *Historia de Córdoba*: «En la intersección de Rivadavia y avenida Olmos -la antigua 24 de Septiembre, ensanchada pocos años antes- elevábase uno de los primeros edificios de audaz arquitectura y de alto continente, que el vulgo denominó "frente único", con ciertas connotaciones políticas irónicas. Pero la avenida mencionada y su prolongación, Colón, no tenían aún el prestigio alcanzado desde muchas décadas atrás por la calle "Ancha" -Vélez Sársfield y General Paz-, principal ámbito de episodios que requerían amplitud para la escena. Desde los desfiles de carnestolendas que tenían su competencia en los realizados en los barrios de Alta Córdoba y San Vicente, hasta los bailes "populares" que se implantaron por aquella época, aunque por breve tiempo, en esos lugares, y las manifestaciones políticas y religiosas.»

Al sur de la provincia cordobesa, la ciudad de Río Cuarto estaba orgullosa de sus bien trazadas calles y del progreso alcanzado en los últimos decenios. Un artículo publicado por la revista *Caras y Caretas* en 1935 da noticia de los adelantos realizados y muestra asimismo las riquezas agropecuarias de la región -los grandes establecimientos rurales- que hicieron posible este desarrollo.

Porque para que una ciudad del Interior tuviera características adecuadas a su importancia, debía contar con sucursales bancarias, hoteles, sanatorios, farmacias, cine, fotógrafos, teatros, registro civil, laboratorios y fábricas, además de juzgado de paz, clubes deportivos, correos y telégrafos, periódicos locales y un plantel suficiente de profesionales y de establecimientos educativos de nivel primario y medio. Lo que más prestigio proporcionaba a una ciudad del Interior era con-



Paraná busca el río, 1930-1943

Hasta la tercera década de este siglo, Paraná, empinada sobre las barrancas, dio la espalda a su río. Pocos entre los pobladores, atraídos por la pesca o por los deportes náuticos, aventuraban sortear las fangosas sendas conducentes a la ribera.

Todo cambia a partir de 1929. Tenemos ahora una ciudad moderna, que alberga alrededor de 75 000 habitantes. El asfalto de las calzadas, los tranvías eléctricos, los ómnibus, los teléfonos automáticos contribuyeron a concederle ese carácter. Balsas, automóviles, al romper en parte el aislamiento geográfico, facilitan las comunicaciones con el resto del país.

Lamentablemente, el afán renovador ha dado término poco antes a los últimos testimonios edilicios de la antigua capital de la Confederación Argentina: la casa de gobierno y la residencia particular del Presidente Urquiza. Sólo queda en pie la Cámara de Senadores.

Desde aquel año 1929 la ciudad busca acercarse al río. Casi sobre el borde mismo de la barranca surge un barrio residencial y varias calles se alargan bajando hasta la costa. Completan el contacto una avenida costanera en tres niveles, así como balnearios y clubes para la práctica del remo y la natación. En lo venidero, el descanso en la playa pasa a ser ritual cotidiano en la temporada cálida.

Factótum del cambio es el intendente Francisco Bertozzi, a cuyo dinamismo se debe, entre otras obras, la ampliación del parque donde luce el monumento al vencedor de Caseros, levantado en 1920. Nuestros padres mentaban la «Plaza Urquiza». Desde Bertozzi hablamos del Parque por antonomasia. Otro de agrestes contor-

nos, el Parque Escolar Enrique Berduc, es un legado de este hombre público, antiguo intendente y ministro de Hacienda de la Nación.

Fábricas de cerámicas, de tejidos, de cemento *portland*, de mosaicos, de jabón, de aceites y de fideos ofrecen nuevas fuentes de trabajo en una ciudad que, cada vez más, tiende a convertirse en gran centro burocrático. A las dependencias propias de la jerarquía de capital de la provincia de Entre Ríos va agregando muchas otras el orden nacional. Paraná será ciudad de empleados y maestros.

Un influyente núcleo ciudadano, resentido con la joven Facultad de Ciencias Económicas y Educativas asignada a Paraná por la Universidad Nacional del Litoral en 1920, en desmedro a su juicio de la antigua Escuela Normal, se toma desquite y logra que desaparezca en 1931, por el simple expediente de eliminar un ítem del presupuesto general. Se la suplanta por un anacrónico intento de Escuela Normal Superior (1931-1932), destinado al fracaso. Al año siguiente comienza a funcionar el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, según los planes de su similar de la Capital Federal, cuya obra educativa se prolonga eficientemente hasta nuestros días ■

Beatriz Bosch

Historiadora. Primer Premio Nacional de Historia de la Subsecretaría de Cultura de la Nación por *Urquiza y su tiempo* (1971).



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

vertirse en sede episcopal o de una universidad.

Juan Álvarez, en su *Historia de Rosario*, señala disgustado las postergaciones de que ha sido objeto en el curso de la historia su ciudad natal, entre ellas la de convertirse en obispado en forma tardía, al mismo tiempo que Azul, Río Cuarto y Viedma. Efectivamente, en 1934, en coincidencia con el Congreso Eucarísti-



Izquierda: los nuevos obispos en la Casa de Gobierno, en 1935. Desde la izquierda, Carlos Hanlon (Catamarca), César Cáneva (Azul), Francisco Vicentini (Corrientes), Froilán Ferreyra Reinafé (La Rioja) y Zenobio Guillán (Paraná). Centro: recepción del obispo auxiliar de Córdoba, Leopoldo Buteler, en una iglesia de esa ciudad en 1933.



co Internacional que se celebró en Buenos Aires, Su Santidad Pío XI creó varios obispados en la Argentina. Algunos se desprendieron de la diócesis de Córdoba, que fue elevada a la jerarquía de arquidiócesis, a cargo de la cual fue designado monseñor Fermín Lafitte. Las nuevas sedes eran las de Río Cuarto, encomendada a monseñor Leopoldo Buteler; la de La Rioja, a cargo de Froilán Ferreira Reinafé; la de Mendoza, que correspondió a un

Los cambios aparentes

Y es empresa terrible la de agitar esas ciudades y mantenerlas despiertas.

Miguel de Unamuno

En un conglomerado urbano limitado y más bien pequeño, en el que cada uno conoce al otro, aunque más no fuere de vista, donde no hay posibilidad alguna de anonimato, únicamente los tontos y los locos suelen ser libres.

Se han escrito centenares o miles de páginas, en prosa más o menos embalsamada, sobre desprecio de corte y alabanza de aldea. Curiosa postura que tiene que ver más con la falsa autocomplacencia que con la serena convicción. No hay peor pavo real que un pavo real de provincia. Aquí la cultura es por lo general engolada; la información, de una década atrás; las ideas nuevas resultan sospechosas y la originalidad perseguida como al pájaro pintado. Las damas vegetan de aburrimiento; los caballeros, de concupiscencia somatizada en severo atuendo oscuro, y casi todos terminan, por su lado, en la Casa Parroquial o en las mesas de timba del Club Social (o instituciones curiosamente también llamadas «recreativas»), y ya se sabe: el juego causa más estrago que las drogas, no tanto en la economía familiar -que no importaría- sino en el alma. El diario local aparece tarde y escrito en lengua muerta, la emisora de radio apenas si se deja oír.

Las calles van mudando sus desaparejos adoquines por el pavimento de asfalto; ya no existen las acequias que antaño regaban las huertas de las casas y hay pocas casas con huerta familiar; los faroles alumbrados con maloliente sebo o querosén fueron arroja-

dos a la basura por la electricidad; llegaron los italianos y los sirios, algunos polacos, unos cuantos ucranios. A poco de estar toman mate y mazamorra. Pero no votan. Tampoco votan los demás, sólo concurren a votar. La chusmocracia ha sido naturalmente reemplazada por la gente consciente; los actos demagógicos del comité por la retreta en la pérgola de la plaza con nombre de héroe bien muerto y la plaza misma despejada de alpagatas y restaurada como el antiguo y tradicional Tontódromo.

A partir de 1930 el orden y el progreso han sido repuestos. Ya no existen los sirvientes que salían presurosos delante del automóvil del patrón para alertar y despejar las calles, ni los laboriosos opas que iban de casona en casona con grandes baldes para desagotar los pozos ciegos, y aunque todavía quede alguna academia de declamación y de vez en cuando se practiquen Juegos Florales, todo ha cambiado.

¿Ha cambiado?

Héctor Tizón

Cuentista y novelista jujeño; autor, entre otros títulos, de *La casa del viento*.



Archivo General de la Nación

Centro: almuerzo de alumnos en la Escuela de Oficios Rurales Agrícolas de Nogoyá, Entre Ríos. **Pie de página, izquierda:** Mario Antelo pronuncia una conferencia durante la inauguración de los cursos de la Universidad Nacional del Litoral, en 1940. **Al pie, centro:** taller de herrería y hojalatería en la Escuela de Artes y Oficios de Bell Ville, Córdoba.

sacerdote nativo de la provincia, monseñor José Aníbal Mercader, y las que dependían hasta entonces de Buenos Aires: Azul, Viedma y Rosario. En esta última ciudad el entonces vicario general del Ejército, monseñor Antonio Caggiano, ocupó la sede episcopal.

Convertirse en sede de estudios universitarios era otro de los sueños de las capitales de provincia. Antes de 1930 sólo Santa Fe, Rosario, Paraná, Tucumán, La Plata, Buenos Aires y Córdoba contaban con casas de estudios superiores. En la década de 1930 la ciudad de Mendoza se incorporó a esa nómina privilegiada, con la fundación de la Universidad Nacional de Cuyo, culminación de una larga serie de proyectos en los que participaron, entre otros, los diputados demócratas Adolfo

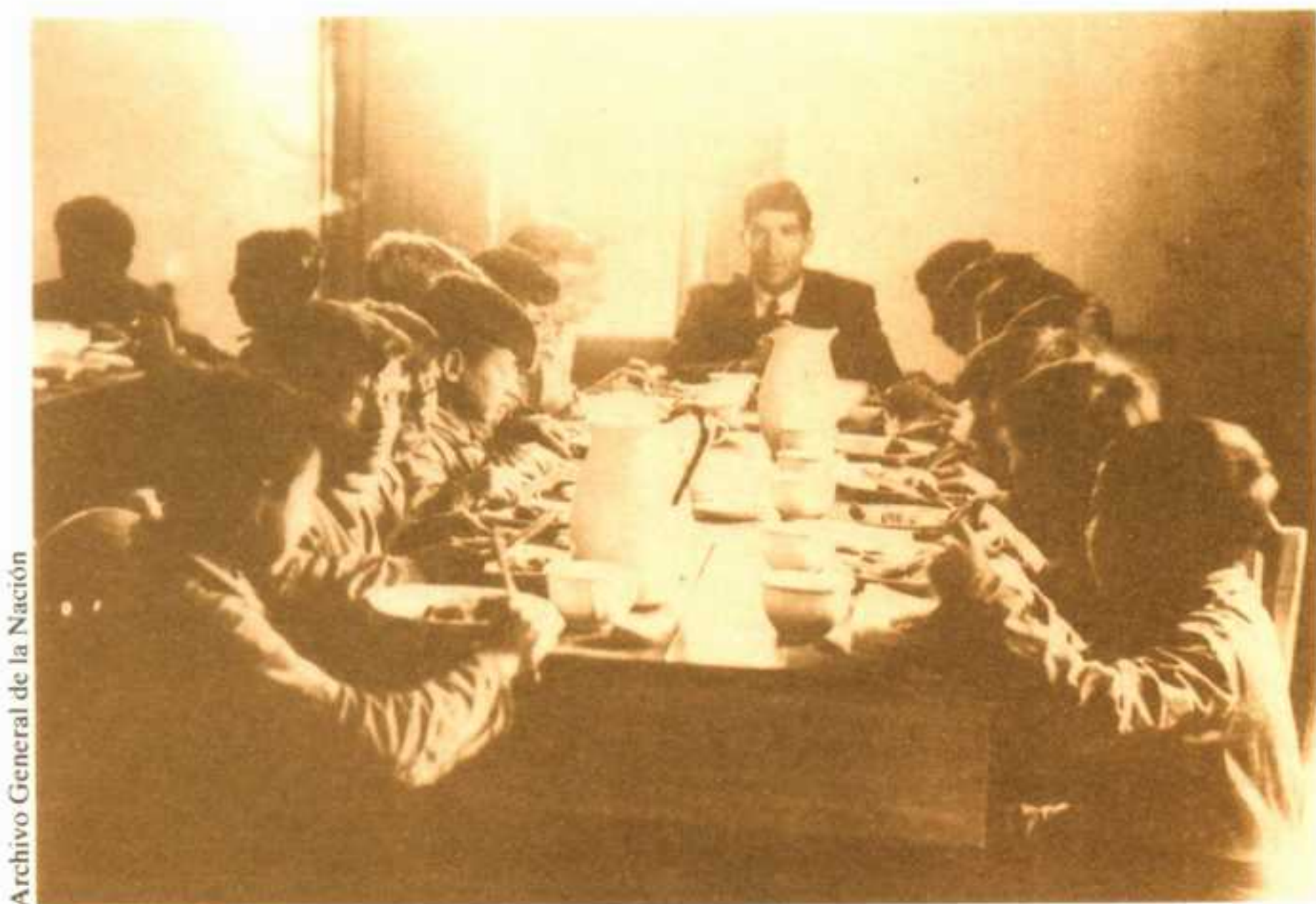
Vicchi y Rodolfo Corominas Segura. El rectorado de la nueva Universidad fue encomendado al doctor Edmundo Correas (1939), mientras que las facultades se distribuían en las tres provincias cuyanas. Correas logró infundir en la joven institución una acertada comprensión de lo que debía representar un centro de estudios universitarios en la región de Cuyo.

Paralelamente, el gobierno de Mendoza, que en la década del 30 estuvo dominado por los conservadores del Partido Demócrata, llevó a cabo una importante campaña de alfabetización, recuerda Pedro Santos Martínez en su *Historia de Mendoza*. La Escuela de Visitadoras Sociales y de Higiene Escolar, y la Colonia de Vacaciones Papagayo forman parte de las no-

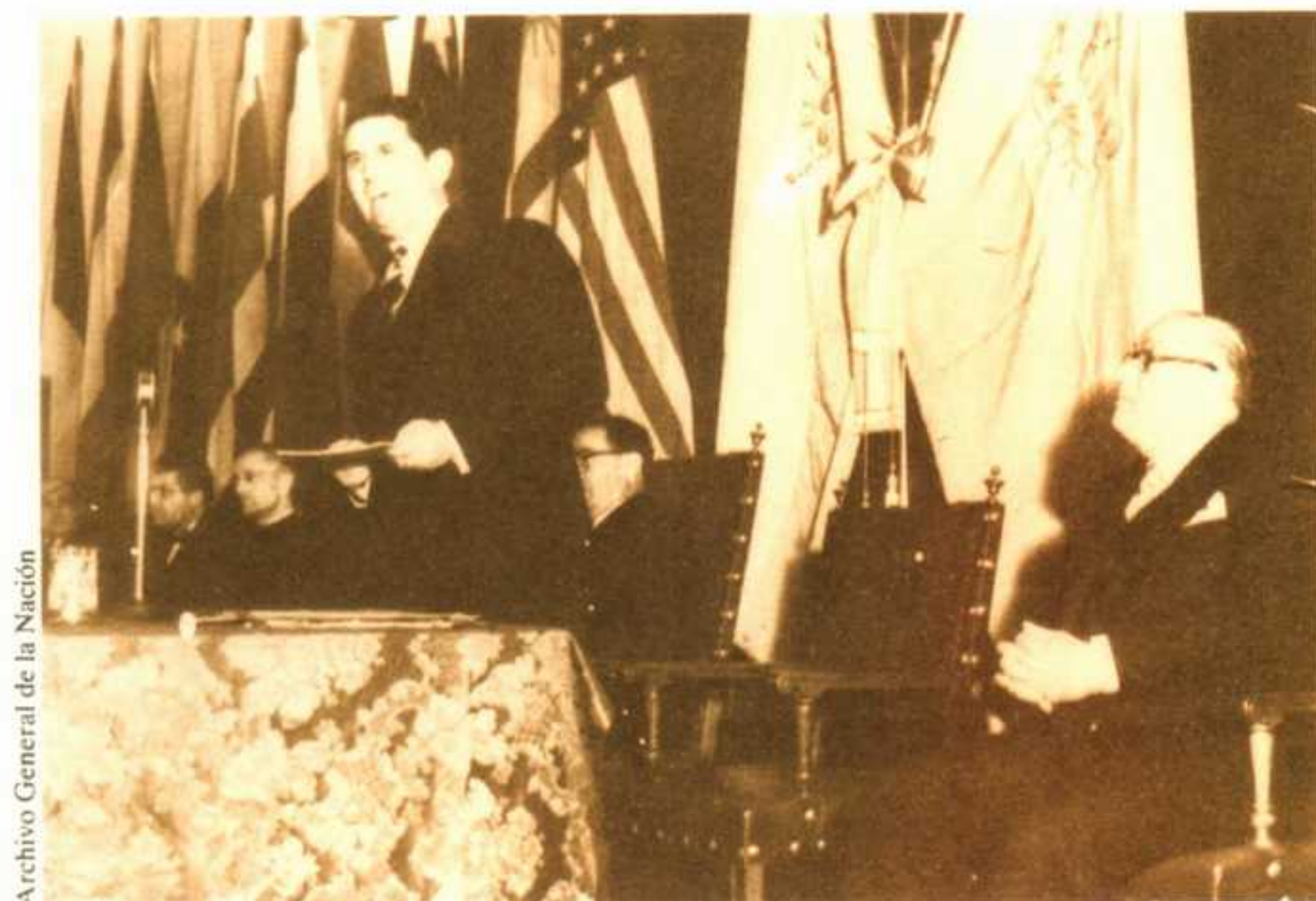
vedades educativas de este período. En 1935 prestaban servicios en la provincia 1433 maestros, que atendían 258 escuelas con 37 600 alumnos.

La situación próspera de la enseñanza en Mendoza contrastaba con la penuria que se vivía en las provincias sin recursos económicos propios y que dependían de las escuelas Láinez, sostenidas por el gobierno nacional, para brindar instrucción a sus habitantes.

Pero en los años treinta también se percibían las consecuencias negativas del centralismo y de la mala distribución de la población argentina, que tanta incidencia iba a tener en las décadas siguientes, tanto en los aspectos políticos como económicos y sociales.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Centro: taller de telar en la Escuela de Oficios Rurales Agrícolas de Nogoyá. Pie de página: el doctor Edmundo Correas lee su discurso al tomar posesión del cargo de rector de la Universidad Nacional de Cuyo, en abril de 1939; las facultades de dicha casa de estudios estaban ubicadas en las tres provincias cuyanas.

En tal sentido, resulta reveladora la apreciación del historiador rosarino Juan Álvarez en la obra antes mencionada, que data de 1939, cuando el estancamiento demográfico y económico de Rosario empezó a preocupar a las personalidades más lúcidas de esa localidad santafesina. Dice Álvarez: «Economía dirigida... hacia la metrópoli; eso parecía ser [después de 1929] la situación local. Además, por obra de tan excesiva intervención del Estado, en todos los órdenes de la producción va creciendo un sentimiento de irresponsabilidad que hace esperar muchísimo de la ayuda oficial y muy poco del esfuerzo propio. Comercialmente, Rosario declina. Han desaparecido los viejos "registros", las grandes casas importadoras de paños, y en su reemplazo sólo hay sucursales de negocios cuyo

asiento principal está en Buenos Aires. La Bolsa y los cerealistas van quedándose sin funciones, pues ahora compra y vende las cosechas el gobierno federal. Empleados públicos intervienen, revisan, controlan cuanto se hace; y por sobre todo ello ciérnese la amenaza de un paulatino desmedro del puerto [...] Las obras de dragado no aumentan con la misma rapidez que el calado de los buques, y su esfera de atracción es menor que medio siglo atrás. Comienza a ser raro que quien entró en la tienda como cadete, barriéndola, pase años después a ser socio o dueño de ella. Mal síntoma para una ciudad que cifró gran parte de su progreso en el estímulo a las actividades individuales.»

Estos indicios de estancamiento que afectaban a la segunda ciudad del país -Rosa-

rio contaba entonces casi 600 000 habitantes- señalaban que el proyecto del ochenta, del cual la ciudad santafesina había sido quizá el mejor ejemplo, estaba agotado. La inmigración extranjera no contribuía ya a aumentar los índices de población, y el comercio y la producción experimentaban dificultades crecientes, mientras que el poder central se hacía sentir con un peso difícilmente soportable. Pero Rosario, a pesar de todo, era una excepción próspera en el Interior de la República, donde otras regiones padecían dificultades más graves.

Denuncia de la pobreza

Más allá de los cuadros sociales que han ocupado las páginas de este capítulo, se



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Izquierda: las condiciones sanitarias en las provincias eran deficientes; el agua, por ejemplo, debía ser buscada en ríos, arroyos, estaciones de ferrocarril o acequias, tal como lo hacen estos niños mendocinos. Pie de página 156, izq.: un aviso muestra a una mujer fumando; las revistas, la radio y el cine llevaban al Interior nuevas propuestas de vida.

Pie de página 156, derecha: en Mendoza, una cuadrilla municipal moja las calles para evitar la polvareda; los inconvenientes que provocaba la falta de pavimentos debían ser atenuados con recursos como éste. Pie de página 157: avenida de entrada a la ciudad de La Rioja.

encontraba la parte marginal de las poblaciones provincianas. La mayoría de los centros urbanos de la República Argentina se contentaba con poseer la jefatura de policía y una escuelita primaria en condiciones precarias de mantenimiento. Les quedaba grande el nombre de *pueblo*, para denominar al caserío con el bolicho cercano, algo más lejos, el almacén de ramos generales donde también funcionaba el telégrafo, y más allá la panadería o alguna tienda.

El paso del tren era el acontecimiento esperado, porque además de transportar pasajeros y cargas, la locomotora proporcionaba agua a las poblaciones sedientas. En los centros urbanos alejados del ferrocarril, la mensajería era el medio que los vinculaba con el resto del país, en viajes diarios o semanales por caminos barrocos o polvorientos, según las estaciones del año y las condiciones del tiempo.

Las estadísticas aportan otros datos penosos acerca de las provincias marginales del país: la mortalidad infantil, según el libro de Alejandro Bunge, *Una nueva Argentina*, era especialmente elevada en Jujuy, Salta, San Juan, Tucumán y La Rioja, aunque en el promedio de todo el país los porcentajes fueran bastante satisfactorios. En las regiones alejadas la gente no recibía otra atención médica a lo largo de su vida que la del curandero. A título de ejemplo, mencionemos que, en conjunto, la juventud correntina no estaba capacitada físicamente para hacer el servicio militar: hacia 1930 el 70 por ciento de los jóvenes en edad militar fue declarado inepto para el servicio. El alcoholismo crónico era una de las causas principales de esa ineptitud, además de endemias como el paludismo y el mal de Chagas, las enfermedades venéreas y la tuberculosis.

La pobreza se encontraba tanto en las zonas rurales como en los barrios periféricos de los centros urbanos. En Catamarca, por ejemplo, a pocas cuadras de la plaza principal, en barrancas abiertas por las crecientes de un arroyo que hacia 1930 se encontraba seco, habitaban familias enteras en cuevas naturales que habían completado con sus manos tal como debió de hacerlo el hombre prehistórico.

Corrientes religiosas

Relata Efraín U. Bischoff la fundación de la Acción Católica Argentina en Córdoba:

«Bien pronto dio en Córdoba buen resultado el trabajo de reunión y adoctrinamiento de elementos. Quedó formada la Junta Arquidiocesana (21 de mayo de 1931), presidida por el doctor Lisardo Novillo Saravia y con Monseñor Froilán Ferreira Reynafé como asesor. Se la oficializó el 20 de junio de 1932, mientras en parroquias de la capital y campaña formábanse círculos y centros de las cuatro ramas de la institución. Ella adquirió fortaleza en los años siguientes, obteniendo adhesión aún en los campos universitario y gremial, pero una década más tarde había declinado visiblemente. La penetración popular de un comienzo decreció, pues comenzó a mirarse con recelo que sus dirigentes afloraran siempre vinculados a una clase social dominante por siglos en las estructuras cordobesas. Otras corrien-

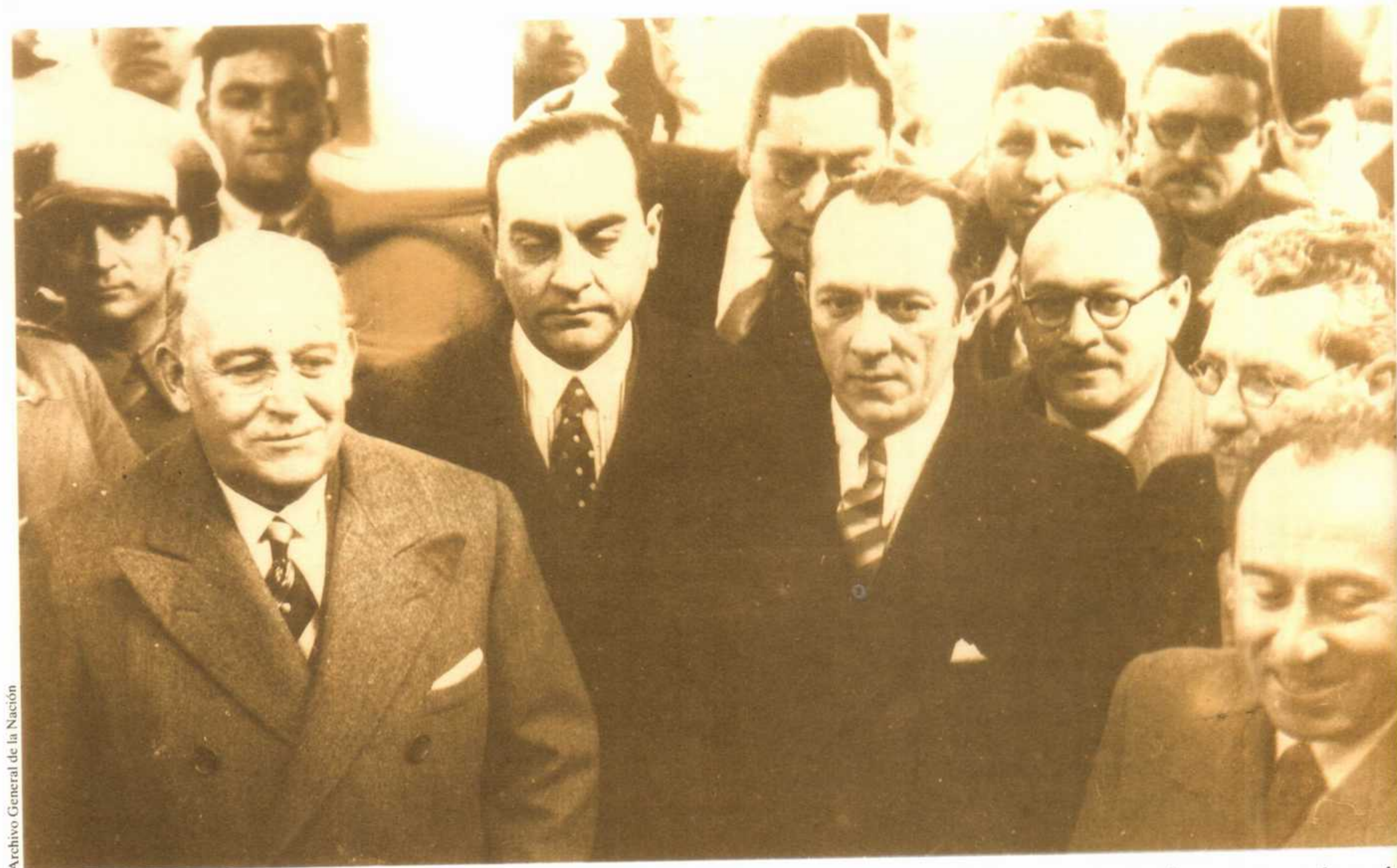
tes religiosas se activaron entonces. Se fortalecía la comunicación religiosa ortodoxa, cuyo culto se practicaba oficialmente en Córdoba desde 1926, siendo la mayoría de sus fieles de origen siriolibanes, y su templo fue establecido en la calle Maipú 66. El protestantismo se infiltraba principalmente en los barrios, y el Ejército de Salvación ponía con sus adherentes una nota insólita en algunas esquinas suburbanas, con su núcleo de cantores litúrgicos. El catolicismo redoblabla sus esfuerzos de afirmación y por vez primera (25 de julio de 1931) irradiábase la misa por intermedio de LV3 (Radio Buenos Aires-Córdoba), con cánticos a cargo del coro dirigido por el presbítero Alberto Toscano.»

(Efraín U. Bischoff, *Historia de Córdoba*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1977)



Archivo General de la Nación

Abajo: Agustín P. Justo y Amadeo Sabattini (ambos con pañuelo en el bolsillo superior) en la estación de ferrocarril de Córdoba, en 1936; el dirigente radical era uno de los escasos gobernadores opositores al poder central. Pie de página: inauguración de la ruta nacional número 9, que une Buenos Aires con Córdoba, en junio de 1937.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Una situación similar se presentaba en la impresionante «villa miseria» que había crecido al amparo de la obra inconclusa del hospital Córdoba. Esta construcción iniciada en 1914, permaneció abandonada durante muchísimos años con los muros a dos metros de altura en una extensión de dos manzanas. Grupos de indigentes aprovecharon estas paredes para levantar su propia vivienda colocando techos de latas, tarros, ramas y lonas. Como el hospital se construyó con subsuelos, muchas de estas moradas parecían enterradas y con las puertas de acceso junto al techo, «ni más ni menos que si emergieran de cuevas subterráneas, dando la impresión de que estuviéramos a muchas leguas de distancia de la vida civilizada», escribió un periodista de *La Voz del Interior*, de Córdoba.

Características especiales tenían los barrios donde vivían los obreros del ferrocarril. Sus casas se construían con durmientes recubiertos de argamasa o con techos



Rodolfo Corominas Segura (izquierda), dirigente del Partido Demócrata Nacional, fue gobernador de Mendoza de 1938 a 1941; se le debe la creación de la Universidad Nacional de Cuyo, en 1939. Abajo: una arbolada calle de la ciudad de Mendoza; la Dirección Provincial de Vialidad construyó más de 1300 km de caminos entre 1932 y 1935.



y paredes de cinc. En una sola habitación sin baño y sin cocina habitaba un grupo familiar cuyo ingreso de 65 pesos no alcanzaba para alquilar otras comodidades. Casi el ochenta por ciento de los trabajadores riojanos se hacinaban en barrios de lonas y latas.

Estas dramáticas condiciones de vida fueron denunciadas en la década del treinta por el legislador socialista Alfredo Lorenzo Palacios en una memorable investigación que lo llevó en 1936 a recorrer las regiones más pobres de la Argentina. Lo mismo que Juan Bialet Massé treinta años antes, Palacios elogió a las poblaciones criollas víctimas de las situaciones más notorias de injusticia social:

«Sufridos, fuertes, encerrados en sí mismos y resignados al dolor, esos hombres atezados por el sol constituyen una reserva admirable que el egoísmo metropolitano hará desaparecer», advirtió el entonces senador nacional.

Frente a la adversidad, las poblaciones del Interior tradicional, sin fuentes de trabajo aceptables, preferían emigrar al Litoral, sobre todo a Buenos Aires, cuyo cinturón industrial ejercía una especial atracción sobre aquellos que vivían penosamente del conchabo o de labores artesanales. La crisis de la ganadería y de la agricultura en la pampa húmeda, y de las industrias de la vid y del azúcar en el Oeste y Noroeste acentuaron la tendencia a la emigración de los campos a la ciudad a fines del decenio 1931-1940. Se perfilaba así otro modelo de país fuertemente dependiente del centralismo de la Capital, más burocrático y también más industrializado de lo que había sido hasta ese momento.

Cambios en las comunicaciones

Hacia 1940 las comunicaciones habían mejorado en el Interior gracias a la extensión de los servicios de ómnibus y la cons-

trucción de carreteras. La intensa actividad vial desarrollada durante la presidencia de Justo culminó en el mes de julio de 1937 con la inauguración de la ruta nacional número 9, que une Córdoba con Buenos Aires.

El presidente Justo, el gobernador Sabatini y el intendente de Córdoba, Donato Latella Frías, presenciaron la ceremonia que coronaba la ejecución del proyecto presentado en 1931 por el diputado nacional Arturo Bas.

Merced a los buenos caminos -anota Bischoff- los viajes interprovinciales se hicieron más frecuentes. La empresa ABLO, fundada en Córdoba en 1933, extendió cuatro años más tarde sus servicios hasta Rosario. En Mendoza, la Dirección Provincial de Vialidad, creada en tiempos del gobernador Ricardo Videla (1932-1935), construyó más de 1300 kilómetros de caminos. La provincia «del sol y del buen vino» según decía la parte

Uno de los momentos más importantes de la tradicional fiesta de la vendimia mendocina era la elección de la reina; la imagen muestra a la ganadora del concurso de 1938 (abajo). Al pie: celebración en Colonia Caroya, Córdoba; desfila un carro que lleva algunos de los primeros colonos de la región.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

superior del Arco del Desaguadero, levantado en 1936, invitaba a los turistas argentinos a recorrer sus bellezas. La fiesta de la Vendimia, celebrada anualmente, fue un estímulo más para los visitantes de todo el país.

También Córdoba se sumaba al movimiento turístico en el Interior tradicional. Los servicios de ómnibus, que a partir de 1930 se hicieron más frecuentes y mejores entre la capital provincial y las ciudades de La Cumbre y Jesús María, entre otras, permitieron desarrollar planes ambiciosos que fueron estudiados por la Comisión Oficial de Turismo creada por el gobierno de Sabattini.

Paralelamente, cada provincia empezaba a valorizar con más énfasis su patrimonio histórico y se inauguraban museos provinciales, al tiempo que las Juntas de Estudios Históricos locales recibían cierto estímulo oficial. En Mendoza, por ejemplo, se marcó minuciosamente mediante hitos el recorrido realizado por el ejército de San Martín en 1817; Salta reconoció en el escritor Miguel Solá a un prolífico evocador de sus glorias; cada provincia tuvo por entonces a los memorialistas del pasado regional, y de este modo el Interior procuró contrarrestar los efectos de la propaganda radial y gráfica que venía de la Capital Federal acompañando las medidas centralistas de los gobiernos.

La preocupación por las relaciones entre Buenos Aires y el Interior es sin duda uno de los temas de reflexión dominantes a fines de la década del treinta, preocupación intelectual que coincidía con los datos estadísticos que se referían a las migraciones internas de los argentinos y que señalaban un verdadero replanteo de la demografía nacional, y al mismo tiempo un descenso abrupto de las inversiones en las provincias. Se agravaba así, de año en año, la tendencia al desequilibrio económico y social, político y cultural entre la Capital Federal y el resto de la República.

4. Guerra y neutralidad

La posición neutral argentina, adoptada al estallar la segunda guerra mundial, se debió en parte a los enfoques de los tres cancilleres que tuvo el país entre 1933 y 1943. Saavedra Lamas, que puso fin a la guerra del Chaco, desconfiaba de los EUA y despertó el odio del secretario de Estado Cordell Hull. El presidente Roosevelt nos visitó en 1936, pero no logró imponer sus tesis panamericanistas. José María Cantilo declaró no beligerante a la Argentina en 1940, línea que siguió su sucesor, Ruiz Guiñazú. Cuando el Japón atacó a Pearl Harbor, los EUA declararon la guerra a Alemania, Italia y Japón. La Argentina no rompió con estos tres países y fue objeto de una virtual cuarentena por parte de Estados Unidos.

Saavedra Lamas y Cordell Hull, acompañados de sus respectivas esposas, en la VII Conferencia Interamericana (Montevideo, 1933). A pesar del respaldo norteamericano a la propuesta argentina del Pacto Antibélico, Hull sintió desde entonces un profundo encono por Saavedra Lamas, que se reflejó en sus relaciones con la Argentina.

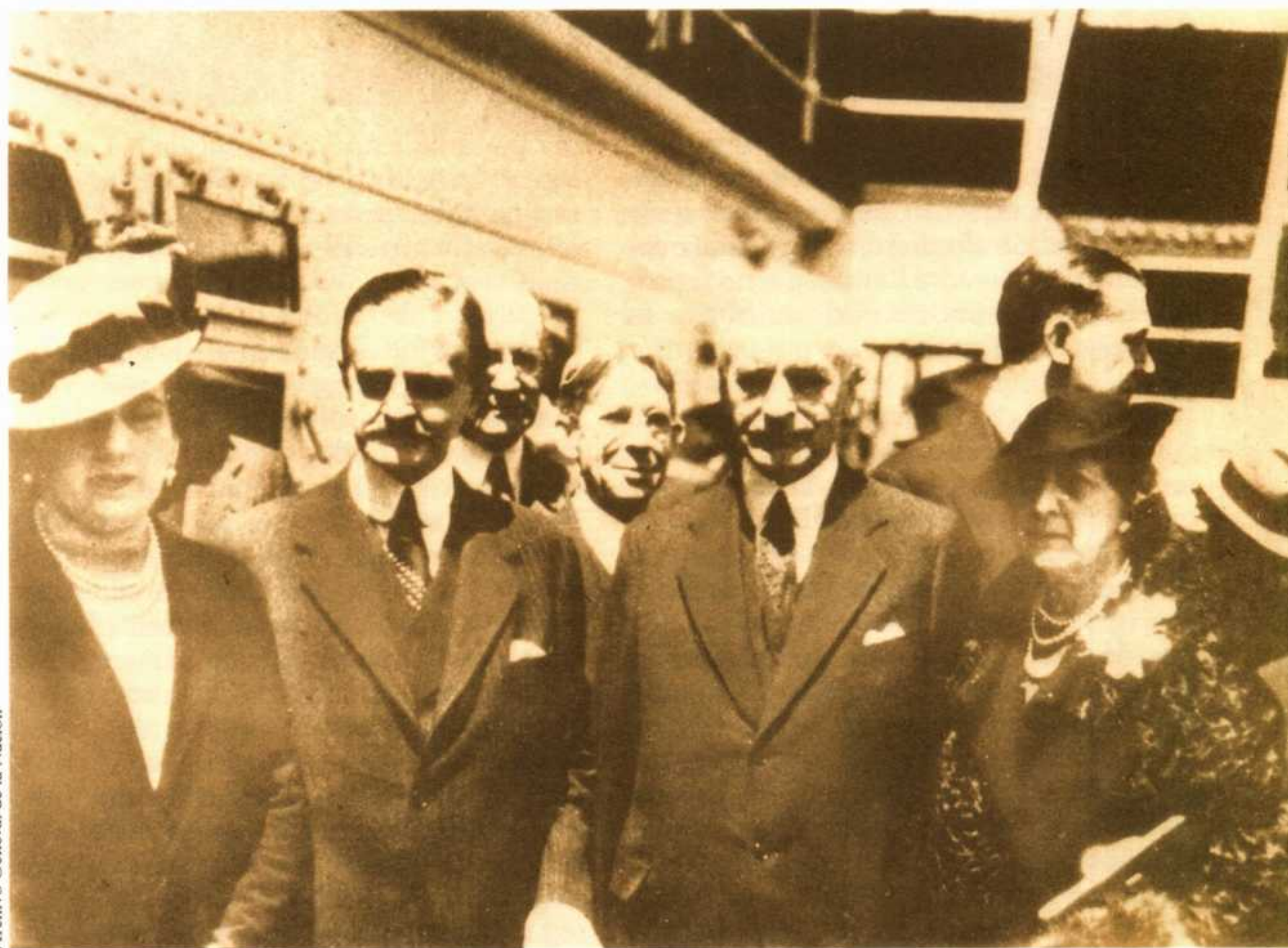
En un capítulo anterior se ha dicho que durante la década de 1930 la Argentina se fue sintiendo cada vez más involucrada en un mundo crecientemente conflictuado o, lo que es lo mismo, los argentinos percibieron que ese desapego por el acontecer político e ideológico en escala universal, que los había caracterizado antes, infundiéndole al país una supuesta insularidad, iba cambiando por un compromiso cada vez más profundo.

Es claro que esta evolución debe relacionarse estrechamente con los procesos que constituyen el contexto de la época y de los cuales ya se ha hablado. En un mundo cada vez más comunicado e interdependiente, el ascenso de los regímenes totalitarios en Europa, la guerra civil española y la segunda guerra mundial tuvieron repercusiones hondas en la comunidad argentina y obligaron a los distintos gobiernos a adoptar determinadas posiciones. Estas pueden personalizarse en tres cancilleres que condujeron sucesivamente las relaciones exteriores de nuestro país: Carlos Saavedra Lamas, José María Cantilo y Enrique Ruiz Guiñazú. Cada uno de ellos tuvo una vigorosa personalidad;

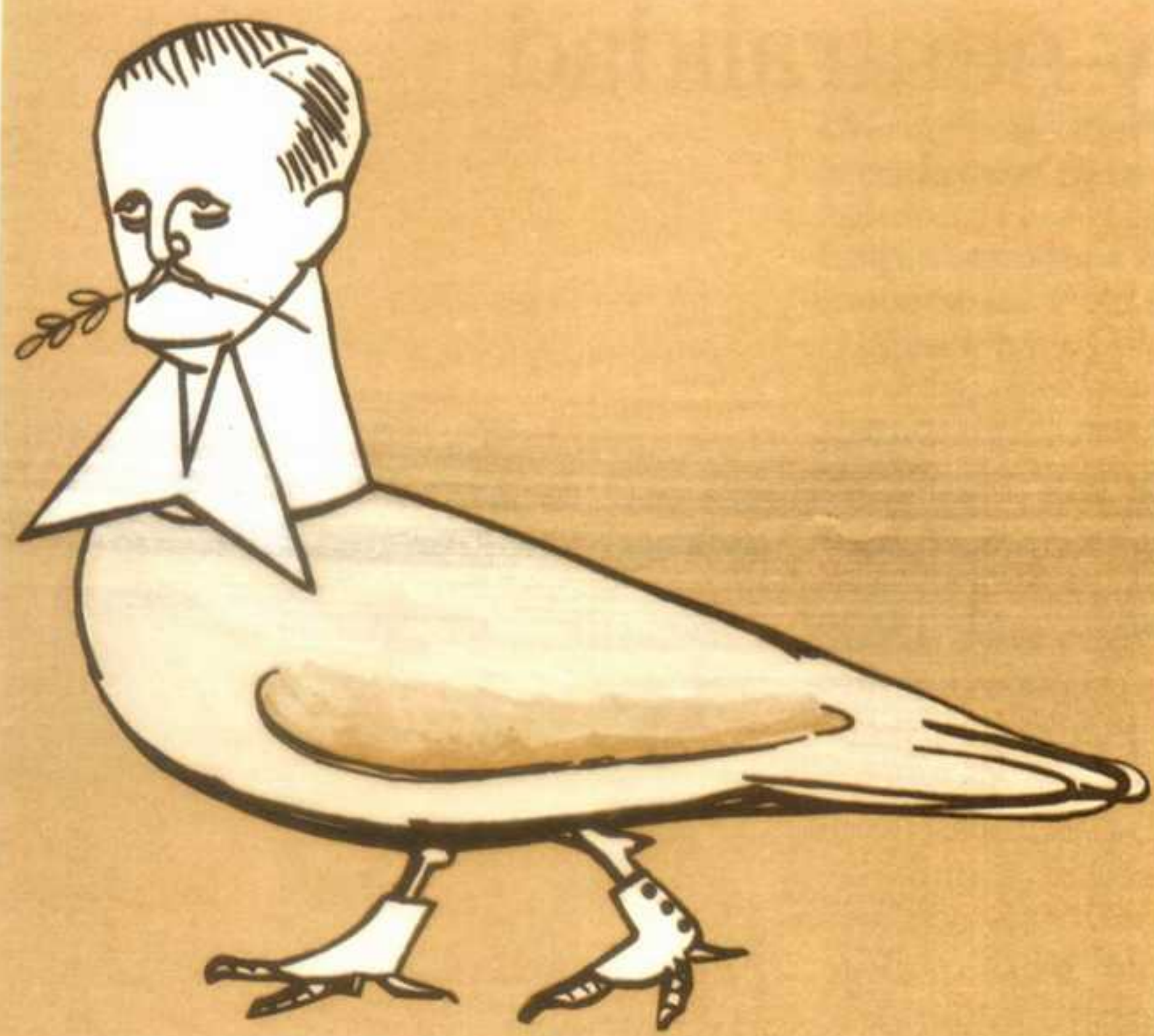
cada uno definió un tipo de política exterior en la que creía sinceramente. Y la suma de los tres muestra la manera en que la Argentina, aun sin desearlo, se vio con su vida interna condicionada cada vez más por lo que sucedía en el escenario mundial.

Saavedra Lamas: el caballero antiyanqui

La primera etapa abarca los años de la presidencia de Justo (1932-1938) y se llena con la figura de Carlos Saavedra Lamas. Era una cabal expresión de la clase tradicional argentina descendiente del presidente de la Primera Junta. Había recorrido un discreto *cursus honorum* con los gobiernos anteriores a 1916, y ahora, integrando el gabinete de la Concordancia, se le ofrecía la oportunidad de poner al servicio del país sus condiciones políticas y su versación jurídica. Simpatizaba con Inglaterra y desconfiaba de Estados Unidos, pero, sobre todo, aspiraba a que su país desempeñara un papel eminente en el concierto continental. En esta aspiración no campeaba solamente su indis-



Archivo General de la Nación



Izquierda: caricatura de Carlos Saavedra Lamas por Ramón Columba; resalta la elegancia del cuello palomita y las polainas. Abajo: Justo conversa con el canciller del Paraguay durante la firma de la tregua entre ese país y Bolivia. Centro: Justo y Saavedra Lamas, que recibió el Premio Nobel de la Paz en 1936.



cutible patriotismo sino también su propia vanidad personal, que asomaba en su señorial empaque, su ademán imperativo y su atildada indumentaria: no había caricatura de Saavedra Lamas que no reprodujera los altísimos cuellos duros que le eran característicos.

El marco para desarrollar sus ideas fue dado por el cambio de la política norteamericana en relación con América Latina. El presidente Franklin Roosevelt había abjurado de los métodos del *big stick* de su antecesor y pariente Theodore Roosevelt, y prometía desarrollar una «política de buen vecino»: en cumplimiento de esta promesa, anuló la enmienda Platt, que establecía una suerte de protectorado sobre Cuba, retiró los contingentes de *marines* destacados en Haití y prometió conceder la independencia a las Filipinas. Pero estos gestos no cancelaban, desde luego, los intereses norteamericanos ni su intención de crear un siste-

ma panamericano de seguridad. Contra este propósito luchó Saavedra Lamas sin estridencias, pero con obstinación y talento, en varios escenarios y oportunidades.

El primero fue el que ofrecía la guerra del Chaco, que Bolivia y Paraguay venían librando desde los últimos años de la década anterior. Estados Unidos había propiciado la formación de una Comisión de Neutrales en 1929, en la que no participó la Argentina. El canciller de nuestro país sostenía que la mediación debía efectuarse a través de una comisión formada por los países limítrofes de los beligerantes. Después de tres años de incesantes negociaciones, Saavedra Lamas logró su objetivo: en junio de 1935 se firmó en el Palacio San Martín -recientemente adquirido a la familia Anchorena para sede del Ministerio de Relaciones Exteriores- una tregua entre los contendientes, a la que seguiría una conferencia para establecer

los límites definitivos entre Bolivia y Paraguay. El artífice indiscutible de estas gestiones recibió en 1936 el Premio Nobel de la Paz y presidió luego en Ginebra la Asamblea de la Sociedad de las Naciones. Fue el momento más alto de la diplomacia argentina de la época y, desde luego, también el más gratificante para Saavedra Lamas.

Dos años antes de la tregua del Chaco, el canciller argentino se había enfrentado con el secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull, «un puritano del Sur que solía citar al Antiguo Testamento y a la guerra de Secesión para solucionar los problemas contemporáneos», según dicen Conil Paz y Ferrari. Fue en la VII Conferencia Interamericana celebrada en Montevideo, a la que llegó la delegación argentina con la propuesta de un Pacto Antibélico previamente convenido con Brasil. Trató Hull por todos los medios de evitar un enfrentamiento con

Saavedra Lamas pronuncia una conferencia en el Palacio San Martín, nueva sede del Ministerio de Relaciones Exteriores, con motivo del cese del fuego entre Bolivia y Paraguay. Asisten los cancilleres de estos dos países y Agustín P. Justo, el presidente argentino. El edificio había sido recientemente adquirido a la familia Anchorena.



Archivo General de la Nación

su colega argentino; llegó a llamarlo públicamente «el principal estadista latinoamericano» y finalmente accedió a respaldar el proyecto argentino a cambio del apoyo a la propuesta norteamericana de abolición de las barreras aduaneras. Pero Hull alimentó desde entonces un odio acerbo a Saavedra Lamas, que poco a poco fue extendiendo a la Argentina entera: sus *Memorias* reflejan cabalmente estos sentimientos, que tendrían graves implicaciones políticas después de 1943.

Tales choques, que no trascendieron mayormente a la opinión pública, se iban a reiterar a fines de 1936, cuando se reunió en Buenos Aires una conferencia interamericana extraordinaria, con asistencia del presidente Roosevelt. La iniciativa del mandatario norteamericano pretendía culminar la política de buena vecindad con la creación de un sistema hemisférico. Llegó, pues, Roosevelt a la capital

argentina en el crucero *Indianapolis*, fue recibido por una inmensa multitud y agasajado debidamente. En el palacio del Congreso inauguró la conferencia con un discurso al que no restó brillo el grito de «¡Abajo el imperialismo norteamericano!», lanzado por un asistente -que resultó luego ser Liborio Justo, hijo del propio presidente-, y, después de prodigar declaraciones y conferencias de prensa, partió de regreso a su país. Quedaba aquí Sumner Welles para imponer la tesis norteamericana a las restantes delegaciones. Su idea era dar contenido político al panamericanismo, estableciendo ciertas formas de «asistencia recíproca» ante un ataque exterior, que incluían la creación de un comité permanente. La brillante delegación argentina, integrada por Roberto M. Ortiz, Miguel Ángel Cárcano, José María Cantilo, Felipe A. Espil, Leopoldo Melo, Isidoro Ruiz Moreno y Daniel Antokoletz, con la conducción de Saavedra Lamas, se inclinaba por una colaboración

voluntaria con la Sociedad de las Naciones y un sistema de consultas en el marco del principio de no intervención.

La reunión se hubiera encaminado a un punto muerto de no mediar los esfuerzos del Brasil por lograr una conciliación entre los encontrados puntos de vista. Finalmente se aprobó una convención sobre mantenimiento de la paz, un protocolo de no intervención y una declaración de solidaridad. Todos estos instrumentos resultaron bastante chirles, como no podía ser de otro modo, y muy pronto fueron marchitados por los vientos de la historia. Pero fue acaso en ese momento cuando en las esferas del Departamento de Estado se afirmó la impresión de que la política de Buenos Aires, además de ser desconfiable, era opuesta al sentir de la opinión pública argentina, creencia que en años posteriores sería fuente de innumerables problemas entre los E.U.A. y nuestro país.

Justo con el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt, durante la visita de éste a Buenos Aires en 1936 (abajo). Al pie: en la plaza San Martín los porteños despiden a Roosevelt; sus afanes por imponer la política de Buena Vecindad quedaban en manos de Sumner Welles, que permaneció un tiempo en la Argentina.



Archivo General de la Nación

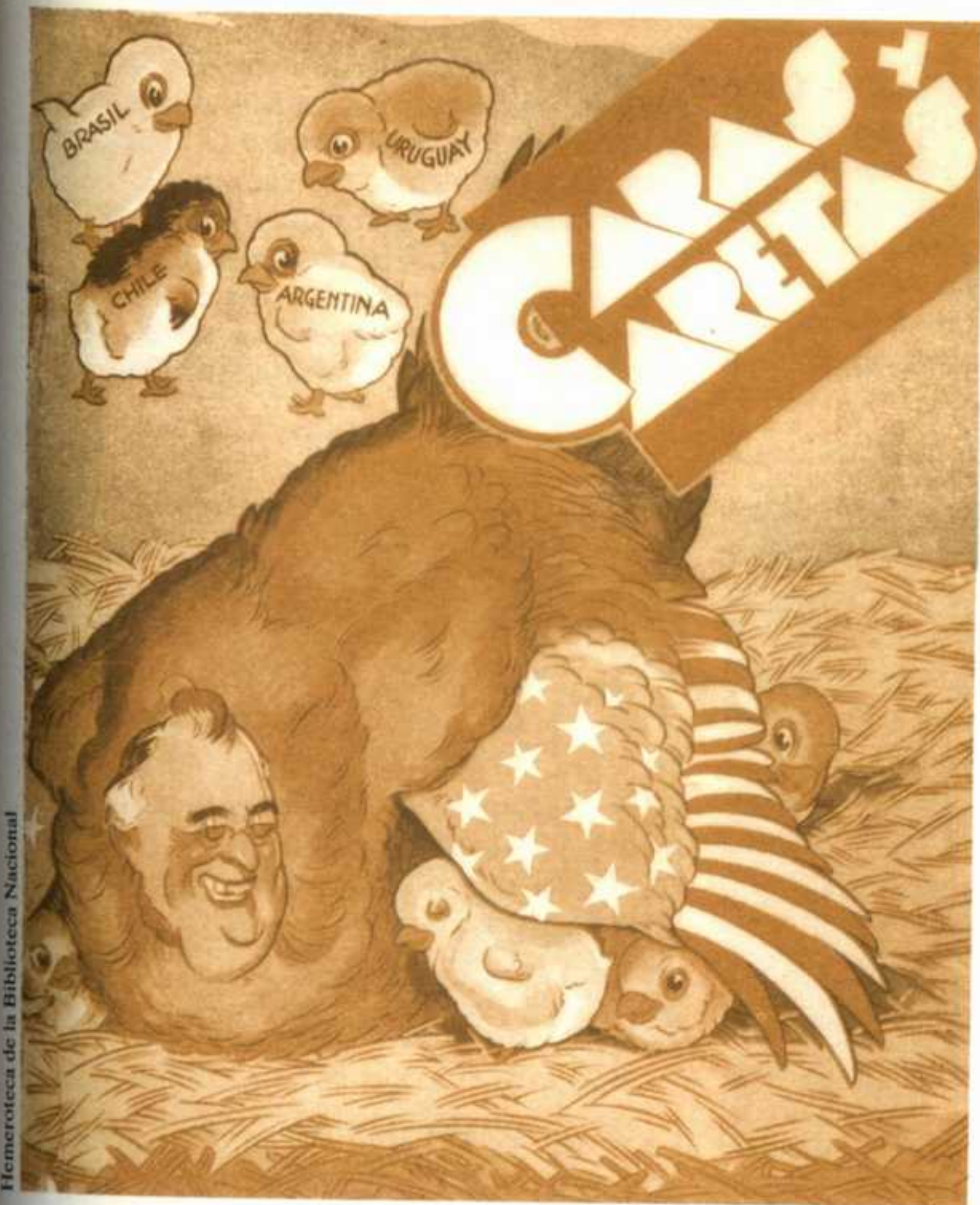


Archivo General de la Nación

A la vez, Saavedra Lamas motorizaba un acercamiento de carácter permanente al Brasil, a fin de evitar que el país vecino fuera ganado por Estados Unidos. A esta intención respondió el intercambio de visitas que realizaron, respectivamente, los presidentes Justo y Getulio Vargas. El mandatario argentino visitó el Brasil en octubre de 1933, viajando en el acorazado *Moreno*; por su parte, Vargas retribuyó la visita en mayo de 1935. El caudillo *gaúcho* había conocido Buenos Aires como exiliado, años atrás: ahora la disfrutó en todo su esplendor y «la reina del Plata» le brindó una cálida recepción. Vargas presenció una función de gala en el teatro Colón, asistió a una fiesta en la residencia presidencial de Olivos -que todavía no se usaba como casa permanente del jefe del Estado- y hasta viajó en el recién inaugurado subterráneo que unía Plaza de Mayo con Palermo. En vísperas del fin del mandato de Justo, éste y Vargas volvieron a encontrarse con motivo del inicio de las obras del puente internacional Paso de los Libres-Uruguayana: esta vez la reunión tuvo un trágico desenlace, pues el avión que conducía de regreso a Buenos Aires a parte de la comitiva, se precipitó a tierra y murieron todos sus ocupantes, entre ellos un hijo de Justo.

El 20 de febrero de 1938 Justo entregó las insignias del mando a su sucesor, y en consecuencia Saavedra Lamas cesó en su gestión ministerial. Hay quien afirma que el canciller hubiera querido continuar en sus funciones con Ortiz; pero el nuevo presidente no deseaba, seguramente, que una personalidad tan fuerte manejara las relaciones exteriores cuando el horizonte internacional se ensombrecía con preanuncios de guerra. Por otra parte, Justo parece haberse sentido celoso del Premio Nobel otorgado a su canciller: creía que, en realidad, la distinción le correspondía a él... Sea como fuere, Saavedra Lamas regresó a la vida privada. Quedó como una eterna «figura de reserva», un «hombre de consulta» al que la historia posterior marginó totalmente hasta su muerte en 1959.

Excede los límites de estas páginas formular un juicio completo sobre la gestión de Carlos Saavedra Lamas. Pero no podemos menos que recordar las actitudes de



Izquierda: en *Caras y Caretas* de 1938, el llamado al panamericanismo de Roosevelt -personificado por una gallina clueca- espanta a algunos pollos: Chile, Brasil, Uruguay y la Argentina. Abajo: Isidoro Ruiz Moreno, asesor legal de la Cancillería, fue miembro de la delegación argentina en la Conferencia Interamericana de Buenos Aires (1936).



Armas al Paraguay

Del libro *Economía y petróleo durante la guerra del Chaco*, del historiador paraguayo Alfredo M. Seiferheld (Editorial El Lector, Asunción, 1983) extraemos los siguientes párrafos:

«[...] El soporte argentino al Paraguay en cuanto a provisión de material bélico fue importante desde antes de la declaración oficial de guerra [entre Paraguay y Bolivia, (N. del E.)...] y fue realizada en una proporción que entonces hubiera alarmado inclusive a ciertas autoridades argentinas que desconocían en todos sus alcances la decisión, entre ellas el propio canciller Saavedra Lamas. Los riesgos corridos fueron grandes, y en ellos se jugaron el presidente Justo y sus ministros de Guerra y de Marina, coronel Manuel A. Rodríguez y almirante Pedro S. Casal, a sabiendas de la crisis interior que podría producir el conocimiento de que importantes cantidades de armamentos y municiones abandonaban los parques militares argentinos rumbo al Paraguay [...]

»En agosto de 1932 partían ya para el Paraguay importantes remesas de

monturas, caramañolas, carpas y tiros de pistolas, además de 2000 kilogramos de trotyl. Poco después estaban listos en los arsenales de guerra, para ser transportados al Norte, 5 millones de tiros de fusil, principalmente. En enero de 1933, Rivarola [embajador paraguayo en Buenos Aires (N. del E.)] comunicaba que no había inconvenientes en satisfacer, desde Buenos Aires, un pedido del Ministerio de Guerra y Marina de Asunción consistente en 4 millones de proyectiles de fusil y 2000 balas de cañón, los que fueron despachados efectivamente a mediados de febrero, junto con otros 500 proyectiles para Schneider 75, 500 para 105 mm, cien mil tiros perforantes para ametralladoras y 850 espoletas para cañones Schneider. Estos elementos eran transportados en buques de la Armada argentina cedidos por el ministro Casal.

»El 22 de febrero de 1935, cuando ya regía un embargo de armas al Paraguay por resolución de la Liga de las Naciones, las gestiones del ministro Rivarola en Buenos Aires seguían su-
pliando por sobre tales restricciones.

En esa fecha, el mismo escribía al presidente [del Paraguay (N. del E.)] Ayala que “las dos mil balas Schneider 105 y 2000 de 75 que me pidió, inmediatamente ordenó el general Rodríguez [ministro de Guerra argentino (N. del E.)] que se me facilitaran y espero poder despacharlas el jueves próximo por el vapor *Olimpo*, que lleva nafta para Asunción, o por tren internacional el domingo siguiente. El pago de esta partida podremos demorar para más adelante”.

»Expresiones de parecido tenor se repetirían a lo largo de la guerra. De otra manera no se explica que, a pesar del desgaste enorme y de las importantes partidas de armas y municiones capturadas sobre el campo de batalla, el Paraguay siguiera relativamente bien armado en el curso de la guerra, sin la utilización de un solo empréstito extranjero, excepción hecha de los créditos que obtuviera en la Argentina» ■

Roque Sáenz Peña y Manuel Quintana en la conferencia de Washington de 1889, como un término de referencia insoslayable. Ellos, como Saavedra Lamas, resistieron las presiones de Estados Unidos porque tenían la convicción de que la asociación con Gran Bretaña era, para nuestro país, mucho más sólida y redituable que cualquier ventaja que pudiera ofrecer la potencia del Norte. También el canciller de Justo creía en la permanencia y conveniencia de la relación anglo-argentina: él fue el autor de aquella expresión en el Congreso sobre la necesidad de echar un cable al gran barco inglés, para poder sobrellevar la tormenta... Durante su ministerio se firmó el Pacto Roca-Runciman, y en todo momento enfatizó la peculiar y tradicional vinculación entre los dos países. La posición antiyanqui de Saavedra Lamas no respondía, pues, a un propósito de afirmación soberana de la nación, sino, más bien, a

la conveniencia de marcar diferencias entre el conjunto latinoamericano, condenado a diversas maneras de sumisión a la política norteamericana, y la relativa latitud de movimientos de la Argentina dentro de ese contexto. No advirtió -no pudo advertir- que el antiguo socio estaba cada vez más asediado por dificultades de fondo, y que no pasaría una década sin que la sociedad tuviera que disolverse...

José María Cantilo, el diplomático no beligerante

Cuando Roberto M. Ortiz asumió la presidencia, la guerra civil española llevaba casi dos años incendiando la península, ya se había producido el *anschluss* mediante el cual el Tercer Reich se había apoderado de Austria, y cualquier observador no podía menos que predecir el estallido de una guerra en Europa.

Centro: el secretario de Estado, Cordell Hull (ante las flores), en una reunión en ICANA de la que participan G. Martínez Zuviría y Cupertino del Campo (1° y 5° desde la izq.). Al pie, izq.: José María Cantilo (el más alto) en la inauguración de la 8a. Conferencia Interamericana (Lima, 1938). Al pie, der.: Cantilo y el canciller brasileño Osvaldo Aranha.

El nuevo canciller había ingresado en la diplomacia en 1908 y se desempeñaba como embajador en Roma desde 1933, cuando Ortiz, presidente electo, le ofreció la conducción de las relaciones exteriores. José María Cantilo había nacido en 1877 y venía de una vieja familia porteña, algunos de cuyos miembros tenían militancia radical. La actuación de Cantilo tuvo dos momentos culminantes: la VIII Conferencia Interamericana realizada en Lima en diciembre de 1938, y su iniciativa de no beligerancia en abril de 1940.

La reunión de Lima se realizó después del encuentro de Chamberlain con Hitler en Munich, que -a nadie escapaba- había sido sólo la postergación de un conflicto ya inevitable. Aspiraba Estados Unidos a afirmar un sistema de solidaridad interamericana frente a las amenazas externas; Cantilo, que llegó a Lima a bordo del cru-



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Abajo: Cantilo pronuncia su discurso en la apertura de la VIII Conferencia Interamericana de Lima, en el que expuso la deuda cultural de la Argentina con los países de Europa. Al pie, izquierda: en Caras y Caretas de 1938, Cantilo invita a los países latinoamericanos a ponerse del lado de la paz, única solución.

Abajo: Diógenes Taboada, ministro del Interior, junto a la esposa del embajador norteamericano, en la Exposición Rural de 1938. Centro: la comisión interministerial de neutralidad, reunida en 1939 alrededor del canciller Cantilo. Al pie: se firma el tratado definitivo de paz entre Bolivia y Paraguay en 1938.

cero *La Argentina*, sólo admitía una solidaridad de tipo moral entre las naciones del continente, y en su discurso inaugural marcó enfáticamente los tributos que nuestro país debía a Europa. El choque con Cordell Hull vino en seguida; en sus *Memorias*, el ex Secretario de Estado recuerda esos días como «los más difíciles de mi carrera». Para subrayar su actitud de indiferencia, Cantilo abandonó la reunión y se fue de vacaciones a los lagos chilenos... Las negociaciones debieron apelarse al presidente Ortiz, en Buenos Aires, y finalmente se aprobó una declaración estableciendo un «sistema de consulta» para el caso en que la paz, la seguridad o la integridad territorial de cualquiera de las naciones del hemisferio se viera amenazada.

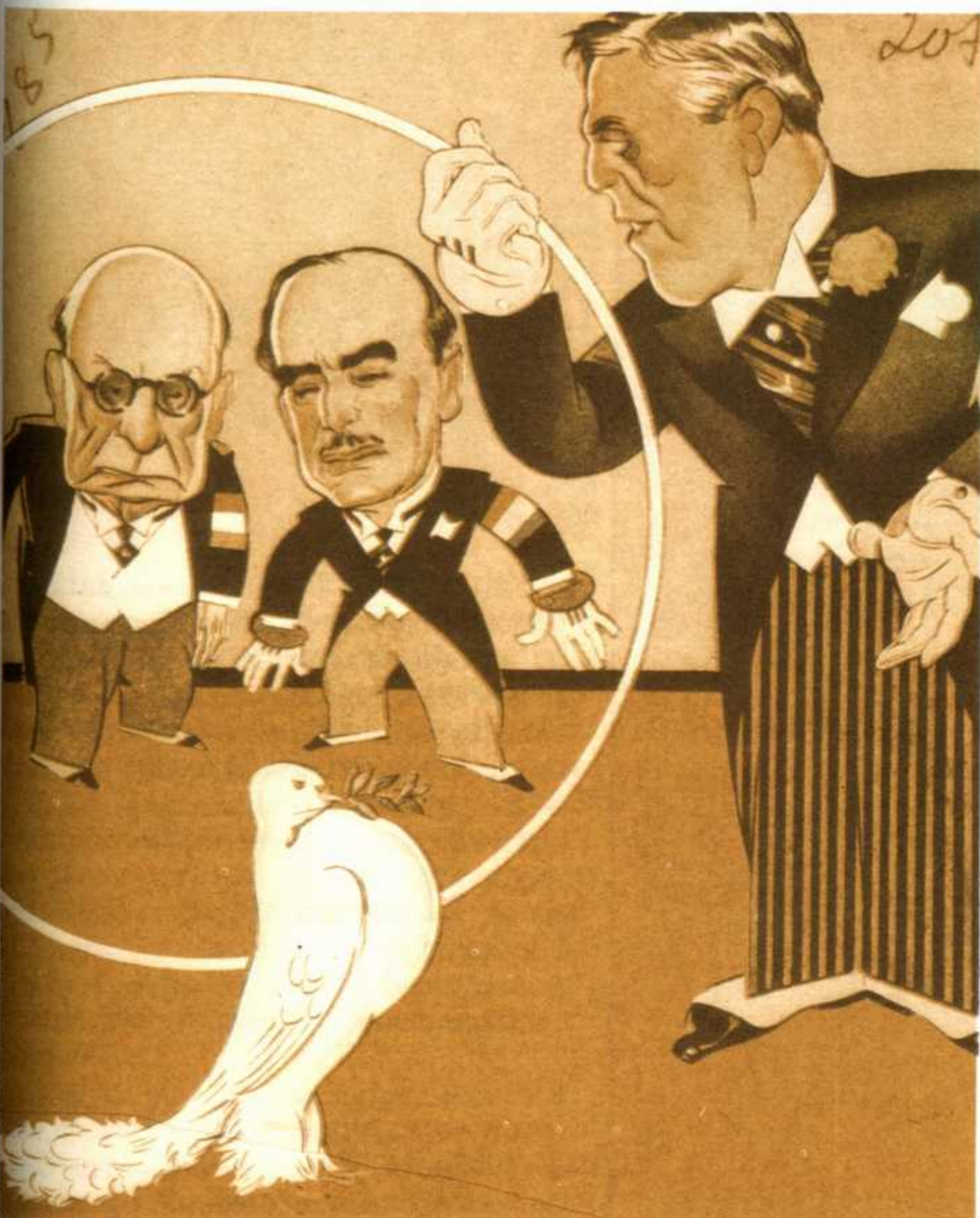
Apenas estallada la guerra (septiembre de 1939), el gobierno de Washington solicitó una reunión de cancilleres, que se rea-



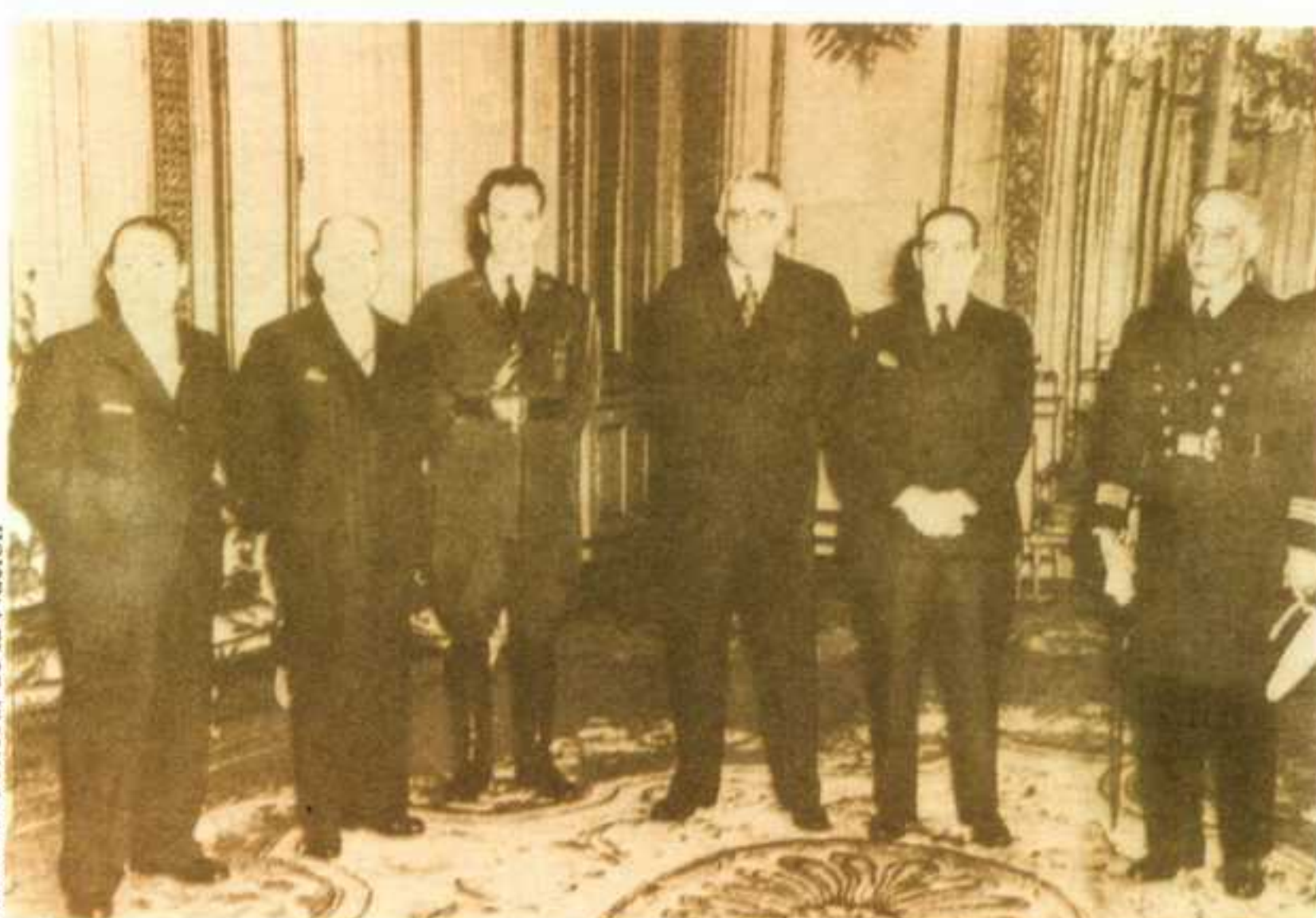
Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Medio siglo atrás

Cuando estalló la guerra civil yo tenía 9 años. Cuando en 1938 llegué a la Argentina, diez meses antes de que terminara, apenas había sobrepasado los 11. Eran pocos para calibrar la magnitud de la tragedia -eso vino después-, pero sí los suficientes para conservar el recuerdo directo de hechos y episodios que me tocaron vivir.

En la primavera del 36, ante el triunfo del Frente Popular, mi padre, primero y único embajador de la Segunda República ante el Vaticano, renunció al cargo, cuyo desempeño consideró incompatible con las quemaduras de iglesias que a la sazón se produjeron en España. Allí nos trasladamos desde la plácida Roma. Era perceptible ya el clima de desorden que se vivía en Madrid. Nuestros habituales paseos por la Castellana y el Retiro fueron espaciándose cada vez más, ante la amenaza de manifestaciones políticas que solían culminar con sangrientos enfrentamientos. Las efigies gráficas de Gil Robles, pronto desplazado por el ímpetu de Calvo Sotelo y de Manuel Azaña, superado al tiempo por el extremismo de Largo Caballero, se erigían antagónicas en aquellos lejanos itinerarios infantiles.

En junio volvimos a La Coruña para pasar el habitual verano gallego. Allí nos sorprendió el alzamiento. Fueron pocos días de lucha, pues los «nacionales» se impusieron en menos de una semana. Mi madre había improvisado una defensa con los libros para bloquear las ventanas. Recuerdo que en esa endeble trinchera había colocado juntos -curiosa casualidad- «La invención del Quijote», de Azaña, y «Diario de una bandera», de Franco, cuya encuadernación era excelente

freno para alguna bala perdida. Cuando cesó el tiroteo, los chicos nos divertíamos recogiendo cascos de metralla. Veíamos pasar en desordenado desfile las levas de campesinos que marchaban al frente. Cantaban y parecían alegres, pero según nos susurraban los mayores, era que los emborrachaban antes.

No había automóviles, pues todos los vehículos fueron requisados, y sólo se veía pasar a los vetustos transportes públicos. El racionamiento de alimentos era estricto, y la represión a los republicanos, muy dura. Además de los fusilamientos, en las afueras de la ciudad se recogían casi diariamente los cadáveres de quienes eran «paseados» por la temida Ronda del Amanecer. La tragedia se vivía tanto en el frente como en la retaguardia.

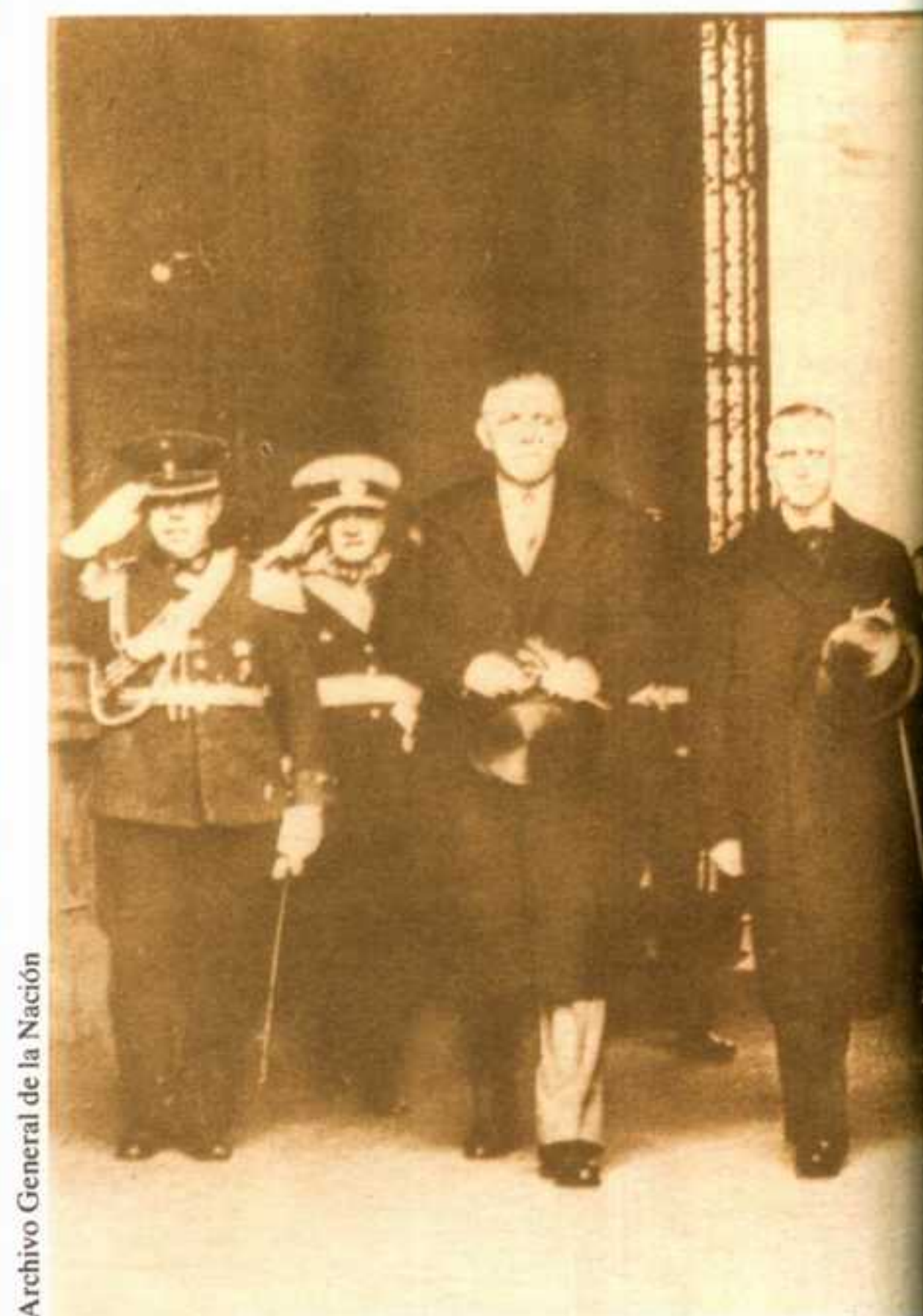
En julio de 1938 llegamos a Buenos Aires. Tuve la impresión de la Argentina opulenta, donde nada faltaba. A pesar de las dificultades económicas de los primeros años, la sensación de sosiego las compensaba con creces. Hoy, al cabo de medio siglo, observo, más con estupor que con dolor, ese retazo del pasado. El tiempo todo lo mitiga, todo lo atempera, todo lo objetiva ■

Leandro Pita Romero

Nacido en La Coruña en 1927, es abogado y periodista. Dictó cátedra de Legislación Periodística, es editorialista de *La Prensa*, y ha cubierto como enviado especial diversos acontecimientos internacionales. En 1969 recibió el premio ADEPA de periodismo.



Archivo General de la Nación



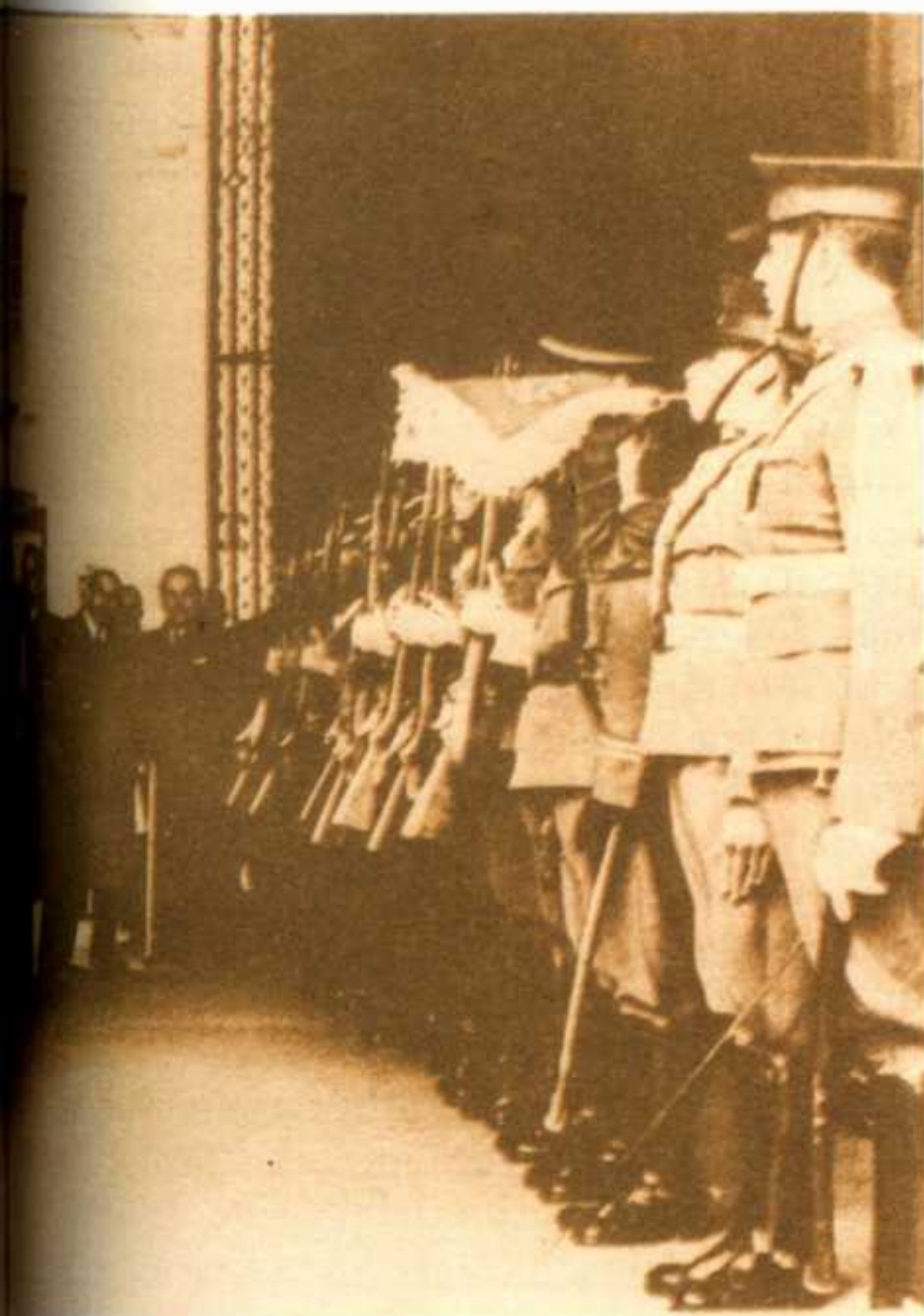
Archivo General de la Nación

lizó en Panamá. El canciller argentino no concurrió, y la delegación de nuestro país fue encabezada por Leopoldo Melo. Allí se aprobó la creación de una «zona marítima de seguridad» en torno al continente, de 300 a 1000 millas de ancho, dentro de la cual los beligerantes no podrían llevar a cabo actos de guerra. Era una declaración sin valor práctico: dos meses más tarde, la batalla del río de la Plata entre buques de guerra alemanes e ingleses, demostró que los hechos bélicos eran más poderosos que cualquier declaración.

Ello debe haber sido uno de los motivos que movió a Cantilo a plantear en abril de 1940 una interesante iniciativa. El gobierno argentino consideraba que la neu-



Izquierda: para la firma del tratado de paz entre Bolivia y Paraguay, Cantilo recibe al canciller paraguayo (de sobretodo oscuro); a su lado, Spruille Braden, miembro de la delegación de los EUA. Centro: Cantilo visitó Santiago de Chile por el litigio del Beagle; aparece en el Palacio de la Moneda acompañado por el Gral. A. Quiroga (detrás de él).



tralidad, como concepto, carecía de valor práctico; el conflicto europeo demostraba que países declaradamente neutrales habían sido invadidos sin ningún escrúpulo. Proponía, entonces, sustituir el estado de neutralidad de las naciones americanas por el de no beligerancia, lo que les permitiría una completa libertad de acción externa e interna, desatándoles las restricciones que les imponía una neutralidad ilusoria y ficticia. Sería una advertencia frente a eventuales agresiones y permitiría una política coordinada de vigilancia.

La iniciativa de Cantilo contó con el apoyo del Brasil, pero el Departamento de Estado la consideró irrelevante, por

Un verano muy largo

Para la óptica de una chica que cumplía once años, aquel verano del 42 resultó a todas luces interminable. No sólo por el calor inusual para quien se había criado entre las nieves helvéticas, sino porque tener un padre canciller, y muy ocupado (no había tiempo para veranear), la hacía completamente distinta de sus compañeras de grado. Tan distinta que, cuando muy temprano, en aquella mañana de febrero, llegaron las primeras noticias de que el avión en el que regresaba mi padre de la Conferencia de Río de Janeiro había caído al mar, ni siquiera me atreví a comentárselo a mis amigas. Entre otras cosas, porque nadie tenía un padre que viajara en avión...

Recuerdo perfectamente la calurosa penumbra del Palacio San Martín que era entonces la residencia habitual de los ministros de Relaciones Exteriores, la serenidad de mi madre conteniendo las lágrimas y el ir y venir de funcionarios tratando de recomodar la noticia... Y, de pronto, el teléfono:

-Es Osvaldo Aranha...-anunció alguien refiriéndose al canciller brasileño.

Y mi madre, otra vez, alzando el tono: -Gracias... gracias... pero, ¿dónde está Enrique?

La pausa interminable y, -luego, las palabras mágicas que restituyen un chico al mundo de la infancia: -Hola, mi viejo querido...

Todo había vuelto a un orden lógico. No se había alterado la maravillosa rutina en la que una poderosa y querida figura paterna ocupaba una importante porción del universo.

Aún hoy, a la distancia, recuerdo esa maciza sensación de seguridad que me infundían los pasos, la voz y la presencia de aquel hombre muy rodeado por sus hijos varones durante la función pública y muy afectuoso con sus hijas mujeres en el seno de la familia en la cual estaban insertadas.

Sin embargo, no olvido la fascinación con que, desde un extremo de la mesa, seguía esos almuerzos con conversaciones de hombres, a las que muchas veces se sumaba Mario Amadeo, amigo dilecto.

El accidente de Río de Janeiro tuvo un epílogo milagroso que, con su habitual sentido místico y a la vez realista, mi padre aceptó como un regalo de la Providencia. Al día siguiente de su llegada permanecimos en familia. Pero 48 horas después, lo que hoy llamaríamos *stress* irrumpió en la recuperada rutina y mi padre tuvo que pasar varios días en cama. Tenía el cuerpo muy golpeado y las presiones de los norteamericanos Sumner Welles y Cordell Hull no se habían hecho sentir en vano. Sin embargo, con un buen humor que les agradezco, pocos días más tarde, Papá y Mamá no olvidaron mi fiesta de cumpleaños

Magdalena Ruiz Guiñazú

Periodista radiofónica y televisiva; integrante de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), 1984.

Al estallar la guerra civil en España, la policía republicana protege a un sacerdote franquista de la multitud enfervorizada. Al pie: el vapor Belle Isle llega al puerto de Buenos Aires trayendo a un grupo de repatriados argentinos que habían luchado por la causa republicana española, aniquilada por los franquistas apoyados por Hitler y Mussolini.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

una parte, y políticamente riesgosa, por la otra, pues el presidente Roosevelt estaba luchando por su reelección y no quería aparecer en una posición belicista. Quedó, pues, archivada la iniciativa del canciller argentino, que, de haber prosperado, acaso hubiera evitado muchos de los problemas que su sucesor debió enfrentar. Pues a fines de agosto de 1940 Cantillo renunció, con todos sus colegas del gabinete, para facilitar a Castillo su gestión, en vista de la delegación del mando que había hecho Ortiz.

Aunque corto, el desempeño de Cantillo debe incluir también su actuación durante la guerra civil española. El conflicto había estallado durante la presidencia de Justo (julio de 1936) y apasionó a la opinión pública argentina. Es de recordar que la colectividad hispana era muy grande en aquella época, y muy poderosos sus intereses económicos y financieros. Las sedes diplomáticas y consulares de nuestro país en la península se llenaron de refugiados, de uno y otro bando. Justo dispuso enviar al crucero *Veinticinco de Mayo* para ayudar a la evacuación de los residentes argentinos, logrando el traslado de casi medio millar de personas; meses más tarde el destructor *Tucumán* cumplió iguales funciones, salvando a unos 1500 refugiados. El presidente Ortiz, hijo de vascos, facilitó el ingreso de los exiliados a tierra argentina, en especial de que los provenían de las provincias vascongadas. En febrero de 1939, concluida ya la guerra, reconoció al régimen de Franco.

En las difíciles circunstancias planteadas por el desgarramiento de la Madre Patria, el canciller Cantillo interpretó cabalmente el pensamiento humanitario de su presidente y los sentimientos argentinos en relación con España; y este no fue el menor de los aciertos de su gestión.

Enrique Ruiz Guiñazú, el canciller de la neutralidad

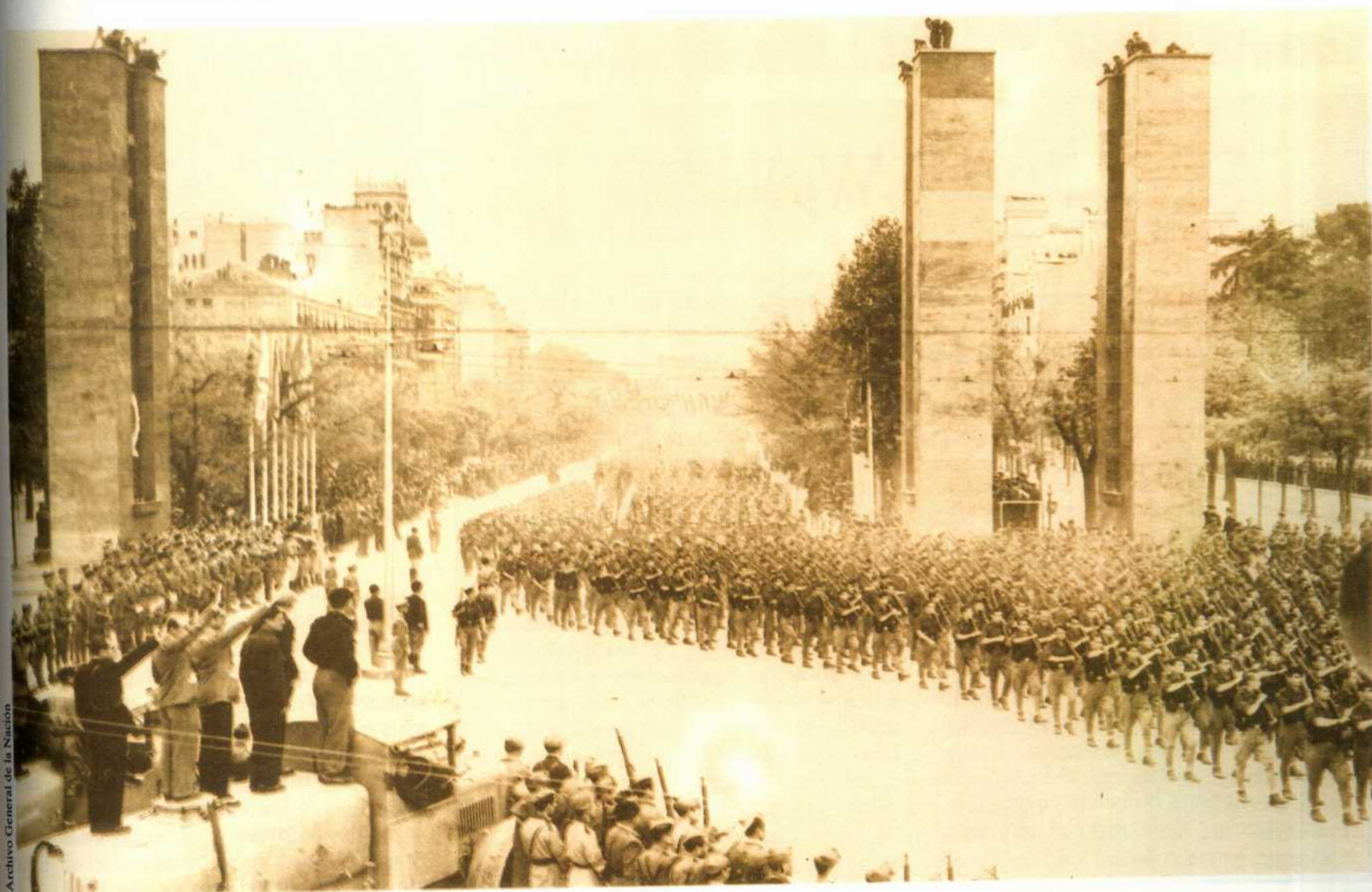
Como se ha dicho, Cantillo dimitió en agosto de 1940. Su reemplazante, por breves meses, fue Julio A. Roca (hijo) que no era el hombre en que podía confiar Castillo para la política exterior que



Izquierda: madre con su niña, refugiadas malagueñas en Valencia (1936). Abajo: después de un enfrentamiento en la plaza Cataluña (Barcelona, julio de 1936), hombres y caballos muertos y heridos yacen sobre el terreno. Al pie: el imponente desfile de la victoria celebrado en Madrid en 1939, luego del triunfo franquista.



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Edificio del Palacio Municipal de Río de Janeiro (abajo), donde fueron agasajadas las delegaciones participantes en la III Reunión de Consulta de Cancilleres celebrada en 1942. Derecha: tapa de la revista Time, norteamericana; dice: «Castillo, de la Argentina: en la política del continente los grandes temas son el prestigio y la carne».



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Archivo General de la Nación

Sumner Welles

Del libro *Política exterior argentina, 1930-1962*, de Alberto Conil Paz y Gustavo Ferrari (Ediciones del Círculo Militar, Buenos Aires, 1971), extraemos los siguientes párrafos:

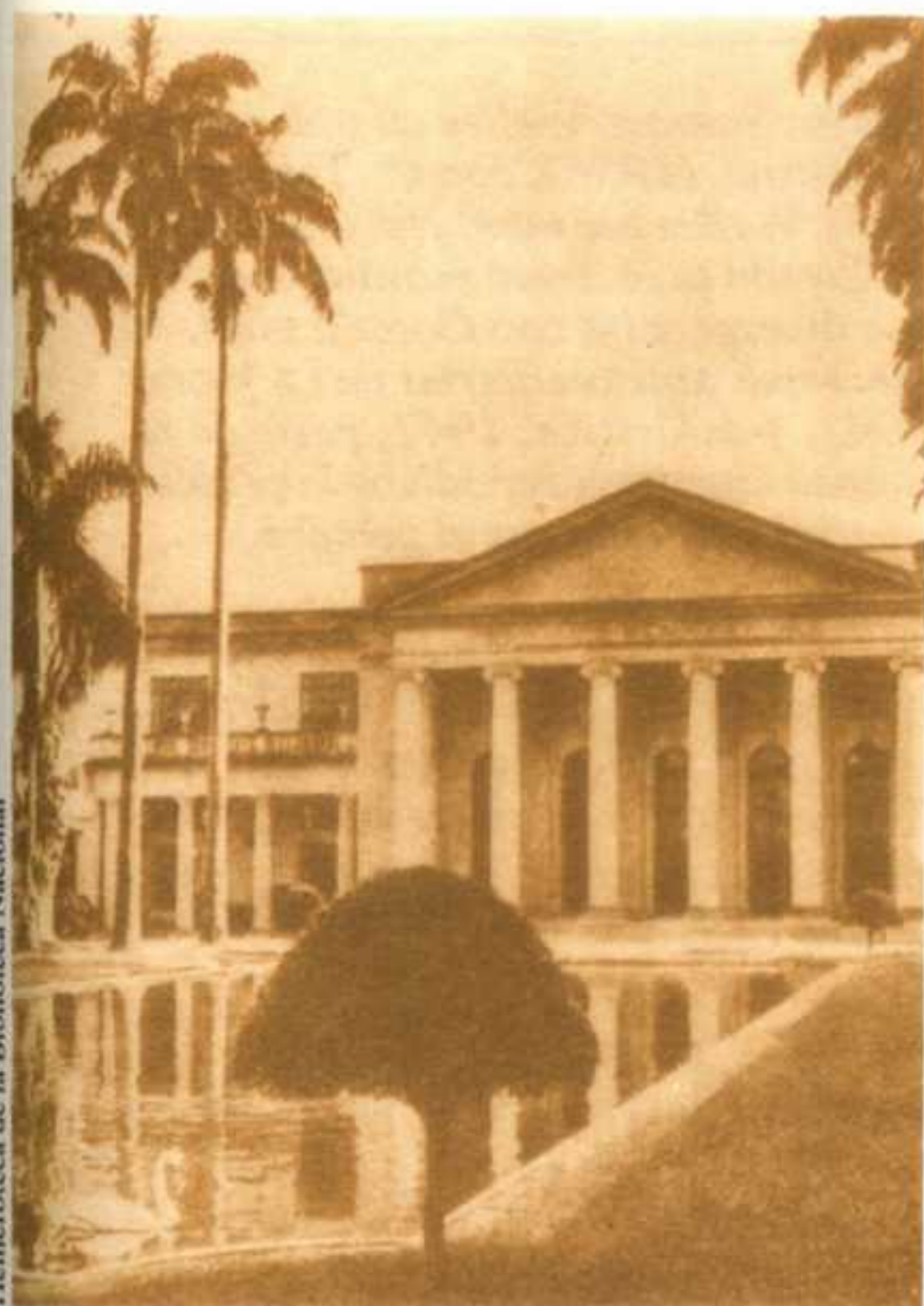
«A este requerimiento [el del canciller Ruiz Guiñazú a Sumner Welles durante la conferencia de Río de Janeiro, pidiendo apoyo para el establecimiento de industria pesada en la Argentina (N. del E.)], Welles respondió que “mientras el gobierno argentino no diera por lo menos los pasos necesarios para cumplir con los términos de la resolución adoptada el día anterior [recomendando la ruptura de relaciones con el Eje (N. del E.)], mientras no contribuyera efectivamente a la defensa del hemisferio

contra los ataques del Eje, era tiempo perdido conversar sobre el asunto”.

»[...] La negativa a cualquier tipo de asistencia militar [...] tuvo consagración oficial cuando, el 4 de febrero [de 1942] Welles comunicó a su embajador que “por cuanto el gobierno argentino ha decidido mantener por el momento una posición equivalente a la neutralidad, y que todas menos una de las repúblicas americanas han declarado la guerra o roto relaciones con el Eje [...] el material naval y militar que podía ser concedido por los Estados Unidos puede ser repartido solamente entre aquellas naciones [...]»

deseaba: su designación respondió a la necesidad de afirmar su endeble base política. Roca renunció en enero de 1941 y en su reemplazo fue nombrado Enrique Ruiz Guiñazú, cuyo nombre llena la actividad internacional de nuestro país hasta la revolución de junio de 1943, asociado con el concepto de neutralidad, que mantuvo con una obstinación pareja a la del propio Castillo.

Ruiz Guiñazú había nacido en 1882 y era embajador desde 1931. No tenía gran experiencia en materia internacional y se le atribuía simpatía por los regímenes totalitarios, cuyos arrasadores triunfos había visto durante su desempeño en Europa. Su gestión fue difícil y agitada, en un contexto internacional cada vez más sombrío. A los pocos meses de hacerse cargo del Ministerio de Relaciones Exteriores se produjo el bombardeo de Pearl Harbor (7 de diciembre de 1941) y la



Izquierda: Palacio de Itamaraty, en Río de Janeiro, donde se celebró la III Consulta de Cancilleres a pedido de los EUA. Abajo: el ministro argentino, Ruiz Guiñazú, habla en la conferencia; la propuesta argentina difería de la norteamericana. Centro: Castillo junto a Ruiz Guiñazú en una Exposición del Libro Chileno realizada en 1943.



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



consiguiente entrada de Estados Unidos en la guerra mundial.

Era ya indiscutible que la política internacional era un elemento importantísimo dentro de la política argentina interna. Aunque el tema será tratado más extensamente en otro capítulo, hay que adelantar que la opinión pública se dividía de manera neta y ardiente entre quienes deseaban que la Argentina se alineara junto a las naciones aliadas y aquellos que deseaban salvar su independencia mediante el mantenimiento a todo trance de la neutralidad.

Por de pronto, ante la agresión japonesa en el Pacífico, el gobierno de Castillo dictó un decreto por el que se consideraba no beligerante a Estados Unidos, gesto que el Departamento de Estado agradeció como expresión de buena voluntad por parte de Buenos Aires. No duró mucho

tiempo este ánimo benévolo. Entre el 15 y el 29 de enero de 1942 debía realizarse en Río de Janeiro la III Reunión de Consulta de Cancilleres, a pedido de Estados Unidos, para tratar la nueva situación creada en el hemisferio. La diplomacia norteamericana aspiraba a integrar todos los países del continente en un frente unido que adoptara una firme actitud contra el Eje. El presidente Castillo y su canciller, en cambio, veían la reunión de Río de Janeiro como una confrontación a la que había que resistir a toda costa, por razones de dignidad nacional.

Fue un triunfo argentino, pero un triunfo a lo Pirro. Al comenzar la reunión, tres países presentaron un proyecto cuya aprobación significaba la automática ruptura de relaciones con Japón, Alemania e Italia. Ruiz Guiñazú presentó una contrapropuesta que no tuvo consenso y luego la modificó por otra. Declaraba el nuevo

proyecto que las repúblicas americanas «no podrán continuar sus relaciones diplomáticas» con dichos países. Parecía una fórmula aceptable para todos los representantes. Pero he aquí que Castillo, enterado de este proyecto, comunicó al embajador norteamericano en Buenos Aires que no lo aprobaría. Virtualmente desautorizado, Ruiz Guiñazú retiró su adhesión al documento y manifestó que sólo aceptaría una declaración que se limitara a recomendar la ruptura de relaciones, dejando a cada país en libertad para hacerlo en el momento que consideraba oportuno.

Ante la disyuntiva de quebrar la deseada unanimidad o asentir a esta tibia declaración, Sumner Welles optó por lo último. Ello le valió una áspera discusión telefónica con el secretario de Estado Hull y finalmente un arbitraje del presidente Roosevelt, que, con criterio pragmático,

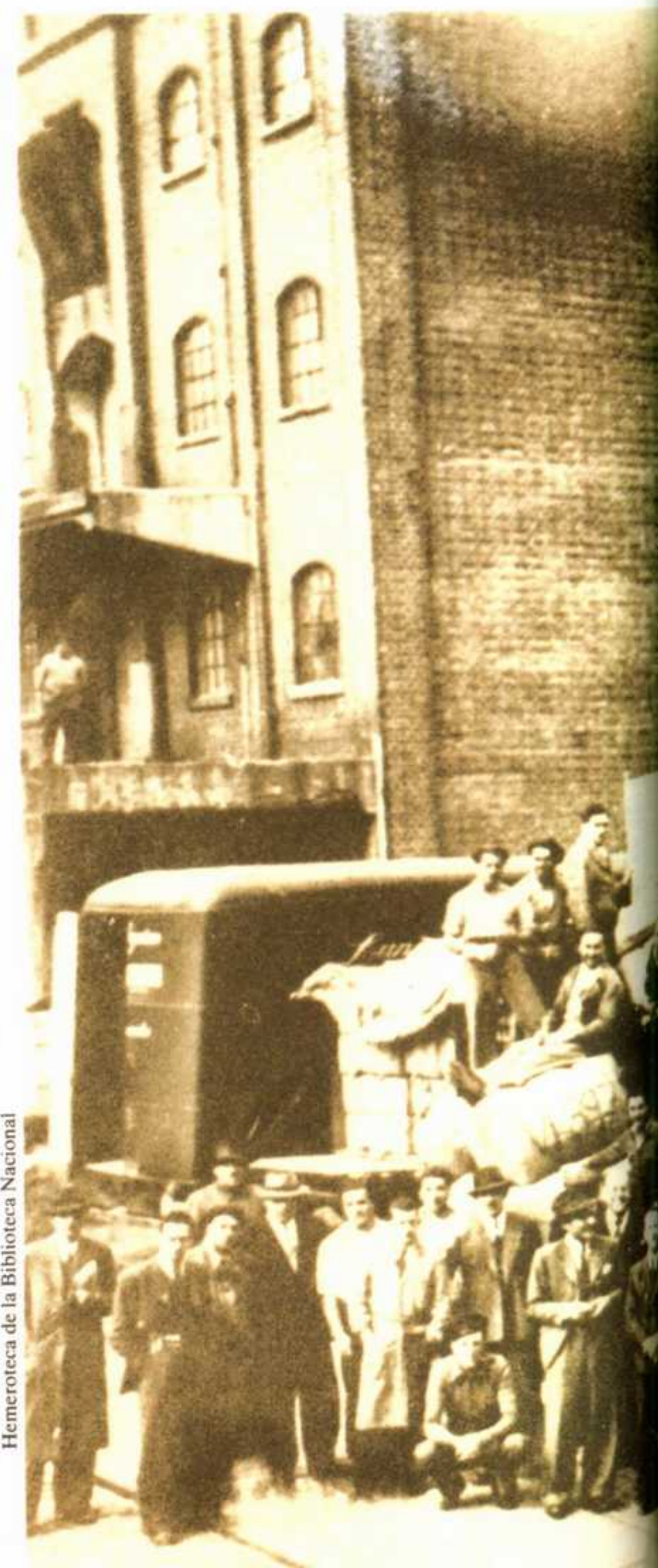
Abajo: Sumner Welles en una visita a la Argentina (1936), con D. Taboada; en 1937 Welles fue nombrado subsecretario de Estado pero debió renunciar en 1943 por divergencias con Cordell Hull. Al pie: tapas antitotalitarias de La Hora, 1942, y de Crítica, 1941; parte de la prensa argentina repudiaba la posición neutral adoptada por el gobierno.



Archivo General de la Nación

prefirió la opinión «del hombre que está trabajando sobre el terreno», es decir, Welles -quien debió renunciar poco después a su cargo, en el que se desempeñaba desde 1937-.

La reunión de Río de Janeiro aprobó, además, varias resoluciones de carácter económico tendientes a obtener la ayuda de Estados Unidos para los países latinoamericanos, establecer precios justos para la venta de materias primas y facilitar las inversiones norteamericanas. Pero sin duda lo más resonante era la declaración política, que aparecía como una victoria de la intransigencia argentina. Sin embargo, este triunfo fue origen de enormes dificultades para nuestro país durante la



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Envío de víveres a la Unión Soviética por la colectividad israelita argentina; entre otros factores, los crímenes de los nazis contra los judíos en las zonas que invadían ya habían tomado estado público, creando una opinión contraria a los países del Eje. Ello hacía que muchos se avergonzaran del neutralismo rígido mantenido por el gobierno de Castillo.

gestión de Castillo y del gobierno de facto que lo sucedió.

La costosa neutralidad

Después de la reunión de Río, Castillo apareció ante el gobierno y la opinión pública de Estados Unidos como un nazi encubierto. No se entendía que la neutralidad argentina respondía a una antigua tradición internacional de nuestro país y se ajustaba a una estimación de la defensa de sus intereses. Además, la actitud de la delegación argentina enajenó, como era de prever, todo tipo de apoyo por parte de Washington hacia nuestro país. Finalmente, como un lamentable subproduc-

to, ocasionó el alejamiento de Welles del Departamento de Estado, dejando el campo libre a Hull, cada vez más obsesivo en su manía antiargentina. Y por supuesto, la actitud sostenida en la capital brasileña dividió aún más a la ciudadanía: si los neutralistas estaban convencidos de que los rupturistas eran vendidos a Estados Unidos, éstos juraban que aquéllos eran sicarios de Hitler...

Ni los esfuerzos del experto embajador argentino en Washington, Felipe Espil, ni la actitud conciliatoria de Churchill, que varias veces intentó convencer a Roosevelt y Hull de que la contribución argentina a la victoria aliada residía más en sus envíos de carnes y cereales que en un ali-

neamiento formal, lograron disipar la prevención que desde entonces y por varios años contaminó la relación entre los dos países americanos. Estados Unidos tomaba muy en serio su guerra; no podía entenderse allí que una nación del hemisferio rompiera la unanimidad del apoyo que había recibido en el difícil momento en que soportaba la agresión del Japón. En consecuencia, el juicio predominante en Washington era que ese gobierno rebelde, que seguramente no interpretaba los sentimientos mayoritarios de los argentinos, debía ser tratado con frialdad y desapego, ser discriminado y marcado como una «quinta columna» contra el esfuerzo que estaban librando los pueblos libres para aplastar al nazifascismo.

Así, nuestro país quedó totalmente excluido de los beneficios de la ley de Préstamos y Arriendos, así como de la asistencia económica y financiera que el gobierno de Washington fue proporcionando a otros países de América Latina. Las misiones militares enviadas al país del Norte sufrieron desaires y negativas: desde el momento en que la Argentina no era un aliado, no había motivos para ayudarla en ningún sentido... La lógica de los hombres de Washington era irrefutable...

La obstinada preservación de la neutralidad podía llenar de orgullo a grandes sectores de nuestra opinión, especialmente a la juventud, pero ciertamente tenía un alto costo. En agosto de 1942, el ministro de Guerra y el jefe del Estado Mayor señalaban en un memorándum secreto que el equilibrio estratégico de la cuenca del Plata estaba roto en perjuicio de nuestro país. Mientras Brasil recibía dos tercios de la ayuda de guerra enviada a toda América Latina y modernizaba sus fuerzas armadas, se hacía construir aeropuertos por los yanquis, mejoraba sus puertos con su cooperación, recibía préstamos e inversiones para movilizar sus recursos naturales y explotar sus materias primas, la Argentina no obtenía ningún beneficio ni era destinataria de inversiones de ninguna clase ni de transferencias de tecnología. Y si bien la mayoría de los jefes y oficiales apoyaba la política neutralista de Castillo -ya presidente efectivo, des-



El abogado catamarqueño Ramón S. Castillo era especialista en derecho comercial, doctor honoris causa de las universidades de Río de Janeiro y de Heidelberg y miembro de la Academia Española de Jurisprudencia. Presidente de la Nación al renunciar Ortiz en 1942, se obstinó en preservar una neutralidad que costó muy cara al país.

pués de la renuncia definitiva de Ortiz en julio de 1942-, al mismo tiempo sentían una creciente inquietud por la desventaja, cada vez mayor, del nivel del equipamiento del Ejército y la Marina frente a sus similares brasileños.

La neutralidad fue, para la Argentina, un lujo difícil. Aunque la coyuntura internacional valorizaba nuestras exportaciones agropecuarias, la industria que crecía bajo el forzado proteccionismo de la gue-

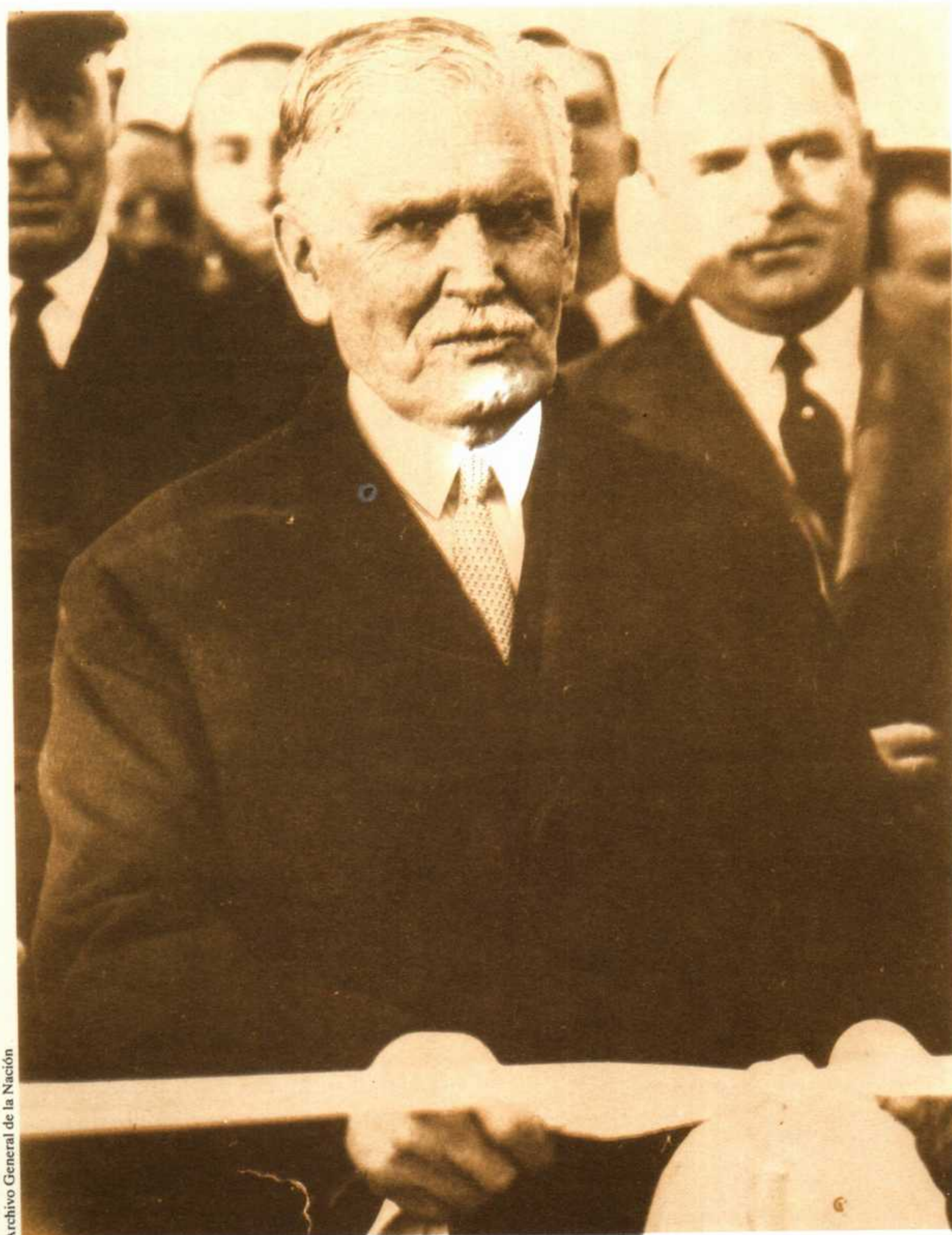
rra necesitaba insumos, capitales y tecnología que sólo podían venir de Estados Unidos. Al no recibirlos o recibirlos con cuentagotas, su montaje y mantenimiento se hizo más difícil y costoso. Ello obligó, es cierto, a esfuerzos de ingenio, pero también facilitó el surgimiento de formas primitivas y antieconómicas, e hizo difícil la vida cotidiana de los argentinos de la época, atravesados de escaseces de toda clase. Además, creó una muralla de incompreensión y hostilidad entre Was-

hington y Buenos Aires, que se proyectaría, aun después de la guerra, con la política de Truman y la exclusión de nuestro país del Plan Marshall, como ya se verá.

Pero también hay que decir que la neutralidad de Castillo no puede evaluarse sólo en términos económicos. Para un país que a lo largo de la década de 1930 había diversificado su economía, desarrollado una política internacional independiente y afirmado su prestigio, la defensa de una posición neutralista era una necesidad nacional, una expresión de su potencialidad y solidez. Por otra parte, la existencia de colectividades italianas y alemanas que, aun sin compartir la filosofía de los regímenes de Roma y Berlín se sentían patrióticamente identificadas con sus países de origen, hacía difícil adoptar medidas que afectarían a muchos laboriosos habitantes y sus hijos. Y no se detectaban actitudes que justificaran una ruptura de relaciones con Alemania, Italia o Japón, pues ningún cargo serio de espionaje o sabotaje podía formularse a sus súbditos.

Finalmente, hay que destacar que, para Castillo, la neutralidad era una posición emblemática, una bandera de la que estaba orgulloso. Forzado por las circunstancias políticas a tolerar un fraude electoral bochornoso que lo invalidaba moralmente ante grandes sectores, su defensa de la soberanía blanqueaba y dignificaba su gestión. Una discutida y contradictoria gestión de la que hablaremos en el capítulo final de este tomo.

Lo real y concreto era que la sutil esgrima diplomática de Saavedra Lamas para dar una cierta identidad a la Argentina, frente a los intentos norteamericanos de formalizar institucionalmente la solidaridad interamericana, había llegado a convertirse, desde 1941, en un duro enfrentamiento con Estados Unidos. Y también era evidente que los argentinos, distraídos antes de lo que ocurría en el mundo, ahora se sentían comprometidos con alguno de los grandes bandos que luchaban en los campos de batalla



5. Vida intelectual y artística

Importantes editoriales se fundaron en los años treinta, algunas por exiliados españoles: los libros argentinos fueron ganando entonces mercados en el exterior. Junto a los autores famosos, surgieron nombres nuevos, gracias a la intensa vida cultural. De ésta daba testimonio *Sur*, revista que fundó Victoria Ocampo. Entre tanto, el teatro Colón pasaba a depender de la Municipalidad, se creaba la Comedia Nacional y nacía el cine sonoro argentino, que pronto se impondría en Hispanoamérica. Se filmaron cintas hoy clásicas como *La guerra gaucha*, *Prisioneros de la tierra* y *Los martes orquídeas*. Surgieron nuevas estrellas populares como Niní Marshall y Luis Sandrini y se consagraba la figura protagónica de Libertad Lamarque.

En 1933, durante una visita de Federico García Lorca a la Argentina, los miembros del PEN Club nacional le ofrecieron una comida; sentados, tercero y cuarto desde la izquierda, Juan Pablo Echagüe y Lorca; detrás de Echagüe, de pie, con casquete negro, Alfonsina Storni.

Entre 1930 y 1943 los creadores del mundo continuaron explorando nuevas formas en las actividades intelectuales. Esta corriente produjo varias revoluciones en el arte, originándose rupturas de valores que se creían establecidos definitivamente. La mayoría de las innovaciones fueron promovidas, sin embargo, por expertos conocedores de las técnicas usuales, por eso resultaron válidas. El escritor argentino Roger Pla decía, refiriéndose a esquemas literarios rebeldes, «para que una ruptura sea aceptable es necesaria la existencia de un matrimonio previo». Las novedades producidas en literatura, teatro, música, cine, plástica, provenían de artistas talentosos, profundamente ligados a los ordenamientos que se proponían modificar.

La Argentina estuvo pendiente de aquel ejercicio transformador e iconoclasta y se dispuso con entusiasmo a comprender e incorporar los inesperados procesos que iban apareciendo. Estaba preparada para ello; era el país con mayores inquietudes intelectuales de Latinoamérica. Contaba también con una agilidad operativa que le permitió adaptarse fácilmente a los

asombrosos movimientos culturales que percibía. Y con un orgullo que la impulsaba a estar siempre al día.

Despierta la industria editorial

En 1930 estaban arraigados en la literatura internacional conceptos novedosos sobre sexualidad y vida instintiva, *fluir de conciencia*, exploraciones de la memoria, del mundo subconsciente. En el plano social habían tomado cuerpo la gravitación de las masas, la posibilidad del heroísmo colectivo, la consideración de las fuerzas vitales de las raíces y la sangre. La novela norteamericana inauguraba vías inéditas a través de nuevos escritores, John Dos Passos, William Faulkner, Erskine Caldwell, que perfeccionaron el realismo social planteado por Upton Sinclair, Theodore Dreiser y Sinclair Lewis. Los europeos renovaban hechuras tradicionales y continuaban intentando un fascinante proceso de cambio; después de Marcel Proust y Henry James -aunque nacido en Estados Unidos se consideraba británico- aparecieron James Joyce, Franz Kafka, D.H. Lawrence, Virginia Woolf, Aldous



Archivo General de la Nación

Homenaje a Roberto Payró celebrado en 1927. El autor de *Pago chico* aparece en el centro de la foto, entre Alberto Gerchunoff (de anteojos) y Horacio Quiroga (con barba); a la izquierda de Quiroga, Eduardo Mallea, que en esa época daba sus primeros pasos como novelista y ensayista, con un estilo novedoso que lo alejaba del realismo.



Archivo General de la Nación

Huxley, André Malraux, Louis-Ferdinand Céline, André Gide. *Ulises*, la novela de Joyce aparecida en 1922, tuvo una tentativa de traducción al castellano en la Argentina, que hizo Jorge Luis Borges en 1925 para la revista *Proa*, casi veinte años antes de la versión definitiva; la revista *Nosotros* comentó a Joyce varias veces, al igual que las obras de Proust, Gide y Huxley, y otros autores contemporáneos.

El interés por los innovadores prendió en los ambientes intelectuales y provocó el crecimiento de la industria editorial argentina desde 1930. Se instalaron importantes empresas -Losada, Sudamericana, Rueda y Emecé-, algunas de ellas fundadas por exiliados españoles. Desde 1936 hasta 1939 se registraron 5536 obras, contra

las 2350 estimadas para el período 1900-1935. Los ejemplares editados llegaron al récord de 21,99 millones de unidades. La guerra civil paralizaba la industria española y el libro estampado en la Argentina conquistó rápidamente el mercado español y el latinoamericano.

En 1938 la Comisión Argentina de Cooperación Intelectual organizó exposiciones de obras impresas por firmas nacionales en el Centro Italiano de Estudios Americanos de Roma y en la Biblioteca Nacional de París. Después de recorrer esta última, Paul Valéry, patriarca de las letras francesas, comentó: «Ante estas vitrinas llenas de libros obtuve la sensación cabal de un esfuerzo y de resultados de los que no tenía la menor idea. Confieso que no esperaba encontrar en esta

exposición obras tan netamente significativas, no sólo de una cultura sino de los refinamientos de una cultura».

Madurez de las letras argentinas

Mientras tanto la novelística del país continuaba produciendo. Manuel Gálvez editó *Miércoles santo* en 1930, *El gaucho de Los Cerrillos* en 1931 y, después de otros trabajos, presentó una sólida novela sobre la revolución de Uriburu, *Hombres en soledad*, en 1938, y las biografías de Yrigoyen y de Rosas en 1939 y 1940. Ricardo Rojas dio a conocer *El santo de la espada* en 1933 y estrenó en teatro *La casa colonial* (1932) y *Ollantay* (1939). Leopoldo Lugones, que se suicidó en un recreo del Tigre en 1938, publicó ese mis-



Izquierda: Jauretche, integrante del grupo FORJA, para el cual ejercía el periodismo crítico. Al centro: Manuel Gálvez, de anteojos, en una reunión del PEN Club, fue uno de los impulsores del congreso internacional de esa institución reunido en Buenos Aires en 1936. Abajo: Arturo Capdevila con el charlista español Federico García Sanchiz (fumando).



mo año sus *Romances del Río Seco*; Enrique Larreta escribió para la escena *El linchera* (1932) y *Santa María del Buen Ayre* (1935).

Jorge Luis Borges abrazó el ensayo y el relato, desplazando a la poesía, y publicó entre 1930 y 1941, *Evaristo Carriego*, *Discusión*, *Historia universal de la infamia*, *Historia de la eternidad* y *El jardín de los senderos que se bifurcan*. Tradujo a Virginia Woolf, a Kafka y a Faulkner, y en carácter de recopilador concretó la *Antología clásica de la literatura argentina* (1937) en colaboración con Pedro Henríquez Ureña, y junto con Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares la *Antología de la literatura fantástica* (1940) y la *Antología poética argentina* (1941). Intervino activamente en la revista *Sur*

de Victoria Ocampo, escribió para el suplemento del diario *Crítica* y para la revista *El Hogar*. En 1943 editó *Poemas*, donde reunió su producción en verso desde 1925.

Una nueva novelística aparecía en la Argentina. Sus características estaban dadas en el tono problematizado, psicológico e interior que la separaba del tradicional realismo; Eduardo Mallea la orientó hacia el intelecto, Roberto Arlt al vitalismo popular, sin refinamientos literarios. Los dos pueden ser unidos como términos opuestos del mismo proceso.

En el lapso que nos ocupa, Mallea publicó tres ensayos -*Conocimiento y expresión en la Argentina*, *Historia de una pasión argentina* y *Meditación en la costa*- y

seis novelas fundamentales de su producción: *Nocturno europeo*, *La ciudad junto al río inmóvil*, *Fiesta en noviembre*, *La bahía del silencio*, *Todo verdor perecerá* y *Las águilas*.

Arlt editó *Los lanzallamas* y *El amor brujo*, mientras continuaba trabajando en el diario *El Mundo*, al que había sido recomendado por Alberto Gerchunoff; allí daba relieve como cronista a uno de los éxitos periodísticos de la época, las *Aguafuertes porteñas*, que se completaron con las *Aguafuertes españolas* cuando el diario lo envió a España como corresponsal en 1935 y percibió las vísperas de la guerra civil. Su interés por la literatura dramática se despertó a través de su amistad con Leónidas Barletta; en su Teatro del Pueblo estrenó *300 millones* y

Centro, izquierda: Victoria Ocampo en un retrato al óleo de Anselmo Miguel Nieto. Centro, derecha: Roberto Arlt, el gran escritor de esos años. Al pie: el autor norteamericano Waldo Frank en la Sociedad de Arte Nativo (1929). En otra visita a Buenos Aires, bajo el gobierno de Castillo, Frank fue golpeado brutalmente por elementos nacionalistas.

Saverio el cruel. Murió de un ataque cardíaco en 1942; su personalidad quedó impresa para siempre en las letras argentinas, a las que llegó no para complacerlas: tal vez sin proponérselo conscientemente, las perturbó con su genio creador y revulsivo.

Los ensayistas de la crisis

La revolución de 1930 terminó con la estabilidad constitucional que rigió al país durante sesenta y ocho años. Varios sectores intelectuales vieron en la crisis política y económica que se desató el símbolo de la caída de una dirigencia que se mostró inepta no sólo para gobernar, también para construir la grandeza del Estado y su propio bienestar: así nació un grupo de ensayistas que asumiendo en forma crítica el pasado, trabajó para la formación de una nueva conciencia.

Ezequiel Martínez Estrada había comenzado como poeta y articulista de *Fray Mocho*, *Caras y Caretas* y *Plus Ultra*; en 1933 presentó su primer ensayo histórico-sociológico, *Radiografía de la Pampa*, donde describió su concepción del «pecado original de América», tierra conquistada por el pueblo más atrasado de Europa que, desilusionado por no encontrar la «ciudad imaginaria de oro macizo», se vengó sometiendo a sus aborígenes y formando familias sin amor. Juan José Sebreli comentó, casi treinta años después, que «el irracionalismo de Martínez Estrada» fue «la respuesta de un intelectual argentino, perteneciente a la pequeña burguesía, aterrorizado por la crisis económica, decepcionado y escéptico ante el fracaso de la primera experiencia histórica de su propia clase y sintiendo amenazada cotidianamente su seguridad moral y material». En 1940 Martínez Estrada publicó *La cabeza de Goliath*, donde mostró a Buenos Aires como el monstruo que sangraba al resto del país.

Los escritores del grupo FORJA también se destacaron en el ensayo. Estaban unidos contra la orientación que Alvear quería dar a la UCR; proclamaban, después de la muerte de Yrigoyen, la necesidad de liberar al país de su economía semicolonial y de devolver al pueblo el sufragio li-

bre. Raúl Scalabrini Ortiz fue uno de sus representantes; además de publicar valiosas obras sobre historia económica y política -*Historia de los ferrocarriles argentinos* (1940)- se destacó con el rotundo éxito de su «guía psicológica y estética de Buenos Aires», *El hombre que está solo y espera*, de 1931. También pertenecieron a FORJA Luis Dellepiane, Gabriel del Mazo, José Torres Agüero y Arturo Jauretche, quien acuñó expresiones tales como «vendepatrias» y «cipayos».

Nuevos autores

Varias figuras nuevas se manifestaron en las letras de estos años. El cordobés Juan

Fillooy expuso una manera muy particular de narrar; la problemática de los desposeídos en las grandes ciudades fue tratada por tres novelistas, Max Dickmann, Bernardo Kordon y Bernardo Verbitsky; el mendocino Abelardo Arias impuso su delicadeza en *Álamos talados* (1942); José Bianco demostró un talento poco común con *Sombras suele vestir* y *Lás ratas* (1943). Dos autores presentaron en 1943 dolorosas facetas de la Argentina: la dura vida de los habitantes del Delta del Paraná en los alrededores de San Pedro, descrita por Ernesto Castro en *Los isleros*, y las condiciones infrahumanas a las que estaban sometidos los mensúes, que Alfredo Varela denunció en *El río oscuro*, situando la acción dos lustros atrás.



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Abajo: el poeta Francisco Luis Bernárdez en 1926; sus libros *El buque* (1935) y *La ciudad sin Laura* (1938) fueron editados por Sur. Der.: el filólogo Raimundo Lida (en 1935), que participó en los cursos organizados por el Colegio Libre de Estudios Superiores, prestigioso centro cultural de tendencia democrática, fundado en 1930.

Junto con los nombrados aparecieron el refinamiento y el clasicismo de Manuel Mujica Láinez, que en 1938 publicó su primera novela, *Don Galaz de Buenos Aires*, y un notable cultor de temas fantásticos y policiales, Adolfo Bioy Casares, quien después de varios intentos alcanzó el Primer Premio Municipal con *La invención de Morel* (1940). Su mujer, Silvina Ocampo, había comenzado presentando *Viaje olvidado*, en 1937, en el que su hermana Victoria descubrió «una atmósfera que le es propia, donde las cosas más disparatadas, más incongruentes, están cerca y caminan abrazadas, como en los sueños». En 1942, con su poemario, *Enumeración de la patria*, ganó el Premio Municipal de Literatura.

Archivo General de la Nación



Familia Lida



La Comedia Nacional y los teatros independientes

Vicente Martínez Cuitiño dijo en una conferencia dictada en 1929: «Es lamentable que una ciudad de más de dos millones de habitantes, que es algo así como el centro artístico de Sud América, carezca de un teatro experimental, oficial o privado». Y es que las empresas teatrales existentes procuraban por todos los medios el negocio, extraviando al público con insalvables mediocridades. Tan es así que la revista *Máscaras* publicó en enero de 1931 este comentario: «La temporada teatral de 1930 ha sido una cosa triste [...] Echando la vista atrás apenas el panorama de los meses recorridos: puro sainetón, pura compadrada, pura plebez».

Aquella notoria decadencia y sus afiladas inquietudes sociales motivaron al escritor Leónidas Barletta a rodearse de artistas entusiastas, hacia los fines de 1930, y fundar el Teatro del Pueblo, que debutó en 1931 para

ejecutar una labor que beneficiara a todos, tal como la desarrollaban instituciones similares de Francia, Alemania, Italia y la URSS. Otros conjuntos experimentales fueron naciendo junto a él. El Teatro Juan B. Justo tuvo su origen en 1933 en los coros del Partido Socialista, el Teatro La Máscara se inició en 1937 bajo la dirección de Bernardo Graiver, el Teatro Proletario comenzó en 1932 actuando en sindicatos, bibliotecas y agrupaciones obreras. Tenían fallas, errores y limitaciones, pero lograban a menudo espectáculos de jerarquía, como la producción de Roberto Arlt y la de Ernesto Castro, Pablo Palant, Álvaro Yunque, Ezequiel Martínez Estrada, Raúl González Tuñón, y estrenos o reposiciones de grandes hitos de la escena universal, O'Neill, Elmer Rice, Millington, Shaw, Gógol, Synge, Goldoni, Yeats, Hauptmann.

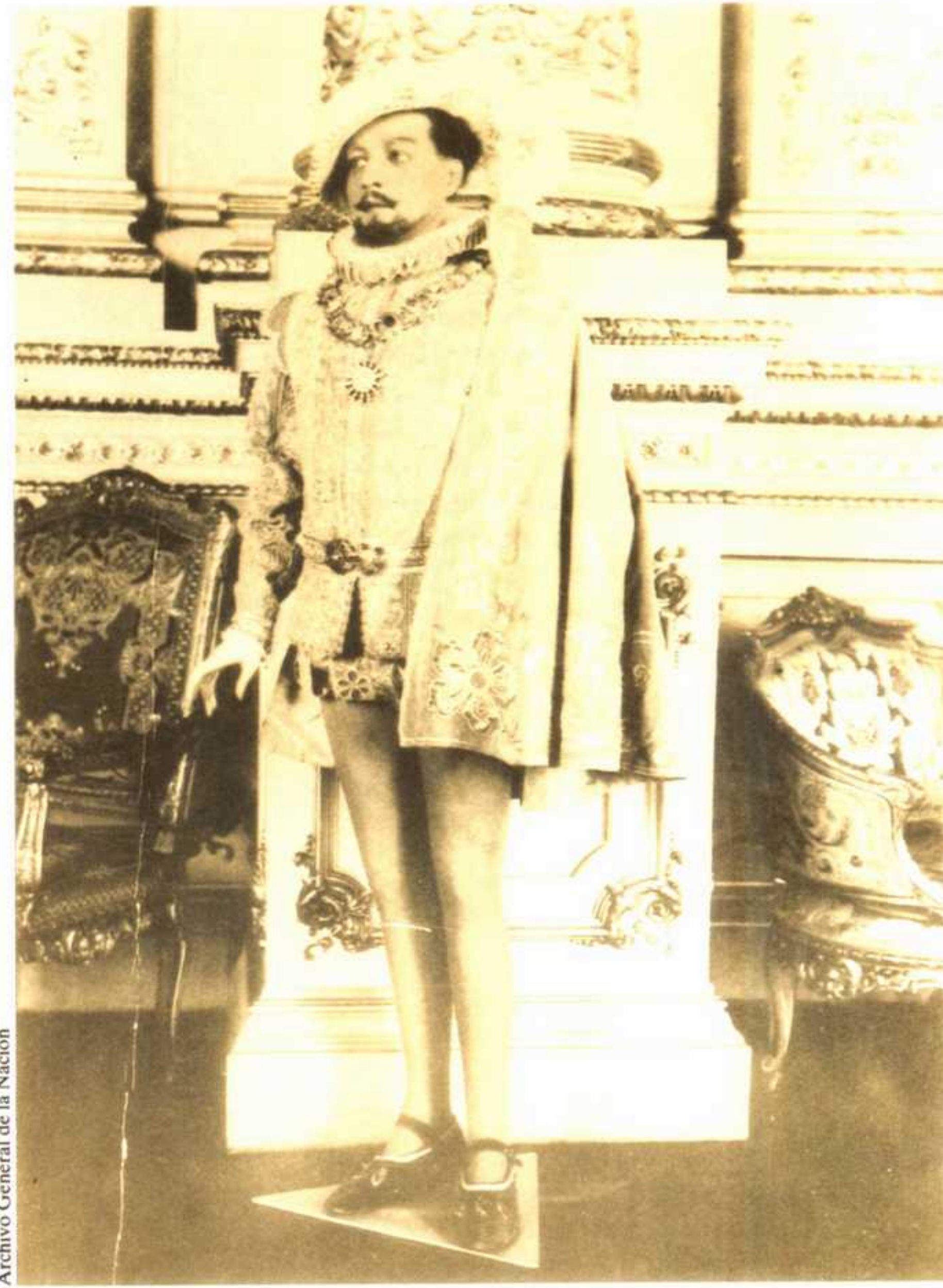
El Estado también puso interés en la cuestión: en 1935 la Comisión Na-

cional de Cultura creó la Comedia Nacional Argentina, bajo la dirección del español Antonio Cunill Cabanellas. Se instaló en el Teatro Cervantes e inició sus actividades en 1936 con *Locos de verano*, de Gregorio de Laferrère. El elenco estaba integrado por figuras relevantes, y si bien poco se obtuvo de los autores noveles y el carácter oficial pudo haber restado vigor y audacia a la producción ofrecida, se montaron excelentes puestas de *En familia* de Sánchez, *La divisa punzó* de Groussac, *La discreta enamorada* de Lope de Vega, *Cyrano de Bergerac*, de Rostand, y estrenos de acreditadas firmas argentinas, *Ollantay* de Ricardo Rojas o *Mandinga en la sierra* de Arturo Lorusso y Rafael de Rosa ■

Abajo, izquierda: Lily Pons (1904-1976), extraordinaria soprano ligera francesa, representa en el Colón *Lucia de Lammermoor*. La Pons se hizo ciudadana de los EUA durante la segunda guerra mundial. Abajo, der.: maniquí con el traje que lució en la ópera *Rigoletto*, en el teatro Colón, el celeberrimo Caruso, al hacer el papel del Duque de Mantua.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Nacimiento y primeros años de *Sur*

En 1929 llegó a Buenos Aires el escritor norteamericano Waldo Frank, invitado por la Facultad de Filosofía y Letras para dar conferencias sobre la vida cultural en Estados Unidos. Eduardo Mallea fue su traductor; entre ambos tuvieron la idea de crear una revista que se ocupara de los problemas literarios latinoamericanos y difundiera la producción europea. «Los dos se confabularon para persuadirme de hacer algo en que yo no había pensado, hasta que ellos empezaron a insistir, a machacar en cuanto oportunidad se presentaba: la urgencia de que yo tomase a cargo lo que ellos proyectaban», dijo Victoria Ocampo en sus *Testimonios*. Para entonces Victoria ya había publicado dos libros, disfrutaba de la amistad de Rabindranath Tagore, del conde de Keyserling,

de Valéry, Gropius, Ansermet, Le Corbusier, y otras personalidades del arte y las ciencias. Disponía además de una razonable fortuna personal, heredada de una tía abuela. Así nació *Sur* en el verano 1930-1931. «Teníamos varios nombres en la cabeza [...] Entonces llamé por teléfono a Ortega, en España [...] no vacilé y, entre los nombres enumerados, sintió enseguida una preferencia. *Sur*, me gritaba desde Madrid».

Hasta 1934 fue una revista cuatrimestral; dejó de salir durante un año, entre 1934 y 1935, para reaparecer con periodicidad mensual. Su primer secretario de redacción fue Guillermo de Torre y después José Bianco en 1938. Como supervisores actuaban un «consejo extranjero» integrado por Frank, Ortega y Gasset, el músico suizo Ansermet y otros, y un «consejo de colaboración» que formaban amigos

personales de Victoria, como Borges, Girondo, Mallea, María Rosa Oliver. La revista sufrió críticas de las que la propietaria se defendía con notas filosóficas. En 1937 escribió: «Se nos acaba de aludir en una publicación católica de esta capital calificándonos de "revista de izquierda" [...] Todas las persecuciones sectarias -sean de raza, sean de política, sean injustas persecuciones disimuladas bajo formas codificadas y legales- nos parecen odiosas, igualmente monstruosas».

La labor de *Sur* fue valiosa. Colaboraron los protagonistas de las letras internacionales y se publicaron autores desconocidos en idioma español, Heidegger, Antonin Artaud, Henri Michaux, Aldous Huxley. En 1933 Victoria fundó la editorial Sur, que publicó por primera vez en castellano obras de Malraux, T.E. Lawrence, Faulkner, Jean G  net y Virginia



Los dos mejores tenores italianos de la época: Beniamino Gigli (izquierda) y Tito Schipa (centro, sorbiendo café). Abajo: Lily Pons firma un libro en el Colón; detrás, su marido, el director de orquesta André Kostelanetz. Al pie: la soprano en una reunión con miembros de la colectividad británica local en 1931, su voz brillaba en el registro sobreagudo.



Woolf, y a varios autores argentinos, Borges, Mallea, Gironde y al poeta Francisco Luis Bernárdez, de quien editó *El buque* (1935) y *La ciudad sin Laura* (1938).

Proyecciones interiores y exteriores de la cultura

En la Argentina la cultura era frecuentada por la clase elevada y por grupos pertenecientes a los sectores medios que descubrían los placeres de la vida intelectual. El Colegio Libre de Estudios Superiores y el Congreso del PEN Club realizado en Buenos Aires en 1936 fueron resultados de ese requerimiento generalizado: el primero satisfacía necesidades nacionales, el segundo trataba de poner al país en la vidriera mundial de la erudición.

El Colegio se fundó en Buenos Aires en 1930. Organizaba cursos de orientación



Filiación de *Álamos talados*

Al evocar el tiempo de gestación de mi primera novela y su publicación, trazaría una elipse en uno de cuyos extremos, con el fin de mi adolescencia, está, como hecho premotorio, el asesinato del gobernador Carlos W. Lencinas, ocurrido un 10 de noviembre de 1929, y mi asentamiento en Buenos Aires cuando se produce la revolución del general Uriburu en 1930. Y en el otro extremo, mi primer Premio Municipal, la renuncia de Ortiz y los prolegómenos del golpe militar del 43.

Como novelista, no sólo reencuentro las sensaciones, afectos y voliciones en los seres y cosas abarcados por esa totalidad de enunciados anímicos y emocionales, sino que veo, con la perspectiva que da el tiempo, cómo fui determinado por ellos en la manera de concebir ciertas representaciones o imágenes de personas y hechos, en esta novela de juventud, irremediabilmente autobiográfica.

Ante todo está el fenómeno de la naturaleza, su influjo y proyección. Yo he escrito: «Cada árbol, cada verdor que se divisa, significa que allí estuvo trabajando el hombre; en la tierra castaña y bajo el cielo de cobalto y añil aró, cavó y plantó. Tierra áspera, dura, masculina, desprendida de una de las cordilleras más primitivas y desérticas del mundo».

Es también el fin de toda una época: los cambios políticos que trajeron a la provincia los sucesivos gobernantes conservadores impulsaron el aluvión inmigratorio, rebasando la capacidad asimilatoria de un círculo tradicional mendocino que no estaba preparado para ello, haciendo que la cohesión social fuese más aparente que real.

Estudiante en Buenos Aires, de nocturnas tertulias en la mítica cervecería *Adam*, contactos con poetas, literatos y sobre todo artistas plásticos. Mendocino de largos veranos, acequias, vides y álamos, compartiendo momentos con Américo Calí, Vicente Nacarato, Mauleón Castillo, Fausto Burgos, Armando Tejada Gómez y Alfredo Bufano, en «nuestro» San Rafael. *Álamos talados* crecía de esas dos vertientes.

Entre medio, la guerra civil española y la segunda guerra mundial. Una escalofriante mutación y trastocación de principios, de doctrinas morales y políticas que marcó a mi generación con una profunda desorientación espiritual, porque ella fue el fruto evidente, el único posible, de esa época, y que en mí fijó el *leitmotiv* de toda mi obra, que es el desencuentro.

El paisaje inmutable de la cordillera le dio a aquella generación mendocina una resignada propensión a dejarse mecer, con inerme fatalismo. Sobre un mundo que cambiaba, quisimos asentar la armónica belleza de nuestro teórico ideal. Entusiasmo, lírica torpeza, gracia animada, desordenado empeño pusimos en la tarea. Lo mejor, que es también instrumento de lo peor ■

Abelardo Arias

Escritor, autor de varias novelas, entre ellas *Álamos talados*, *El gran cobarde*, *Minotauro* y *Polvo y espanto*. Ganó el Primer Premio Municipal de Prosa y el Premio Fondo de las Artes en 1964 y el Primer Premio Nacional de Literatura correspondiente al período 1969-1971.

para el profesorado secundario, de especialización para graduados universitarios para profesionales, para estudiantes terciarios y de cultura general. Su secretario fundador fue Luis Reissig; la revista *Curiosos y Conferencias* documentaba la labor desarrollada por la entidad. Dichos cursos, sobre una amplia gama de materias, estaban a cargo de profesionales prestigiosos, el historiador Emilio Ravignani, el filósofo Vicente Fatone, el filólogo Raimundo Lida, el matemático Julio Rey Pastor, y el interés que despertó su trayectoria alentó la creación de instituciones similares en Rosario y Bahía Blanca.

El PEN Club es una asociación internacional fundada en Londres en 1920 para



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

Centro: ensayo de orquesta en el escenario del Colón; el cuerpo orquestal se creó en 1925, cuando se dieron los primeros pasos para la municipalización del "primer coliseo". Al pie: la escuela de baile del teatro Cervantes en 1939, donde funcionaba la Comedia Nacional; la primera maestra de danzas contratada fue Mecha Quintana.

agrupar escritores de todos los países, establecer relaciones personales entre ellos, facilitar la circulación y los intercambios literarios. La sigla del nombre corresponde a las voces inglesas *poets* (poetas), *essayists* (ensayistas) y *novelists* (novelistas) y cada año celebra un congreso en una ciudad importante del mundo. En la reunión realizada en Edimburgo en 1934 se aceptó a Buenos Aires como sede del próximo congreso, pero fue imposible organizarlo en un año y en 1935 debió llevarse a cabo en Barcelona.

El problema principal para preparar la asamblea en Buenos Aires era reunir los fondos para costear los gastos, viaje y permanencia, de todos los participantes. Se



El ideal y el amor

Al año siguiente de la creación de la Comedia Nacional, su primer director, el catalán Antonio Cunill Cabanellas, me invitó a formar parte del elenco como primera actriz en reemplazo de Eva Franco.

Cunill había estudiado en Barcelona con Adrián Gual, un maestro de teatro formado con el legendario Antoine, en París. Dio la casualidad que mis padres también se habían educado con Gual, como Margarita Xirgu, así que todo lo que yo aprendí actuando junto a los Vehíl respondía a los mismos esquemas de la escuela que tenía mi nuevo director.

Estrené entonces *Ollantay* de Ricardo Rojas, *Don Basilio mal casado* de Tulio Carella, *La hermana Josefina* de Darthés y Damel, *Servidumbre* de Martínez Cuitiño -por la que gané la medalla de oro correspondiente al premio a la mejor actriz otorgado por la Municipalidad de Buenos Aires- y compuse la Roxana del *Cyrano de Bergerac* de Edmond Rostand.

La dirección de Cunill era una maravilla; el elenco estaba integrado por Miguel Faust Rocha, Iris Marga, Maruja Gil Quesada, Gloria Ferrandiz, Guillermo Battaglia, Florindo Ferrario, Alberto Candó, Pablo Acchiarri. El repertorio se planificaba exclusivamente con obras nacionales; sólo se puso en escena un clásico universal, el *Cyrano*. Cunill dirigía todas las puestas, con excepción de una versión de *Martín Fierro*, para la que llamó a Elías Alippi, conocedor de nuestras costumbres camperas.

El ambiente de la Comedia era muy hermoso; fueron días de estudio, trabajo, disciplina, amor y alegría, porque Cunill era constructivo y alegre.

Las alumnas del conservatorio que funcionaba en el Cervantes hacían pequeños papeles. Recuerdo a Delia Garcés, a Malisa Zini y a Fanny Navarro; el elenco contaba con una excelente maestra de baile, Mecha Quintana; teníamos a López Naguil como escenógrafo, y grandes músicos escribían las partituras para la escena: baste nombrar a Gilardo Gilardi o Alberto Ginastera.

Cuando estrenamos *Mandinga en la sierra* de Arturo Lorusso, Cunill decidió bajar la entrada a platea a un peso; parecía que a la gente le costaba cruzar la plaza Lavalle y llegarse hasta el Cervantes; la rebaja fue una medida muy atinada porque de esa manera se atrajo muchísimo público: la Comedia Nacional ofrecía grandes espectáculos, muy bien puestos... y baratos.

Yo deseaba que llegaran las dos de la tarde y salir para el teatro. Allí me encontraba, invariablemente, con un gran mundo de profundos afectos por todo lo que hacía posible cada función. Fue una época gloriosa, y cuando nuestro director renunció, en 1940, los que fuimos los primeros integrantes de la Comedia Nacional nos sentimos solos y muy apenados. A través de su curiosidad, su trabajo y su compañerismo nos había permitido durante cuatro años encontrarnos todos los días no sólo con el ideal, sino también con el amor ■

Luisa Vehíl

(Entrevista de Hyspamérica el 19 de diciembre de 1985.)

Actriz. Miembro del Fondo Nacional de las Artes. Directora de la Comedia Nacional desde 1964 hasta 1966.

Abajo, izquierda: para dotar al teatro Colón de salas de ensayo, talleres y depósitos, se emprendieron obras de ampliación subterráneas ya en 1937. Los vestuarios se confeccionaban en dependencias propias (abajo, figurín publicado en *El Hogar*, 1940) y todo el personal de tramoyistas (al pie) y talleres era contratado por la Municipalidad.



Archivo General de la Nación



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

creó una comisión directiva presidida por Carlos Ibarguren, con Victoria Ocampo como vicepresidenta y Manuel Gálvez, Gironde, Mallea, Fernández Moreno, Martínez Zuviría, entre otros, como vocales. El presidente Justo se comprometió a conseguir el dinero necesario: «El PEN Club recibirá lo que necesite. Creo que el país jamás ha dado dinero a tan alto interés como en el caso presente». A pesar de ese entusiasmo, fue difícil reunir el capital. Hubo tumultuosas sesiones en el Congreso Nacional; un diputado llegó a opinar: «Que se den los cien mil pesos que la Cámara pensaba votar a los escritores que están muertos de hambre en el país... ¡Que coman y van a escribir mejor, mejor que los extranjeros!» Surgieron también problemas con los diputados socialistas, como Enrique Dickmann, que cuestionaban votar fondos para celebrar una reunión de escritores reaccionarios. Pero se votaron ciento cincuenta mil pesos y el presidente Justo completó los trescientos mil necesarios con dinero destinado a gastos generales.



Archivo General de la Nación

Pocos invitados vinieron: Stefan Zweig, Henri Michaux, Georges Duhamel, Jacques Maritain, Giuseppe Ungaretti. Los demás concurrentes eran delegados de centros extranjeros, nombres secundarios, y algunos pocos escritores de fama universal, Jules Romains, Emil Ludwig o Fidelino de Figueiredo. Se hicieron algunos agasajos en honor de los congresales: una recepción en casa de Victoria Ocampo, una fiesta campestre en La Martona, un banquete en la Casa de Gobierno y la comida de despedida en el Jockey Club. Tampoco el congreso se desarrolló en el marco de cultura esperado. «Los europeos nos venían dando muy malos ejemplos [...] se agitaban, se insultaban mutuamente, lloraban, se amenazaban», confesó, al finalizar, uno de sus más ilusionados propagandistas, Manuel Gálvez, quien reconoció también que «...no ha contribuido a que nuestra literatura sea conocida en el mundo. Se publicaron algunos artículos que el viento se llevó [...] Los congresales, después de haberse divertido en grande y vivido a costa del dinero argentino, se marcharon y no se acordaron más de nosotros [...] Está visto que los argentinos hemos de ser siempre sonsos».

Los talleres escenográficos del Colón fueron inaugurados en 1938 (abajo). Hasta entonces casi toda la utilería necesaria para cada espectáculo debía traerse del exterior, con los consiguientes costos y demoras del traslado por mar. El proceso de municipalización cumplido en los años treinta ayudó a desarrollar el potencial técnico del teatro.



El teatro Colón se municipaliza

Uno de los centros más importantes de la vida artística argentina es el teatro Colón de Buenos Aires. Fue inaugurado el 25 de mayo de 1908 con la ópera *Aída*, de Verdi, que no era el espectáculo previsto para la primera función; se había pensado en *Otello*, también de Verdi, sobre el drama de Shakespeare. Pero la compañía italiana contratada para la ocasión no pudo afrontarla. Un diario comentó: «Por hallarse algo indispuerto el tenor Paoli, se ha tenido que cambiar la ópera del *début*. En lugar de *Otello* será probablemente otro de los héroes de Shakespeare el que figurará en el cartel de inauguración, esto es: *Hamlet*». Tampoco pudo ofrecerse la obra musicada por Thomas. Debíó recurrirse a la historia menos

ilustre inventada por el egiptólogo Auguste Mariette para la inauguración del canal de Suez en 1871, escrita por el director de la Opera Cómica de París, Camille du Locle, y dramatizada por Antonio Ghislanzoni para una magnífica partitura verdiana.

Este tipo de inconvenientes subsistió mientras las temporadas fueron organizadas por concesionarios. En 1925 la Municipalidad debió dar el primer paso para hacerse cargo del teatro, porque no se presentó ninguna empresa a licitar la temporada. Hasta entonces, una Comisión Administradora, dependiente de la Intendencia de Buenos Aires, organizaba los ciclos de primavera; los principales quedaban a cargo de los ganadores de las licitaciones. Ese año, las circunstancias

obligaron a inaugurar un sistema de explotación mixta, que permitió al Colón dejar de ser «la sucursal» del célebre teatro Alla Scala, de Milán. La Municipalidad creó cuerpos artísticos estables -orquesta, coro y baile- y se evitó el problema de las múltiples contrataciones en el extranjero, con las consiguientes complicaciones que entrañaba la compatibilización de las giras de los artistas, para reunir los conjuntos necesarios.

En 1931 se dio un segundo paso: el intendente José Guerrico, presidente de la Comisión Administradora del teatro, contrató al director de la Opera de Colonia, Max Hofmüller, como director general del Colón. El músico Floro M. Ugarte, director técnico del teatro, renunció lamentando que se pasara «de la tiranía

Derecha: Puerto nuevo, con Pepe Arias y Alicia Vignoli (1936), significó el debut cinematográfico de Luis César Amadori, que la codirigió con Mario Soffici, quien a su vez había comenzado en 1935 realizando dos filmes, El alma del bandoneón y La barra mendocina. Ambos directores iban a cumplir una fecunda carrera en el cine nacional.



El triunfo de *La guerra gaucha*

Ulyses Petit de Murat evoca así, en su libro *Este cine argentino*, la concreción y el estreno de este clásico del cine nacional filmado en 1942: «Fue realizada por unas personas que, según afirmaba la gente de aquel entonces, “estaban completamente locas”. Había muchos motivos para suponerlo así. Habían constituido una empresa, Artistas Argentinos Asociados, en la mesa de un café, El Ateneo, en la esquina de Carlos Pellegrini y Cangallo. No tenían plata. Nadie los quería contratar. Y además habían engañado a don Enrique Muñio, un actor que podía conseguir cien mil pesos, suma exorbitante en ese tiempo, de la mañana a la noche, por cualquier película. Los autores Homero Manzi y Ulyses Petit de Murat, no habían tenido ningún triunfo desde hacía tiempo. Por otra parte, metiendo la pata de entrada, habían comprado *La guerra gaucha*. Alguien comentó: “han comprado diez millones de palabras”. Cierto: en principio es un libro divagador, que sustancia poco el relato y que abunda exageradamente en neologismos y barbarismos de toda clase, tipo “cejijunteaba la tormenta”. ¿De eso podía salir un guión cinematográfico? Las dudas eran generales [...] Elías Alippi recién se convenció cuando Homero Manzi leyó el primer tratamiento. Comen-

tó: “Veremos quién le pone el cascabel al gato”. Estaba ya muy enfermo, en cama, y pidió el papel más chico, el que finalmente hizo Sebastián Chiola con tanta dignidad como estilo interpretativo. Miró a Lucas Demare como compadeciéndolo. Lucas salió de su mutismo para decir, con términos no reproducibles aquí, que sacaría adelante la empresa, pero a costa de un terrible esfuerzo y padecimientos de orden anatómico [...] Conseguimos la sala del Ambassador para presentarla. Tal vez porque concluía el año y las fechas del verano no son disputadas. Fue una noche desagradable en todo sentido. Demare no tuvo la copia lista para la tarde. Se decidió pasarla a la noche. Le copiaron creo que dos actos al revés, no le clasificaron las luces, etc. Demare trabajó titánicamente, como sólo él sabe hacerlo, y mandó la copia del estreno, acto por acto, a la una de la mañana [...] Para calmar la espera, dieron una película pavorosa, norteamericana, *Puñales y bemoles*, que fue pateada todo el tiempo por la sala repleta. Gracias a la presencia en ella del intendente Pueyrredón, fue posible iniciar la proyección tan tarde. Desde las primeras imágenes sorprendentes, todo el mundo tuvo la noción de que algo grande estaba pasando [...] Aunque alguien dijo que eran gauchos de Esmeralda y Co-

rrientes, aunque se mencionó que resultaba un triunfo fácil el logrado cuando se agita “la banderita”, la verdad es que el triunfo de *La guerra gaucha* fue total, irrecusable. Diecisiete semanas en la sala de estreno; conquista del público, que jamás se había asomado al cine nacional; millares de cartas, de crónicas laudatorias; todos los premios posibles consagraron ese trabajo [...] Finalmente, por ese *film* que dio millones, recibimos tres mil pesos cada uno, Manzi y yo. Y que no se diga que eran de los “pesos de antes”. Eran simplemente, tres mil miserables pesos. Pero no nos importaba. Allí estaba, con todas sus grandezas y debilidades, el producto de muchos días y muchas noches de trabajo. Sobre todo noches, en aquel escritorio de Homero Manzi, en la calle Oro 3034, cerca de los árboles y el cielo que bendicen a mi Buenos Aires con mirada eterna, pura, reservada. Lo cierto es que el grupo de “locos” de Artistas Argentinos Asociados iba a regir una etapa muy importante del cine nacional [...] Lo más divertido era escuchar el rumor de la calle: “Han acertado por casualidad con *La guerra gaucha*. Ya veremos cómo patinan” [...] La gente no sospechaba que en gran parte tenían razón. En Artistas Argentinos Asociados todo era fervor. Incluso pavoroso fervor controversial» ■

de un empresario extranjero a la tiranía de un director también extranjero». La situación no fue clara ni ese año ni el siguiente, ya que la municipalización no se consideraba como un hecho definitivo sino sólo una experiencia que podía ser transitoria.

En 1933 las dudas se despejaron. La ordenanza 4610 reguló la elección y las atribuciones de las autoridades del Colón, constituidas por un directorio para prepa-

rar el presupuesto anual y celebrar contrataciones, y un director general que ejercería la dirección artística. Como presidenta del primer directorio fue nombrada Victoria Ocampo, que designó director general a Juan José Castro, lo que provocó malestar porque algunos preferían a Héctor Panizza. La atmósfera conflictiva persistió y motivó renuncias masivas en el mes de agosto. Se designó entonces un nuevo directorio y como director general a Athos Palma, que cumplió

funciones hasta 1936, cuando lo reemplazó Ugarte hasta 1943.

Pero esta época significó uno de los períodos más fecundos en la historia del Colón. A pesar de las injerencias políticas, traducidas en intereses creados e imposiciones, y de una creciente burocracia, el teatro se estabilizó, tuvo una actividad anual no menor a los diez meses, rotó su repertorio con criterio selectivo y escasa intervención de los intérpretes, privó el



Izquierda: Riachuelo, de Luis J. Moglia Barth, con Luis Sandrini, filmada en 1934, con la que Argentina Sono Film obtuvo su primer éxito. **Centro:** Libertad Lamarque sufre, Floren Delbene la consuela, en Ayúdame a vivir (1936), cinta que reportó al cine argentino su primer gran triunfo internacional y cimentó la fama de la popularísima «Libe».

Claudia Muzio -vino por última vez en 1934-, Lily Pons, Ninon Vallin, Marjorie Lawrence, Rise Stevens, Bidú Sayao, Zinka Milanov, Salvatore Baccaloni, el bajo Titta Ruffo, Ezio Pinza, Lauritz Melchior, Tito Schipa, Beniamino Gigli y Leonard Warren, hasta las batutas de Igor Stravinsky, Manuel de Falla, Héctor Villalobos, Ildebrando Pizzetti, Ottorino Respighi o Arturo Toscanini. El despliegue internacional no impidió, sin embargo, el estreno de varias obras argentinas: diez óperas, trece *ballets*, conciertos y música de cámara; ni bloqueó el surgimiento de nuevos compositores -por ejemplo Alberto Ginastera-, ni impidió tampoco que desde 1941 no se contratara ya a segundas figuras del exterior. La ciudad de Buenos Aires podía jactarse de manejar una de las salas musicales de gran categoría mundial.

Triunfal aparición del cine sonoro

Desde los últimos años de la década del veinte se hicieron ensayos parciales y desafortunados de películas habladas. Los discos que acompañaban las imágenes eran manejados por el operador desde su cabina. Si la proyección se cortaba, había que repetir disco y rollo desde el principio, ante el tedio del público. Algunos operadores osaban poner el disco a ojo y manejar el volante, frenando y acelerando la proyección hasta obtener el sincronismo. Así se exhibieron varios trabajos, como *Muñequitas porteñas* de José A. Ferreyra, *Peludópolis*, dibujo animado de Quirino Cristiani que enjuiciaba con humor al yrigoyenismo, o *En el infierno del Chaco*, filmada por Roque Funes en plena selva chaqueña durante la guerra entre Bolivia y Paraguay.

Pero el verdadero nacimiento del cine sonoro se produjo con la creación de los estudios de Argentina Sono Film por Ángel Mentasti y otros capitalistas, y de Lumiton por los pioneros de la radio César José Guerrico, Enrique T. Susini y Luis Romero Carranza. Sono Film produjo *Tango*, dirigida por Luis J. Moglia Barth con Tita Merello, Libertad Lamarque, Luis Sandrini, Pepe Arias y varias orquestas típicas de renombre, estrenada el 27 de abril de 1933. Veintidós días más tarde



criterio artístico en el armado de las temporadas internacionales, fue reducida la participación de los elementos extranjeros a lo indispensable y hubo mayor estímulo y mejores posibilidades para los artistas argentinos: así se destacaron Isabel Marengo, Luisa Bertana, Felipe Romito, Hina Spani, Pedro Mirassou y Delia Rigal.

En 1937 comenzaron los trabajos de construcción del anfiteatro de Palermo y

se crearon las escuelas de canto y baile. En 1938 se inauguraron los talleres escenográficos, con lo que terminó la importación de decorados para las funciones, y los técnicos argentinos pudieron ir reemplazando a los hasta entonces imprescindibles profesionales extranjeros.

Pero las grandes figuras del mundo seguían siendo los platos fuertes, y nunca en la trayectoria del teatro desfilaron tantos nombres rutilantes, desde las voces de

Al pie: en 1939 Mario Soffici dirigió Prisioneros de la tierra. Se basaba en tres cuentos de Horacio Quiroga, Una bofetada, El peón y Los destiladores de naranjas. La foto corresponde a la escena del pago con vales a los mensúes; detrás del mostrador aparece Francisco Petrone, en el papel del siniestro capataz Kohner.

Lumiton presentó *Los tres berretines* con Luis Sandrini; fue la primera producción argentina en la que el sonido se entendía y la fotografía era nítida: por algo las instalaciones del estudio se montaron luego de serias investigaciones que los propietarios hicieron en Hollywood y Chicago, donde compraron un equipo de filmación completo Bell & Howell.

La industria se puso en marcha adoptando nuevos criterios de comercialización. Hasta entonces, cuando los productores o directores llegaban a los exhibidores con sus películas, las vendían a cualquier costo para resarcirse. Las nuevas empresas se organizaron sobre una continuidad que permitía estrenar la primera película con la segunda empezada y la tercera anunciada. La improvisación y las angustias económicas quedaban cubiertas por una seria imagen institucional.

Sono Film consiguió su gran éxito con la tercera de las películas de su primera serie, *Riachuelo*, de Moglia Barth, con

Luis Sandrini, estrenada en 1934. El cine argentino ya estaba encaminado y producía sin pausas; seis películas en 1934, trece en 1935, dieciséis en 1936, treinta en 1937, cuarenta y una en 1938 y el record de cincuenta y una en 1939, superado por la insólita cifra de cincuenta y siete en 1942.

Directores, galerías y problemas del crecimiento

En 1935 se incorporaron cinco nuevos directores, Mario Soffici, Daniel Tinayre, Manuel Romero, Luis Saslavsky y Alberto de Zavalía. Luis César Amadori lo hizo en 1936, codirigiendo con Soffici *Puerto Nuevo*, Lucas Demare en 1938, Francisco Mujica en 1939, Carlos Hugo Christensen en 1940. Todos ellos tuvieron brillante futuro.

En 1937 Argentina Sono Film construyó su estudio monumental en San Isidro. Casi al mismo tiempo se fundaron los La-

boratorios Alex, que aportaron control científico al proceso de revelado, el sensitómetro y la moviola, con la que se pudo despedir el viejo sistema de compaginación basado en el ojo y el dedo. En 1940 Miguel Machinandarena levantó en Bella Vista otro estudio modelo, San Miguel, y en 1941 Enrique Muiño, Lucas Demare, Elías Alippi, Francisco Petrone, Ángel Magaña y Enrique Faustín constituyeron Artistas Argentinos Asociados, que comenzó produciendo *El viejo Hucha* en 1942. Pocas actividades del país podían mostrar una infraestructura tan solvente. Sin duda, muchas esperanzas se depositaban en la fabricación de este tipo de espectáculo.

Por entonces existía una fuerte demanda de producciones nacionales en los mercados hispanoparlantes; hasta en Nueva York una sala, el cine Hispano, sólo pasaba películas de Lumiton o Sono Film. La figura más taquillera era Libertad Lamarque. La apodaban «la locomotora» porque los exhibidores que querían sus traba-



Centro: Fernando Borel y Paulina Singerman en *La rubia del camino*, dirigida por Manuel Romero en 1938. Al pie, izq.: las cuatro hermanas de *Los martes orquídeas* (1941): Zully Moreno, Mirtha Legrand, Nuri Montsé y Silvana Roth. Al pie, der.: escena de conjunto de *La guerra gaucha*, filmada en 1942 por Demare. Viñeta: dibujo de una filmación.



jos debían comprar paquetes enteros con films en los que no figuraba. En las preferencias era seguida por Sandrini, Hugo del Carril y Niní Marshall. Pero las ganancias fáciles aceleraron el descalabro. No existía un centro de aprendizaje cinematográfico ni filmaciones experimentales. Tampoco había departamentos literarios en los estudios y los libros seguían confeccionándose con premura. El comentarista Chas de Cruz advirtió en el *Heraldo del Cinematografista* que «si el cine norteamericano hubiera explotado toda su vida las tortas de crema ya habría desaparecido. Al lado de folletines sin jerarquía filman producciones como *Viñas de ira*. Las grandes productoras argentinas tienen la obligación de olvidar la sección caja, justamente para favorecer la sección caja. El momento es peligroso». Esto era en 1940.

A esa falta de previsión empresaria se sumaron las consecuencias de la segunda guerra, que redujo la disponibilidad de película virgen. Estados Unidos comenzó

a favorecer a México, aliado de las democracias en guerra, desplazando a la Argentina, que era considerada cuartel general del espionaje nazi en América. Además, si los años de abundancia habían acostumbrado a los productores argentinos a la desconsideración por los clientes extranjeros, México los atendía con la máxima solicitud, con canales propios de distribución, medio que la Argentina nunca organizó adecuadamente.

La época de oro

A Manuel Romero, salido del teatro de revistas, se deben grandes éxitos: *La muchachada de a bordo* (1936), *Los muchachos de antes no usaban gomina* (1937) y el triunfal lanzamiento de dos indiscutibles favoritas en 1938, Paulina Singerman en *La rubia del camino* y Niní Marshall en *Mujeres que trabajan*.

Las ambiciones de Mario Soffici no se limitaban a la rápida respuesta popular,

como lo demuestran *Viento norte*, en 1937, basada en un episodio de *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla, que escribió para el cine Alberto Vacarezza, *Kilómetro 111* en 1938 y, en 1939, *Prisioneros de la tierra*, pieza antológica de nuestra pantalla. Estaba basada en tres cuentos de Horacio Quiroga, adaptados por Ulyses Petit de Murat y Darío Quiroga, y logró ensamblar los elementos esenciales del arte de raigambre latinoamericanista.

El fenómeno de Libertad Lamarque tomó presencia con *Ayúdame a vivir* (1936), de Ferreyra, la primera de sus óperas tangueras en las que cada momento de exaltación emocional se acentuaba con un tango. La receta se continuó con *Besos brujos*, que filmó Ferreyra en 1937, y perduró en el lujo que Amadori impuso para *Madreselva* (1938) y el esteticismo que Saslavsky concibió para *Puerta cerrada* (1939). La personalidad de la actriz, sin embargo, se adaptaba a todos los estilos y no perdía su fuerza taquillera.



Abajo: Mecha Ortiz y Roberto Escalada se aman apasionadamente en *Safo*, de Carlos Hugo Christensen, 1943; basada en una novela de Alphonse Daudet, fue la primera película erótica producida en la Argentina. Al pie: Niní Marshall en la excelente parodia de *Carmen* que Amadori dirigió en 1943; este tipo de parodia estuvo muy en boga en esos años.



Museo Municipal del Cine



Museo Municipal del Cine

Francisco Mujica, jefe técnico de Lumiton, logró una de las mejores interpretaciones de conjunto en la historia del cine nacional con *Así es la vida*, pieza de Malfatti y De las Llanderas que filmó en 1939, y el éxito de todos los tiempos, *Los martes orquídeas*, en 1941, sobre un libro original de Sixto Pondal Ríos y Carlos Olivari, que significó el estrellato de Mirtha Legrand. La película gustó tanto que se hicieron de ella versiones en Hollywood -*Bailando nace el amor*- y en México, *Azahares para tu boda*.

En 1942 Alberto de Zavalía hizo un buen trabajo con *La maestra de los obreros* sobre el libro de Edmundo d'Amicis adaptado por Alejandro Casona, pero el gran éxito del año lo obtuvo Lucas Demare: *La guerra gaucha*, según la obra de Leopoldo Lugones, que adaptaron Ulyses Petit de Murat y Homero Manzi, y que superó en recaudaciones inclusive a la norteamericana *Lo que el viento se llevó*.

En 1943 sobrevino la decadencia, a pesar de la variedad de decorados que Gori Muñoz construyó para *Juvenilia* -Augusto César Vatteone sobre el clásico de Cané-, del erotismo abierto que planteó Christensen en *Safo*, de la versión de la popularísima novela *Stella* de César Duayen que hizo el español Benito Perojo o de la afortunada parodia de *Carmen*, inspirada en Merimée y en el libreto de Milhac y Halévy, para la ópera de Bizet, que realizó Luis César Amadori con la talentosa Niní Marshall, y del esfuerzo de Sóffici para plasmar un buen cuento de Eliseo Montaine en *Tres hombres del río*.

El estancamiento que se perfilaba estallaría en los años siguientes. Las leyes de protección que el nuevo gobierno dictará para beneficiar a los productores iban a convertir el cine en un gran negocio para aventureros. Muchos se enriquecieron a costa de una gran sacrificada: la cinematografía argentina, que desde los remotos tiempos de Eugenio Py o Mario Gallo había logrado su ubicación en la industria internacional cimentada en el cariño, la lucha y el talento de quienes fueron sus forjadores durante treinta años ■

6. La nueva industria y sus operarios

La ley marcial que decretó Uriburu sofocó las reivindicaciones de los trabajadores, situación agravada por la crisis mundial, con sus secuelas de bajísimos salarios, desocupación, miseria y enfermedad. En los sindicatos obreros argentinos predominaban el socialismo y el sindicalismo, con una presencia comunista incipiente, en algunos gremios. Hacia 1933 se reanudaron las inversiones foráneas, ahora con pujante participación de grandes empresas de los Estados Unidos. La mano de obra para las nuevas plantas industriales se nutrió de los pobladores del Interior que intentaban huir del atraso. Así se incorporó a los gremios obreros una nueva generación de trabajadores nativos, dispuestos a oír y alentar las nuevas propuestas políticas que se les formularan.

Un grupo de obreras en la entrada de su lugar de trabajo. La participación de la mujer en las actividades industriales fue mayor en el decenio 1931-1940, pues se reemplazaba a los hombres con mano de obra femenina, peor remunerada. La tecnificación de las nuevas industrias ya no requería el vigor físico masculino, y con ello lucraban los empresarios.

No obstante las dificultades provocadas por el regreso de los conservadores al poder, en la década del treinta el movimiento obrero creció sustantivamente, sobre todo después de 1935, cuando la economía y la sociedad argentinas se reacomodaron de manera silenciosa. Por una parte se produjo la reactivación industrial que era la consecuencia ineludible de la sustitución de importaciones. Paralelamente a este florecimiento industrial ocurrían fenómenos sociales novedosos: los habitantes del interior del país acudían a Buenos Aires atraídos por el mercado de trabajo formado en el perímetro y los alrededores de la gran ciudad. De este modo, los criollos de las provincias tradicionales sustituían la mano de obra extranjera cuya inmigración había disminuido abruptamente. Ambos fenómenos, el económico y el social, no tenían todavía expresión política adecuada. Sería preciso aguardar a la revolución de 1943 para que el campo político empezara a su vez a movilizarse.

La reacción conservadora

Entre 1930 y 1943 la clase obrera no fue ajena a las modificaciones que tenían lu-

gar en la Argentina y en el mundo. La recesión económica, el auge del fascismo y del comunismo, la reactivación industrial y la difusión de la ideología nacionalista obligaban a los dirigentes obreros a definirse en favor de una lucha exclusivamente gremial -por el mejoramiento de las condiciones de trabajo y de los salarios- o más orientada hacia las controversias ideológicas.

En los primeros cinco años de la década privó el gremialismo a secas. Fue la etapa en que condujo al movimiento obrero la Confederación General de Trabajadores (CGT), producto de la fusión de la Confederación Obrera Argentina (COA), de tendencia socialista, con la Unión Sindical Argentina (USA) dominada por los sindicalistas. Sólo la Federación Obrera Regional Argentina, ya muy decaída, y los gremios dirigidos por los comunistas se mantuvieron apartados de la nueva central obrera. Ésta, a diferencia de lo que hoy significa la CGT con sus bienes y su aparato burocrático, era entonces un sello que cobijaba a sindicalistas que se reunían en locales prestados para diseñar una política común en defensa de los intereses de los trabajadores afiliados a los distintos sindicatos confederados.



Archivo General de la Nación

Por la desocupación prevaleciente hasta 1935 las condiciones de vida de los sin trabajo eran muy duras: se alojaban en precarias viviendas improvisadas, y para alimentarse, y alimentar a sus familias, debían recurrir a la caridad pública y aun a la mendicidad. Tal situación limitó sobremanera las acciones reivindicativas de las organizaciones obreras.



Archivo General de la Nación

La CGT empezó a funcionar pocos días después del golpe militar. Sus primeros dos años de vida transcurrieron bajo los efectos del estado de sitio y de medidas represivas muy rigurosas contra el movimiento sindical. La pésima situación del mercado laboral debida a la desocupación que afectaba a todo el país, contribuyó a limitar las posibilidades de lucha de la central obrera, en la que predominaban los gremios de servicios, marítimos y ferroviarios, mientras disminuía el peso de los gremios industriales, que nunca habían sido demasiado importantes.

«Allí hay que hacer lo que dicen los ferroviarios, de lo contrario no hay nada que hacer», refunfuñaba un gremialista de aquellos tiempos. En efecto, las deci-

siones más trascendentes de la CGT dependían del sector de operarios nucleados en la Unión Ferroviaria, que era también el más sensible a las presiones políticas.

En esta primera etapa, que duró hasta 1935, los principales dirigentes de la central obrera se llamaban Antonio Tramonti (UF), Alejandro Silvetti, Andrés Cabona, Sebastián Marotta, José Negri y Luis Gay. El ferroviario Luis Cerutti ocupaba la secretaría general. Pero las posibilidades de acción gremial eran pocas, los reclamos obreros, moderados, y el número de huelgas, escaso. En consecuencia, tanto los planes presentados por la CGT como sus protestas tenían cierta timidez. En ese sentido, fue criticada la for-

ma en que la entidad gremial pidió clemencia para tres choferes condenados a muerte por un tribunal militar: el objetivo se cumplió porque los condenados salvaron la vida, pero la dignidad de la CGT no salió bien parada de este episodio.

Los tiempos eran duros para los trabajadores. En 1934 los salarios tocaban su pico más bajo: representaban solamente el 77% de los salarios de cinco años atrás. Pero a partir del levantamiento del estado de sitio, una medida adoptada por el presidente Justo a principios de 1932, los paros volvieron a generalizarse.

Los primeros en salir a la palestra -recuerda Sebastián Marotta- fueron los obreros del calzado, seguidos por 700 trabajado-

Derecha: incendio de un carro de basura durante la huelga del 7 de enero de 1936. Abajo: durante esa misma huelga la Policía dispara sobre los obreros en la zona de Mataderos; la represión contra los trabajadores, animados de una creciente conciencia gremial, volvía a ser tan violenta como en la época del coronel Falcón, antes del Centenario.



Archivo General de la Nación

res de la industria textil y por los tranviarios de la Capital Federal, los obreros yeros, y los estibadores de Puerto Bermejo y de Barranqueras, que contaban con el apoyo de la Federación Obrera Marítima.

Junto a la tendencia combativa de los gremios existía una disposición negociadora que se puso de manifiesto en la entrevista que sostuvieron el 6 de noviembre de 1933 los dirigentes Cerutti y Tramonti con el presidente de la Nación a fin de interesarlo por la jornada laboral de 40 horas y en el fomento de las obras públicas para combatir la desocupación. Ambas medidas eran el fuerte de las propuestas de la CGT ante la crisis -además de la implantación del sábado inglés-, pero la entrevista agudizó los temores

acerca de un posible entendimiento entre sectores del gobierno que propiciarían un sistema corporativo de tipo fascista y dirigentes gremiales dispuestos a secundarlos.

El tema provocó escozores, denuncias y ninguna acusación concreta, y fue un síntoma más de la incertidumbre que agobiaba al movimiento gremial en esos años de transición en los cuales, por otra parte, se aprobaron varias importantes leyes sociales. Algunas de ellas beneficiaban a las trabajadoras, como la 11 933 (promulgada en 1934), que estableció un seguro obligatorio de maternidad para las empleadas y obreras con licencia por parto, y la percepción de un subsidio. Esta legislación era propuesta por la bancada socialista con la anuencia de los conser-

vadores. Los analistas vieron en esta buena disposición de los diputados de la Concordancia un reflejo del interés del general Justo por congraciarse con los socialistas, cuya bancada había engrosado gracias a la abstención del radicalismo.

El auge del Partido Socialista no fue ajeno a la creciente importancia de sus aliados en el campo gremial. Sobresalía entre los dirigentes afines a esta ideología el ferroviario José Domenech, nacido en Valencia y venido al país a principios de siglo. Domenech no estaba por entonces afiliado al socialismo pues la CGT había convenido en mantenerse al margen de definiciones partidarias. Su preocupación consistía principalmente en mantener su hegemonía en la Unión Ferrovia-

Abajo, izquierda: Sebastián Marotta, uno de los principales dirigentes obreros de la primera etapa de la CGT. Abajo: el secretario general de la institución, Luis Cerutti, ferroviario, habla en un mitin en 1932; en esa etapa los reclamos gremiales eran moderados, debido a la desocupación aún reinante.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

ria, el gremio en el que había hecho su carrera de dirigente, y en el deseo de impedir que la conducción sindicalista de la CGT favoreciera a sus rivales. Criticaba especialmente a la central obrera porque estaba conducida por gremios menores.

El clima laboral se enrareció particularmente a mediados de 1935. Un componente muy irritante era la actitud de los gremios que respondían al Partido Comunista y que habían formado el Comité de Unidad Clasista en 1929. Durante los primeros años de la década del 30 los comunistas habían mantenido su individualidad clasista. Consideraban a los demás gremios como «colaboracionistas» y «antirrevolucionarios» y respondían a las directivas comunistas, que recomenda-

El plan Pinedo: la rueda menor

El proceso de industrialización en la Argentina, ¿fue fomentado y protegido por los gobiernos conservadores en la década del 30? Algunas expresiones del ministro de Agricultura Luis Duhau en la inauguración de la Exposición Industrial (1933) sugieren los criterios con que la administración de Justo consideraba la actividad industrial:

«La vida económica del país gira alrededor de una gran rueda maestra que es el comercio exportador. Nosotros estamos en condiciones de crear, al lado de ese mecanismo, unas ruedas menores que permitan cierta circulación de la riqueza, cierta actividad económica, la suma de la cual mantenga el nivel de vida del pueblo a cierta altura.» Esa rueda menor a que se refería Duhau era la industria nacional.

Pero las políticas industrialistas de los gobiernos conservadores no representaban ningún peligro para los intereses de los grandes terratenien-

tes y éstos apoyaron en principio el fomento de la industria. Sin embargo, ni el gobierno ni los empresarios hicieron propuestas más audaces que apuntaran a exigir el desarrollo de una industria de base. Y el proceso se basaba sobre todo en la ampliación de la industria preexistente llenando el vacío que habían ocupado los productos importados. No hubo grandes inversiones en equipos ni en maquinarias y se procuró que las fábricas ya instaladas en el anterior período industrialista que concluyó en 1929 rindieran al máximo.

Cuando a partir de 1938 los precios de los cereales comenzaron nuevamente a bajar en el mercado internacional, el ministro Federico Pinedo presentó al Congreso un plan de Reactivación Económica que recogía casi todas las aspiraciones de la Unión Industrial. Entre éstas se destacaban el otorgamiento de crédito bancario para las actividades manufactureras, la limitación de importaciones de los Estados Unidos y la

construcción de viviendas populares por compañías privadas con apoyo estatal. De paso, Pinedo proponía nacionalizar las empresas británicas de ferrocarriles, cuyos gerentes estaban interesados en venderlas al gobierno argentino. Esta última propuesta desvalorizó los aspectos más positivos de su plan porque se trataba de una venta inconveniente para los intereses argentinos, tanto por el precio que se pagaría por los ferrocarriles, como por la demora con que el Estado sería dueño efectivo de estas empresas, que sólo se recuperarían por completo en el año 2000.

De todos modos, las cámaras dejaron caer el plan de Pinedo sin pena ni gloria. Y la industria argentina siguió su crecimiento desordenado marcando con su expansión las líneas del futuro de la economía argentina en los siguientes cuarenta años ■

Centro, izq.: la policía reprime una huelga de albañiles y pintores en enero de 1934. Centro, der.: Modesto Orozco, dirigente de la Unión Sindical Argentina. Al pie, izq.: Ángel Borlenghi, socialista, de la Federación de Empleados de Comercio. Al pie, der.: Francisco Pérez Leirós (de corbata clara) fundador de la Unión de Obreros Municipales (UOM).

ban definir la lucha gremial como prioritariamente antiimperialista. La Argentina -afirmaban-, forma parte de las naciones semicoloniales del mundo; es preciso combatir a los imperialistas y a sus aliados internos, los terratenientes.

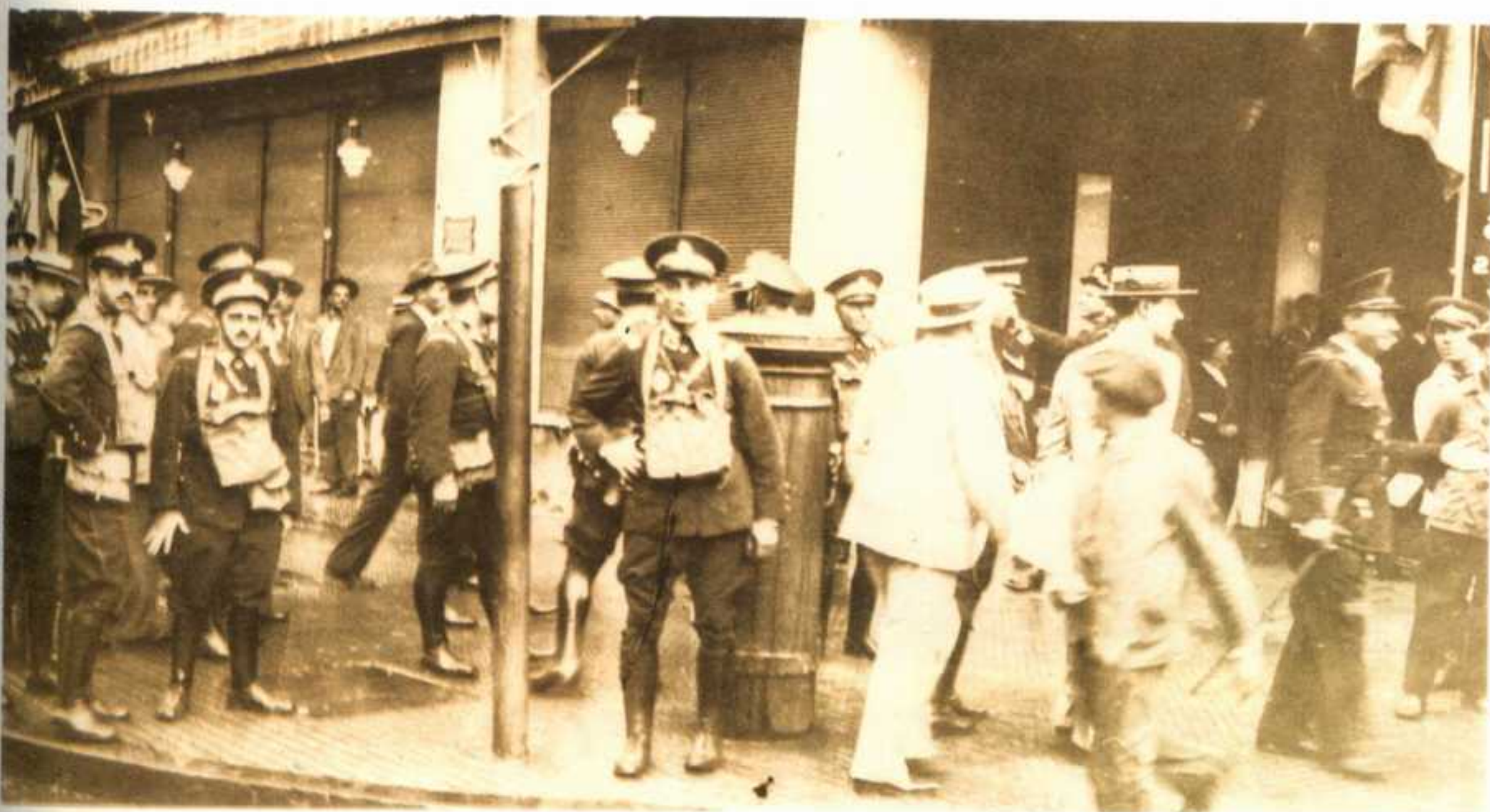
La influencia de los comunistas crecía en sindicatos como los de la construcción. En 1935 los comunistas, de acuerdo con la nueva estrategia política que les había sido indicada por su partido, buscaban acercarse a la CGT, pero no contaban con la buena disposición de los sindicalistas para efectuar su incorporación a este organismo; aún subsistían los recelos de carácter ideológico, que databan de comienzos de siglo y que seguían dividiendo a los trabajadores.

La situación se agravó a fines de ese año: el 12 de diciembre por la noche un grupo de dirigentes que respondía a la línea de Domenech ocupó la central obrera de la calle Independencia. «Fue el primer golpe obrero de la historia del país», observa el historiador japonés Hiroshi Matsushita en su documentado estudio sobre el *Movimiento obrero argentino*. Alberto Belloni, en *Del anarquismo al peronismo*, justifica esa actitud contra la «inicia dirección cegetista» que despierta la necesidad de romper con ella, pues era, explica en otro párrafo, «una dirección claudicante».

Por su parte, a partir de la ocupación del local de la calle Independencia, los dirigentes desplazados sesionaron en el de la

Federación de Obreros y Empleados Telefónicos de la calle Catamarca. Inútilmente el asesor del general Justo, Eduardo Bullrich, que había sido presidente del Departamento Nacional del Trabajo, procuró conciliar a los sectores enfrentados. La unidad no se produjo.

Por el contrario, la nueva dirección de la CGT de Independencia consiguió apoyo en el congreso reunido en mayo de 1936 con la presencia de la Inspección de Justicia. La adhesión de la Unión Ferroviaria a dicha central obrera resultó una grave pérdida para los intereses de la CGT de la calle Catamarca. La pugna se desarrollaría ahora entre Domenech y Francisco Pérez Leirós (de la Unión de Obreros Municipales -UOM-) porque este último te-



nía mayor compromiso político con el Partido Socialista, mientras que Domenech se mostraba más conciliatorio con los sindicalistas.

Por la industria nacional

En materia internacional la prioridad de los dirigentes gremiales en 1936 era frenar el avance del fascismo. Desde 1933 los preocupaba este problema: el 23 de julio de ese año se había organizado un acto público en el que hablaron Ángel Borlenghi por la Federación de Empleados de Comercio, y Sebastián Marotta por la Unión Líneas Marítimas Argentinas. Ambos dirigentes, uno de ellos socialista y el otro sindicalista, advirtieron contra el avance del fascismo, y en especial el caso de Hitler en Alemania. Pero la actitud de la CGT era contraria a exagerar el tema del auge de las derechas; pretendía luchar por reivindicaciones obreras más concretas y localizadas.

En 1936 se produce un nuevo entusiasmo por la lucha antifascista, estimulada ahora por los gremios comunistas que se habían incorporado a la CGT. El 1° de mayo lo celebran conjuntamente los gremialistas y los partidos democráticos. Hablan Lisandro de la Torre por la democracia progresista, Arturo Frondizi por el radicalismo y Mario Bravo por el socialismo, además de Pérez Leirós y de Domenech. El dirigente de la UOM pronuncia un discurso de contenido altamente político en el que se refiere a la necesidad de combatir el fraude electoral, y señala el apoliticismo como el elemento que esteriliza las luchas sindicales. Domenech, en cambio, precisa que la función de los sindicatos es lograr mejoras de salarios y un ambiente sano de trabajo.

Dos meses después estallaba la guerra civil española. La CGT se apresuró a solidarizarse con la causa republicana, pero no envió ningún delegado personal a España, como se preveía en un principio: Domenech, elegido secretario general en 1937, era contrario a tal representación. Entre tanto, las posibilidades de un Frente Popular que se habían esbozado en el acto del 1° de mayo de 1936 se evaporaban: los radicales y los demoprogresistas

Abajo: la dirigente socialista Alicia Moreau de Justo habla en un acto partidario de 1941. Al pie: reunión en el Centro Socialista de la Sección 19, ese mismo año; la presencia femenina es muy significativa, pues ese partido era el que más bregaba por el voto de la mujer y apoyaba a la Unión Femenista Nacional, que presidía la doctora Moreau de Justo.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Izq.: carteles de propaganda del Partido Socialista. Centro: E. Dickmann (con anteojos oscuros y bastón), seguido, de izq. a der., por Repetto, M. Bravo (con sombrero negro aludo) y De la Torre (de barba blanca), encabezando en 1936 una manifestación multipartidaria. Al pie: los dirigentes Domenech (en 1938) y A. Tramonti, de la U. Ferroviaria (1930).



no participaron de los festejos conjuntos. Por otra parte, resultaba evidente que el gobierno procuraba evitar que la CGT se ocupara de cuestiones políticas o religiosas y que se expresara más allá de los reclamos estrictamente laborales.

Sin duda, lo más preocupante para el presidente Ortiz -que en 1938 sucedió a Justo- era el crecimiento de la protesta laboral, que en 1937 había alcanzado nuevos picos con miles de jornadas de trabajo perdidas y una activa presencia comunista en los gremios.

Pero lo que insensiblemente se estaba incorporando a las concepciones ideológicas de los gremios era una nueva sensibilidad para percibir los problemas argentinos. Los dirigentes sindicales y las bases no podían seguir ajenas a los problemas que apasionaban al país de los años treinta: el nacionalismo y el antiimperialismo, la necesidad de estimular la industria nacional y lograr la autarquía económica.

Tales preocupaciones no pertenecían al paquete de ideas tradicionales de los gremios. Los socialistas, por ejemplo, si bien criticaban a las empresas extranjeras en las que trabajaban la mayor parte de sus afiliados, no dejaban de reconocer el aporte de los capitales extranjeros al desarrollo nacional. Hombres salidos de sus filas, como Manuel Ugarte, decididamente industrialista, tenían más apoyo en la Unión Industrial Argentina que en la central obrera.

Para los anarquistas era lo mismo ser explotado por un capitalista que por otro. En cuanto al comunista Rodolfo Ghioldi, consideraba el proteccionismo industrial como una medida que no mejoraba la vida de los trabajadores: la industria del azúcar, que ponía por ejemplo y que es muy protegida, ofrecía pésimas condiciones de vida a sus operarios. Por eso no puede extrañar que la CGT criticara las medidas proteccionistas adoptadas por Uriburu, pues, según manifestó el periódico socialista *La Vanguardia*, el nacionalismo económico es equiparable con el nacionalismo agresivo y guerrero.

Otro aspecto tradicional de los sindicatos obreros, fuertemente influidos por el in-



Apartidismo y politización

El período 1938-43 prolonga un rasgo que se halla en las raíces del sindicalismo y de sus antecedentes ideacionales: las enconadas y persistentes divisiones de su liderazgo. Sorprende que, a lo largo de décadas, las unánimes invocaciones a la unidad tropiecen contra el permanente desacuerdo de los que persiguen las mismas metas.

Estos conflictos parecen tanto o más pertinaces que la lucha contra el capital y el Estado, enemigos de los trabajadores, según la doctrina compartida de los antagonistas. El asalto a la CGT el 12 de diciembre de 1935 es apenas un hito espectacular en la ruta de las incesantes diferencias, personales e ideológicas, de la dirigencia. Los años posteriores habrían de mostrar que el sector victorioso de ese suceso se dividiría a su vez en corrientes opuestas.

Si los objetivos de la lucha de clases eran admitidos por todos, las interminables disputas indicaban que la realidad era mucho más compleja que la prevista por la teoría. Esto se tornaba más evidente en la misma medida en que el sindicalismo comenzaba a contar con recursos económicos e institucionales tentadores, tanto para sus activistas como para otros sectores sociales (partidos, Iglesia, Ejército y aun el Estado). Y si desde los orígenes del gremialismo se había debatido con aspereza el problema de la prescindencia o no de la política, ahora, en el acceso a la liquidación del fraude -a la posibilidad de la vuelta integral a la Constitución- y a la inminente guerra mundial, la opción se evidenciaba perentoria. El apoyo casi unánime a los Aliados implicó asumir un compromiso que no condujo, sin embargo, a

la unidad. Más bien se insinuó una tendencia que se revelaría capital: el distanciamiento respecto de los partidos y especialmente del Partido Socialista, que era el de mayor influencia en la estructura gremial. Paradójicamente, se conjugó con un creciente interés por la política nacional y mundial. Además, la perceptible argentinización que marginaba al obrerismo internacionalista incluía una perspectiva estatizante y antiimperialista -mitigada por la disyuntiva que planteaba la guerra- que era perfectamente compatible con la prédica del nacionalismo de derecha.

Por otro lado, el apartidismo y la politización subrayaban una incongruencia básica: mientras que la dirigencia sindical era mayoritariamente socialista, anarquista o comunista, la masa de trabajadores era indiferente o simpatizaba con el radicalismo. El peronismo superará esta incompatibilidad, aunque no inmediatamente: la militancia política de sus líderes será homogénea con la simpatía política de los afiliados y la masa. Pero este fenómeno -para tornar más inconcebible la doctrina obrerista original- se revelará desde una política lanzada por un gobierno militar. Será una estrategia externa al sindicalismo lo que lo expandirá, bajo la propuesta -llena de gratificaciones- de la politización y el apartidismo ■

Rubén H. Zorrilla

Sociólogo, docente e investigador en la Universidad de Belgrano, especializado en temas sindicales, autor, entre otros títulos de: *Estructura y dinámica del sindicalismo argentino*; *Cambio social y población en el pensamiento de Mayo*; *Intelectuales y sindicatos*.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

ternacionalismo libertario de los primeros años del siglo, era su indiferencia por los símbolos patrios de la república burguesa. La versión clásica sobre esta actitud la dan estos párrafos del sindicalista peronista Juan José Taccone escritos en 1971 pero referidos a las vísperas de 1943:

«Los actos sindicales de aquellos tiempos daban la pauta de la formación del sindicalismo; no se hablaba de Dios ni de la Patria, puesto que su conformación era atea e internacionalista; se cantaba *La*



Internacional, a la que el gremio estaba adscripto ideológicamente; se enarbolaba la bandera roja, símbolo de la insurrección proletaria, hasta el léxico que se utilizaba guardaba el más puro estilo clasista e ideológico.»

La prolija investigación de Hiroshi Matsushita ha revelado que de 1936 en adelante el movimiento obrero experimentó la influencia del nacionalismo, que tanta importancia tuvo en el clima de ideas de la década. Menciona, en tal sentido, las

Izquierda: la radio servía para improvisar bailes en los barrios humildes, en esos años difíciles para la clase trabajadora. Centro: venta de sandwiches de chorizo y gaseosas en las cercanías de una cancha de fútbol; la crisis hacía aguzar el ingenio y se iniciaban así pequeños e improvisados comerciantes, equivalentes de los actuales "cuentapropistas".

Condenados a muerte

En noviembre de 1930 un conflicto obrero-patronal ocasionó un enfrentamiento con las fuerzas policiales. Fue protagonizado por tres choferes: José Santos Ares, Florindo Gayoso y José Montero, pertenecientes a la entidad Unión de Choferes. No hubo heridos, pero debido a la vigencia de la ley marcial, decretada por el presidente Uriburu el 9 de septiembre, fueron detenidos, juzgados y condenados a muerte por un tribunal militar. El fallo resultó confirmado por el Consejo de Guerra y Marina.

Juan Valdetaro, dirigente de la Unión de Choferes, y Moisés Muñoz me solicitaron, en mi condición de miembro de la comisión directiva de la CGT, que intercediera ante ésta para pedir al gobierno que conmutara la pena.

La mesa directiva de la CGT estaba entonces constituida por el secretario general, Luis Cerutti, el protesorero, José Negri, y el subsecretario, Alejandro Silvetti, que accedieron a la gestión mencionada, que debía concertarse ante el subsecretario del Ministerio del Interior, doctor Eduardo J. Bullrich. Ya había habido con él, antes de constituirse la CGT, una reunión, en la que se procuró que se terminara con el avasallamiento de los sindicatos y que se permitiera el libre acceso a ellos de empleados y obreros. Animados por la actitud diferente mostrada en aquella ocasión por el doctor Bullrich, los señores Cerutti, Negri y Silvetti efectuaron una segunda entrevista que resultó dificultosa debido a la defensa de la posición del gobierno por parte del subsecretario del Interior. La mediación concluyó con la promesa de revisión de la medida.

La nota que requería la conmutación de la pena, escrita por Luis Cerutti, fue

duramente censurada porque en uno de sus párrafos la CGT se comprometía a apoyar la obra de gobierno. La forma poco mesurada de esta misiva puede atribuirse a la incompetencia de Luis Cerutti. Pero es cierto que la CGT, ante un gobierno represor como el que se instaló en el 1930, no podía extremar las medidas en defensa de los intereses de los trabajadores. Se sumaba también el alto índice de desocupación, por lo cual la CGT adoptó una política de convivencia con el gobierno y con el sector patronal.

El episodio de los condenados a muerte finalizó con la conmutación de la sentencia por prisión perpetua a cumplirse en Ushuaia. Durante el gobierno del presidente Justo, gracias a perseverantes gestiones, la pena se redujo a dos años y Santos Ares, Gayoso y Montero recobraron su libertad el 15 de diciembre de 1932 ■

Andrés Cabona

(Entrevista de Hyspamérica, 1985.)

Fundador de la Unión Sindical Argentina (1922); fundador de la CGT (1930); primer tesorero de dicha entidad y miembro de su mesa directiva.



Archivo General de la Nación

Al pie, izq.: inspección de reses en un frigorífico de Avellaneda; a la industria de la carne, principal fuente de las exportaciones, comenzaban a sumarse las filiales de las grandes firmas extranjeras. Al pie, der.: muchos trabajadores seguían cruzando diariamente el Riachuelo en botes, para ir a las nuevas fábricas instaladas al sur de la Capital.

actitudes de gremios cuyos dirigentes y afiliados eran todavía en gran parte extranjeros, pero que en los grandes debates posteriores a la firma del pacto Roca-Runciman -que fue bien visto por la CGT- adoptan un tono francamente nacionalista y antiimperialista.

El problema del monopolio del transporte urbano, que se entregó por ley del Congreso a una compañía británica, provocó en septiembre de 1936 una huelga de colectiveros que contó con la simpatía de numerosos gremios y el apoyo masivo de la población contra los colectivos que hizo circular el gobierno. Aunque la ley que creaba la Corporación de Transportes resultó de todos modos sancionada, *The Review of the River Plate* no dejó de señalar con preocupación el auge de la

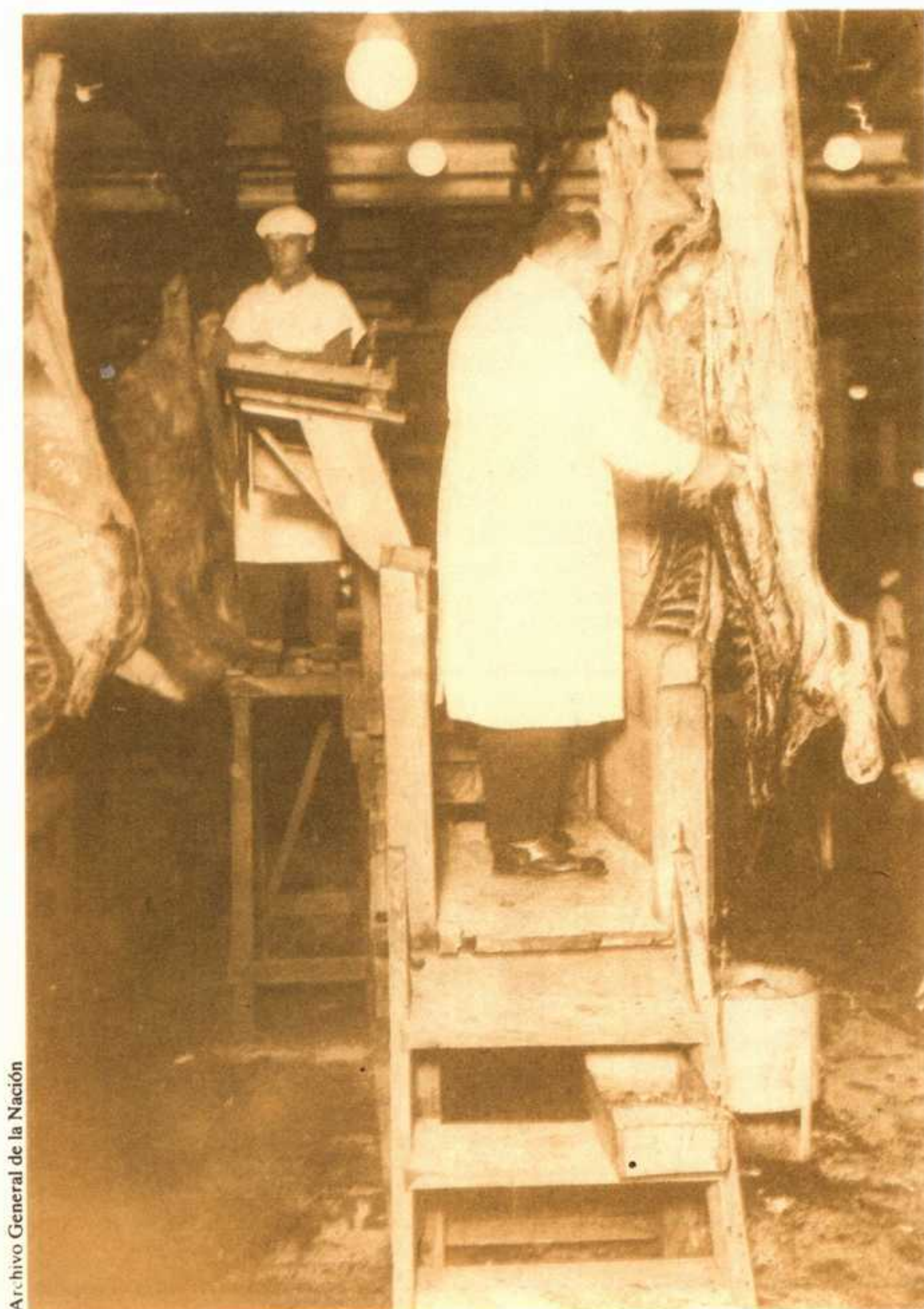
xenofobia que la huelga había estimulado en los trabajadores.

Al año siguiente, 1937, les tocó el turno a los obreros municipales, descontentos por la entrega de los servicios de limpieza de la Capital Federal a una empresa extranjera. La entidad que los agrupaba y que lideraba Pérez Leirós (UOM) organizó un acto para protestar contra la entrega, y durante su transcurso se izó la bandera nacional y se escucharon los acordes del Himno.

Los gremialistas de la Unión Ferroviaria exigieron al gobierno en 1937 la nacionalización del ferrocarril Central Córdoba. De este modo pensaban solucionar un problema que llevaba algunos años y del que ya se ha hablado en otro capítulo: el

laudo del general Justo que autorizó a los ferrocarriles ingleses a retener parte del salario a los trabajadores y que no afectaba de la misma manera a quienes realizaban tareas en los Ferrocarriles del Estado. Si bien esta tentativa de compra de las empresas británicas por el Estado Nacional volverá a ser propuesta por el ministro Pinedo en 1940, y respondía, al parecer, a la propia iniciativa de los capitalistas británicos, para el grueso de los trabajadores era una medida que tendía a fortalecer al Estado argentino.

Porque el tema de las nacionalizaciones estaba en el ambiente. En 1938 los socialistas presentan el plan de defensa nacional que enfatiza la necesidad de nacionalizar las industrias claves tales como petróleo, estaño, plomo, transportes, elec-



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Al pie, izquierda: el dirigente comunista Rubens Iscaro habla en el sindicato de la Construcción en 1940; en ese gremio su partido tenía fuerte influencia. Al pie, derecha: mitin del sindicato metalúrgico en 1942; pueden leerse los nombres de las empresas empleadoras. Viñeta: aviso de "Dulce inglés", nueva confitura, elaborada en la Argentina.

tricidad, gas, teléfonos y fuentes de producción hidroeléctrica. «El período en que estas empresas aseguraron al país la adopción de nuevas formas del progreso técnico ha pasado ya», afirman, y exigen que «los grupos capitalistas extranjeros que usufructúan la explotación de servicios públicos sean reemplazados por organismos nacionales que sirvan en todo momento a la masa consumidora».

La guerra mundial se avecinaba. El conflicto mundial repercutió duramente en la ideología del movimiento obrero y agudizó los enfrentamientos por razones extragremiales. Los comunistas, sobre todo, quedaron aislados del resto de las organizaciones de trabajadores cuando la alianza de Alemania y de la Unión Soviética para el reparto de Polonia los obligó

momentáneamente a abandonar la lucha antifascista. Pero simultáneamente se preocupaban porque la actividad donde reclutaban mayor número de adeptos, la de la construcción, había sufrido el impacto de la carencia de materiales importados. Esto explica que al principio de la guerra los gremios comunistas pusieran especial énfasis en la defensa de la industria nacional y solicitaran que el gobierno arreglara con los Estados Unidos las medidas necesarias para importar maquinarias y hierro.

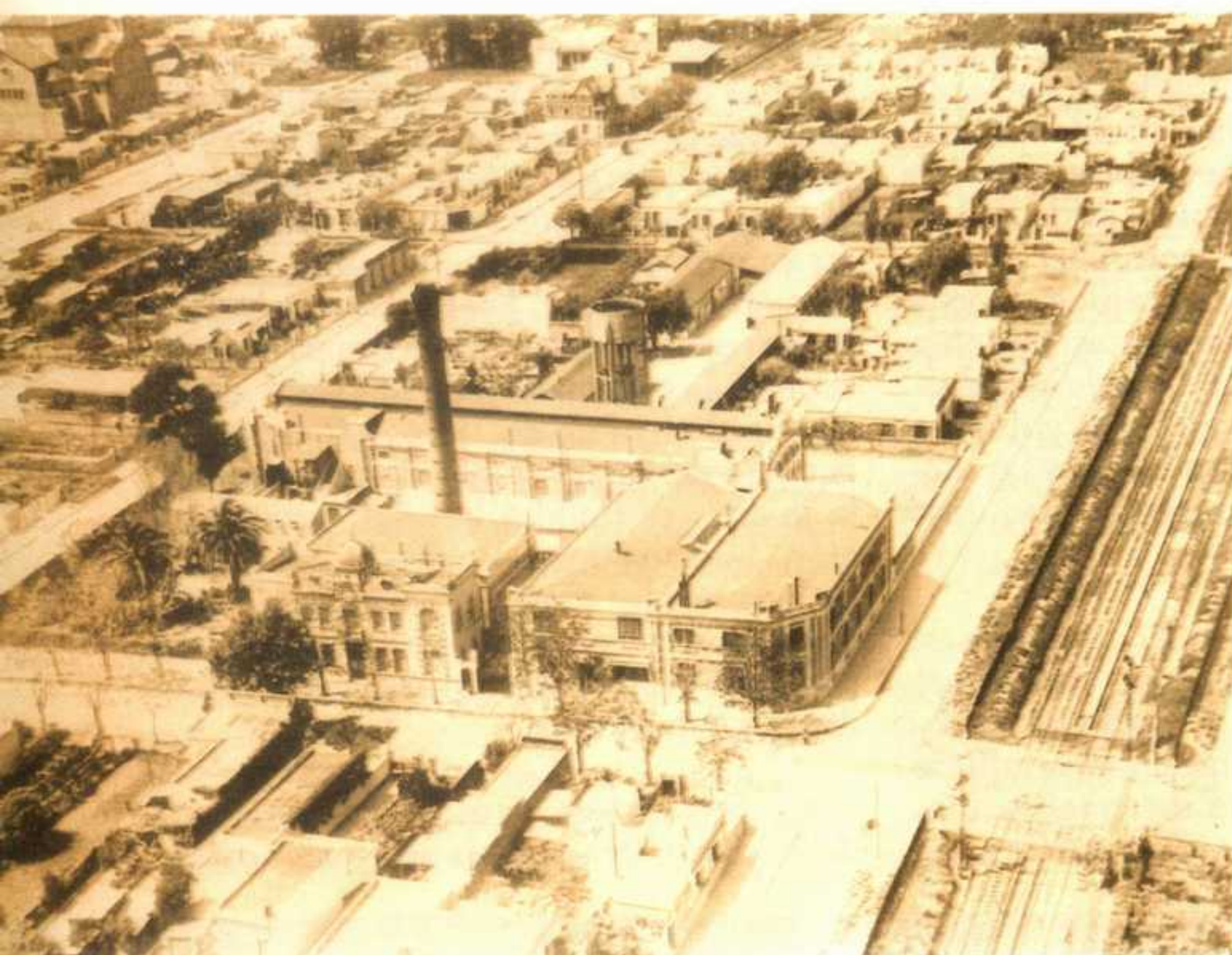
La Unión Sindical Argentina, surgida en 1937 luego de las desventuras vividas por la CGT de Catamarca, adoptó una postura estrictamente neutral en el conflicto mundial. Sus dirigentes de aquellos años se llamaban Luis Gay y Modesto Orozco,

entre otros, y tenían influencia en los gremios de tabacaleros, telefónicos y cerveceros. La poderosa CGT, en cambio, se definía cada vez más por la causa de los aliados, y José Domenech no vacilaba en ser orador de los actos organizados por Acción Argentina, la entidad que luchaba con más ardor por que la República entrara en la guerra del lado de Gran Bretaña. En diciembre de 1942, como consecuencia de las tensiones provocadas por la guerra, se dividió la CGT; una fracción, liderada por Domenech, era acompañada por los gremios ferroviario, tranviario y cervecero; la otra, encabezada por Pérez Leirós, tenía el apoyo de los sindicatos comunistas.

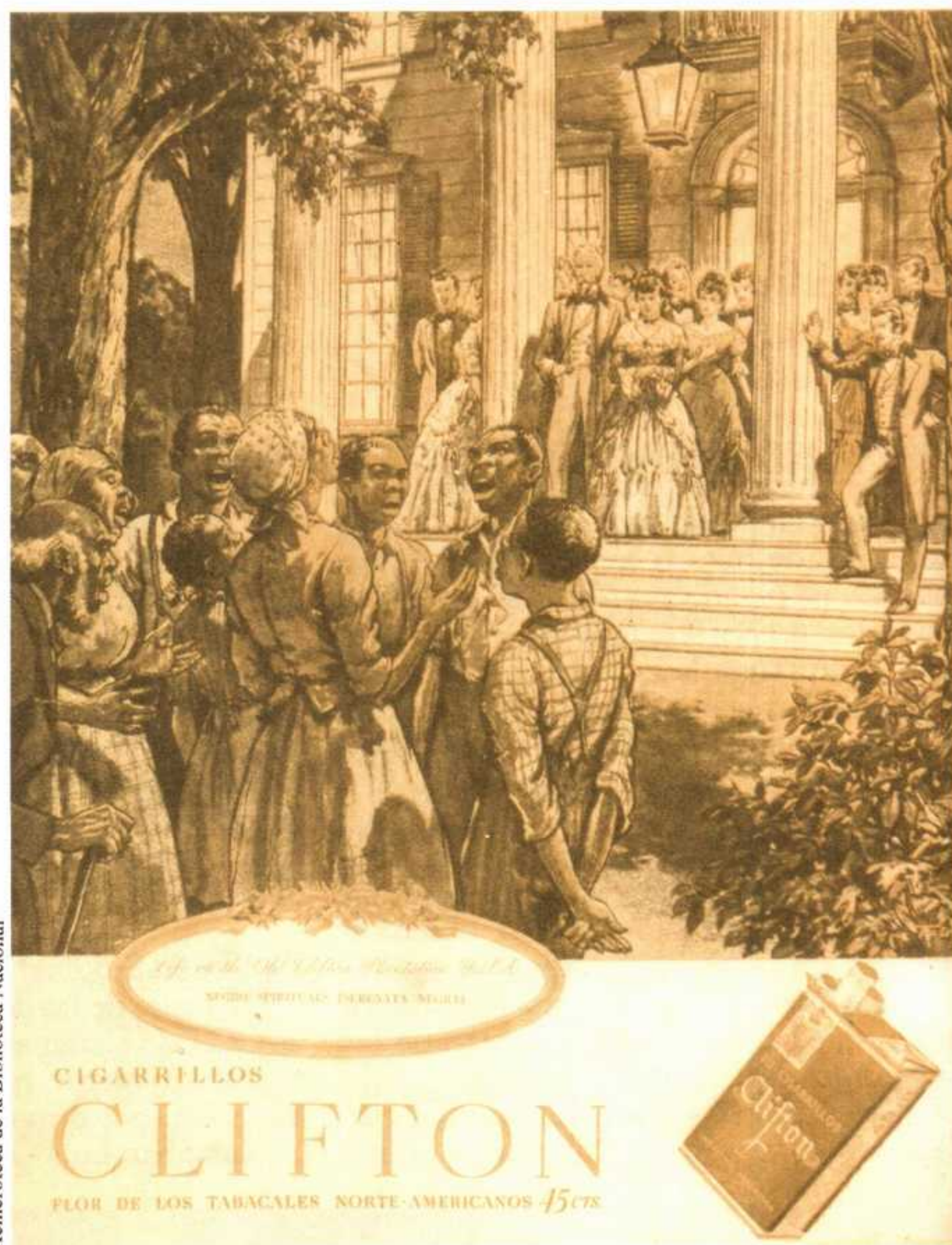
Pero, más allá de estos enfrentamientos de los dirigentes, existía una nueva sensi-



Abajo: la fábrica instalada en 1930 por la empresa suiza Nestlé en el barrio de Saavedra. Der.: aviso de Clifton, "flor de los tabacales norteamericanos". Al pie: depósito de Ledesma; para mantener las ganancias de los ingenios, la Junta Reguladora redujo la producción y muchos obreros azucareros quedaron en la miseria o debieron emigrar a las ciudades.



Archivo General de la Nación



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Archivo General de la Nación

Auxilio gratuito de la empresa General Motors (al pie) para los automovilistas en los caminos argentinos (año 1941).

Viñeta: otra empresa suiza de golosinas, Suchard, radicada en 1933, anuncia en la revista El Hogar (1940) sus bonbons au chocolat; las exquisiteces extranjeras comenzaban a elaborarse en fábricas instaladas en la Argentina.



bilidad hacia lo nacional que el órgano periodístico de la CGT expresaba en estos términos en 1941: «Es que la clase trabajadora tiene hoy un sentido más amplio de lo nuestro. Ha comprendido que forma parte, la parte íntimamente fundamental de lo nacional, y que todo lo argentino es suyo. La emoción nacional en el movimiento obrero constituye uno de los factores más importantes de la historia [...]»

El mercado argentino

Este movimiento obrero, cuyas alternativas en el período 1931-1943 acaban de reseñarse, operaba en un medio económico y social que estaba experimentando algunas transformaciones. No se trataba, por supuesto, de modificaciones de fondo, sino de novedades parciales y, sobre todo, del reacomodo de la economía nacional tras la crisis de 1929.

A partir de 1935 se restableció el flujo de capitales extranjeros que acudían interesados por el mercado nacional más importante de Sudamérica, no sólo por el número de habitantes (sólo comparable entonces -aunque menor- al de México y Brasil), sino por la capacidad adquisitiva de los argentinos.

Un estudioso, Colin Clark había situado a la Argentina en el sexto lugar del mundo en cuanto al nivel de ingreso de sus habitantes y parecía que en 1960 la Argentina tendría el cuarto producto bruto *per cápita* del mundo. Carlos Escudé, en la introducción a *La declinación argentina, 1942-1949*, explica que la profecía del prestigioso economista Clark no era descabellada: el producto bruto interno *per cápita* de la Argentina era en 1937 de 150 dólares, cifra mucho mayor que la correspondiente a Austria, casi el doble de la italiana y casi el triple de la japonesa, mientras que la correspondiente a Francia era apenas más alta que la Argentina. En 1941 el obrero medio de la industria manufacturera argentina podía comprar, con una hora de su trabajo, medio kilo de café, tres kilos de pan, cuarenta y un cigarrillos o medio kilo de manteca, poder adquisitivo que era superado solamente por el del obrero norteamericano y era consi-

Archivo General de la Nación

Las nuevas obreras

«Aunque es bien sabido que las migraciones desde el interior de la Argentina aumentaron durante el período posterior a 1930, no se considera en general la importancia que tuvo el cambio en la proporción entre mujeres y varones de la población migrante.

»Las mujeres migraban a la Capital Federal desde el Interior en busca de mejores posibilidades de trabajo. El nivel de vida de las mujeres en el Interior, especialmente en las zonas rurales, siempre había sido pésimo. A la mala nutrición se agregaba la gran cantidad de embarazos (el promedio era un parto por año), lo cual implicaba, a su vez, un índice de mortalidad materno-infantil pavoroso. Como trabajadoras rurales no estaban amparadas por ninguna legislación que las protegiera, y por lo tanto no percibían beneficio alguno por maternidad, ni tampoco jubilación. La gran proporción de uniones ilegítimas, sumado al problema de los trabajos estacionales, permitía y obligaba a la vez a los varones a abandonar sus familias en busca de trabajo en otros lugares. Las mujeres debían en-

tonces arreglarse como pudieran para garantizar su propia subsistencia y la de sus hijos. Las que se empleaban en el servicio doméstico y las obreras de los talleres recibían una remuneración tan escasa que, con frecuencia, era imposible subsistir. Por ejemplo, en Catamarca una trabajadora del servicio doméstico ganaba entre 10 y 20 pesos por mes, mientras que en la Capital Federal, una obrera no especializada de la industria ganaba entre 75 y 92 pesos por mes. No es raro, entonces, que cada vez más mujeres pusieran sus esperanzas en la gran metrópolis, aspirando a una vida menos dura y con acceso a mínimas comodidades.

»Según el Departamento Nacional del Trabajo, las mujeres aumentaron su representación en la fuerza de trabajo de Buenos Aires hasta conformar un 23% del total [...] En el período 1935-39 las mujeres llegaron a representar el 33% de los obreros industriales de Buenos Aires» ■

(Nancy Hollander, *La mujer ¿esclava de la historia o historia de esclava?* Buenos Aires, La Pléyade, 1974.)



Abajo, izq.: una obrera del calzado cumple su labor en la fábrica Grimoldi; tampoco la mano de obra femenina se nutría ya de la inmigración extranjera, sino por lo general de las migrantes internas que acudían a las ciudades que se iban industrializando. Al pie: obreras ante la fábrica Bagley de productos alimenticios, fundada hacia 1880.

Abajo: empaque de fruta en una planta de la provincia de Mendoza; este tipo de tareas, al igual que la industria textil, era el que absorbía mayor cantidad de mano de obra femenina. Derecha: operarias de una fábrica de vidrio; la industria argentina abarcaba varios rubros nuevos hacia 1940, para satisfacer las crecientes demandas del mercado.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

derablemente mayor que el del obrero francés, inglés o alemán.

Lo más negativo para los obreros argentinos eran las malas condiciones de la vivienda. Pero una parte considerable de ellos, alrededor del 20%, tenían expectativas de ingresar a los estratos medios que en los años treinta representaban el 37 por ciento de la población total del país. Esta clase media daba el tono a la sociedad de la época. Para ella fabricaban las nuevas industrias radicadas en el país sus perfumes y sus cosméticos y las editoriales lanzaban revistas de fácil lectura. Esta clase era además la principal responsable de la baja tasa de natalidad que tanto preocupaba a Alejandro Bunge en *Una nueva Argentina*: tanto los estratos sociales más altos como los más bajos se cargan de hijos, advierte Bunge en su estudio, lo cual indica la subsistencia en estos sectores de tradiciones culturales arraigadas, que la clase media ha dejado de lado.

Los capitalistas norteamericanos avizoraban las buenas oportunidades de este mercado e invertían en la industria mien-



tras languidecían la ganadería y la agricultura otrora florecientes. Preferían las industrias de consumo rápido como las alimenticias y textiles, porque la reducción de importaciones, provocada por la crisis del comercio exterior argentino, daba la oportunidad de realizar en el país el armado y el montaje de componentes importados.

Las nuevas fábricas eran en parte filiales directas de grandes firmas industriales estadounidenses. En el rubro textil figuran Anderson Clayton radicada en 1936, Sudamtex (1943) y Ducilo, especializada en tejidos artificiales (1937); en maquinaria y artefactos eléctricos, Philco (1931) y Unión Carbide (1937); en productos derivados del caucho, Goodyear (1930) y Firestone (1931); en productos farmacéuticos y de tocador, Johnson & Johnson (1931), Laboratorios Upjohn (1933), Abbott (1937) y Ponds (1939).

También se radicaban en la década del 30 capitales europeos: los lácteos suizos Nestlé (1930) y Suchard (1933); la industria holandesa Ginebra Bols (1933); la firma

metalúrgica italiana Olivetti (1932); las francesas Hierromat (1933), Elaboración General de Plomo y Metalúrgica Santa Rosa; las británicas Duperial y Electrolor (industrias químicas), además de las farmacéuticas Lever y Cooper. Quince radicaciones de primera línea en total aunque decreció algo el monto global de las inversiones: 3661 millones de dólares en 1931 y 3164 en 1940.

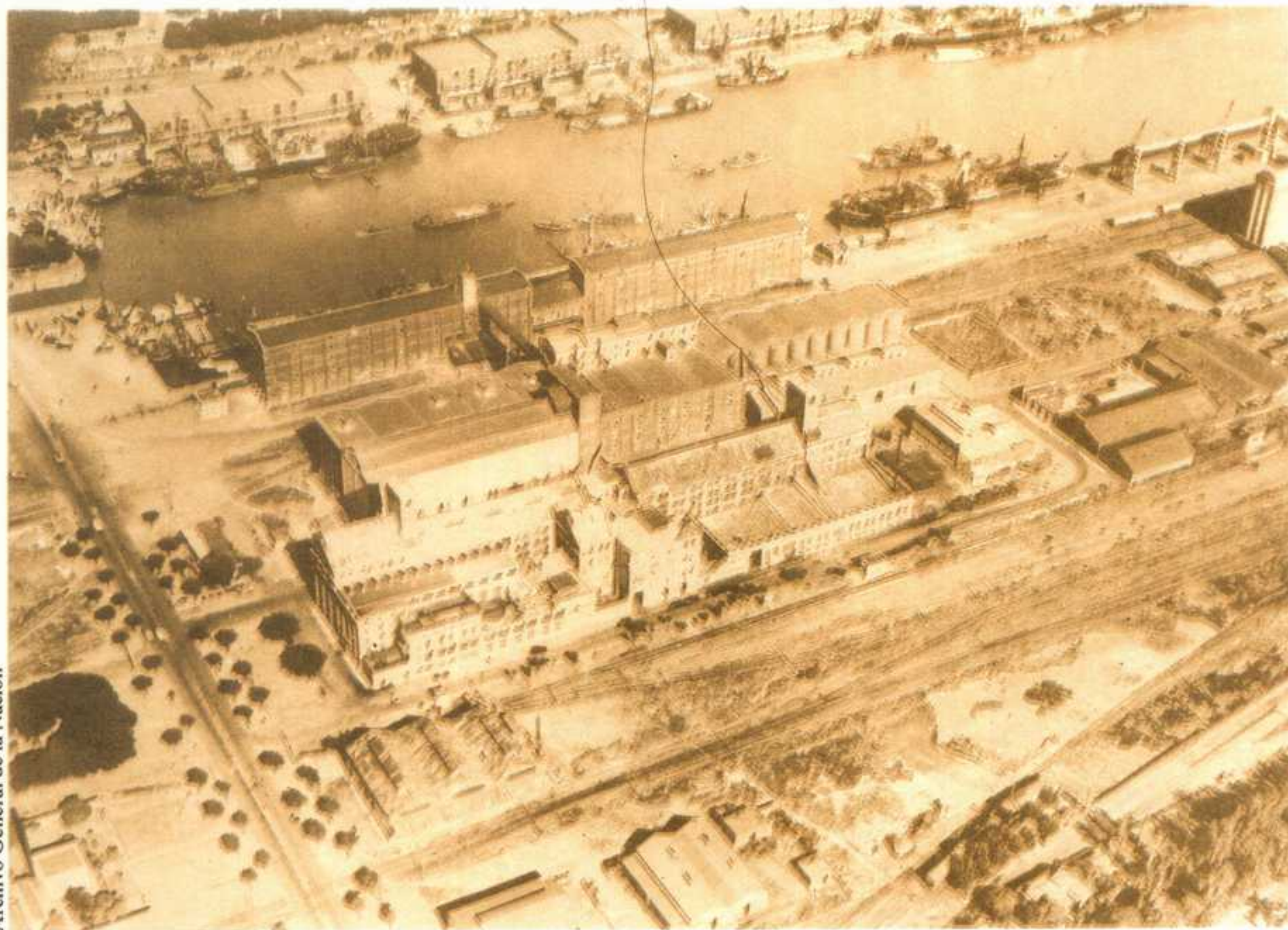
Los capitales argentinos participaban a considerable distancia de estos progresos de la industrialización. Y esto era visible sobre todo en actividades como la textil, que se desarrollaba en empresas pequeñas. Sobre ellas escribe Adolfo Dorfman en su clásica *Historia de la industria argentina*, publicada en 1942: «En el lapso considerado, las industrias textiles, las cencientas de otrora, no sólo acumulan mayor cantidad de capital que las clásicas industrias argentinas de tipo extractivo agropecuario (frigoríficos, azúcar, vinos, leche, molinos harineros), sino que aumentan más de siete veces el valor de su producción y, frente a una disminución de casi 30 000 obreros empleados por las

industrias alimentarias mencionadas, acusan un aumento de más de 30 000. Fuerza es reconocer que las industrias manufactureras van desalojando a los que fueron pilares de la economía industrial argentina de los puestos de privilegio que ocuparon desde la aparición de la industria en el país».

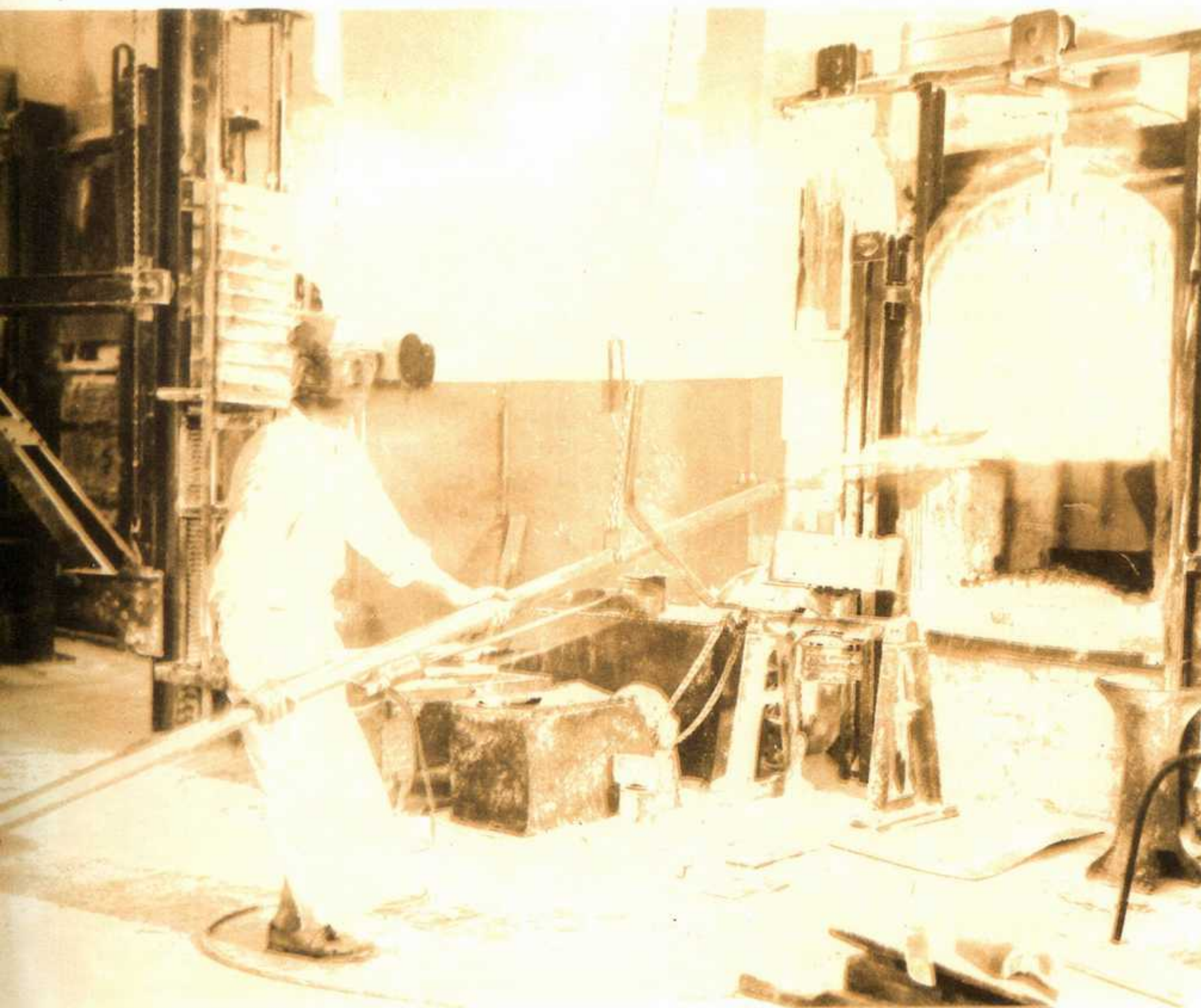
La existencia de mano de obra barata, abundante y competente era uno de los requisitos que hacía posible este modesto desarrollo industrial que la guerra mundial iniciada en 1939 contribuyó a estimular. Esta mano de obra no provenía ya de los aportes de la inmigración extranjera, cuyo caudal mermó a partir de la crisis de 1929; según Alejandro Bunge, los saldos inmigratorios a favor del país, después de haber representado un 23,5 por mil habitantes en el promedio de 1910 a 1913, resultan de sólo 7,2 por mil de 1914 a 1929, y de sólo 1,6 por mil de 1931 a 1939.

Los sindicatos industriales fueron engrosados por estos migrantes internos que escapaban de regiones donde el trabajo es-

Abajo: instalaciones de Molinos Río de la Plata en 1938, empresa controlada por un trust internacional. Al pie: actividad en un horno de esmalte de los talleres metalúrgicos TAMET. En 1943 los trabajadores provenientes del Interior constituían ya el 28% de la población del Gran Buenos Aires y pronto iban a protagonizar una nueva etapa política.



Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación

caseaba. En 1941 alrededor de 300 000 operarios trabajaban en la Capital Federal, mientras que las industrias del Gran Buenos Aires ocupaban a unos 100 000. Sólo cinco años más tarde los establecimientos fabriles se trasladarían masivamente al conurbano debido a la saturación de la Capital, cuya disponibilidad de servicios, energía y comunicaciones había resultado tan atractiva hasta entonces.

Entre tanto los centros urbanos medianos y pequeños de todo el país perdían población en beneficio de Córdoba, Mendoza, Rosario y especialmente Buenos Aires. Los «cabecitas negras», como se los llamaría muy pronto, eran trabajadores rurales de las regiones cerealeras de Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y La Pampa. La mala distribución de la tierra que se concentraba en grandes propiedades y la tendencia de los años cuarenta a preferir la ganadería a los cultivos son dos de las causas de estas migraciones. En el caso de los migrantes de otras provincias, debe recordarse que la acción de las juntas reguladoras de productos tales como el vino y el azúcar contribuyó a expulsar obreros de las tareas agrícolas. Hacia 1943 los migrantes internos constituían un 28% de la población del Gran Buenos Aires y más de la mitad de los trabajadores de esta región tenían menos de cinco años de residencia en el lugar.

Este conglomerado de trabajadores estaba dispuesto a buscar nuevos líderes y a abandonar los cacicazgos tradicionales que hasta entonces los habían encuadrado. Luchando contra la anonimidad de la gran ciudad, se nucleaban para escuchar los ritmos de su tierra y para sentirse entre amigos. Poca relación tenían con los trabajadores agremiados y con larga experiencia sindical, de los cuales se ha hablado en este capítulo. El nuevo proletariado urbano de origen criollo y rural se encontraba dispuesto a incorporarse a las nuevas propuestas que se les formularon tanto en materia política como en materia social ■

7. Las vísperas del golpe

Cuando se declararon nulas las elecciones de Catamarca (1939), Castillo enfrió sus relaciones con Ortiz. La mala salud de éste precipitó los hechos; en julio de 1942, Castillo asumió de pleno derecho la Presidencia. Con un gabinete homogéneo y solidario, puso en práctica obstinadamente sus ideas sobre la defensa de la neutralidad y el nacionalismo económico, pero volvió a las prácticas electorales fraudulentas. Era una expresión auténtica de las oligarquías provincianas. Entre algunos militares germinó entonces la vocación del poder, y los sucesos fueron condicionando la revolución del 4 de junio de 1943, inesperada, sorpresiva y drástica ruptura con los sistemas vigentes en la política nacional.

El doctor Ramón S. Castillo cuando fue designado interventor federal en la provincia de Tucumán, en 1930, durante la dictadura de Uriburu. En 1929 había sido elegido presidente de la Bolsa de Valores; había sido juez y tuvo una larga actuación docente en las universidades de Buenos Aires y La Plata, especializado en derecho comercial.

Suave y pausado en sus maneras, con el aire de abuelito provinciano que le prestaban sus níveos cabellos y su tez ligeramente mate, obstinado y terco en todo lo que consideraba importante, el abogado Ramón S. Castillo llena con su figura los tres últimos años de la etapa de la Concordancia.

Había nacido en Ancasti (Catamarca), y su carrera se deslizó plácida y dignamente por la vía de la magistratura judicial y la enseñanza del derecho. No era un político ni jamás pensó serlo, pero sus vinculaciones lo ubicaban en el seno del conservadorismo. Fue, pues, natural, que la revolución de 1930 catapultara a la vida pública a este digno juez retirado, que en la Facultad de Derecho de Buenos Aires había encabezado poco antes una reacción antirreformista. Uriburu lo designó interventor en Tucumán, y es fama que el ministro del Interior del gobierno provisional, Matías Sánchez Sorondo, tuvo que instruirlo prolijamente sobre los vericuetos de la política lugareña antes de confiarle el mando de la provincia norte-

ña. Al restablecerse la vida institucional, Catamarca lo designó senador nacional. No brilló en los debates de la Cámara alta, pero su opinión de jurista fue importante al tratarse algunas leyes de fondo, como la de quiebras.

La renuncia de Leopoldo Melo a la cartera de Interior le brindó (agosto de 1936) la oportunidad de desempeñar un destino más alto que el de legislador. Justo sólo esperaba de él que lo acompañara en el manipuleo de su sucesión. Pero en marzo de 1937, cuando se trataba de completar la fórmula de la Concordancia encabezada por Ortiz, los conservadores rechazaron el nombre que proponía Justo -el ministro de Agricultura Miguel Ángel Cárcano- y sostuvieron a Robustiano Patrón Costas. El presidente vetó, a su vez, al senador salteño; los conciliábulos se prolongaron peligrosamente, hasta que el propio Patrón Costas sugirió la solución: Castillo. Un hombre anodino, respetado, conservador, provinciano, que compensaba en el binomio concordancista la tradición radical de Ortiz.



Archivo General de la Nación



Izq.: Castillo asumió con pleno derecho la Presidencia de la Nación el 27 de junio de 1942, cuando la Asamblea Legislativa aceptó la renuncia de Ortiz, pero desde 1940 venía nombrando a hombres de su confianza en el gabinete nacional, como Guillermo Rothe en Instrucción Pública (con sombrero en la mano, inaugurando una escuela en 1942).

cluía iniciativas tendientes a paliar la vulnerabilidad de la economía argentina y dar mayor presencia al Estado en el área industrial. Ortiz, más pragmático, estimaba que el país debía tomar posición en el conflicto mundial del lado de las naciones aliadas, para no quedar aislado.

Finalmente, Castillo era autoritario. Su vida de juez y profesor lo habían acostum-

Hacia las definiciones

El seudónimo «Gontrán de Güemes» ocultó -y oculta todavía- el nombre de un observador militar o muy allegado al Ejército, que en 1956 publicó un pequeño libro muy ilustrativo (*Así se gestó la Dictadura*, por Gontrán de Güemes, Editorial Rex, Buenos Aires, 1956) sobre los acontecimientos desarrollados en los círculos castrenses entre 1940 y 1945. De él se extraen estos párrafos: «El malestar en las filas del Ejército seguía creciendo. No es de extrañar, entonces, que meses más tarde [de enero de 1941] se manifesten nuevos propósitos de derribar el gobierno de Castillo por medio de cualquier expediente, incluso el de las armas. Serias divergencias separaban a los descontentos, obstruyendo la acción y postergando las definiciones. Los distintos puntos de vista podían agruparse en dos posiciones, a primera vista inconciliables, pues mientras un grupo hacía hincapié en el problema institucional y en la inmoralidad política que campeaba en el país, otro, de menos inquietudes democráticas, estaba influido por la situación de los países beligerantes, haciendo incidir la marcha de la guerra en los destinos locales.

»Un núcleo importante, en el que dominaban oficiales de la Marina, opinaba que la revolución podía hacerse con el propio Castillo. La ban-

dera de neutralidad que éste había levantado, afirmada en las armas, permitiría a la revolución *legal* la limpieza y depuración en el terreno político. Se tendieron los puentes, y aprovechando una visita del presidente a la Base de Puerto Belgrano se trató de llegar a un acuerdo. Incluso se llegó a apelar a la *diplomacia* del doctor Escobar. Pero la gestión fracasó. Castillo estaba aprisionado en sólidas redes políticas y se rehusó insistentemente a auspiciar un golpe de Estado desde el propio gobierno. Podían más los compromisos de casta y los intereses financieros que la suerte del país...

»El mismo grupo de militares que había participado en las reuniones preliminares del movimiento que hemos relatado anteriormente, comenzó nuevamente a desplegar una intensa actividad, renovando y actualizando antiguos contactos. Sin temor de exagerar, suele decirse que la casi totalidad de los jefes de las unidades de la Capital Federal, Campo de Mayo y Ciudadela habían unificado sus puntos de vista y, tras algunos procedimientos de forma, entrado en el proceso de la organización de un poderoso movimiento revolucionario. Las reuniones se realizaban en los mismos despachos de los jefes de Campo de Mayo. Tenían lugar casi diariamente y a ellas concurrían, además

de los tenientes coroneles Mittelbach, Antonietti, Sosa, Saurí, otros jefes de igual jerarquía [...]

»Se confeccionó un documento que debía ser entregado al presidente Castillo y a su ministro de Guerra, general Tonazzi, con la firma de todos los comprometidos. [...] Entre otros puntos, se exigía continuar manteniendo al país en la línea política de la más absoluta neutralidad, la no cesión de bases a las Naciones Unidas y la inmediata disolución del Concejo Deliberante y del Congreso Nacional. [...] La respuesta fue llevada al comando revolucionario por intermedio del general Reynolds. En ella el presidente Castillo se mostraba accesible a la mayoría de los términos que se le requerían en el memorial, pero a su vez solicitaba se anulara la exigencia de disolver el Parlamento, pues consideraba que dicha medida era sumamente peligrosa dado el grado de fermentación que existía en la opinión pública y la fuerza considerable que aún podían movilizar los partidos políticos. Por su parte, él se comprometía a mantener y consolidar una estricta neutralidad y aseguraba que bajo ningún pretexto cedería bases militares a los Estados Unidos» ■

Centro, izq.: Carlos Alberto Pueyrredón, intendente de la Capital. Centro, der.: la Presidencia consuela a Justo en una historieta de la revista *Ahora*. Al pie: el Dr. Castillo en Azul, acompañado por Manuel Fresco (a su derecha), en octubre de 1939. Viñeta: Carlos A. Acevedo, reemplazante de Pinedo en el ministerio de Hacienda, dibujado por Valdivia.



brado a las decisiones finales, definitivas, infalibles. Ortiz solía decir de él: -Don Ramón es de Ancasti. Y las mulas de Ancasti son las más tercas de Catamarca...

Volcado en sentencias judiciales o en notas de examen, el autoritarismo de Castillo era inofensivo para la comunidad nacional. En posesión del sillón presidencial, se convertía en una modalidad peli-



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

grosa, en momentos en que la Argentina vivía una etapa de confusión, dudas e inseguridades.

El vicepresidente en ejercicio

Cuando a fines de agosto de 1940 el gabinete de Ortiz renunció en pleno para dejar en libertad de acción a Castillo, ya a



Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

cargo del Poder Ejecutivo por delegación del presidente, aquél comprendió que todavía era demasiado débil para emprender la política que deseaba. Por otra parte, el estado de la salud del presidente no era claro, lo cual no permitía descartar una mejoría que habría de devolverlo al ejercicio pleno del poder. En consecuencia, el vicepresidente designó un gabinete cuyos integrantes, en su mayoría, no eran los que hubiera deseado: en esas circunstancias sólo le servían para apuntalar una etapa ambigua y delicada.

Por su anglofilia, ni Federico Pinedo ni Julio A. Roca -Hacienda y Relaciones Exteriores, respectivamente- respondían al pensamiento de Castillo; ni tampoco el general Juan S. Tonazzi o el almirante Mario Fincati -de Guerra y de Marina, respectivamente-, amigos de Justo, eran los más indicados para controlar a las Fuerzas Armadas. Más seguros eran, en cambio, el nuevo titular del Interior, Miguel Culaciati, astuto político rosarino de origen antipersonalista, que no tendría inconveniente en revertir el proceso de saneamiento electoral iniciado por Taboada, y los conservadores Guillermo Rothe -Instrucción Pública-, Daniel Amadeo y Videla -Agricultura- y Salvador Oría, en Obras Públicas.

Con este heterogéneo equipo se lanzó el vicepresidente en ejercicio a su difícil tarea. Debía mantener una razonable vinculación con el presidente y no dar la sensación de un voraz apetito de poder, pero al mismo tiempo quería avanzar sin pausa hacia sus objetivos. Era inevitable, entonces, que el distanciamiento ya iniciado con Ortiz se acentuara en los meses siguientes.

El primer disgusto parece haber sido la designación del intendente de Buenos Aires, Carlos Alberto Pueyrredón, pro-hombre del conservadorismo, escogido por Castillo desairando al que había recomendado el presidente. Pero lo que ocurrió tres meses después fue mucho peor. En diciembre se realizaron elecciones de gobernador en Santa Fe y Mendoza. La UCR, revitalizada por las medidas que Ortiz había adoptado para eliminar el fraude, se presentó a ambos comicios provinciales con gran vigor. Pero las jorna-



Archivo General de la Nación

Castillo y los jóvenes turcos

Cuando Castillo llega a la Presidencia, dentro del Ejército existían disidencias entre los tenientes coroneles, que habían empezado a leer a los autores nacionalistas, y los generales; los jóvenes contra los viejos, y ya se sabe que al Ejército lo manejan los tenientes coroneles. Estos habían formado el GOU y los nacionalistas, que no teníamos noticia de esa sigla, conocíamos a ese grupo como «los jóvenes turcos».

El GOU se plantea la posibilidad de tomar el gobierno para mantener la neutralidad, pero, ¿para qué tomarlo? ¿No se puede garantizar la neutralidad con el «viejo» Castillo? Todo parece cuestión de hablar con el presidente, y se prepara una petición cuyo primer punto es no declarar la guerra, salvo que hubiera motivos argentinos, y no como colonia de Estados Unidos. Además, se pretende alejarlo al general Justo y acabar con sus ministros, entre ellos el de Guerra, general Tonazzi. Por último le solicitan que cierre el Congreso y que gobierne como dictador, combatiendo el fraude y los negociados.

Los comisionados para dirigirse a Castillo solicitan previamente la autorización de Tonazzi, con el cual sostienen un diálogo duro y no faltan las amenazas de movimientos militares. Reciben la autorización, el presidente los escucha y dice: «Sobre el punto de mantener la neutralidad, estoy totalmente de acuerdo». Explica más tarde, ante un auditorio militar más numeroso, en Campo de Mayo, que existen informes de que Estados Unidos va a ser atacado dentro de poco por el Japón. «Pero si se ataca una colonia como es Hawaii, eso no es un país americano, de modo que yo me voy a basar en eso

para decirles que nosotros no vamos a defender las colonias de Estados Unidos».

En cuanto a los puntos restantes, Castillo, moderando los ánimos, les asegura que los presidentes argentinos, gracias a la sabiduría de la Constitución del 53, son dictadores, ya que gobiernan con Congreso, sin Congreso o contra el Congreso; más adelante, justificará el fraude, porque de esta manera se asegura un Senado favorable, es decir conservador, y no radical. Comparte el punto de combatir los negociados, aunque advierte contra las dificultades con que tropezarán debido a la gente comprometida, y por lo pronto acepta el cierre del Concejo Deliberante.

Y ahí quedará Castillo presidente hasta que se decide a elegir sucesor a Patrón Costas. Esto era demasiado para los militares del GOU pues demostraba entonces lo que era: un conservador, no un nacionalista, aunque en ese sentido tuviera el corazón argentino. Los nacionalistas apoyábamos a Castillo entusiasmados con su oposición a Estados Unidos, pero se nos vino abajo cuando apareció Patrón Costas ■

José María Rosa

Historiador y político justicialista, ha publicado una *Historia argentina* en varios tomos, además de títulos como *Nos los representantes del pueblo* y *La caída de Rosas*, entre otros. Participó en la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas.

En la Exposición Ganadera de 1941, ocupan el palco oficial monseñor Copello (designado cardenal primado en 1935), Castillo, el presidente de la Sociedad Rural Argentina, Adolfo Bioy, y el ministro de Agricultura, Daniel Amadeo y Videla, que pronuncia un discurso; éste último, conservador, fue incorporado al gabinete por Castillo.



Archivo General de la Nación

aislada del resto del mundo por la falta de una marina mercante nacional. En enero de 1940 se había creado una comisión asesora que estudió el tema y propuso algunas soluciones. Castillo tomó el asunto con decisión. Hizo adquirir o arrendar buques de países beligerantes u ocupados, que se encontraban paralizados en puertos argentinos, empezando por dieciséis unidades italianas a las que siguieron cuatro danesas, tres alemanas y tres francesas, que fueron puestas a cargo del Estado a través de diversos convenios con sus armadores o con los gobiernos respectivos; un par de buques fueron transferidos por la Armada para fines comerciales y otros se adquirieron a empresas privadas. No obstante la resistencia de algunos sectores empresarios, reflejados en editoriales de diarios prestigiosos, las compras y arrendamientos se llevaron a cabo con celeridad a través de una comisión presidida por el almirante Francisco Stewart, que contaba con la confianza de Castillo. En septiembre de 1941 una ley del Congreso legalizó estas medidas, y días después, por decreto N° 103 316, el vicepresidente



sidente en ejercicio creaba la Flota Mercante del Estado como organismo autónomo en la jurisdicción del Ministerio de Marina. A fines de 1942 la Flota Mercante explotaba 42 barcos, afectados todos ellos al servicio de ultramar, con un personal de 15 000 trabajadores, de los cuales el 90% eran argentinos nativos.

Aunque la Flota Mercante no pudo neutralizar todos los graves efectos de la escasez de transporte marítimo, salvó sus consecuencias más graves. Curiosamente, un presidente conservador como Castillo había actuado en la emergencia con el mismo criterio usado por un radical, Hipólito Yrigoyen, un cuarto de siglo antes, suscitando, a su vez, críticas más o menos parecidas... Castillo siempre se enorgullecía de esta iniciativa. Poco antes de su fallecimiento, retirado ya a la vida privada y gravemente enfermo, accedió a recibir a un grupo de funcionarios de la Flota Mercante que venían a entregarle una medalla recordatoria de la creación del organismo. El anciano ex presidente no pudo contener su emoción en esa oportu-

Un nuevo camino

Durante esos años de la guerra mundial, el mundo de las ideas políticas argentinas resultó abrumado por la refracción de las ideologías que presidían las batallas lejanas. Los grandes diarios, los partidos y la intelectualidad se pronunciaron por los imperialismos democráticos creyendo ingenuamente -o no tan ingenuamente- que éstos luchaban por la libertad del hombre. «Acción Argentina» fue el cuartel general de esa aliadofilia exultante que promovía el entusiasmo de exquisitos literatos, políticos liberales e incluso admiradores de Stalin. En frente, *El Pampero* y *Cabildo* encendían los ánimos de los partidarios de los imperialismos totalitarios, anhelosos de antisemitismo y corporativismo. Era la «falsa opción de dos colonialismos», como lo sostendría Arturo Jauretche en lúcida refutación a Jordán [Giordano] Bruno Genta, ideólogo de la ultraderecha nacionalista argentina.

Pero más allá de esa contienda, la sociedad argentina generaba nuevas ideas. Así, grupos marxistas de orientación trotskista polemizaban acerca de la compatibilidad entre socialismo y reivindicación nacional. De allí saldría *Frente Obrero*, que apoyaría los sucesos del 17 de octubre de 1945 desde una perspectiva socialista, marcando el punto de partida de la Izquierda Nacional. Por otro lado, los forjistas consolidan sus planteos antiimperialistas y democráticos exigiendo «Patria, pan y poder al pueblo», desde humildes cajoncitos de cerveza convertidos en improvisada tribuna, al tiempo que sus volantes convocan a la liberación: «Somos una Argentina colonial. Queremos ser una Argentina Libre». Y Manuel Ugarte reitera, desde Chile: «ha sonado la hora de la izquierda».

Esa Argentina anónima, desde las catacumbas, busca un nuevo camino, mientras crece la concentración obrera en las industrias generadas al calor de la crisis económica mundial y en los casinos de oficiales aparecen soldados que demuestran su aprendizaje nacional citando a Scalabrini Ortiz y a José Luis Torres. Mientras el viejo país insufla energías discutiendo el conflicto bélico, los que tienen fe en la victoria final del pueblo argentino entibian la esperanza. Un editorial de *La Víspera*, escrito por Jauretche, lo resume así: «Sal-dremos los sábados, para hacer del sábado inglés un sábado argentino [...] No somos maestros de nada, pero nos dimos cuenta de lo que intuíamos hasta hacerlo pensamiento, antes que otros, y queremos ayudar a que ese descubrimiento de la verdad se haga en todos. Cuando ello haya ocurrido, habrá dejado de ser "La Víspera". Será el día. De sábado a sábado lo iremos buscando» ■

Norberto Galasso

Historiador y ensayista; ha publicado *Vida de Scalabrini Ortiz*; *Manuel Ugarte*; *Jauretche y su época*; *Hernández Arregui*; *Discépolo y su época*.



Mesa directiva de FORJA: Oscar Correa, Conrado Míguez, Scalabrini, Jauretche, Oscar Hasperué Becerra, García Mellid y Oscar Meana.

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional



Izq.: mesa ocupada por radicales en el hotel Plaza de Santiago del Estero (junio de 1937); último a la izq., Alvear; 3° a la der., Balbín. Centro: afiliados al Partido Demócrata Nacional en un comité. Al pie, izq.: boleta de la UCR para las elecciones de 1942. Al pie, der.: chiste de Ahora (1942); no hay lugar para Justo en la cartelera política.



así contrapesaba la influencia del ex presidente Justo en las filas castrenses, pues el ministro de Guerra, general Tonazzi, formaba parte del elenco justista. Paradójicamente, Tonazzi había cubierto las espaldas de Castillo al neutralizar eficazmente un par de intentonas más o menos alocadas, encabezadas por oficiales nacionalistas que pretendían dar un golpe de Estado (febrero y septiembre de 1941). Para Tonazzi, es decir, para su inspirador, era indispensable mantener la legalidad del sistema como condición para la reelección presidencial a que Justo aspiraba. Pero Castillo prefería entenderse con el ala nacionalista. En la primera semana de octubre de 1941 varios militares de esta filiación le ofrecieron respaldarlo si disolvía el Congreso y los partidos políticos, imponía severas restricciones de prensa y otras medidas represivas. El vicepresidente no se animó a dar este paso. Se limitó a disolver el Concejo Deliberante, como se ha dicho, e imponer el estado de sitio; además hizo detener a algunos dirigentes comunistas, sin que estas medidas afectaran la operatividad de este partido que desde la invasión germana a la URSS (22 de junio de 1941) hacía causa común con los partidos tradicionales.

En noviembre de 1942 -siendo ya Castillo presidente constitucional- Tonazzi se sintió desautorizado al levantarse las leves penas impuestas a los oficiales golpistas del año anterior. Debió renunciar y fue sustituido por el general Pedro Pablo Ramírez, un militar aparentemente ajeno a las líneas políticas del Ejército. Ahora Castillo manejaba todos los resortes del poder y podía dedicarse a torpedear la candidatura presidencial de Agustín P. Justo, quien, por su parte, activaba un frente de todos los partidos democráticos bajo la bandera del apoyo a la causa aliada, con vistas a ser el candidato presidencial de ese frente. Pero Justo falleció repentinamente a mediados de enero de 1943: Castillo seguía siendo el destinatario y beneficiario de los azares más increíbles...

Así fue como, en el otoño de 1943, el anciano jurista catamarqueño que tres años atrás no había podido impedir la intervención federal a su provincia, ahora era el más poderoso factor de decisiones del



Unión Cívica Radical DE LA CAPITAL FEDERAL ALEM-IRIGOYEN-ALVEAR

ELECCIONES DEL 1° DE MARZO DE 1942

CANDIDATOS A DIPUTADOS NACIONALES:

RAÚL DAMONTE TABORDA
CARLOS P. MONTAGNA
NERIO ROJAS
AMANCIO GONZÁLEZ ZIMMERMANN
MANUEL PINTO (h.)
JORGE W. PERKINS
LEOPOLDO GARCÉS CASTIELLA
JULIÁN SANCERNI GIMÉNEZ
JOSÉ PECO
JOSÉ BARRAU
FRANCISCO L. BAVASTRO
RAÚL RODRÍGUEZ DE LA TORRE



Al pie, izquierda: el Dr. Nicolás Repetto habla en un debate de Acción Argentina (agosto de 1940). Al pie, der.: Alvear, desde el balcón, presencia el acto de inauguración de la Casa Radical en julio de 1941 (foto publicada por el diario La Hora). Recuadro: altos jefes del Ejército y la Armada en el tedéum celebrado por la coronación de Pío XII (1939).

La fe en el liderazgo militar

Refiriéndose a la contradicción de los nacionalistas, que en busca de una revolución colaboraban con un régimen como el de Castillo, de características tan decididamente conservadoras, dice Enrique Zuleta Álvarez (*El nacionalismo argentino, tomo I, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1975*):

«Entre 1930 y 1943, la crisis de los partidos políticos tradicionales, tanto en el gobierno como en la oposición, ofreció una oportunidad inmejorable para que se abrieran paso las tendencias críticas y renovadoras de la vida política. Y de hecho el nacionalismo congregó a miles de adherentes, atraídos por razones diversas. Como fenómeno nuevo en el panorama del país, fue significativa la adhesión de la juventud, que otorgó ímpetu y entusiasmo a las campañas que entonces se emprendieron.

»Pero la acción efectiva que estos militantes reclamaban se extravió en el laberinto sin salida del planteo

doctrinario. La fe en el liderazgo militar de la dictadura salvadora sólo podía ser patrimonio de un grupo muy reducido de fieles. El resto se marchaba, cansado de esperar la revolución y el caudillo que jamás llegaban.

»La colaboración encubierta del nacionalismo doctrinario y de los grupos filofascistas con el gobierno conservador, con el pretexto de que éste perseguía a la izquierda, a pesar de las objeciones menores que se le oponían a Justo; el extravío de personajes como Osés, capaces de saludar con un *Heil Hitler!* la llegada al poder del nazismo y, al mismo tiempo, de hacer propaganda de ideas y hombres reñidos con un nacionalismo auténtico; el delirio, en fin, de intelectuales como Nimio de Anquín que rompían con el pasado de su patria y proponían una negación revolucionaria de la tradición, mientras exaltaban el biologismo juvenil, pueden ser explicados, pero de ninguna manera justificados.

»Tampoco pueden ser considerados como episodios intrascendentes, ya que introdujeron una confusión enorme en el nacionalismo argentino, situación que subsiste todavía. Para los doctrinarios, el enemigo era sobre todo ideológico. La oligarquía era perniciosa por confesar el liberalismo y defender, aunque sólo fuera teóricamente, la Constitución de 1853 y la democracia. Estos nacionalistas estaban, pues, dispuestos a conceder la absolución política a todo «oligarca» que, sin perder su lugar en el aparato probritánico, abandonara el liberalismo y aceptara una filosofía política autoritaria y dictatorial [...]» ■



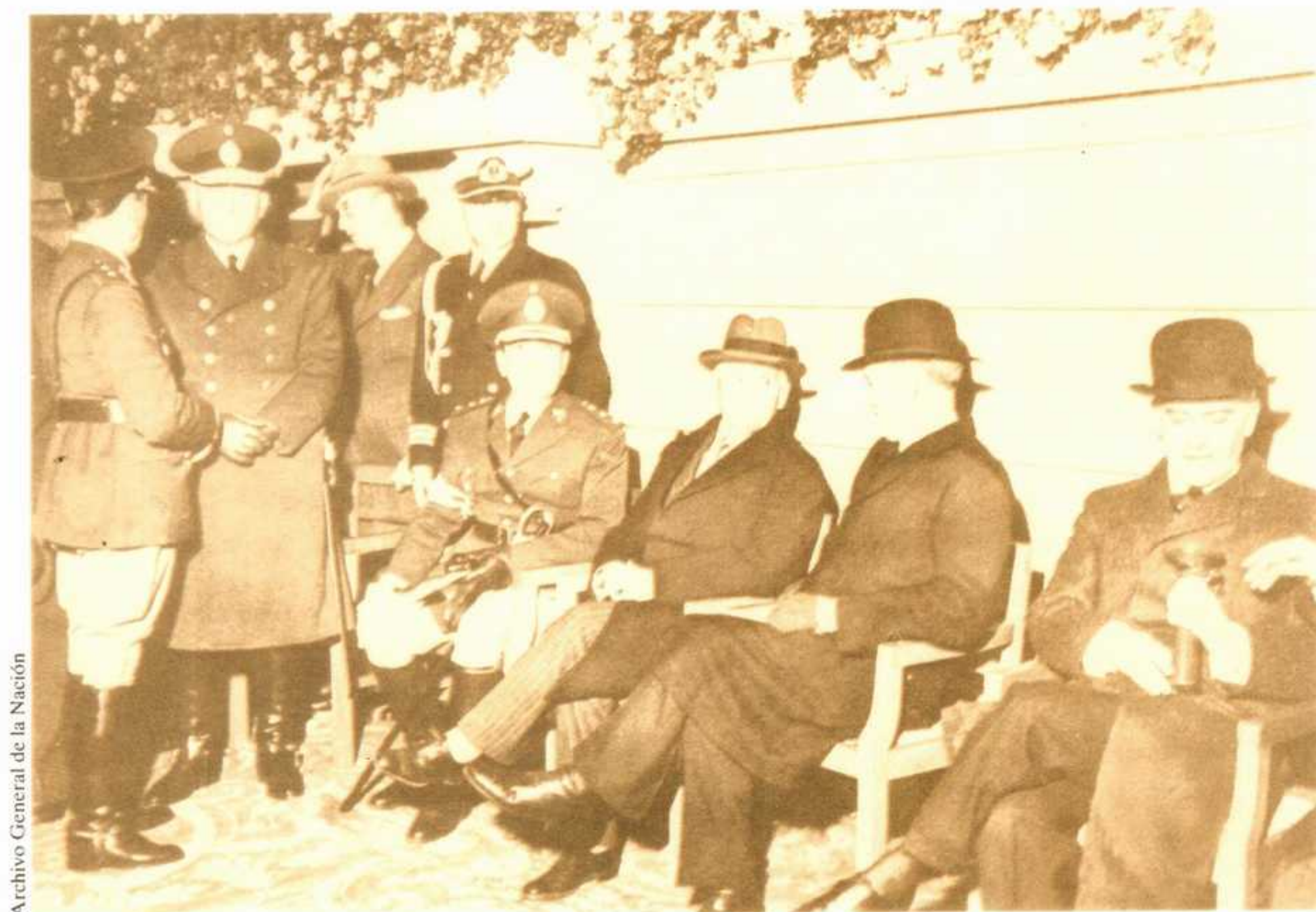
Archivo General de la Nación



Archivo General de la Nación



Abajo: en octubre de 1942, el general Tonazzi, Castillo, Joaquín S. de Anchorena y Rodolfo Moreno asisten a ejercicios de defensa antiaérea practicados en el Hipódromo Argentino. Al pie: el 4 de junio de 1943 las tropas marchan por las calles de Buenos Aires; el último gobierno de la Concordancia es derrocado por un golpe militar.



Archivo General de la Nación

Los europeos que llegaban escapando de la guerra veían la Argentina como un remanso de paz y abundancia. Pero los nativos conocían la mezquindad de su política, las miserias que agobiaban a las poblaciones del Interior, aquellas que no recibían las luces de la «Reina del Plata»; y también la indefensión de los trabajadores, el egoísmo y miopía de las clases dirigentes. Algunas pocas voces se habían alzado en esos años para señalar las crueles incongruencias de este país, rico y pujante, que encerraba bolsones de atraso, ignorancia e injusticia. Eduardo Mallea, Ezequiel Martínez Estrada, Alejandro Bunge, Raúl Scalabrini Ortiz y otros pocos escritores, cada uno desde distintos y aun antagónicos puntos del espectro ideológico, decían lo suyo. Pero eran expresiones minoritarias y sin mayor eco y, por otra parte, sus prédicas solían resultar contradictorias, aun manifestando una idéntica preocupación nacional.

Algo tenía que pasar en esta tierra de paradojas que proclamaba formalmente su fe en la democracia pero estaba aplastada por formas políticas retrógradas y primitivas; que era rica pero cuya riqueza estaba mal distribuida; que se jactaba de sus creaciones artísticas y culturales, seguidas como modelos en toda América Latina, pero carecía de decisión para calar a lo hondo su realidad profunda sin prejuicios ni anteojeras. Algo tenía que pasar, aunque nadie sabía exactamente lo que se avecinaba.

Archivo General de la Nación



Por eso, hay que decir que ciertamente no hubo en nuestra historia contemporánea un hecho político tan inesperado y sorpresivo como la revolución militar del 4 de junio de 1943. Pero hay que aclarar, asimismo, que nunca flotó en la atmósfera de la época, con tanta intensidad en los meses previos, la intuición colectiva de la inminencia de una drástica ruptura con todo lo vigente hasta entonces. Y esto -un corte radical, un punto de partida totalmente distinto, una singladura nueva con rumbo desconocido pero fascinante- fue lo que pareció significar este hecho, cuya génesis e implicaciones corresponden al próximo tomo de NUESTRO SIGLO ■

Sumario

Capítulo 1 / Página 1

LA REINA DEL PLATA

Buenos Aires no detuvo su crecimiento: se levantaron verdaderos rascacielos y el Obelisco, se ensancharon las calles Corrientes y Belgrano, se completaron las diagonales Norte y Sur, se inició la avenida Nueve de Julio y se entubó el arroyo Maldonado bajo la avenida Juan B. Justo. Los palacios de la *belle époque* se convirtieron en oficinas públicas y embajadas. Yrigoyen y Gardel tuvieron entierros multitudinarios, y el Congreso Eucarístico Internacional de 1934 dio testimonio de la religiosidad de los porteños.

Capítulo 2 / Página 17

ORTIZ Y SU LUCHA

En la elección de Ortiz en 1937 hubo fraude y violencias, pero ese hijo de vascos, de opulenta figura, estaba decidido a sanear las viciosas prácticas políticas de la Concordancia, a la que pertenecía. Para ello dispuso intervenciones en las provincias donde las arbitrariedades eran más flagrantes. Pareció que lograría restablecer las elecciones limpias, pero fue abatido por una dolencia que concluyó con su renuncia y muerte.

Capítulo 3 / Página 33

LA VIDA EN PROVINCIAS

En los años treinta las diferencias entre la Capital Federal y el Interior eran aún notorias; Buenos Aires ejercía una enorme atracción sobre todos los habitantes del país, quienes, con excepción de las clases más altas, vivían en la escasez y aun en la miseria, sufriendo los flagelos de la falta de agua y males endémicos como el paludismo, el mal de Chagas, la tuberculosis, el bocio, las enfermedades venéreas y el alcoholismo, mientras se acentuaba el centralismo porteño.

Capítulo 4 / Página 49

GUERRA Y NEUTRALIDAD

La política internacional se personalizó en tres ilustres cancilleres, Saavedra Lamas, Cantilo y Ruiz Guiñazú, que coincidieron en mantener una actitud de total independencia con respecto a las presiones de los EUA, en las vísperas de la guerra mundial. Ese enfrentamiento se acentuó con el neutralismo del presidente Cantilo, que aunque justificado, acarreó un gran costo político y económico.

Capítulo 5 / Página 65

VIDA INTELECTUAL Y ARTÍSTICA

Importantes empresas editoriales nacieron entre 1931 y 1940, y el libro argentino conquistó mercados en todo el mundo de habla hispana. La nueva novelística tuvo en Arlt y Mallea a sus mejores exponentes, mientras que fue una mujer, Victoria Ocampo, quien dejó una fecunda semilla intelectual. El cine sonoro vivió su época de oro, con prestigio y mercados internacionales ganados por nuevos directores y por el irresistible magnetismo de intérpretes como Libertad Lamarque, Luis Sandrini y Niní Marshall.

Capítulo 6 / Página 81

LA NUEVA INDUSTRIA Y SUS OPERARIOS

El movimiento obrero creció después de 1935, al recuperarse de la larga crisis la economía. La CGT, Confederación General de Trabajadores, tuvo pocas posibilidades de acción en los primeros años, marcados por la desocupación y la recesión. Cuando se reanudaron las inversiones del exterior, interesadas en explotar las oportunidades del mercado argentino, se robusteció la actividad sindical con el aporte de los migrantes internos que dejaban el campo empobrecido para buscar trabajo en los centros urbanos, especialmente en el Gran Buenos Aires.

Capítulo 7 / Página 97

LAS VÍSPERAS DEL GOLPE

El doctor Ramón S. Castillo fue adquiriendo poder político desde mediados de 1940 hasta convertirse en el presidente efectivo de la Nación. Autoritario, nacionalista y conservador, hizo del fraude electoral el cimiento de su política. Pero se vivía un tiempo de vísperas: había la sensación de que algo tenía que cambiar. Una democracia degradada, una riqueza injustamente distribuida y los reclamos de una nueva política anunciaban la inminente ruptura del sistema basado en el "fraude patriótico".

Libros recomendados

Álvarez, Juan
HISTORIA DEL ROSARIO
Santa Fe de la Veracruz, Universidad Nacional del Litoral, 1981.

Belloni, Alberto
DEL ANARQUISMO AL PERONISMO: HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO ARGENTINO
Buenos Aires, Peña Lillo, 1960.

Cámara de Diputados de la Nación
EL PARLAMENTO ARGENTINO (1854-1947)
Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1948.

Castello, Antonio Emilio
HISTORIA DE CORRIENTES
Buenos Aires, Plus Ultra, 1984.

Ciria, Alberto
PARTIDOS Y PODER EN LA ARGENTINA MODERNA (1930-1946)
Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969.

Coca, Joaquín
EL CONTUBERNIO: MEMORIAS DE UN DIPUTADO OBRERO
Buenos Aires, La Campana, 1981.

Columba, Ramón
EL CONGRESO QUE YO HE VISTO (1914-1933)
Buenos Aires, Columba, 1949.

Columba, Ramón
EL CONGRESO QUE YO HE VISTO (1934-1943)
Buenos Aires, Columba, 1953.

Dickmann, Enrique
RECUERDOS DE UN MILITANTE SOCIALISTA
Buenos Aires, La Vanguardia, 1949.

Ferrero, Roberto A.
DEL FRAUDE A LA SOBERANÍA POPULAR, 1938/1946
Buenos Aires, Memorial de la Patria, La Bastilla, 1976.

Irazusta, Julio
BALANCE DE SIGLO Y MEDIO
Buenos Aires, La Balandra, 1972.

Luna, Félix
ALVEAR: LAS LUCHAS POPULARES EN LA DÉCADA DEL TREINTA
Buenos Aires, Libros Argentinos, 1958.

Luna, Félix
ORTIZ: REPORTAJE A LA ARGENTINA OPULENTE
Buenos Aires, Sudamericana, 1978.

Martínez, Pedro Santos
HISTORIA DE MENDOZA
Buenos Aires, Plus Ultra, 1979.

Matsushita, Hiroshi
MOVIMIENTO OBRERO ARGENTINO (1930-1945): SUS PROYECCIONES EN LOS ORÍGENES DEL PERONISMO
Buenos Aires, Siglo Veinte, 1983.

Mazo, Gabriel del
EL RADICALISMO: ENSAYO SOBRE SU HISTORIA Y DOCTRINA
Buenos Aires, Gure, 1959.

Palacios, Alfredo L.
LA REPRESIÓN DEL FRAUDE ELECTORAL
Buenos Aires, Claridad, sin fecha.

Ramos, Jorge Abelardo
REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN LA ARGENTINA
Buenos Aires, La Rreja, 1961.

Repetto, Nicolás
MI PASO POR LA POLÍTICA
Buenos Aires, Santiago Rueda, 1957.

Sanguinetti, Horacio
LA DEMOCRACIA FICTA (1930-1938)
Buenos Aires, La Bastilla, 1977.

Sanguinetti, Horacio
LOS SOCIALISTAS INDEPENDIENTES
Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981.

Siegler, Pedro
LISANDRO DE LA TORRE Y LOS PROBLEMAS DE SU ÉPOCA
Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.

Torre, Lisandro de la
OBRAS
Buenos Aires, Hemisferio, 1952.

EXLIBRIS Scan Digit

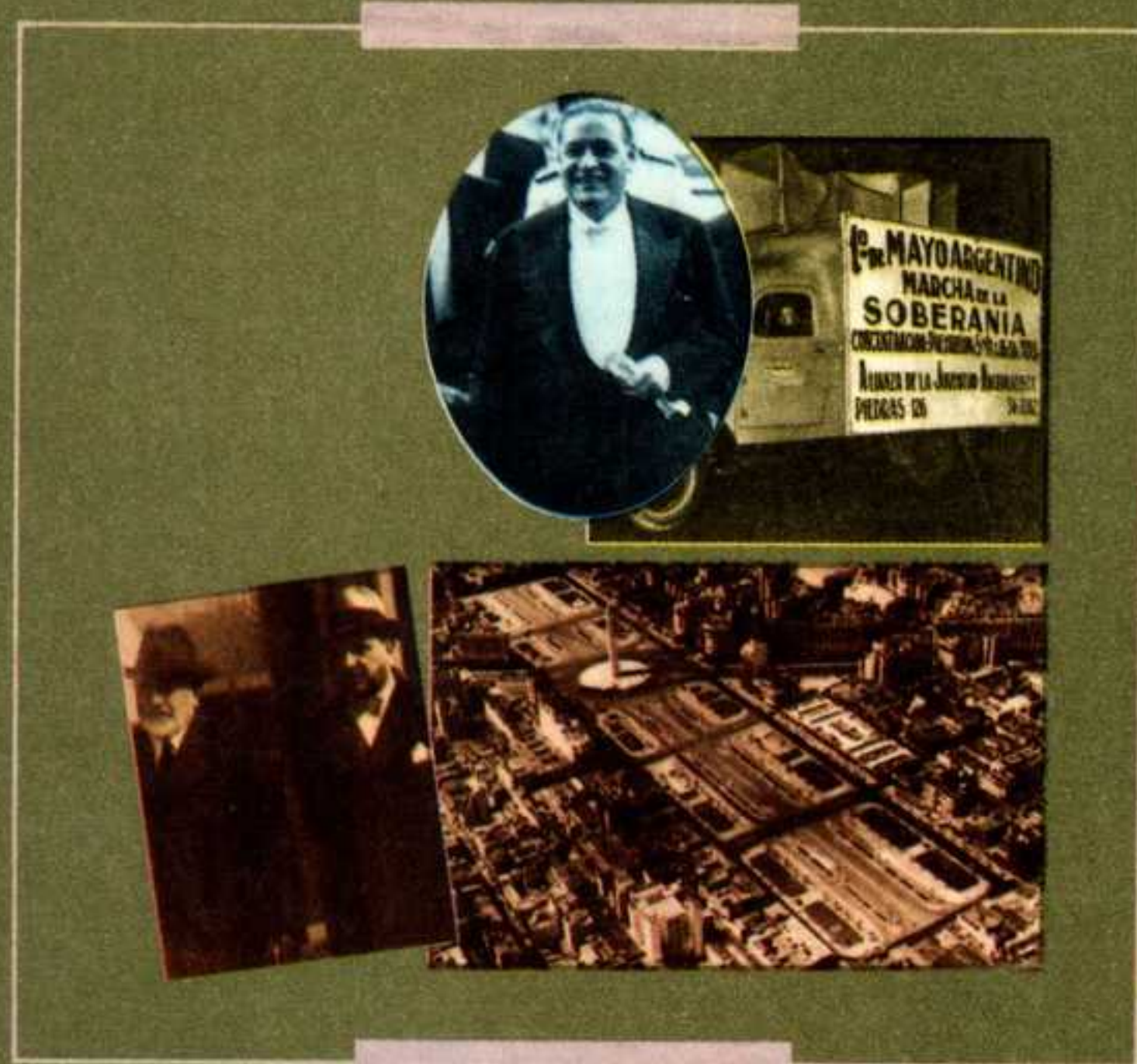


The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>



HISTORIA GRAFICA DE LA ARGENTINA CONTEMPORANEA

NUESTRO TIEMPO

DESDE ROCA HASTA MENEM



HYSPAMERICA

